

PIEDRAS CON SANGRE

**AVARICIA, CORRUPCIÓN Y GUERRA
EN EL COMERCIO INTERNACIONAL
DE DÍAMANTES**

*«Una obra devastadora y de gran
relevancia. De lectura obligada antes
de comprar un diamante».*

Greg Campbell

IAN SMILLIE

PLAZA Y VALDÉS

P Y V

EDITORES

PIEDRAS CON SANGRE

ELOGIO SOBRE *PIEDRAS CON SANGRE*

«Smillie alumbra magistralmente el lado oscuro del sector del diamante. Su punzante bisturí hurga en las entrañas del tema».

—Matthew Hart, autor de *Diamond: the history of a cold-blooded love affair*

«Un libro indispensable para cualquiera que crea que el comercio de diamantes se sustenta en el amor, el honor y la confianza... Una obra devastadora y de gran relevancia... Lectura obligada antes de comprar un diamante».

—Greg Campbell, coautor de *Flawless: Inside the World's Largest Diamond Heist*

«Smillie nos ofrece una historia apasionante y emotiva sobre cómo pasó de ser maestro a convertirse en fiscal».

—Peta Thornycroft, reconocida y galardonada periodista de Zimbabwe

«Una lectura explosiva... Sin duda un relato interesante y esclarecedor sobre los diamantes de sangre».

—Lansana Gberie, autor de *A Dirty War in West Africa*

«Ian Smillie fue uno de los primeros y más elocuentes investigadores internacionales en entender y denunciar públicamente el uso de los «diamantes de sangre»... En *Piedras con sangre* relaciona su propia experiencia y su profundo conocimiento sobre el comercio de diamantes con la historia de unas gemas sin valor intrínseco que han alimentado conflictos, corrupción y caos. Una excelente crónica sobre un tema que debemos esforzarnos por entender si queremos poner fin a los conflictos causados por las materias primas y la avaricia».

—Douglas Farah, coautor de *Merchant of Death: Money, Guns, Planes and the Man Who Makes War Possible*

«Global Witness expuso ante el mundo el horror de los diamantes de sangre en 1998, y a partir de entonces ha trabajado estrechamente con Partnership Africa Canada en diferentes campañas para evitar el uso de diamantes para financiar guerras. El libro de Smillie se presenta como una lectura apasionante sobre el mundo de los diamantes, la guerra y la avaricia».

—Charmian Gooch, cofundador, Global Witness

PIEDRAS CON SANGRE

EL COMERCIO GLOBAL DE DIAMANTES
COMO FUENTE DE AVARICIA,
CORRUPCIÓN Y GUERRA

IAN SMILLIE



Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo
Ottawa • Dakar • El Cairo • Montevideo • Nairobi • Nueva Delhi • Singapur

Primera edición: 2012.

© Ian Smillie, 2012.

Traducción de Laura Fernández Farhall

Derechos exclusivos de edición reservados para Plaza y Valdés Editores. Queda prohibida cualquier forma de reproducción o transformación de esta obra sin previa autorización escrita de los editores, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La publicación de esta obra cuenta con el permiso y la licencia concedidos por Anthem Press.

Esta publicación ha sido coeditada entre IDRC y Plaza y Valdés.

International Development Research Centre

PO Box 8500

Ottawa, ON K1G 3H9

Canadá

www.idrc.ca / info@idrc.ca

ISBN (e-libro) 978-1-55250-534-2

Plaza y Valdés S.L.

Murcia 2. Colonia de los Ángeles.

28223 Pozuelo de Alarcón.

Madrid (España).

☎ (34) 918625289

e-mail: madrid@plazayvaldes.com

www.plazayvaldes.es

Plaza y Valdés, S. A. de C. V.

Manuel María Contreras, 73. Colonia San Rafael.

06470, México, D. F. (México).

☎ (52) 5550972070

e-mail: editorial@plazayvaldes.com

www.plazayvaldes.com.mx

ISBN: 978-84-15271-32-1

D. L.:

Diseño de cubierta: María Rosa Encinas.

Impresión:

Para Sharon

This page intentionally left blank

- ¿Si te hablo de diamantes, qué te viene a la cabeza, Bruce?
- Que son para siempre.
- Vaya cursilada.
- Que todas las mujeres sueñan con tener uno.
- ¿En qué década vives?
- Que no son baratos.
- Ahí te doy la razón.
- Que los pandilleros los llaman «hielos».
- Que son mercancía peligrosa.
- Y que seguramente no traigan más que problemas.
- Eso sin duda.

The Big Killing, Robert Wilson

This page intentionally left blank

TABLA DE CONTENIDOS

GLOSARIO *xi*

PREFACIO *xiii*

PRÓLOGO 1

CAPÍTULO 1. ♦ Del juicio y del hábil artífice: diamantes sucios	13
CAPÍTULO 2. ♦ El caudal de los altos beneficios: geología e historia	33
CAPÍTULO 3. ♦ De Beers: esa delicada equiponderancia	43
CAPÍTULO 4. ♦ Extrañas cadenas: la distribución de diamantes	61
CAPÍTULO 5. ♦ Angola o cómo desviar la atención	75
CAPÍTULO 6. ♦ Liberia y el amor por la libertad	95
CAPÍTULO 7. ♦ Sierra Leona: los diamantes del FRU	115
CAPÍTULO 8. ♦ El fantasma del Presidente Mobutu	141
CAPÍTULO 9. ♦ Al Qaeda entra en escena	163
CAPÍTULO 10. ♦ Con el agua al cuello: empresas en apuros	181
CAPÍTULO 11. ♦ La tormenta de hielo: la campaña de las ONGs	199
CAPÍTULO 12. ♦ Kimberley: un rayo de esperanza en el infierno	217
CAPÍTULO 13. ♦ Punto y final	237
EPÍLOGO	255
NOTAS	261
BIBLIOGRAFÍA	275
ÍNDICE ANALÍTICO Y DE NOMBRES	279

This page intentionally left blank

GLOSARIO

AFRC	Consejo Revolucionario de las Fuerzas Armadas (Sierra Leona)
AMAL	<i>Afwaj al Muqawama al Lubnaniya</i> , («Destacamento de la Resistencia Libanesa»)
ASCorp	Angolan Selling Corporation
CAST	Consolidated African Selection Trust
CENADEP	<i>Centre National d'Appui au Développement et à la Participation Populaire</i> (DRC)
CNA	Congreso Nacional Africano (Sudáfrica)
CSO	Central Selling Organization (De Beers)
DIAMANG	<i>Companhia de Diamantes de Angola</i>
DTC	Diamond Trading Company (De Beers)
ECOMOG	Grupo de Observadores Militares de la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental
ECOWAS/CEDEAO	Comunidad Económica de los Estados de África Occidental
ENDIAMA	<i>Empresa Nacional de Diamantes de Angola</i>
FMI	Fondo Monetario Internacional
FRU	Frente Revolucionario Unido
HRD	<i>Hoge Raad voor Diamant</i> («Consejo Superior del Diamante»)
IDI	International Diamond Industries
IDMA	International Diamond Manufacturers Association (Asociación internacional de fabricantes de diamantes)
IDSO	International Diamond Security Organization (Organización internacional para la seguridad de los diamantes)

KPCS	Sistema de certificación del Proceso de Kimberley
LURD	Liberians United for Reconciliation and Democracy (Liberianos Unidos por la Reconciliación y la Democracia)
MIBA	<i>Société Minière de Bakwanga</i>
MLC	<i>Mouvement de libération du Congo</i>
MONUA	Misión de Observadores de las Naciones Unidas en Angola
MPLA	<i>Movimento Popular de Libertação de Angola</i>
NMJD	Network Movement for Justice and Development (Movimiento para la justicia y el desarrollo, Sierra Leona)
NPFL	Frente Patriótico Nacional de Liberia
NPRC	National Provisional Ruling Council (Consejo Nacional Provisional de Gobierno, Sierra Leona)
OCDE	Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico
OCHA	Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios (ONU)
OLP	Organización para la Liberación de Palestina
ONG	Organización no gubernamental
PAC	Partnership Africa Canada (Partenariado África Canadá)
PK	Proceso de Kimberley
RCA	República Centroafricana
RCD	<i>Rassemblement congolais pour la démocratie</i>
RDC	República Democrática del Congo
SLST	Sierra Leone Selection Trust
SWAPO	Organización Popular del África Sudoccidental
UNAMSIL	Misión de las Naciones Unidas en Sierra Leona
UNAVEM	Misión de Verificación de las Naciones Unidas en Angola
UNITA	<i>União para la Independência Total de Angola</i>
WDC	Consejo Mundial del Diamante
WFDB	Federación Mundial de Bolsas de Diamantes

PREFACIO

Son muchas las personas que han contribuido a dar forma a este libro. Los valiosos consejos de Sharon Capeling-Alakija sobre cómo redactar el libro me ayudaron mucho cuando me senté a escribir, y Sharon ha seguido apoyándome constantemente durante todo el proceso. En 1999, empecé a estudiar el tema de los diamantes de guerra o diamantes de conflicto, como quieran llamarse, de la mano de Ralph Hazleton y Lansana Gberie. Nuestra labor nos llevó a viajar por todo el mundo. Si bien no siempre hemos viajado juntos, al menos sí nos hemos acompañado siempre en espíritu. El libro no hubiera sido el mismo sin sus esfuerzos y su grata compañía. Mi gran amigo Cloudy Beltz se percató de las erratas de la primera galerada, incluido un error gramatical en la primera línea del prólogo. Muchas otras personas me han ayudado consciente o inconscientemente a entender los diamantes. Entre ellos Andrew Bone, Chaim Even-Zohar, Stéphane Fischler, Simon Gilbert, Martin Rapaport, Matt Runci y Richard Wake-Walker. Charaf Ahmimed, Shawn Blore, Abu Brima, Deborah De Young, Christian Dietrich, Annie Dunnebacke, Susanne Emond, Dorothée Gizenga, Charmian Gooch, Corinna Gilfillan, Andrew Grant, Karen Hurston, Susan Isaac, Adrian Labor, Josée Létourneau, Flora MacDonald, Bernard Taylor y Alex Yearsley me han ayudado mucho durante este largo proceso y les estoy muy agradecido por sus ideas y su apoyo. Algunos me dieron su opinión sobre varios de los primeros capítulos del libro, al igual que Joan Baxter, Barbara Brown, Jim Freedman, Matthew Hart, Don Hubert, Terry Jones, Nick Koumjian y Don Law-West. Agradezco los esfuerzos, los apoyos y la ayuda prestada por todos ellos.

Quisiera mencionar también a mi vieja *alma mater*, Partnership Africa Canada (Partenariado África Canadá, o PAC por sus siglas en inglés) y a todas las personas y organizaciones que apoyan campañas

para acabar con los diamantes de guerra. Entre ellos, el Ministerio de Asuntos Exteriores y Comercio Internacional de Canadá, la Agencia de desarrollo internacional de Canadá, el Departamento británico para el desarrollo internacional, Irish Aid, la Fundación John D. y Catherine T. MacArthur, Oxfam, World Vision, Canadian Autoworkers Social Justice Fund, Inter Pares, Canadian Catholic Organizations for Development and Peace, Cordaid y muchos otros. Sin ellos no hubiera sido posible llegar hasta aquí. Le estoy especialmente agradecido al Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (IDRC por sus siglas en inglés) por apoyar la causa desde el principio, y por permitirme terminar de escribir y publicar este libro. Por supuesto, cualquier opinión, error u omisión son cosa mía, como autor del libro que soy.

Quisiera apuntar un par de cosas sobre los nombres utilizados en el libro: a lo largo de todo el libro para referirme a Costa de Marfil utilizo el nombre oficial del país, Côte d'Ivoire. La República Democrática del Congo, que a menudo aparece únicamente como RDC, se llamó Zaire entre 1971 y 1998. He intentado evitar utilizar «Zaire» en la medida de lo posible para evitar cualquier tipo de confusión. Al utilizar el gentilicio «congoleño» me refiero a este país. La RDC fue en su día una colonia belga. Existe también otro país, conocido como la República del Congo, que fue una antigua colonia francesa. La capital, Brazzaville, está al otro lado del río Congo enfrente de Kinshasa, la capital de la RDC. Siempre que hablo de la República del Congo utilizo Congo-Brazzaville. Esta distinción es crítica, entre otras cosas, por las enormes remesas de diamantes ilícitos, por valor de cientos de millones de dólares, que han cruzado el río entre ambos países.

Ian Smillie
Ottawa, junio 2010

PRÓLOGO

Este libro analiza cómo los diamantes han impulsado algunas de las guerras más sangrientas de África. Durante la década de los 90 y principios del siglo XXI murieron más de tres millones de personas en estas hostilidades, por no mencionar los millones de vidas que han destrozado a su paso. Algunas casi han logrado aniquilar la existencia de naciones enteras. El libro analiza también una campaña lanzada en 1998 para perseguir dichos diamantes, llamados «diamantes de conflicto», «diamantes de guerra» o «diamantes de sangre». Se trata de una campaña en la que he participado activamente, si bien en el libro me mantengo al margen para permitir que el relato fluya a través de la historia de cientos de personas, organizaciones y gobiernos, y que cada uno contribuya a la crónica a su manera.

Dicho esto, creo que merece la pena contar cómo llegué a participar en la campaña, entre otras cosas porque gracias a esta labor, y a lo largo de un periodo de diez años, he podido viajar a países y a sitios impactantes: desde los campos de exterminio de Sierra Leona hasta las bolsas de diamantes de Amberes; desde las callejuelas de Jaffa en Israel al regio Consejo de Seguridad de Nueva York; desde Moscú a la tierra baldía de los Territorios del Noroeste de Canadá, pasando por los campos de refugiados de Guinea, la Casa Blanca durante la administración del gobierno Clinton y al banquillo de los testigos durante un juicio por crímenes de guerra celebrado en la Corte Penal Internacional de La Haya.

En 1997, un reducido grupo de personas comenzamos a reunirnos en las oficinas de una organización no gubernamental (ONG) llamada Partnership Africa Canada (Partenariado África Canadá, o PAC por sus siglas en inglés) en Ottawa para hablar de la guerra sin cuartel que se había desencadenado en una pequeña nación del oeste de África llamada Sierra Leona. Éramos un grupo ecléctico de personas con una

única motivación: averiguar por qué esta terrible guerra pasaba desapercibida. Ni la comunidad humanitaria internacional, ni los medios de comunicación ni las Naciones Unidas, todas ignoraban el enfrentamiento. Los muertos se contaban por decenas de miles y casi la mitad de la población había huido del país para escapar de la carnicería de unos rebeldes que dejaban una huella imborrable a su paso: un reguero de amputaciones entre la población civil. Nuestra pequeña comunidad, a la que dimos el nombre de «Grupo de trabajo para Sierra Leona», se componía de dos o tres personas de nacionalidad sierraleonesa-canadiense, un par de personas que habían trabajado alguna vez en Sierra Leona (yo era uno de ellos), así como personas relacionadas con el país por diferentes motivos.

Nada más acabar la carrera, había viajado a Sierra Leona para dar clase en un instituto. Era el año 1967 y me habían dado plaza en la localidad de Koidu, en el distrito de Kono, el núcleo de la lucrativa industria de extracción de diamantes del país. Me encontré con una situación prácticamente idéntica a la fiebre del oro de Klondike en Estados Unidos, aunque aquí la geografía y el clima eran diferentes. Era como estar en el lejano oeste, aunque en este caso en lugar de vaqueros lo que había eran miles de mineros de diamantes ilegales, una impetuosa mafia de diamantes libanesa y una empresa que exportaba remesas de los mejores diamantes del mundo por valor de dos millones de quilates al año a fábricas de corte y pulido situadas en Amberes y otras ciudades. Por aquel entonces, la gente como yo veía ante sí un país en pleno desarrollo que trabajaba a destajo para construir carreteras, colegios y hospitales. En Koidu algunos de mis estudiantes caminaban casi 8 kilómetros para venir al colegio cada día, y a la mayoría les esperaba una buena bronca si no sacaban buenas notas. El instituto de Koidu, el único centro de educación secundaria que había en la cuarta ciudad más grande del país, se acababa de construir hacía tan sólo dos años, y los padres, los ancianos y especialmente los estudiantes querían que creciera y se convirtiera en un referente. Ninguno de ellos —ni tampoco ninguno de los profesores— podríamos haber imaginado jamás lo que ocurriría más tarde. Tras veinticinco años de mala gestión y corrupción, Sierra Leona se tambaleaba al borde de un precipicio, abocada a una guerra de proporciones desconocidas hasta el momento, tanto por la insensatez como por la crudeza de la misma.

Y esos diamantes, a los que ni profesores ni estudiantes habíamos prestado atención, se encontraban en el epicentro de la tragedia.

No sé si los que formamos el Grupo de Trabajo para Sierra Leona sabíamos muy bien adónde queríamos llegar cuando empezamos a reunirnos en 1997 y 1998, pero conseguimos recaudar algo de dinero, y cuando la guerra comenzó a recrudecerse comenzamos a hablar, no sin un cierto toque de ironía, de cómo podríamos contribuir a un «proceso de pacificación». Hacia finales de 1998, uno de los miembros del grupo estalló y en mitad de uno de los debates puso las cartas sobre la mesa: «Esta guerra tiene que ver con los diamantes, y hasta que no se haga algo al respecto, la guerra no acabará nunca». Y esa afirmación constituyó un punto de inflexión para nosotros. Adrian Labor, un joven de Sierra Leona que había emigrado recientemente a Canadá y trabajaba como programador informático en el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo, lo podía haber dicho más alto pero no más claro. Blanco y en botella. El robo de diamantes por parte del Frente Revolucionario Unido (FRU) era un tema frecuente tratado en los informes presentados por diferentes organizaciones, pero ninguna de las soluciones presentadas por los especialistas había logrado resolver el problema. De hecho, al haber vivido en la zona, entendí perfectamente lo que quería decir Labor, y me parecía imposible no haberme dado cuenta antes de la importancia de estas gemas. Tardamos un par de meses en reunir un presupuesto modesto pero suficiente que nos permitiera financiar nuestras investigaciones sobre el tema. Dado que yo trabajaba como consultor y escritor autónomo, podía gestionar mi tiempo, un aspecto clave para poder continuar la labor si lográbamos reunir dinero para el viaje, y si conseguíamos atraer a otros que quisieran participar en el proyecto. Nos pusimos en contacto con 12 ONGs canadienses para exponer el proyecto y pedir una ayuda económica de 2.000 dólares. Sólo una rechazó la idea. A continuación, contactamos con el Ministerio de Asuntos Exteriores canadiense con la esperanza de que igualaran esa subvención a través del Fondo para la Pacificación, y afortunadamente los funcionarios apoyaron la petición.

Ralph Hazleton y yo nos conocíamos desde hacía varios años. Él tenía un doctorado en económicas y combinaba su trabajo académico con su labor como investigador de desarrollo internacional. Había ges-

tionado operaciones de ayuda con la organización benéfica CARE en Liberia y en Goma durante la crisis de Ruanda, y nos conocimos, por casualidad, en Freetown, la capital de Sierra Leona, en 1996. Tras superar un *bypass* cuádruple, Ralph estaba medio jubilado, pero como lo suyo no era la vida contemplativa, buscaba desesperadamente cualquier misión que le pareciera interesante. Cuando le hablé de nuestro proyecto me dijo que sí sin pensárselo. Ni el enorme esfuerzo que requería el proyecto ni la escasa remuneración del mismo lograron echarle atrás. Lansana Gberie trabajó como periodista en Freetown durante seis años, desde donde informó sobre los inicios de una guerra que se intensificaba rápidamente. Fue becado por el gobierno de EE. UU. y trabajó en el periódico *Star* de Kansas City, el *alma mater* de Ernest Hemingway, antes de estudiar un máster en la Universidad Wilfrid Laurier. No nos conocíamos de nada, pero un día me llamó desde Toronto, a donde se había trasladado para realizar un doctorado. Y así, casi sin quererlo, habíamos cerrado el equipo.

A lo largo de 1999 dedicamos mucho tiempo y esfuerzo a estudiar el tema. Cuanto más profundizábamos, más nos dábamos cuenta de que el asunto de los diamantes en Sierra Leona era como ese hilito rebelde que cuelga de un jersey. Un pequeño tirón bastaría para deshilar el jersey entero, mientras que un tirón fuerte sacaría a la luz una enorme ramificación de conexiones interrelacionadas. Éste era precisamente el caso de los diamantes de Sierra Leona. Estas mismas gemas desempeñaron un papel clave durante la guerra que se había librado en la vecina Liberia hasta 1997, y constituían el pilar sobre el que se sustentaban las ideas expansionistas del señor de la guerra reconvertido en presidente nigeriano, Charles Taylor. Los diamantes de guerra —o diamantes de conflicto— alimentaron una guerra que se cebó con Angola durante casi dos décadas. Los diamantes pasaban por media docena de manos antes de llegar a las joyerías, y como nadie se había parado antes a investigar, las personas involucradas en la trama no se esforzaron demasiado por cubrir su rastro. Amberes, la «capital» mundial del comercio de diamantes, importaba desde hace años remesas de diamantes por valor de cientos de millones de dólares de países en los que no existían minas de diamantes. A pesar de ello, nadie preguntaba nada.

O al menos eso parecía, hasta que descubrimos que no estábamos solos. Un año antes, una pequeña ONG británica llamada Global

Witness publicó un contundente informe sobre los diamantes de sangre en Angola. Global Witness y sus trabajadores se convirtieron en nuestros aliados, y Naciones Unidas nos ayudó de manera indirecta. El Consejo de Seguridad de la ONU pidió al Comité de Sanciones de Angola que reuniera a un Grupo de Expertos para estudiar cómo y por qué los rebeldes de la UNITA podían vender remesas de diamantes robados por valor de cientos de millones de dólares a compradores legítimos año tras año con total impunidad. En enero de 2000 publicamos el informe *The Heart of the Matter: Sierra Leone, Diamonds and Human Security* (*El revés de la trama: Sierra Leona, diamantes y seguridad humana*) en el que acusábamos al presidente liberiano Charles Taylor de estar detrás de una de las peores guerras que había sufrido el continente africano y de financiarla con la ayuda de los diamantes. También acusamos al sector del diamante de complicidad, y afirmamos que Amberes y el gobierno de Bruselas eran los principales responsables del tráfico de gemas ilícitas. Si bien considerábamos que el grupo De Beers —la empresa más importante de la industria del diamante— formaba parte del problema, sosteníamos que, como el representante principal y de mayor peso del sector, debía asumir un papel primordial en la búsqueda de una solución a dicho problema. El informe se alejaba de la imagen de las típicas guerras violentas que sacudían la región africana para mostrar el conflicto desde un punto de vista más realista, un punto de vista en el que lo que importaba eran el poder y el dinero.

The Heart of the Matter causó un gran revuelo mediático, o al menos eso nos pareció. Fuimos portada de periódicos de Canadá, Sierra Leona, Bélgica y Sudáfrica, y logramos cobertura informativa en otros países. Los medios belgas nos acusaron de formar parte de una trama canadiense para destruir la industria de diamantes belga. El ministro de exteriores canadiense Lloyd Axworthy habló más de una vez con su homólogo belga, Louis Michel, para intentar demostrar que no existía tal conspiración.

Para cuando se publicó el informe, Sierra Leona había logrado firmar un acuerdo de paz, y la ONU había desplegado una fuerza de mantenimiento de la paz en la zona para garantizar su cumplimiento. No obstante, la guerra no había terminado y en mayo de 2000, después de que el FRU secuestrara a 500 agentes de la ONU que se diri-

gían hacia los yacimientos de diamantes, estalló de nuevo. Sierra Leona tuvo por fin sus «15 minutos de gloria» y algunos de los mejores periodistas del mundo se desplazaron hasta Freetown para cubrir la noticia. En esta ocasión, en lugar de limitarse a presentar la guerra como el resultado de la «incipiente anarquía» o de un «choque de civilizaciones», por fin pudieron ver cuál era la raíz del problema.

Huelga decir que los diamantes no fueron los que *causaron* la guerra en Sierra Leona. Ni tampoco fueron los causantes de las guerras en Angola y en la República Democrática del Congo. Lo que sí hicieron fue financiar a los rebeldes que lucharon en dichas guerras y las convirtieron en conflictos mucho más terribles y duraderos de lo que jamás hubieran sido de no existir los diamantes. Por otro lado, tampoco se puede afirmar que las guerras sean consecuencia única y exclusivamente de la avaricia. El conflicto de los diamantes fue cogiendo fuerza y dio pie a un debate académico que buscaba aclarar si las guerra financiadas con diamantes, petróleo y maderas tropicales eran una cuestión avaricia, o de injusticia. En realidad se nutren de ambas. Cabe señalar que incluso los déspotas y los señores de la guerra más despiadados y hambrientos de poder sufren injusticias. Incluso un adolescente que roba en la tienda de la esquina puede estar intentando manifestarse contra una injusticia. La UNITA se sentía víctima de una injusticia y tenía un claro objetivo político: el poder. En Sierra Leona, el FRU también tenía como claro objetivo político el poder, si bien no contaba con ningún respaldo étnico o político. Lo que este grupo pasó por alto es que uno suele quedarse sin el apoyo público cuando aterroriza a la población que supuestamente se esfuerza por liberar. En el Congo, todo giraba en torno al poder. Sin embargo, en todos los casos descritos en este libro también había una dosis importante de avaricia. Cualesquiera que fueran las injusticias legítimas que sufría el FRU cuando comenzó el conflicto, a mediados de los noventa, habían quedado desacreditadas por sus tácticas terroristas y su obsesión por los diamantes. Ellos se obsesionaron con los diamantes creyendo que así ganarían la guerra. Nosotros nos obsesionamos con los diamantes creyendo que así evitaríamos la guerra.

En el verano del año 2000 recibí una llamada del Departamento de Asuntos Políticos de las Naciones Unidas: querían saber si podía proponerme para un grupo de expertos del Consejo de Seguridad de la

ONU que estaban reuniendo y cuyo objetivo era analizar la relación entre los diamantes, las armas y la guerra en Sierra Leona. Como no esperaba que me eligieran, les contesté que sí. Al poco tiempo recibí otra llamada informándome de que el Secretario General de las Naciones Unidas me había elegido como «uno de los cinco miembros del Grupo de expertos sobre Sierra Leona destinado a recopilar información sobre posibles violaciones del embargo de armas y presentar observaciones y recomendaciones al Consejo». El equipo estaba compuesto por un alto mando de la policía india destinado a la región por la Interpol, un ciudadano belga experto en el tráfico de armas, un ciudadano senegalés experto en el control del tráfico aéreo y un diplomático camerunés que ejercía de presidente del grupo.

Sierra Leona fue nuestra base de operaciones principal, pero cuando empezamos a tirar del hilo nos vimos obligados a viajar mucho más lejos. En Sudáfrica investigamos a sospechosos de traficar con diamantes y con armas. En Israel, tres miembros del grupo visitaron el piso de un mercenario buscado en Colombia por formar a la fuerza paramilitar del cártel de Medellín y que contaba con un historial plagado de altibajos, tanto en Sierra Leona como en Liberia. Nos preparó un té con galletas y dejó una pistola sobre el aparador durante toda la conversación. Algunos de mis colegas viajaron a Ucrania y a los Emiratos Árabes Unidos en busca de traficantes de armas, y yo pasé largos periodos en Amberes y en Tel Aviv donde me reuní con personas relacionadas con el sector del diamante. Me di cuenta de que si bien la industria del diamante está plagada de corrupción y rechazo, también se nutre de un importante grupo de personas decentes que quedaron escandalizadas al descubrir que su sector participaba en esta atrocidad. Aunque nos reunimos con ladrones, contrabandistas, asesinos y, por qué no decirlo, la escoria de la sociedad, también conocimos a personas muy valientes que pusieron su vida en peligro al contarnos determinadas cosas. Para mí, una de las entrevistas más desgarradoras fue un encuentro de una hora con el presidente de Liberia, Charles Taylor.

El informe del PAC, *The Heart of the Matter*, retrataba a Taylor como uno de los villanos de la película. Un anciano exiliado liberiano me contó que se me consideraba un enemigo público en el país y me recomendó que no viajara a Liberia bajo ningún concepto, pero supuse que no correría demasiado peligro viajando al abrigo del Consejo de

Seguridad de la ONU. Cuál fue nuestra sorpresa al encontrarnos con todas las facilidades del mundo. Parecía que Charles Taylor quería quedar bien con nosotros, ya que sospechaba que estábamos dispuestos a recomendar sanciones contra su gobierno. Como resultado, obtuvimos permiso para entrevistar a casi todas las personas con las que quisimos reunirnos, si bien la inmensa mayoría no hizo otra cosa que repetir la misma respuesta aprendida ante nuestras preguntas: Liberia no estaba implicada en absoluto en el conflicto de Sierra Leona. Su única preocupación era lograr la paz en la región. Hicimos muchas preguntas a sabiendas de que ya teníamos las respuestas gracias a planes de vuelo internacionales correspondientes a aviones de transporte de armas, escuchas radiofónicas, fotos y datos procedentes media docena de agencias de seguridad y otras autoridades. En Liberia casi todo lo que obtuvimos fueron mentiras. El último día nos llevaron a la Mansión Presidencial para entrevistarnos con el mandamás. Fue bastante surrealista porque hasta esa misma mañana había empezado a sospechar que no me habían relacionado con *The Heart of the Matter*. No obstante, esa misma mañana el periódico *Monrovia Guardian* publicó una cita extraída directamente del informe PAC utilizando mi nombre y afirmando que el Grupo de la ONU había viajado a Liberia para «falsificar pruebas» que traerían consigo la imposición de graves sanciones para el país. Mientras esperábamos en la antesala de la Mansión —que más bien parece un ruinoso hotel de cinco plantas que un palacio presidencial— observé que en la esquina había una tele que emitía un programa de la CNN sobre moda. Me quedé mirando fijamente la pantalla. *¿Pero qué hago yo aquí?*, me pregunté.

Nos habían avisado de que, si Taylor estaba de mal humor, nos limitaríamos a intercambiar frases de cortesía, y sabíamos que ese «mal humor» sería fácilmente detectable. Pero estaba de buen humor. Nos recibió en una oficina sin ventanas pero con brocados, muebles de imitación de estilo Luis XVI muy desgastados y paredes decoradas con imágenes coloristas de Jesucristo, la Virgen María y diferentes santos, todas ellas colgadas a suficiente altura como para quedar fuera del alcance de manos inquietas. Taylor se mostró encantador y nos contó toda una bonita sarta de mentiras. Dijo no haber proporcionado formación, asilo ni armamento al FRU. Negó conocer la existencia de traficantes de armas a quienes había entregado enormes cantidades de

dinero y pasaportes diplomáticos liberianos. Afirmó no tener nada que ver con diamantes robados. Aseguró estar interesado únicamente en lograr la paz y tener suficientes problemas propios como para andar entrometiéndose en los de terceros países. Negó haber violado el embargo de armas impuesto por la ONU, aunque reconoció necesitar armas para luchar contra sus propios disidentes. De hecho, por extraño que parezca nos pidió que recomendáramos a la ONU levantar dicho embargo porque Liberia necesitaba armas.

Sin embargo, al volver lo que recomendamos fue que el embargo se endureciera aún más. Obtuvimos más documentación de la que esperamos encontrar sobre el tráfico de armas, el contrabando de diamantes e incluso la gestión de la guerra del FRU desde el otro lado de la frontera liberiana. Sobre ella basamos la recomendación de prohibir todos los diamantes «liberianos» y la prohibición de viajar para Charles Taylor, su familia, los ministros de su gabinete y demás altos cargos. También recomendamos que se prohibieran todas las exportaciones de madera desde Liberia, dado que el proyecto de desforestación servía a Taylor como fuente para obtener una divisa fuerte con la que financiar el comercio armamentístico, aunque finalmente esta recomendación quedó fuera de la resolución aprobada por el Consejo de Seguridad. China y Francia dijeron que no querían dañar más de lo estrictamente necesario la ya debilitada economía liberiana sin tener pruebas firmes de que las exportaciones de madera se utilizaban para comprar armamento. Aunque el Fondo Monetario Internacional se había quejado de que los ingresos procedentes de la venta de madera se enviaban a cuentas extrapresupuestarias (es decir, a cuentas controladas directamente por Taylor), Francia y China se opusieron a incluir la recomendación sobre la madera. Quizá porque son los dos principales importadores de madera noble liberiana. Pasarían más años, más guerras y más muertes hasta que el Consejo de Seguridad decidiera retomar el tema de la madera liberiana y aprobara finalmente la prohibición en mayo de 2003.

Los miembros del grupo estuvimos presentes en el debate sobre la resolución contra Liberia del Consejo de Seguridad. Varios países elogiaron la calidad y profundidad de nuestro informe, mientras que Rusia lo criticó alegando que algunas de las recomendaciones sobre los diamantes eran «demasiado radicales». El delegado de Gambia despo-

tró largo y tendido demostrando que no había entendido nada de lo que habíamos dicho sobre el tráfico de diamantes que pasaba por su país. El ministro de exteriores liberiano, Monie Captan, había venido a Nueva York para asistir al debate e intentar defender a Liberia una última vez. Captan, con formación de abogado, se mostró tranquilo e incluso convincente, especialmente con aquellos periodistas que no conocían los detalles del caso. Me atacó personalmente durante su discurso, algo que no suele ocurrir durante las sesiones del Consejo de Seguridad. Posteriormente, uno de los periodistas me preguntó cómo me había sentido. «Orgullosos», contesté. «Me ha gustado ver, por fin, que la verdad duele».

A principios de 2001 volví al PAC para poner en marcha un programa más amplio orientado a investigar el tema de los diamantes en África Meridional, la República Democrática del Congo, Canadá y la India, entre otros países. Nos aliamos con una valiente organización sierraleonesa, *Network Movement for Justice and Development*, y una organización belga, *International Peace Information Service*, que había realizado un trabajo excelente sobre el comercio ilegal de armas. El PAC participó en el Proceso de Kimberley, un cónclave de gobiernos, representantes del sector y ONGs que se reunió una docena de veces entre mayo de 2000 y noviembre de 2002 para intentar crear un sistema de certificación internacional para los diamantes en bruto.

Todavía quedaba mucho camino por recorrer y muchas aventuras por vivir. En los informes de la ONU sobre Angola y Sierra Leona se hablaba de Burkina Faso como proveedor de armas ilegales de Charles Taylor y como vía de salida de los diamantes fuera de la región. Lansana Gberie se prestó voluntario a viajar hasta allí para investigar la historia en profundidad. El nivel de paranoia era tal que Lansana fue detenido nada más llegar al aeropuerto de Ouagadougou. Según parece, las autoridades habían interceptado nuestras llamadas y correos electrónicos. Tras un tenso interrogatorio que duró varias horas, le montaron de nuevo en un avión con destino Abidjan. Nos pasaron muchas otras cosas raras. Nos ayudó mucha gente, pero algunos no eran lo que parecían. John Pape, Director del *International Labour Resource and Information Group* de Johannesburgo, entregó a Ralph Hazleton información muy valiosa y muy útil con la que elaboró un artículo sobre el impacto económico de los diamantes en África Meridional. En Su-

dáfrica se le consideraba un investigador amable y comprometido... pero era bastante más que eso. En realidad se llamaba James Kilgore y era el último miembro fugitivo del Ejército Simbionés de Liberación (SLA), la organización que en 1974 secuestró a Patty Hearst, nieta y heredera del magnate mediático, atracó bancos y dejó un reguero de asesinatos y caos a su paso por el Sur de California. En noviembre de 2002, el FBI consiguió detenerle por fin y fue extraditado a los Estados Unidos donde fue juzgado y sentenciado a seis años de prisión. En mayo de 2009 fue el último miembro del SLA en salir de la cárcel.

Algunas de las cientos de reuniones que he mantenido sobre el tema de los diamantes se me han quedado grabadas. En enero de 2001 la Casa Blanca organizó un encuentro que giraba en torno a los diamantes de guerra. Si visitar a Charles Taylor me había parecido surrealista, esta reunión estaba en la misma onda, entre otras cosas porque al gobierno de Clinton le quedaban diez días en el poder y ya era demasiado tarde para que el tema de los diamantes de guerra tuviera peso político. Durante el descanso, hablé con Alex Yearsley de Global Witness. Mientras nos afanamos en doblar las servilletas de papel con el escudo de la Casa Blanca para convertirlos en un pañuelo para el bolsillo de la chaqueta le pregunté qué creía que nos depararía el futuro. Lo que ninguno podíamos imaginar es que tres políticos estadounidenses nominarían a Global Witness y Partnership Africa Canada para el premio Nobel de la paz de 2003. Tony Hall, diputado democrático por Ohio, y Frank Wolf, diputado republicano por Virginia, habían apoyado de manera infatigable el asunto de los diamantes de guerra en Estados Unidos. Escribieron, junto con Patrick Leahy, un senador de Vermont, una carta de recomendación de tres hojas que presentaron al Comité de los Premios Nobel del Parlamento noruego. Teniendo en cuenta cuánto nos habían ayudado ya Hall y Wolf, por no mencionar tantas otras organizaciones y personas, fue un acto de enorme generosidad que reforzó nuestra determinación por seguir adelante incluso cuando parecía imposible lograr un sistema de control creíble y realista para identificar los diamantes en bruto.

Pero ése no fue el único incentivo. En una de las visitas que realicé a Sierra Leona en 2002 me encontré con una de mis antiguas alumnas del instituto de Koidu. Entonces Esther tenía 14 años y era una alumna de segundo curso muy tímida proveniente de una adinerada familia de

Kono. Ahora tenía 49 años. Quedamos en el hostel en el que me alojaba y me contó su historia. Tras acabar los estudios se casó y junto con su marido creó una empresa de diamantes bastante próspera en Koidu. Cuando estalló la guerra, diseñaron un «plan de escape» para huir con sus dos hijas adolescentes por si algún día los rebeldes iban a por ellos. Obviamente, los rebeldes fueron a por ellos y, además, no se anduvieron con tonterías. En primer lugar decapitaron al marido de Esther delante de toda la familia, un baño de sangre en toda regla. Luego pusieron sobre la mesa sus condiciones. Esther les dio todo lo que tenía —las llaves del coche, de la casa, todo el dinero, y por algún motivo que a día de hoy no había logrado entender, las dejaron escapar. Durante las semanas que vivieron en la jungla, se alimentaron de hierbas y bayas bebiendo agua no potable para no deshidratarse. Esther sólo podía pensar en sus hijas. Sus brazos están cubiertos de las cicatrices imborrables de las picaduras de insectos y de las heridas causadas por el pasto de elefante. Consiguieron llegar a un campo de refugiados en Guinea y tras muchos meses lograron llegar a Freetown.

Allí se alojaron con un tío suyo y las hijas de Esther obtuvieron una plaza en un colegio. Se forjaron lo que, dadas las circunstancias, podría pasar por una vida normal. Cuando quedamos la guerra ya había terminado, y Esther estaba a punto de volver a Koidu para ver qué había pasado. Sabía que el pueblo había quedado destrozado, pero su familia seguía teniendo terreno y todavía quedaban diamantes. Si lograba reunir algo de dinero, quizá podría alquilar una bomba para volver a extraer diamantes. Me quedé pensativo unos minutos y le pregunté: «Pero, Esther, ¿no crees que los diamantes están malditos?». Me contestó que sí. «Están malditos, sin duda, pero son lo único que tenemos».

CAPÍTULO 1

DEL JUICIO Y DEL HÁBIL ARTÍFICE: DIAMANTES SUCIOS

Y harás el pectoral del juicio, obra de hábil artífice... en la segunda [fila dispondrás] una esmeralda, un zafiro y un diamante.

— Éxodo 28:13, 18

Corría el año 1953 y Sir Percy Sillitoe acababa de jubilarse del puesto de director del MI5, el servicio de inteligencia británico, y andaba buscando algo con lo que entretenerse cuando Sir Ernest Oppenheimer, el presidente de De Beers, el enorme cártel del diamante, se puso en contacto con él para proponerle algo.¹ Tal y como lo cuenta Sillitoe, Oppenheimer quería que investigara el contrabando de diamantes africanos, un eterno problema que le estaba haciendo mucho daño a la empresa, una sangría que empezaba a amenazar el control de De Beers sobre la industria. Sillitoe pasó los siguientes tres años viajando por el continente africano, donde investigó el problema del contrabando y también constituyó un cuerpo de policía secreto encargado de vigilar la industria del diamante conocido como la Organización internacional para la seguridad de los diamantes (IDSO, por sus siglas en inglés). Uno de los responsables de la IDSO en África Occidental era un hombre de origen libanés afincado en Liberia llamado Fred Kamil. Kamil trabajaba en una empresa familiar dedicada a la venta al por menor y, sin comerlo ni beberlo, se encontró en medio de una gigan-

tesca operación de contrabando de diamantes que transportaba las gemas de Sierra Leona a Liberia. Su empresa quebró durante la operación y Kamil juró vengarse de «ese cruel sector que se llevó por delante mi negocio en Robertsport, y arruinó la carrera de muchos otros». ² En su empeño, Kamil se dirigió a Sierra Leona donde —según sus afirmaciones— fue reclutado por la IDSO.

Los madingo son uno de los grupos étnico-lingüísticos más importantes y con mayor presencia en África, desde el río Níger en el oeste hasta la desembocadura del río Gambia al este, y hacia el norte hasta los desiertos de Mauritania. No sólo ocupan una gran extensión geográfica, sino que también han logrado constituir redes comerciales míticas por toda África Occidental: antaño transportaban esclavos; ahora productos agrícolas, tela, oro y diamantes. Kamil estaba obsesionado con los diamantes. No tardó en infiltrarse en las bandas ilegales de diamantes de los madingo y en dirigir asaltos armados con los que pretendía acabar con las rutas de contrabando y en los que detuvo a lo que él denominaba como «peces pequeños y medianos». Pero los peces gordos siempre se le escapaban, normalmente debido a políticas de empresa y a normas de la IDSO que, según Kamil, eran a todas luces extrañas e incomprensibles. Se marchó de Sierra Leona a finales de la década de 1950, pero en sus memorias se encuentran referencias implícitas a los trapicheos y a la corrupción rampante que afectaba hasta las esferas más altas de la industria del diamante.

Entonces llegó Ian Fleming. Fleming trabajó de periodista durante diez años antes de servir a la inteligencia naval británica durante la Segunda Guerra Mundial. Tras la guerra retomó su faceta de periodista, pero su gusto por las mujeres, los viajes, los caprichos caros y la adquisición de una villa jamaicana llamada *Goldeneye* le obligaron a buscarse una profesión más lucrativa. En 1952 se puso manos a la obra y tardó siete semanas en escribir un *thriller* de espías titulado *Casino Royale*. Tanto la novela como la adaptación cinematográfica fueron un éxito rotundo, y en los siguientes años Fleming escribió otras dos novelas de James Bond, *Vive y deja morir* y *Moonraker*. En 1954 Fleming conoció a Percy Sillitoe, quien le habló de su nuevo puesto en De Beers y prendió la mecha del interés del autor por los diamantes. Fleming publicó 14 novelas, *Diamantes para la eternidad* fue la cuarta y podría considerarse la peor de todas. Se publicó en 1956, y bebía cla-

ramente de lo que Sillitoe le había contado. Es la única novela de Bond que hace referencia a un personaje real:

«La cosa está subiendo de tono. En las minas. No me gusta nada. Ha venido un tipo del servicio secreto de Londres. Ya sabes a quién me refiero, has leído sobre él. Se llama Sillitoe. Según parece le ha contratado la Diamond Corporation. Han aprobado un montón de normativas nuevas y han reforzado los castigos...».³

Al año siguiente, Fleming escribió varios artículos para el diario *Sunday Times* sobre el trabajo de Sillitoe, y posteriormente reunió todas las historias en un libro de no ficción llamado *The Diamond Smugglers*. El mito de Sillitoe lo alimentó un oficial de la IDSO llamado John Blaize, principal fuente de información de *The Diamond Smugglers*. Durante las reuniones secretas que mantuvieron Blaize y Fleming en Tánger hablaron de Sillitoe y de las operaciones de la IDSO mientras paseaban por la Kasbah, bebían té moruno en los jardines del Minzah y sorbían cubalibres en oscuros bares y clubs.

En *The Diamond Smugglers* Fleming viene a decir que aunque De Beers quizá sí temía el efecto del contrabando, en cuanto a que podía poner fin a su control sobre la industria del diamante, la razón principal por la que la empresa contrató a Sillitoe y creó la IDSO iba mucho más allá y tenía muchísimo más peso. Para De Beers acabar con «la mayor operación de contrabando del mundo» —una ruta que recorría toda África Meridional, pero principalmente partía desde Sierra Leona a través de Liberia— era una «deber patriótico». Según Fleming, el auge de los diamantes gema era una salvaguarda contra una inflación generalizada. En el libro Blaize lo explica así: «Los diamantes industriales se emplean como piezas para maquinaria, y se hace acopio de dichas piedras para la carrera armamentística».⁴ Fleming introdujo una trama soviética para proporcionar mayor intriga al libro, al sostener que «los diamantes industriales son uno de los pilares de la paz», utilizando la terminología de la que echó mano Churchill en su discurso sobre el Telón de Acero. El libro incorporaba un mapamundi que distinguía zonas de contrabando «escaso», «medio» y «alto». En cuanto a la oferta, el tráfico procedía principalmente de Monrovia, y en

lo que respecta a los usuarios finales, las principales vías de contrabando trasladaban los diamantes desde Amberes, vía Berlín y Zúrich, hasta Moscú. Fleming le pregunta a Blaize si sabe algo de las supuestas minas de diamantes que dicen haber encontrado en Rusia, pero éste contesta que «nadie ha visto nunca nada que demuestre que eso sea cierto». A continuación, pregunta retóricamente: «si los rusos tuvieran unas minas tan bien surtidas, ¿por qué seguirían pagando precios tan inflados en Liberia y Bélgica? Porque de esos pagos sí que hay constancia».

Sillitoe hizo una buena labor policial, pero la forma de poner fin al contrabando de diamantes de Sierra Leona de una vez por todas pasaba por la vía comercial. La empresa Sierra Leone Selection Trust (SLST), que antaño monopolizaba el negocio de los diamantes en todo el país, vio reducido su campo de actuación a 116.500 hectáreas en 1955. Por primera vez en la historia, los sierraleoneses pudieron extraer diamantes legalmente. El gobierno colonial invitó a De Beers a establecer oficinas de compra en las zonas antes controladas por SLST. Por un lado, esta iniciativa crearía puntos de venta legales y sujetos a impuestos y, por otro, detendría el contrabando. De Beers envió a un pequeño batallón compuesto por recién licenciados y militares jubilados a unos «despachos» de hojalata cargados con ingentes cantidades de dinero en efectivo para que compraran los diamantes que en otra época habrían pasado a través de la frontera de Liberia. Esta innovadora solución, que consistía en pagar a los sierraleoneses por extraer diamantes de unas minas que la SLST había considerado como suyas, funcionó. «Así, la IDSO salió por la puerta grande», le comentó Blaize a Fleming, «y se dispuso a abandonar sus actividades y a desmantelarse».

«Tras establecer la Diamond Corporation en Sierra Leona y acabar con la compra ilícita de diamantes [CID] con la imposición de métodos comerciales legales, ya no había nada que no pudiera hacer el personal de seguridad de las minas o la policía local africana».5

Dejaban atrás un par de cabos sueltos y una organización de seguridad rudimentaria que se quedaba al cargo de la vigilancia de la zona. Pero, por lo demás, quedaba poco por hacer. Habían logrado frustrar

los planes soviéticos, habían detenido a los contrabandistas, y la paz reinaba en el mundo del diamante. Sir Percy volvió a Gran Bretaña y se convirtió en cofundador de una empresa de seguridad privada. Fred Kamil alimentó un rencor neurótico contra De Beers y Harry Oppenheimer que culminó en 1972 en el secuestro de un avión en el que supuestamente viajaba el cuñado de Oppenheimer con la intención de obligarle a organizar una reunión del más alto nivel entre Kamil y Oppenheimer. En lugar de eso, Kamil acabó pasando una desagradable estancia de 21 meses en una prisión de Malauí. Ian Fleming se hizo rico y famoso, y de John Blaize nunca más se supo. Más que nada porque nunca existió.

En realidad gran parte de la historia de Percy Sillitoe y de las intrigas hiladas por Ian Fleming eran exageraciones o estaban plagadas de errores. Ernest Oppenheimer nunca «se puso en contacto» con Sir Percy. Cuando Sir Percy se jubiló del MI5 abrió una tienda de chucherías en Eastbourne. Estuvo dos días vendiendo chuches para luego cerrar la tienda y pasarse varios meses intentando superar una depresión de caballo y escribir sus memorias sin éxito. Estaba perdido y sin rumbo... hasta que contestó a un anuncio anónimo de De Beers en el diario *The Times*. Tras volar hasta Ciudad del Cabo por fin se reunió con Oppenheimer, quien le informó que los comunistas tenían en marcha una enorme operación de contrabando de diamantes por toda África.⁶ Sillitoe trabajaría mano a mano con uno de los operadores del yacimiento llamado J. H. du Plessis, un ex agente de la policía sudafricana que posteriormente también escribió una autobiografía (parece que entonces todo el mundo escribía autobiografías falsificando tanto los nombres de los personajes como los datos que contenían). Según Du Plessis, «algunos de mis superiores me dejaron claro que sin el enorme flujo de diamantes industriales que llegaba hasta el otro lado del Telón de Acero procedente de África Central, la bomba de hidrógeno rusa no se hubiera desarrollado hasta mucho tiempo después. Se utilizaron cientos de miles de diamantes industriales para construir herramientas de alta precisión y demás instrumentos destinados a fabricar la bomba de hidrógeno rusa [...]».⁷ Y no sólo eso, según el autor los diamantes también se estaban usando para financiar los levantamientos contra el mundo occidental surgidos en Grecia, Líbano, Siria, Extremo Oriente y «una docena de sitios más».

Tras una larga carrera como agente de policía y ocho años al mando de la organización de contraespionaje británica, el Guerrero Frío que había en Sillitoe se estremecería al oír esas afirmaciones. Aunque en realidad no tenían mucho sentido. Los diamantes industriales ni escasean ni son caros. Ni antes ni ahora ni nunca. De hecho, la única excepción fue un corto periodo de tiempo durante la Segunda Guerra Mundial. Tampoco se utilizan para fabricar bombas de hidrógeno ni de ningún otro tipo. Se emplean en herramientas de corte o rectificación, y hubieran estado a disposición de los rusos —si los hubieran querido importar— a través de múltiples vías comerciales. Sea como fuere, para cuando Sillitoe accedió al puesto, y desde luego para cuando Ian Fleming escribió *The Diamond Smugglers*, los rusos ya habían empezado a extraer diamantes de sus minas de kimberlita en la República de Sajá (Yakutia), algo que evidentemente sabría De Beers, dado que —sólo unos meses más tarde— la empresa comenzó a negociar con los rusos para comprarles *su* materia prima.

Sierra Leona gestionaba un importante negocio de contrabando, de eso no cabía duda, pero Sillitoe no estaba ahí para solucionar eso. A él, en realidad, le habían contratado para solucionar un problema de comercio exterior. Un problema relacionado, además, con los diamantes gema de Sierra Leona, unas piedras que jamás se enviaron de manera encubierta hacia el Telón de Acero, de hecho ni siquiera se acercaron remotamente a la zona. Los diamantes llegaban a Amberes y desde allí salían ya como mercancía legal hacia joyerías de Londres, París y Nueva York. El «John Blaize» que le contó a Ian Fleming sus vivencias era en realidad un antiguo funcionario del MI5 llamado John Collard, al que probablemente le interesaran más los cubalibres que le pagaba Fleming que otra cosa. De hecho, durante la corta vida de la IDSO, que apenas llegó a los tres años, la organización sólo acusó de contrabando de diamantes a media docena de personas, y nunca encontró pruebas que demostraran que los diamantes africanos eran trasladados a la Unión Soviética —a pesar de las tonterías y elucubraciones de Ian Fleming.

Entonces, ¿qué era la IDSO? Evidentemente, la organización se creó para detener el contrabando y poner fin a la amenaza real que supondría para De Beers que el mercado se abasteciera de un chorro constante de diamantes. De Beers quería taponar el canal de Liberia.

En vista de las redadas que organizaban y de su asociación con matones como Fred Kamil, a quienes enviaban en misiones a la selva tropical, sí parece que ese fuera su objetivo. Pero no se quedaron sólo en eso, ya que al establecer oficinas de compra en Sierra Leona y al convencer al gobierno colonial británico para que renunciase a una legislación firme sobre la moneda extranjera, tras la guerra se hicieron con la divisa fuerte que necesitaban para competir en Sierra Leona con Liberia, cuya moneda era el dólar norteamericano. No hubiera sido posible levantar las restricciones sobre las divisas sin alguien de la talla de Sillitoe, y sin una excusa como la Guerra Fría. De Beers salió por la puerta grande con dos orejas y el rabo.

Pero los tiempos de bonanza no duraron mucho, tal y como demuestran los acontecimientos posteriores. Antes de abandonar la década de 1950 quisiera hacer dos apuntes más sobre la IDSO. En primer lugar quisiera mencionar la increíble arrogancia que emana de todas las historias que cuentan estos tipos. Si realmente se pensaba así durante las últimas etapas de las colonias, no me extraña que el Imperio británico se desmoronara tan rápidamente durante la siguiente década. Al hablar del comercio de diamantes ninguno menciona a los africanos más que para decir que cortaban kimberlita o sacaban gravilla. *The Diamond Smugglers* contiene una foto de tres adultos manipulando un martillo neumático enorme con el pie «*chavales* nativos cerca de la entrada de la mina Williamson». Ian Fleming cita a «John Blaize» cuando hace referencia al tema del uso de rayos X para controlar a los mineros: «No se pueden hacer tantas radiografías. Incluso los negros acaban llenos de rayos gamma». Luego apunta que Blaize censuraba a Liberia, «justificadamente». «Despreciaba a muchos de los negros burlescos que ocupaban cargos oficiales, pero menospreciaba aún más a los blancos que los apoyaban y a menudo incitaban su tendencia a aceptar sobornos». Fleming pone estas palabras en boca de «Blaize», pero la arrogancia, el racismo, el claro anti-semitismo y la estupidez que concentra *The Diamond Smugglers* presenta al creador de James Bond desde una perspectiva desconocida, como un tipo que observa a sus lectores desde la contraportada del libro con una pose forzada de aburrimiento y hastío mientras sostiene el cigarro y la boquilla de manera muy poco natural.

Peor es el caso de Fred Kamil, de quien nadie se acordaría si no hubiera dejado constancia de sus exageraciones por escrito. Fouad Bu

Kamil nació en un pequeño pueblo druso en el Líbano, y aunque sí consta que se mudara a Liberia e incluso llegó a trabajar para la IDSO, muchas de sus historias son inventadas. Nada extraño viniendo de un hombre tan desequilibrado como para secuestrar un avión con el fin de conocer a Harry Oppenheimer. La foto que acompaña su libro también es digna de mención: cigarro en mano mira y frunce el ceño para la cámara, dispuesto a comerse el mundo. En el libro recuerda una conmovedora historia de amor con una tal «Ann», la esposa de un misionero estadounidense enviado a Liberia. Kamil habla del marido de Ann, un tal «John», «un hombrecillo pelirrojo, que se aferraba a la biblia con la mano izquierda y mostraba el camino hacia la Salvación con la mano derecha». ¿Sería esa «Ann» la madre de una mujer que seguía buscando a Fred Kamil casi medio siglo después de sus andanzas por África Occidental? En 2002 relató una historia desgarradora. En una corta autobiografía habla de un hombre al que llama «Amin», un ex alcoholíco que conoció a sus padres, misioneros, en Monrovia a principios de la década de 1950. Su padre le bautizó cuando renunció al islam y fueron amigos íntimos durante varios años. En 1956, una noche «Amin» aprovechó que «John» no estaba para violar repetidamente a su madre, y repitió la hazaña en otras dos noches sucesivas. Finalmente, los misioneros plantaron cara a «Amin», que para entonces había vuelto a darse a la bebida y estaba envuelto en el contrabando de diamantes. Como buenos cristianos le perdonaron, y se marcharon de allí en busca de otra vida en otros países. Pero nunca lo olvidaron. Medio siglo después, la hija de John, que tenía tres años cuando ocurrieron los hechos, seguía recordando aquella noche. Ella tampoco lo había olvidado. «No sentimos sed de venganza», escribe. «La única emoción que sentimos es pena, pena por ver el camino que eligió... quiero que sepa que le hemos perdonado».⁸



Durante la década de 1990, alrededor del 25 por ciento del comercio mundial de diamantes en bruto estaba afectado por el contrabando, la evasión de impuestos, el blanqueo de dinero, la violación de sanciones, la guerra y el derrumbe estatal. Este 25 por ciento suponía dos mil millones de dólares en transacciones ilegales de diamantes en bruto en una

industria cuyo valor rondaba los 7,8 mil millones de dólares en 2002. A finales de la década de 1990 por fin se empezó a comprender el alcance del problema. En ese momento, dos ONGs, Global Witness de Gran Bretaña y Partnership Africa Canada (Partenariado África Canadá), revelaron la relación entre los diamantes y las guerras de Angola y Sierra Leona. Los informes de ambas organizaciones se centraban en los diamantes *de guerra* (también conocidos como diamantes *de conflicto*), una pequeña parte del problema pero cuyas consecuencias eran infinitamente peores.⁹ Los diamantes de guerra, o «de sangre», son diamantes utilizados por los rebeldes para comprar armas y alimentar la guerra.

Un Grupo de Expertos de la ONU enviado a Sierra Leona para investigar acerca de los diamantes de guerra encontró un volumen aún mayor de diamantes *ilícitos*. Las estadísticas sobre diamantes son muy difíciles de entender dado que cuando los diamantes en bruto llegan a Europa, India o a donde sea, se clasifican, se reclasifican y se recomercializan —varias veces— antes de llegar a la fábrica de corte y pulido. Según el informe de la ONU:

Al ocultar el origen de los diamantes, la industria se vuelve vulnerable a una serie de comportamientos ilícitos. Es bien sabido que los diamantes son objeto de robos en prácticamente todas las zonas mineras del mundo. Los diamantes llevan usándose mucho tiempo como divisa fuerte extraoficial para financiar transacciones internacionales. Al igual que ha ocurrido con otras materias primas, los diamantes se prestan especialmente a las operaciones de blanqueo de capitales gracias a su reducido tamaño y al hecho de que se pueden ocultar fácilmente y transportar de un país a otro para evadir impuestos, blanquear dinero o agilizar acuerdos comerciales. Casi todos estos diamantes acaban llegando al mercado legítimo, y el secretismo que ha rodeado desde siempre al sector ha facilitado que se llevaran a cabo todas esas transacciones ilícitas. La industria del diamante justifica el secretismo alegando motivos de seguridad, pero ese secretismo oculta también los comportamientos ilícitos.¹⁰

Los diamantes de guerra llegaban al sistema por las mismas vías que los diamantes ilícitos, al igual que ocurría desde hacía un siglo. La

persona encargada de transportarlos burlaba las aduanas o hacía una declaración falsa al pasar la frontera y luego llevaba los diamantes hasta una oficina de compraventa en Amberes, Bombay o Nueva York, por ejemplo. En realidad, podía ir a la ciudad que quisiera porque nunca le faltarían compradores. A veces los distribuidores viajaban hasta África para comprar los diamantes que vendían los rebeldes o un agente, o un tercero. Desde allí viajaban hasta Bélgica u otro país y los pasaban por la aduana sin declarar o hacían una declaración falsa.

Los diamantes se han prestado siempre al robo y al contrabando, y han servido para una serie de fines como alternativa fácil tanto a divisas fuertes como débiles. Son pequeños, pero tienen un gran valor al peso y aunque no son la mejor inversión posible, desde luego no pierden valor. Asimismo, los diamantes nunca han estado regulados. Hace mucho tiempo que los gobiernos descartaron intentar gravar las exportaciones e importaciones de diamantes dado que resulta prácticamente imposible rastrear y vigilar las remesas y los envíos.

Antiguamente, los departamentos de aduanas de casi todos los países recurrían a expertos técnicos que se encargaban de examinar y evaluar los diamantes. No obstante, con la excepción de Bélgica e Israel, los países no mineros no contaban con expertos en diamantes en la plantilla de aduanas, y en caso de que los hubiera, incluso en Bélgica e Israel, su función era valorar la mercancía, no identificarla. Los diamantes se transportaban libremente por las fronteras de EE. UU., Suiza, Gran Bretaña y otros países de la UE, y en la mayoría de los casos ni siquiera eran sometidos a ningún tipo de control. Las autoridades aduaneras simplemente anotaban el valor y origen declarados por el importador. En algunos países productores —Sudáfrica, Botsuana, Namibia, Rusia— se habían aprobado leyes y normativas muy estrictas, pero en otros países, especialmente en países consumidores como EE. UU., no existía ningún tipo de legislación aplicable. Cualquiera podía vender o comprar diamantes y no se comprobaba ni el valor declarado ni la correspondencia entre lo que compraba y lo que vendía el distribuidor.

Uno de los ejemplos más claros de blanqueo de dinero con diamantes en la década de 1990 tenía lugar en las zonas francas de los aeropuertos de Ginebra y Zúrich. Las instalaciones, conocidas como *Freilager*, fueron descubiertas por un Grupo de Expertos de la ONU ca-

si sin querer durante una visita al aeropuerto de Ginebra en el año 2000. Los lotes de diamantes llegaban a las *Freilager* bajo la atenta mirada de los agentes de aduanas suizos. Una minúscula parte se importaban directamente a Suiza, pero allí no había industria de corte y pulido ni tampoco bolsas de diamantes en bruto. La mayoría de los diamantes se llevaban a pequeñas salas alquiladas del aeropuerto, equipadas con básculas de diamantes e iluminación potente. Allí los lotes se abrían para clasificar los diamantes antes de volver a empaquetarlos y enviarlos hacia su siguiente destino. En algunos casos, simplemente se colocaba una nueva etiqueta sobre el paquete original y se emitía una factura nueva. Los miembros del Grupo de Expertos de la ONU se quedaron sorprendidos al ver cómo se desarrollaba una transacción de este tipo a plena luz del día, mientras comentaban el sistema con un alto oficial de aduanas suizo. Los miembros del Grupo estaban atónitos, pero el agente no, porque según él allí no estaba pasando nada ilegal.

No obstante, lo que estaba teniendo lugar era una operación de blanqueo de capital tan sencilla como efectiva. La mayoría de los agentes de aduanas del mundo se interesan por el lugar de origen de los productos, no por el lugar donde se han producido realmente. Por ejemplo, un modelo Ford fabricado en Alemania puede llevar un motor fabricado en Italia, paneles de chasis de fabricación francesa y electrónica japonesa, pero cuando se envía a Suecia, se cataloga como vehículo alemán. Cuando se trata de diamantes, los agentes preguntan por el «país de procedencia» no por el «país de origen». En este sentido, el concepto «país de origen» se refiere al país en el que están las minas de donde se extraen los diamantes, mientras que «país de procedencia» se refiere al país desde el que se ha enviado la remesa. El problema surge al comprobar que el término «procedencia» ha perdido su significado original, y en las estadísticas de muchos países se emplean «origen» y «procedencia» indistintamente, lo cual crea mucha confusión. Al hacer parada intermedia en Suiza y al cambiar las etiquetas y las facturas en las *Freilager*, los distribuidores ocultaban, de un plumazo, el origen de enormes remesas de diamantes. Así, en los archivos de 1999 Gran Bretaña registra la importación de diamantes en bruto sin clasificar por valor de 107 millones de libras esterlinas, de los que 44,2 millones de libras esterlinas eran de «origen» sui-

zo.¹¹ Obviamente, sólo podían ser de procedencia suiza, no de origen suizo, pero aparte de la incongruencia semántica se da otro problema. Ese mismo año, Suiza registró importaciones por valor de tan sólo 1,5 millones de francos suizos (1,3 millones de euros) en diamantes en bruto, por lo que era imposible que hubiera exportado la cantidad declarada en la aduana británica. Esta discrepancia —la aparente desaparición de más de 70 millones de dólares en diamantes— dependía de lo que registraran los agentes de aduanas suizos. Si los diamantes pasaban únicamente por los *Freilager* y no entraban en el país, los agentes no apuntaban la remesa en el registro. La razón era bien sencilla: si se incluían las enormes remesas de productos sin valor añadido que sólo hacían una escala de un par de horas en el aeropuerto se trastocarían seriamente las estadísticas comerciales nacionales. Así que, sencillamente, no se incluían.

Pero esto era sólo la punta del iceberg. Después de clasificar los diamantes en Gran Bretaña, muchos volvían a enviarse a Suiza. Gran Bretaña aparece como país de «origen» del 96,7 por ciento de todas las importaciones de diamantes clasificados y/o procesados parcialmente en 1999. Tras nacionalizarse suizos en su camino a Gran Bretaña, ahora pasaban a ser británicos para viajar a Suiza. Ese mismo año, el 96,4 por ciento de las exportaciones de diamantes suizos clasificados o procesados parcialmente llegaron a Israel, donde se registraron como productos «suizos».¹² Así, los diamantes salían de algún lugar de África para convertirse en gemas suizas, británicas y de nuevo suizas antes de llegar a su destino en Israel. Probablemente, la mayoría de estas transacciones no eran operaciones de trapicheo. Muchos de los diamantes que pasaban por Suiza eran diamantes de De Beers procedentes de África que viajaban de camino a Londres para su clasificación. De Beers hacía escala en Suiza por motivos de seguridad y para minimizar los impuestos británicos. Simplemente se aprovechaban de una laguna jurídica, no estaban haciendo nada para ocultar el origen de los diamantes. No obstante, la falta de claridad daba alas al mercado de la importación y exportación, ya que para otros este sistema se convertía en una oportunidad magnífica para blanquear bienes ilícitos.

Suiza no era el único país en el que se desarrollaban estas operaciones, ya que había instalaciones similares por todo el mundo y, gracias a ellas, el blanqueo de productos era un juego de niños. Alertada

por las críticas internacionales, Suiza intentó enmendar la plana y en 2001 empezó a registrar las estadísticas de tránsito de diamantes. Asimismo, las disposiciones del nuevo sistema de certificación de diamantes, descrito en el capítulo 12, han dificultado este tipo de blanqueo de diamantes. Pero la cosa no queda ahí, como veremos a medida que se vaya desarrollando la historia.

El comercio de diamantes se hace en secreto, de hecho, quizá sea la transacción más secreta de todas. Hasta hace bien poco, un apretón de manos bastaba para cerrar acuerdos multimillonarios. Lotes de diamantes por valor de decenas de millones de dólares han cruzado fronteras e incluso continentes enteros casi sin papeleo ni burocracia de ningún tipo. Esto se debía, en parte, a ese sistema tradicional, a esa forma de hacer negocios tan típica de una industria poblada de pequeñas empresas familiares (y alguna que otra grande), entre personas que se conocen desde hace varias generaciones. Por otra parte, el argumento era que este sistema garantizaba la seguridad y el transporte de mercancías de gran valor. Pero esas transacciones también daban lugar a robos, evasión de impuestos y blanqueo de dinero. En 2002, la policía detuvo a 22 joyeros de la calle 47 de Nueva York por comprar bienes «robados». Al año siguiente pillaron a otros once por blanqueo de dinero y a otros 30 mayoristas de diamantes les fueron incautados cuatro años de archivos, declaraciones de impuestos y balances financieros.

El secretismo no sólo oculta los trapicheos. Para mantener su control sobre el mercado, De Beers compró todos los diamantes que pudo durante generaciones, sin preguntar nunca nada acerca de su origen o procedencia. Así, desde la década de 1950 tuvo una colección bastante extraña e incompatible de compañeros de cama. Durante el apartheid, las naciones africanas productoras de diamantes recién independizadas —Congo, Tanzania, Sierra Leona, Guinea— no querían tener nada que ver con Sudáfrica, de donde procedía De Beers. Por no mencionar la incomodidad que supuso para la Unión Soviética después de que ésta descubriera minas de diamantes en su territorio durante la década de los cincuenta. El historial de De Beers, que negoció con los colonos portugueses de Angola hasta mediados de la década de 1970, y con el régimen del apartheid en África del Sudoeste hasta finales de los ochenta, obligó a la empresa a ingeniárselas lo mejor que pudo para

entablar amistad con los nuevos gerentes. Las operaciones se agilizaron, por un lado, gracias a la aportación de enormes volúmenes de capital a los nuevos regímenes y, por otro, por sus constantes esfuerzos por mantenerse alejados de la atención pública.

Por su valor, casi el 60 por ciento de los diamantes gema se extraen en África, y el porcentaje era aún mayor antes del descubrimiento de los últimos yacimientos en Canadá. Durante las décadas de 1960 y 1970, algunos países productores de diamantes africanos cayeron en la corrupción y el caos, pero los compradores de diamantes se mantuvieron firmes: no abandonaron sus puestos y simplemente empezaron a gestionar los negocios de una forma diferente. Por ejemplo, en Sierra Leona la producción formal de diamantes cayó de dos millones de quilates en 1970 a 48.000 quilates en 1988. Si bien el agotamiento de los recursos podía justificar parcialmente dicha caída, en realidad la causa era otra: uno de los regímenes más corruptos de la costa oeste del continente africano. Lo mismo ocurría en la República Democrática del Congo (RDC), conocida como Zaire entre 1971 y 1997. Pese a todo, el volumen total de diamantes que llegaba desde Zaire a los centros comerciales de todo el mundo, con Amberes a la cabeza, no disminuyó. El secretismo industrial permitía evitar los escollos burocráticos, y al llegar a la aduana belga se hacían pocas preguntas sobre la procedencia de los diamantes.

El sector de los diamantes cambió en África entre la década de los cincuenta y mediados de la década de 1980. Una parte importante de la producción procedente de países como Congo, Sierra Leona y Angola, entre otros, se ocultaba bajo un manto de secretismo que velaba una amplia red de corrupción, robo y contrabando. Los diamantes también se empleaban en operaciones de blanqueo de dinero, para mover capital a través de sociedades sin efectivo, o en economías cuyas divisas habían perdido valor. Por ejemplo, los comerciantes libaneses de Sierra Leona llevan décadas sacando diamantes de contrabando del país para repatriar ganancias, o para obtener una divisa fuerte con la que poder financiar importaciones de otros sectores comerciales: vehículos, productos petrolíferos, arroz y otros comestibles.

La mayoría de los gobiernos aceptaron hace tiempo que gravar los diamantes —incluso con tasas impositivas bajas— alentaría el contrabando, dado que los diamantes son una mercancía fácil de ocultar y

debido a la naturaleza tan opaca de las operaciones comerciales. Las tasas de exportación suelen rondar el tres por ciento en los países productores, y en el caso de los países de comercio, corte y pulido, por ejemplo, simplemente son inexistentes. Nunca se ha intentado restringir el comercio de diamantes. Un ejemplo ocurrido en la RDC ilustra claramente la situación: una empresa israelí llamada International Diamond Industries (IDI) obtuvo exclusividad sobre las exportaciones de diamantes de la RDC durante 18 meses en septiembre de 2000. El Ministro de Minas de la RDC defendió entonces la exclusividad aduciendo que «es la mejor manera de comercializar la producción de diamantes del Congo con una transparencia que inspirará confianza y tranquilidad en cuanto a la denominación de origen del país, algo que se aplicará a todos y cada uno de los lotes exportados por IDI». ¹³ No se aplicó ni una sola vez, en parte porque no era más que un intento mal velado del presidente Laurent Kabila por hacerse con más beneficios de la industria. Canceló las licencias de los demás distribuidores —que tuvieron que comprar anteriormente por 100.000 dólares cada una— y supuestamente recibió un pago multimillonario en agradecimiento al favor que le hizo a los israelíes. ¹⁴

Como resultado inmediato de este acuerdo las exportaciones de la RDC sufrieron una caída espectacular. Mientras tanto, al otro lado del río, Brazzaville, la capital de un país sin casi diamantes, vivió un cambio repentino y dramático. En agosto de dicho año, las importaciones belgas de diamantes de Brazzaville ascendían a cero. En octubre se registraron 37 millones de dólares en diamantes. ¹⁵

La situación se mantuvo así en Congo Brazzaville durante años, en parte gracias a la enorme corrupción y a las malas intenciones del dictador de la RDC, Mobutu Sese Seko. Bajo su gobierno, la producción oficial de diamantes del Congo descendió de 18 millones de quilates en 1961, a 12 millones en 1970 y a sólo 8 millones en 1980, hasta su estabilización en unos 6,5 millones de quilates en los noventa. Según los archivos, la producción cayó «inesperadamente», aunque en realidad se debió a que Mobutu «informalizó» gran parte de la industria del diamante para controlar tanto el sector como las ganancias resultantes, ya fuera personalmente o delegando en sus colegas. Mineros, intermediarios y *diamantaires* idearon un sencillo plan para escapar de su avaricia y de un estricto régimen fiscal no oficial (también conocido

como «sistema de sobornos»). Simplemente empezaron a transportar la mercancía de contrabando por el río hasta Brazzaville. Los altibajos en las importaciones belgas de diamantes desde la zona de Brazzaville sirven de barómetro relativamente fiable para medir la guerra y la corrupción en la RDC. En 1997, con la RDC inmersa en un caótico traspaso de poderes de Mobutu a Kabila, Bélgica importó diamantes por valor de 454,6 millones de dólares de Brazzaville. En cambio en 1999, con la situación más calmada y con Kabila postulándose como una bocanada de aire fresco que acabaría con la corrupción y el amiguismo del pasado, Bélgica importó sólo 14,4 millones de dólares en diamantes de Brazzaville, con un aumento simultáneo de las importaciones de la RDC. Pero en el año 2000 Kabila ya estaba de capa caída, y el volumen importado desde Brazzaville ascendió a 116,6 millones de dólares, y se multiplicó casi por dos en 2001 cuando ascendió a 223,8 millones.¹⁶

Muchas de las estadísticas recogidas en este libro se basan en el comercio de diamantes entre diferentes países y Bélgica, en parte porque más del 80 por ciento de los diamantes en bruto que se mueven en el mundo pasan por Amberes cada año. Pero, fundamentalmente, porque Bélgica recopila y publica las estadísticas sobre el comercio de diamantes. Algo que no hace la mayoría de los demás países. Por norma general, las estadísticas sobre el comercio de diamantes o bien se guardaban bajo llave —como en Rusia, donde hasta 2005 los diamantes se clasificaron como un «mineral estratégico»— o simplemente no se publicaban por desconocimiento o falta de interés. Sin embargo, las estadísticas que sí llegaban a publicarse poco tenían que ver con las estadísticas publicadas por otros países. El tema de la zona de tránsito creaba mucha confusión. Al igual que la cuestión de las definiciones. Por ejemplo, al exportar diamantes canadienses a Bélgica se registraban bajo un epígrafe de aduanas al salir y bajo otro al llegar a su destino, dificultando e incluso imposibilitando la reconciliación de las cifras comerciales. Por otro lado, no existía mucha información fiable sobre la producción total anual de los países mineros, con lo que era difícil detectar anomalías entre producción real y exportación. Sin embargo, no fue difícil en el caso de Liberia, un país con poca producción de diamantes que, sin embargo, aparece como país de origen de un impresionante total de 2,2 mil millones de dólares

en diamantes en bruto que llegaron a Amberes entre 1994 y 1999. Hasta que la ONG Partnership Africa Canada identificó esta «anomalía» parece que a todo el mundo le daba igual. (El Consejo de Seguridad de la ONU prohibió los diamantes «liberianos» 18 meses después, en mayo de 2001).

La opacidad que rodeaba las estadísticas creaba otro subterfugio para el intercambio de diamantes, similar a la maniobra suiza, aunque en muchas ocasiones lo único que cambiaba de manos eran los documentos. Durante los noventa, Bélgica importó remesas de diamantes procedentes de Sierra Leona, Costa de Marfil, Guinea, Gambia y Liberia que superaban con creces la producción total de dichos países. La diferencia entre las exportaciones oficiales de diamantes en bruto de estos cinco países de África Occidental y las importaciones registradas por Bélgica entre 1994-1999 ascendía a una media de unos 660 millones de dólares al año. Es decir, Bélgica recibía anualmente 660 millones de dólares en diamantes no contabilizados. Algunos de los diamantes declarados como gambianos podrían haber pasado por Gambia, y muchos de los diamantes «liberianos» procedían de operaciones de contrabando organizadas desde Sierra Leona. Sin embargo, una gran parte de los miles de millones de dólares intercambiados en diamantes «liberianos» jamás pasaban ni remotamente cerca de Liberia, uno de los países más agitados y peligrosos del mundo durante esos años en cuestión. Podemos suponer, por tanto, que la mayoría de los diamantes a) se producían en países registrados por las autoridades de importación belgas y no se registraban como exportaciones (es decir, eran de contrabando); o b) se extraían en otros países y se importaban a Bélgica con declaraciones aduaneras falsas. Liberia nunca ha destacado por la producción de diamantes, ni en cuanto a volumen ni calidad, y en Gambia directamente no hay diamantes. Por tanto, estaban importando mercancía ilícita por un valor sorprendente: casi el diez por ciento de la producción anual global.

Sin embargo, no fueron los únicos países en comerciar con bienes ilícitos durante la década de 1990. Por ejemplo, el director de la Angolan Selling Corporation (ASCorp) afirmó que en 2000 de Angola salieron entre 350 y 420 millones de dólares en diamantes de contrabando, alrededor del cinco por ciento de la oferta global.¹⁷ De esta forma, la mayoría de las importaciones belgas de diamantes de la Re-

pública del Congo (Brazzaville) podrían considerarse ilícitas. Congo Brazzaville produce pocos diamantes, lo cual no impidió que exportara gemas por valor de 2,2 mil millones de dólares entre 1994 y 1999 —o, lo que es lo mismo, un media de 377 millones de dólares al año—, así como 116 millones de dólares en 2000 y 224 millones de dólares en 2001. La media del periodo de 1994-1999 representa el cinco por ciento de la oferta global de todo el mundo, una proporción enorme para un país sin una industria de extracción de diamantes. Sudáfrica exportó diamantes de «origen cuestionable» por valor de 200-250 millones de dólares en un año. Ese «origen cuestionable» incluía diamantes procedentes de robos en minas y bienes de contrabando de Angola y la RDC entre otros.¹⁸ Los robos registrados en minas de otros países también contribuyen a la cifra. El total varía, pero los cálculos rozan incluso el 30 por ciento de Namdeb en Namibia en 1999, así como el 2-3 por ciento de la producción anual de Botsuana, unos 2 mil millones de dólares.¹⁹ También se han llevado a cabo operaciones de blanqueo de dinero y de contrabando de diamantes en países productores, además de en los principales países de comercio, corte y pulido: Israel, India, Suiza, Gran Bretaña, Estados Unidos, así como en países con menor peso internacional. Las exportaciones de diamantes en bruto desde los Emiratos Árabes Unidos (Dubái) a Bélgica crecieron exponencialmente a finales de los noventa: de 2,5 millones de dólares en 1997 hasta 149,5 millones de dólares en 2001. También se registraron aumentos importantes en las remesas enviadas desde EAU hacia Israel. Las exportaciones de diamantes en bruto desde Hong Kong a Bélgica aumentaron un 370 por ciento entre 1997 y 2001.

En Rusia surgió un fenómeno conocido en el sector del diamante como el «submarinismo»: diamantes por valor de hasta 1,6 mil millones de dólares se vendían dentro de Rusia a empresas de corte y pulido rusas. Como Rusia no tenía capacidad económica para procesar tal volumen de diamantes, las excedencias se «exportaban» sin dejar constancia de las mismas en estadísticas o acuerdos oficiales. Otro término por el que también se conoce este fenómeno es «fuga». Dado que los diamantes se intercambiaban con otras etiquetas, la mercancía fugada no aparecía en los archivos de importación como diamantes de origen ruso.²⁰ También se podrían definir como bienes «ilícitos», o incluso «corruptos».

El secretismo que ha rodeado históricamente las estadísticas sobre los diamantes también ha propiciado una doble contabilidad. Parte de la mercancía de contrabando de Angola puede haberse anotado en las cifras de Brazzaville o de países del África Occidental, por ejemplo. El análisis de estas cifras, y las cifras que posiblemente se obtendrían de países que no llevan un registro contable de sus exportaciones o de su producción, sugiere que alrededor del 25 por ciento del comercio mundial de diamantes podría proceder de fuentes ilícitas, y es posible que esta interpretación se quede incluso corta. Por tanto, hasta principios de 2003, cuando se introdujo el nuevo sistema de certificación, una media de uno de cada cinco diamantes en bruto procedía de un robo, del blanqueo de dinero o se había utilizado para evadir impuestos.

¿A qué se debía un porcentaje tan alto? Los motivos son bien sencillos: los diamantes son fáciles de transportar, tienen un valor muy alto y están al alcance de los distribuidores; el sector se ampara en el inherente secretismo que rodea el mercado y en la falta de control gubernamental, en la ausencia de datos para comprobar las operaciones más rudimentarias de traspaso de diamantes dentro y fuera de las fronteras de un país; y la industria se beneficia de una escasa vigilancia y de multas de poca importancia. Estos «motivos» representan la *oportunidad* que hace posible el tráfico de diamantes, mientras que la *motivación* histórica ha sido principalmente la evasión de impuestos y el blanqueo de dinero. En cuanto al blanqueo de dinero, los diamantes son una alternativa atractiva en países sin una divisa fuerte, un problema que afecta comúnmente a África. No obstante, también se ha relacionado con el dinero procedente de la droga, el crimen organizado y el terrorismo internacional, como demostrarán los siguientes capítulos. Los diamantes de guerra son el extremo más radical. Son diamantes ilícitos que se utilizan para algo todavía peor: para financiar armamento y alimentar las guerras de los rebeldes. En esta zona han tenido un efecto devastador. Durante las últimas dos décadas, millones de personas han perdido la vida en guerras abastecidas o causadas por los diamantes. Son todavía más los desplazados, y se han llegado a destrozarse países enteros. No obstante, el flujo de diamantes no ha cesado en ningún momento en todos esos años. Los diamantes nunca han escaseado. Los *diamantaires* que comerciaban con diamantes ilícitos

tos o diamantes de guerra se salían con la suya sin prácticamente enfrentarse a detenciones, sentencias o ni siquiera una reprimenda. Ninguna novia se ha quedado nunca sin anillo de compromiso por la escasez de oferta o por los repuntes de los precios.

CAPÍTULO 2

EL CAUDAL DE LOS ALTOS BENEFICIOS: GEOLOGÍA E HISTORIA

*El ornamento no es, pues,
más que la orilla falaz de una mar peligrosa*
— Shakespeare, *El mercader de Venecia*

El diamante es la forma de carbono más pura que se conoce. Su formación requiere un calor intenso y una presión muy alta, unas condiciones que se presentan en dos tipos de rocas —la eclogita y la peridotita—, a una profundidad de entre 120 y 200 kilómetros bajo la superficie terrestre. No sabemos si la cristalización del diamante fue rápida o si, por el contrario, tardó millones de años, pero lo que sí sabemos es que ocurrió cuando la tierra era mucho más joven que el planeta que hoy habitamos. La mayoría de los diamantes se formaron hace más de un billón de años. La mayor parte de las piedras llegan a la superficie, o rozan la superficie, gracias a unas erupciones gaseosas que se abren camino a través de las vetustas «zonas de estabilidad del diamante» o cratones y que arrastran los diamantes hacia la superficie cuando consiguen atravesar la corteza terrestre. Estos mini volcanes gaseosos entraron por última vez en erupción hace 50 millones de años, un proceso durante el cual se formaron unos «caminos» con forma de zanahoria en una roca gris-verdácea llamada «kimberlita», son los llamados caminos kimberlíticos. Gran parte de esos caminos

kimberlíticos no lograron atravesar la corteza para llegar hasta la superficie, y entre los miles que sí lo lograron —y de los que se tiene constancia hoy en día— sólo una docena atravesó las zonas de estabilidad del diamante. De los 5.000 caminos que realmente contienen diamantes, menos de 100 han resultado ser económicamente viables. Los caminos kimberlíticos presentan diferentes tamaños en superficie. El mayor camino se encuentra en Fort à la Corne en Saskatchewan, con un diámetro de un kilómetro. Los más pequeños tienen un diámetro de un metro. La naturaleza de la erupción de la kimberlita —el calor, la presión y la velocidad con los que la roca y los diamantes llegaron hasta la superficie— determina el tamaño, la calidad y el volumen de las piedras. La proporción diamante-kimberlita puede ser tan baja como una parte por cada 20 millones, pero en las minas de alta calidad se pueden producir entre tres y cinco quilates por tonelada. Es decir, de cada 150 toneladas de roca y gravilla se obtiene aproximadamente una onza (28,35 gramos) de diamantes.

La primera gran mina de De Beers, en Kimberley, Sudáfrica, abrió en 1871, y en los 43 años que estuvo operativa produjo 14,5 millones de quilates de diamantes. Hoy en día no queda más que el *Big Hole* (el Gran Agujero), una mina a cielo abierto con una profundidad de casi un kilómetro y un diámetro de medio kilómetro. En los yacimientos recién descubiertos en el Ártico canadiense se han encontrado minas de casi un kilómetro de diámetro de las que se espera poder extraer diamantes por valor de más de un millón de dólares al día, si bien para ello habrá que extraer millones de toneladas de kimberlita y roca de escombros.

Sin embargo, los primeros yacimientos de diamantes, y los diamantes que han causado tantos conflictos e inestabilidad, proceden de una fuente completamente diferente. Casi todos son diamantes de depósitos aluviales, llamados «diamantes aluviales». Los diamantes aluviales se forman de igual manera que los diamantes procedentes de los caminos kimberlíticos, pero el paso de los siglos ha erosionado la parte superior del camino haciendo que la kimberlita esté reblandecida, y expuesta a quién sabe cuántos millones de inviernos, veranos y lluvias, se haya desmenuzado y fragmentado para ser transportada por innumerables arroyos y ríos, cuyos cursos han ido variando a lo largo de los años. El agua de los glaciares puede haber transportado la gravilla a

cientos o miles de kilómetros de su lugar de origen, hasta llegar a océanos o a lo que se convertiría en océanos. Los diamantes encontrados hoy en día en un país pueden proceder, en realidad de otro. En ocasiones resulta imposible saber la fuente exacta de los mismos. Estos diamantes aluviales se encuentran a veces a escasos metros de la superficie terrestre, en diferentes concentraciones que han quedado desperdigadas a lo largo y ancho de cientos de kilómetros cuadrados. Las minas de kimberlita requieren de maquinaria pesada y su disposición hace que puedan ser vigiladas fácilmente, mientras que para hacerse con los diamantes de los depósitos aluviales sólo se necesitan equipos rudimentarios de extracción y mucha mano de obra. Asimismo, al encontrarse en áreas mucho más amplias las actividades de extracción son mucho más difíciles de controlar.

La existencia de los diamantes se conoce desde la antigüedad, y las primeras piedras se extrajeron originalmente en la India. Las primeras referencias escritas han aparecido en manuscritos redactados en sánscrito fechados en el año 300 AC. Estos diamantes indios fueron sin duda los que se utilizaron para adornar el pectoral del alto sacerdote descrito en el pasaje del Éxodo 28:18: «Y harás el pectoral del juicio, obra de hábil artífice... Montarás en él cuatro hileras de piedras. La primera hilera será una hilera de un rubí, un topacio y una esmeralda... En la segunda, una esmeralda, un zafiro y un diamante». Ezequiel y Jeremías también aluden a la gema, y Zacarías habla de la reacción del pueblo al enfrentarse a las palabras de los profetas: «Endurecieron su corazón como un diamante». La palabra diamante procede del término griego *adamas*, implacable o inflexible, origen de la palabra moderna, diamante (o *le diamant*). Plinio el Viejo, en el siglo I DC narra la leyenda del Valle de los Diamantes, en algún lugar de Oriente: «El diamante es el bien más valioso de la tierra, digno de reyes engarzado en el oro más fino. Son conocidos seis tipos, de los cuales el indio y el árabe son de una dureza tal que, al ser golpeados con un yunque, devuelven el golpe con una potencia que destroza el martillo y el yunque».¹

Los diamantes «árabes» que pudieran haber llegado hasta allí sin duda fueron transportados por comerciantes, probablemente desde la India, donde seis u ocho siglos antes fueron descubiertos los primeros diamantes. Por aquel entonces, los diamantes eran codiciados por su

dureza, y por sus supuestos poderes sobrenaturales: eran garante de victorias bélicas, evitaban el mal de ojo y servían como antídoto al veneno. Entonces las piedras no se tallaban, con lo que no tendrían la belleza de hoy en día, algo que no impedía que hubiera una gran demanda de las mismas debido a su rareza, dureza y propiedades mágicas. Se dice que Marco Antonio vistió una capa con bordados de oro y botones de diamantes durante la coronación de Cleopatra en el año 33 AC.²

El verdadero secreto de los diamantes tardaría varios siglos en salir a la luz. Primero empezó a pulirse de manera rudimentaria y posteriormente, tras someter la piedra a tallas y pulidos más científicos, se reveló la refacción, el reflejo y la dispersión de luz del diamante, las cualidades que le dan ese brillo y «fuego» tan especial. Carlomagno, rey de los francos y fundador del Imperio Carolingio en el año 800, poseía dos diamantes semi-pulidos. En los retratos de reyes y príncipes europeos de los siglos XIII y XIV, los retratados van ataviados con diamantes sin tallar. Venecia se convirtió en el centro de una potente industria de tallado a principios del siglo XIV y, a finales de siglo, hicieron su aparición varios centros menores en París, Brujas, Amberes y Lisboa. A mediados del siglo XVII, los diamantes ya decoraban coronas y cetros de los monarcas europeos más ricos y poderosos. El Cardenal Mazarino, ministro principal de Luis XIV, compró a Oliver Cromwell los diamantes del decapitado monarca inglés, Carlos I, ampliando así la creciente colección del Rey Sol. Luis XIV también compró una enorme piedra azul india, que escondía un diamante de 44 quilates llamado el Diamante de la Esperanza o el diamante azul. Este diamante, conocido originalmente como el diamante «Tavernier Blue», llegó a Francia en una bolsita portada por Jean-Baptiste Tavernier, un empedernido comerciante de diamantes que viajó seis veces a India durante el siglo XVII. Tavernier amasó una gran fortuna vendiéndole varios diamantes al rey, pero ninguno de ellos superó en valor al diamante azul que transportó desde las minas de Golconda en el centro de India y por el que Luis desembolsó 220.000 *livres*, alrededor de 1,4 millones de euros de hoy en día.

Sin embargo, la India tenía los días contados como productora de diamantes. El país del que salieron el Diamante de la Esperanza, el Koh-i-Noor de 108 quilates, el Gran Mogol de 280 quilates y el Regent,

también de 140 quilates, y que pudo llegar a producir un total aproximado de 30 millones de quilates a lo largo de su historia diamantística, quedó eclipsado en 1750 por la aparición de un nuevo productor: Brasil. Como ya ocurriera antes en la India, en la colonia portuguesa los diamantes también aparecieron de forma inesperada en una mina de la que se extraía oro. Tras el descubrimiento de las primeras piedras en los ríos de la provincia oriental de Minas Gerais en 1725, la zona de extracción se amplió hasta cubrir otros rincones del estado de Mato Grasso. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, la producción de diamantes osciló entre los 25.000 y los 50.000 quilates al año, llegando casi hasta la barrera de los 200.000 quilates al año en la década de 1850. Pero la minería brasileña también tenía los días contados, y a finales del siglo XIX el país se convertía en un productor de diamantes relativamente menor.

Brasil, que había eclipsado a la India, quedó eclipsado a su vez por una nueva fuente de diamantes que pronto excedería la menguante producción de Sudamérica. Según cuenta la leyenda, el sector del diamante entró en la edad moderna cuando en 1867 un chaval sudafricano de quince años de nombre Erasmus Jacobs salió un día a buscar palos. Palos no encontraría, pero lo que sí encontró fue un diamante de 21 quilates que se bautizó como el «Diamante Eureka», ¡muy apropiado! La madre de Erasmus Jacobs se lo entregó a un vecino sin pedir nada a cambio y la piedra fue cambiando de manos hasta que llegó a Gran Bretaña donde pasó por las manos de talladores que lo convirtieron en un diamante de 10,73 quilates. Fue cambiando de dueño hasta que fue comprado por De Beers en 1967 para su repatriación a Sudáfrica y su posterior exposición en un museo. El descubrimiento de Jacobs desató la fiebre del diamante. Durante aquella primera etapa, uno de los mejores yacimientos sudafricanos se encontraba en las inmediaciones de una granja en el pueblo de Kimberley, perteneciente a dos hermanos de apellido De Beer. Los hermanos compraron la granja por 50 libras esterlinas y probablemente pensaron que habían hecho un negocio redondo cuando se la vendieron a un consorcio de mineros por seis mil guineas antes de desaparecer para siempre. Lo que no desapareció fue su apellido, que se convertiría en el nombre de una de las empresas más legendarias de todos los tiempos. En 1872 ya había 50.000 mineros en la zona, y la granja De

Beers llegó a producir 600 millones de libras esterlinas en diamantes.

Poco se supo de la geología del diamante hasta la década de 1870. Los diamantes indios eran aluviales, y su origen sigue siendo desconocido a día de hoy. Los diamantes brasileños también eran aluviales y, en Sudáfrica, en un primer momento se pensó que procedían únicamente de aquella kimberlita amarilla, oxidada y ubicada a escasa profundidad donde se encontraron las primeras piedras. Debajo de la kimberlita apareció una tierra azul en la que supuestamente no había diamantes. Pensando que se había agotado su fuente de ingresos, los mineros se afanaron en buscar empresarios o idiotas a los que venderles sus concesiones. Uno de ellos era un joven recién llegado de Inglaterra llamado Barney Barnato. En 1876, con veinticuatro años, empezó a comprar las concesiones de los mineros y siguió cavando aquella roca azul que pronto tomaría el nombre del pueblo cercano. Antes de finales de año había logrado convertir su inversión inicial de 3.000 libras en 90.000 libras esterlinas. Pronto volveremos a encontrarnos con Barney Barnato sentado sobre el borde del que pronto se convertiría en el «Gran Agujero» bajo la atenta mirada de otro joven agitado, Cecil Rhodes.

África se convirtió en el continente de los diamantes. La exploración se inició en 1906 en el llamado Estado Libre del Congo —aunque el estado tenía poco de libre dado que la colonia era propiedad personal del rey belga Leopoldo II desde la década de 1880. Leopoldo plantó su ensangrentada bandera en el Congo y comenzó a saquear sistemáticamente las reservas de marfil, madera, algodón, aceite de palma, caucho, oro, cobre y hojalata del país. El pueblo sufrió toda clase de atrocidades; el trabajo forzoso, el saqueo y el incendio de pueblos, la toma de rehenes, las masacres y el exterminio de los detractores estaban a la orden del día. El hambre y las epidemias se sucedían, pero jamás cesaron los trabajos de extracción y las exportaciones. Fuentes fiables calculan que la población del Congo perdió unos diez millones de habitantes entre 1880 y 1920³ en lo que podría calificarse de un genocidio en toda regla. Los primeros diamantes congoleños se descubrieron en 1907, un año antes de que una indignada comunidad internacional obligara a Leopoldo a ceder el control de la colonia al gobierno belga. Los diamantes procedían de los depósitos aluviales del río Tshikapa, cerca de la frontera con Angola. Al seguir su rastro, los

mineros dieron con los diamantes de aquella colonia portuguesa en 1912.

El siguiente gran descubrimiento se produjo en un país entonces conocido como África del Sudoeste Alemana, la Namibia actual. En 1908, un antiguo empleado de De Beers estaba retirando la arena de la vía del ferrocarril cuando se topó con una piedra que le resultó familiar. A ese primer diamante le siguieron docenas de millones de diamantes. Las piedras también procedían de depósitos aluviales situados en una franja costera desierta y despoblada que se extendía a unos 350 km al norte del Río Orange. En menos de un año, consorcios o asociaciones alemanas se agolpaban en todos los yacimientos de diamantes conocidos, normalmente gestionados con concesiones a 50 años en territorios a los que no se podía acceder, por mandato del gobierno alemán, sin un permiso específico. La zona se conocía como *Sperrgebiet* o «territorio prohibido», donde a día de hoy los intrusos aún se enfrentan a penas de cárcel o fuertes multas económicas, y a sentencias incluso peores si se demuestra que llevaban diamantes cuando fueron detenidos.

No tardaron en aparecer otros yacimientos importantes al norte de África Occidental. En 1919 se descubrieron diamantes en la Costa de Oro, la actual Ghana, y para 1930 ya se había desarrollado una respetable industria de extracción de diamantes en la Provincia Este. En ese mismo año, 1930, un reducido equipo de investigación geológica encontró un cristal cerca del arroyo Gboraba mientras analizaban gravilla extraída de los lechos del arroyo en busca de minerales pesados. El cristal resultó ser un diamante y el Distrito de Kono dio el pistoletazo de salida a la fiebre del diamante en Sierra Leona. Al día siguiente encontraron otro diamante en el mismo lugar. La colonia de Sierra Leona, la primera de Gran Bretaña en África Occidental, llevaba casi medio siglo aquejada de un estancamiento económico, sumida en una preocupante depresión debido a la falta de recursos. A pesar de que el descubrimiento fue transmitido debidamente a las autoridades coloniales, éste atrajo poca atención hasta que llegó a oídos del Consolidated African Selection Trust (CAST) que extraía diamantes de la Costa de Oro. Un equipo de prospección del CAST viajó hasta la zona en marzo de 1931, y poco después quedó bien patente que Sierra Leona sería una fuente importante de diamantes aluviales de calidad gema de gran valor.

Durante esta misma época se encontraron yacimientos menores en Guinea, Liberia y Côte d'Ivoire, y en la década de 1940 un geólogo canadiense llamado John Williamson encontró por casualidad uno de los mayores caminos kimberlíticos del mundo, en el Protectorado británico de Tanganyika, la actual Tanzania. La kimberlita de Williamson ocupa una extensión de 146 hectáreas. A pesar de la baja densidad de diamantes gema, la Mina de Williamson se convirtió en una fuente importante de diamantes industriales durante la Segunda Guerra Mundial.

Durante el siglo XIX se encontraron diamantes aluviales en Rusia, pero hasta la década de los cincuenta no se descubrieron los lucrativos yacimientos de Yakutia, la mitad de los cuales estaban situados al norte de Círculo Ártico. Según cuentan, un geólogo ruso siguió a un zorro con una mancha azul en la tripa hasta su guarida para dar con el primer camino kimberlítico. En 1959 ya habían encontrado 120 caminos y aún se encontrarían muchos más. En África también seguían buscando nuevas fuentes de diamantes. Las prospecciones se trasladaron al Protectorado británico de Bechuanalandia, ahora Botsuana, en 1956. En esta ocasión, los geólogos se sirvieron de hormigas en vez de zorros, ya que éstas al construir los hormigueros sacaban a la superficie interesantes materiales, o al menos eso dicen. Dieron con el primer camino kimberlítico en 1967, y la primera mina, la mina de Orapa, comenzó a funcionar en 1971. Botsuana actualmente tiene unas estadísticas de diamantes impresionantes. En el año 2008 la única empresa de extracción de diamantes del país, Debswana, produjo más de 32 millones de quilates en diamantes, con beneficios de 3,3 mil millones de dólares.⁴ Ese año, los diamantes representaron un tercio del PIB anual de Botsuana, así como tres cuartos del valor de la exportación total nacional, y constituyeron aproximadamente el 50 por ciento de todos los ingresos directos que llegaron a las arcas públicas. Es decir, esta industria —alimentada por cuatro minas de extracción de diamantes— producía en solitario el 25,7 por ciento del total en valor de todos los diamantes en bruto producidos en el mundo.

Australia llevaba años extrayendo diamantes aluviales de poco valor comercial. Las cosas cambiaron tras el descubrimiento de una mina importante en Australia Occidental en 1979. Tras cinco años de funcionamiento, la mina de Argyle ya producía 30 millones de quilates al

año, y, a finales de la década de 1980, Australia producía casi un tercio de los diamantes del mundo en peso. A pesar de que sólo un cinco por ciento de los diamantes australianos son de calidad gema, su descubrimiento cambió la distribución de la producción global.

La industria volvió a revolucionarse en 1991 tras el descubrimiento de minas de diamantes en Canadá, a 300 kilómetros al noreste de Yellowknife. Algunas de las empresas de extracción de diamantes más importantes del mundo, con De Beers entre ellas, llevaban años haciendo prospecciones en Canadá sin resultados. Al igual que en el caso de John Williamson en Tanganyika, el equipo de prospección geológica en Sierra Leona y demás mineros que se habían topado con los diamantes por casualidad, el descubrimiento canadiense se produjo gracias a un equipo con mucha determinación y poca financiación compuesto por dos personas: un prospector y un geólogo, que siguieron las pistas geológicas desde las regiones más apartadas de Arkansas, pasando por morrenas glaciares y sierras hasta adentrarse en las congeladas tierras de los Territorios del Noroeste. En un principio parecía que el proyecto prometía, pero a finales de 1998 los diamantes canadienses seguían sin estar a la altura: en peso, el 32 por ciento de la producción mundial procedía de Australia, alrededor del 20 por ciento procedía de la República Democrática del Congo, el 16 por ciento de Botsuana y Rusia, el nueve por ciento de Angola y el cinco por ciento del resto de otros países. Canadá no representaba más que un 0,23 por ciento de la producción mundial en peso. No obstante, si las estadísticas se basan en el valor de la producción, la cosa cambia bastante. En 2008, Botsuana encabezaba el grupo con más del 25 por ciento del total global estimado en 12,7 mil millones de dólares, le seguía Rusia con el 19,7 por ciento; Sudáfrica con el 9,7 por ciento y Angola con el 9,5 por ciento. Transcurrida menos de una década, Canadá ya se había hecho con el 17,7 de la producción mundial y casi superaba en valor a la producción de Botsuana y Rusia. Y se espera que ese porcentaje siga creciendo.⁵

This page intentionally left blank

CAPÍTULO 3

DE BEERS: ESA DELICADA EQUIPONDERANCIA

Le vendí todas las piedras a De Beers. De lo contrario, es decir si las hubiera colocado en el mercado abierto, hubiera alterado la delicada equiponderancia del valor de los diamantes. Cuando me puse a echar cuentas, comprobé que había amasado una fortuna de algo más de un cuarto de millón de libras. La riqueza no me impresionó. Más bien me dejó helado. Era una fortuna comprada con sangre.

— John Buchan, *Preste Juan*, 1910

En la década de 1870, casi una década después de que se desatara la fiebre del diamante en Sudáfrica, todavía había mucha riqueza por descubrir en la zona, algo de lo que eran bien conscientes los cazadores de fortunas que se arremolinaban por todo el país. Uno de ellos, un joven británico de tez pálida, llegó a Sudáfrica a la edad de 17 años con la intención de cultivar algodón. Ironías del destino, el chaval acabó en Kimberley donde compró una cesión sobre una mina de diamantes. Tras alquilarles unas bombas de agua de vapor a unos mineros cuyas extracciones se habían inundado, se puso manos a la obra. El 1 de abril de 1880, con 28 años y con un capital de 200.000 libras en la cuenta, Cecil John Rhodes constituyó la De Beers Mining Company, una empresa en la que fusionó sus acciones con las de otros dos consorcios para hacerse con la parte principal de la mina situada bajo el terreno sobre el que antaño se erigió la granja de los hermanos De Beers. Desde el principio, Cecil Rhodes y su De Beers Company se

centraron en lograr algo más que sólo los diamantes. Los estatutos de la empresa —una clara muestra de la arrogancia de la época— permitían, entre otras cosas, «tomar medidas para mejorar la gobernanza de cualquier territorio, reunir y mantener un ejército, y llevar a cabo operaciones bélicas». *Operaciones bélicas*.

Pero primero fueron los diamantes. Mientras Rhodes se afanaba por hacerse con el control de una parte de los diamantes de Sudáfrica, Barney Barnato, antiguo artista del *music hall* londinense, se hacía con el resto. La empresa de éste último, Central Diamond Mining Company, controlaba el «Gran Agujero», aquella mina a cielo abierto de donde se habían extraído tres toneladas y media de diamantes antes de que se agotara. Barnato firmó un acuerdo con una empresa francesa, *La Compagnie Française des Diamants du Cap* —conocida como «la compañía francesa»— para entrar a formar parte de Kimberley Central. Sin embargo, el principal problema residía en que los diamantes estaban inundando el mercado creando una fluctuación de precios brutal. Rhodes concibió un sistema de estabilización de precios basado en una fusión de todas las empresas. Y con «todas» quería decir *todas* las empresas. En 1887, sólo quedaba una empresa independiente: la «Central» de Barnato. Tras abordarle de frente sin éxito, Rhodes optó por hacerle a Barnato, a quien una vez calificó «actorcillo», una oferta amistosa que beneficiaría a ambos a la hora de pactar precios: él adquiriría todas las participaciones francesas de la Compañía Francesa y se las entregaría a Barnato por 300.000 libras esterlinas en efectivo y 70.000 acciones de Kimberley Central. Así, Barnato recibiría dinero en efectivo y se haría con la totalidad de la Compañía Francesa... a un precio bastante más razonable que si se metiera en una guerra de precios.

Un antiguo socio de Rhodes reconoció una vez que «tenerle como enemigo era bastante menos peligroso que tenerle como «amiguillo»». ¹ Barnato le vendió a Rhodes una quinta parte de la empresa y pasó de tener un «amiguillo» a tener un oponente en toda regla. Rhodes tuvo que desembolsar finalmente dos millones de libras esterlinas, más del triple de lo que costaban al principio, para hacerse con el resto de las acciones de Kimberley Central. Había logrado su objetivo, pero todavía debía hacer frente a un último escollo. Un grupo de pequeños accionistas de Kimberley Central le llevaron a juicio para bloquear la

fusión. Rhodes llegó a un último acuerdo con Barnato para disolver Kimberley Central y sobornó a los accionistas con el mayor cheque firmado hasta la fecha. El 18 de julio de 1889, De Beers Consolidated Mines Ltd. firmó un cheque por valor de 5.338.650 libras esterlinas, completando así la adquisición y cimentando de un plumazo el futuro del cártel, así como el precio de los diamantes durante el futuro inmediato.

A continuación, Rhodes pasó unos meses comprando las pocas minas independientes que quedaban en Sudáfrica, y en 1890 ya controlaba más del 95 por ciento de la producción de diamantes mundial. Redactó y aprobó algunos de los principios que seguirían gobernando la empresa incluso cuando él ya no estuviera al mando. Recortó un tercio de la producción de Kimberley y comenzó a retener diamantes para inflar los precios. Decidió imponer una única vía de distribución para los diamantes, y se asoció con los comerciantes londinenses para constituir un consorcio que transportara toda la producción salida de sus minas, lo que le permitiría supervisar el precio de los diamantes a medida que avanzaban por la cadena de suministro hacia el consumidor final. Rhodes empezó a pensar en el futuro del mercado y calculó el volumen de bodas que se celebrarían en el que se había convertido ya su principal mercado: Estados Unidos.

También creía en la necesidad de imponer una normativa de clases. «Me gustan más las tierras que los negros», comentó una vez. Ahora sostenía que había que «aprobar una ley sobre derechos de acceso y preservación de la paz [...] No podemos tratar a los nativos, seres que viven todavía como bárbaros, de igual manera que tratamos a los nuestros», decía. «Ellos deben considerarnos sus amos».² Parecía dispuesto a comerse el mundo y puso en marcha múltiples proyectos, desde el mandato sobre la Colonia del Cabo hasta la vía ferroviaria entre «Ciudad del Cabo y El Cairo» pasando por la colonización de medio África central. «Si pudiera anexionaría incluso los planetas», dijo una vez. «Me lo planteo a menudo». Pero la ambición, la avaricia y el corazón de Rhodes tocaron techo en 1902. Murió a los 48 años, soltero y solo. Legó su fortuna y su renombre a una prestigiosa beca de la Universidad de Oxford. Fue enterrado en un monte en Rodesia del Sur, una de las dos colonias británicas bautizadas en su honor. Cuando la población a la que él había colonizado logró la independencia se decidió borrar el nombre de Rhodes del mapa.

El consorcio que Rhodes ayudó a crear en Londres reunía a los diez principales comerciantes de diamantes judíos. Los judíos llevaban mil años controlando la industria del diamante, desde tiempos en los que gestionaban un sistema de préstamos en el que las gemas se usaban como fianza. Durante la Edad Media, los gremios europeos vetaron a los judíos en una serie de oficios, pero se les dio vía libre en la industria de corte y pulido de diamantes. Así, del oficio se pasó al negocio. El comercio y la industria del corte surgieron en Lisboa antes de desplazarse a Amberes, una ciudad que se mantuvo bajo control español hasta 1714. Los judíos huyeron con el comienzo de la Inquisición española en 1478, llevándose consigo sus diamantes y sus habilidades y estableciéndose en Ámsterdam. Durante el siglo XVIII, el comercio de diamantes se desplazó hacia Londres debido al creciente control británico sobre la India y sobre las rutas comerciales que partían desde allí. Los empresarios judíos de diamantes establecidos en Ámsterdam hicieron lo propio. La compraventa se trasladó a Londres, pero la industria de corte y pulido se fue desplazando gradualmente hacia Amberes donde se estableció la red de comercio de los diamantes que sigue en pie a día de hoy.

El flujo de diamantes sudafricanos surgió por sorpresa en el mejor momento posible, justo cuando comenzaba a agotarse la mercancía procedente de la India y de Brasil. Buenas noticias para los comerciantes londinenses, pero malas noticias por el caos que produjo en el mercado. Los diez principales comerciantes londinenses, algunos de los cuales habían ayudado a Cecil Rhodes a financiar la adquisición de Kimberley Central, se dieron cuenta de lo acertado del plan que éste había concebido para controlar la oferta de diamantes. Al controlar la oferta se garantizaba la demanda, y al controlar la demanda se garantizaba el precio. Anton Dunkelsbuhler, uno de los diez hombres fuertes de Londres, había trabajado con Rhodes y tenía una pequeña oficina de compra en Sudáfrica. En 1902, tras la muerte de Rhodes, puso a uno de sus clasificadores de diamantes, un ciudadano alemán nacionalizado británico que había emigrado de Alemania seis años antes, al mando de la operación sudafricana. Ernest Oppenheimer, el futuro rey de los diamantes que finalmente lograría superar a la figura de Cecil Rhodes, no tardó en convertirse en una pieza clave de la industria del diamante y del oro en Sudáfrica. Eso sí, no fue como clasificador ni

como comprador. Él se dedicó a los negocios... y a ganar dinero —ya fuera para Dunkelsbuhler, para el consorcio o para sí mismo.

En 1914, con la Primera Guerra Mundial recién estrenada, el oro sudáfricano era de gran importancia para Alemania. El monopolio que le había costado tanto imponer a De Beers comenzaba a resquebrajarse tras la aparición de diamantes en la zona alemana de África del Sudoeste. Oppenheimer supo aprovecharse de ambos problemas. En 1917 constituyó una empresa que adquiriría una parte importante de las participaciones alemanas en Consolidated Mines Selection Ltd., una empresa minera que estaba pasando por un mal momento. Se distanció de las fuentes tradicionales de financiación en Londres, y tiró de contactos políticos, amigos y familia, poniendo todo su encanto y astucia a prueba para atraer a inversores estadounidenses. Llamó a la nueva empresa la Anglo American Corporation (es decir, la Corporación Anglo-Americana). Sonaba a empresa importante, y el nombre le venía como anillo al dedo. En África del Sudoeste empleó la misma táctica que Rhodes en Kimberley Central. A sabiendas de que los inversores alemanes temían ser expropiados, Oppenheimer les ofreció dinero en efectivo o en acciones en la Anglo American Corporation a cambio de sus operaciones de diamantes, casi todas abandonadas al principio de la Primera Guerra Mundial. La nueva empresa fue bautizada con el nombre de Consolidated Diamond Mines, y él mismo se nombró Presidente y Gerente.

Luego empezó a pensar en De Beers. En 1925, además de en la zona de África del Sudoeste, Oppenheimer tenía participaciones en operaciones de diamantes en Angola y el Congo. Se asoció con banqueros de Londres y Nueva York y con el sobrino de Barney Barnato, Solly Joel, para crear su propio consorcio. Joel se había quedado con algunas de las participaciones de Barnato y, como principal accionista de De Beers, también tenía un cierto peso en la junta de De Beers. Asimismo, Oppenheimer invirtió todo su dinero y el de su familia en comprar tantas acciones de De Beers como pudiera. De Beers recurrió a directivos y financieros para intentar resistirse a Oppenheimer, pero a finales de 1929 Ernest Oppenheimer ya se había convertido en el rey de la empresa. Cinco días antes de Navidad, a los 49 años y galardonado con el título de *Sir*, Ernest Oppenheimer fue elegido unánimemente Presidente del Consejo. Un paso de gigante para un tipo de Friedberg que comenzó como clasificador de diamantes.

Consolidated Diamond Mines se convirtió en una empresa de De Beers, y tras completar las operaciones de intercambio y refinanciación, Anglo American se posicionó como el principal accionista de De Beers. El momento histórico que se estaba viviendo le vino de perlas a Oppenheimer para lo que ocurriría después. En una carta escrita a su hermano anunciaba que quería convertir a De Beers en «la principal empresa del sector del diamante»³, y no lo decía por decir. La depresión había puesto fin al *boom* del mercado del diamante. El único consorcio recientemente reconstituido de compradores londinenses había hecho acopio de gemas que no podía vender, pero aun así en 1932 el precio de los diamantes había caído a la mitad, a pesar de que Oppenheimer había detenido prácticamente la producción sudafricana. Algo había que hacer para que la estructura de precios de los diamantes creada por Cecil Rhodes cincuenta años antes no se derrumbase.

Para resolver el problema, Oppenheimer reestructuró el consorcio londinense a fin de crear un mecanismo de marketing más sostenible. Así surgió la Diamond Trading Company (DTC), que le sirvió para instaurar una estabilidad duradera en toda la industria del diamante. En adelante, la DTC de De Beers sería la única empresa con capacidad para distribuir diamantes a los fabricantes y mayoristas. Se puso fin a la venta incontrolada. De Beers se encargaría de extraer los diamantes y de gestionar el nuevo mecanismo de distribución. El cártel resultaría ventajoso incluso para las empresas de extracción ajenas a De Beers, dada su capacidad para resistir reveses económicos inesperados y situaciones globales imprevistas. La nueva empresa compraría todos los diamantes sueltos que pudiera en el «mercado abierto» —diamantes extraídos de lugares recónditos; diamantes robados de las propias minas De Beers y transportadas en operaciones de contrabando; es decir, todo tipo de diamantes.

En su momento más álgido, y durante medio siglo entre la década de 1930 y la década de 1980, De Beers controló todos los aspectos de la industria del diamante en bruto como responsable directo de más del 80 por ciento de toda la producción de diamantes global. Sir Ernest Oppenheimer murió en 1957, y la empresa fue heredada por el gerente de la empresa, su hijo Harry. Harry tenía la misma edad que su padre cuando éste ascendió al trono y se vio obligado a capear los temporales del apartheid, la Guerra Fría y el descubrimiento de enormes cantida-

des de diamantes en otros lugares del mundo. Pero sería Nicky, hijo de Harry, quien tendría que enfrentarse a los mayores retos. Cuando Harry se jubiló en los ochenta, creó un gabinete interno de altos directivos para gestionar la empresa. El heredero natural, Nicky, se esforzó por llegar hasta la cima y salió al otro lado del laberinto corporativo convertido en Presidente del Grupo De Beers in 1998. En 2009, la revista *Forbes* calculó que su fortuna ascendía a 5 mil millones de dólares.

El sistema impuesto por De Beers para controlar la industria daba una vuelta de tuerca a los principios básicos establecidos por Cecil Rhodes. Por un lado, De Beers compró todo los diamantes que pudo a través de una empresa londinense que pasó de ser la Diamond Trading Company a ser la Central Selling Organization (CSO), y, más recientemente, fue rebautizada de nuevo como la Diamond Trading Corporation. Sus propios diamantes extraídos de sus propias minas entraban así en el sistema, y con el ejemplo de De Beers como bandera, llegó a acuerdos con gobiernos y empresas de extracción de todo el mundo para ofrecerles sus servicios. Montó oficinas por todo el mundo para acaparar las ventas sueltas y la mercancía que existía «fuera del mercado». El objetivo era gestionar la máxima producción mundial posible para garantizar el control, y la estabilidad, de toda la industria. A pesar de que las empresas de extracción de diamantes independientes criticaran frecuentemente a De Beers a sus espaldas, nunca lo hicieron públicamente dado que las ventajas de trabajar con De Beers sobrepasaban las limitaciones de un negocio independiente. La gestión de De Beers en cuanto a la oferta y la demanda benefició a todo el sector del diamante, principalmente dado el alto precio que alcanzaba un producto cuya producción se generalizaba cada vez más con cada año que pasaba.

Para gestionar la demanda, De Beers vendía, y sigue vendiendo, diamantes a un selecto grupo de clientes. Por una parte, el sistema de De Beers tuvo que adaptarse al nuevo siglo, y la empresa tuvo que apartarse del método que utilizaba antaño: vender cantidades limitadas para mantener un nivel de precios establecido. Por otra parte, la política de ventas no ha variado y De Beers sigue vendiendo su producto únicamente a comerciantes y empresas de corte y pulido autorizados, un selecto grupo conocido como los «sightholders». En un principio el

grupo estaba compuesto de 125 personas, pero en 2003 registró una reducción de un tercio.

Los *sightholders* se reúnen varias veces al año en Londres y África Meridional en un evento en el que cada uno recibe un elegante maletín amarillo y negro antes de pasar a una sala con iluminación, balanza y demás equipos para el análisis de gemas. El maletín contiene diamantes envueltos en pedazos de papel doblados. La cantidad de diamantes asignada a cada *sightholder* depende de los requisitos impuestos por el mismo en cuanto a volumen, color, quilates y precio. Pero De Beers suele añadir otros diamantes para deshacerse de las gemas que no puede adjudicar de ninguna otra manera. Los *sightholders* pueden dedicar todo el tiempo que quieran a examinar las gemas, pero a excepción de algunas piedras muy especiales hay poco donde elegir. Lo bueno del sistema es que permite a De Beers deshacerse de toda la mercancía, recurriendo a los *sightholders* para transportar los bienes superfluos a otros clientes.

De Beers también hace publicidad. Al igual que Rhodes, Sir Ernest también comprendió la importancia de cultivar el mercado, y con la apertura del mercado de diamantes, se enfrentó a la necesidad de encontrar nuevos clientes. Para mucha gente, la campaña «Los diamantes son para siempre» ostenta el honor de ser el mejor *slogan* publicitario del siglo XX, y quizá siga sin haberle salido un rival digno en el siglo XXI. Cuenta la leyenda que una estresada y exhausta redactora publicitaria de la empresa de publicidad neoyorquina N.W. Ayer estuvo trabajando hasta altas horas de la noche en 1948 para acabar una presentación que debía hacer al día siguiente. «Estaba muerta», afirma Frances Gerety, «puse la cabeza sobre la mesa y dije, “Dios, necesito algo de inspiración”». A continuación escribió el famoso eslogan que acompañaría la publicidad de De Beers durante más de medio siglo.⁴ Era un buen eslogan, y aunque la creadora haya echado mano de la inspiración divina, la autora y dramaturga neoyorquina Anita Loos también tuvo algo que ver, si bien su contribución nunca fue reconocida. En 1925, Loos escribió un libro llamado *Los caballeros las prefieren rubias*, que se convertiría años más tarde en una obra de Broadway. La versión cinematográfica saltó a la gran pantalla en 1953 acompañada de otro famoso eslogan «Los diamantes son el mejor amigo de una mujer». No obstante, en el libro original el personaje principal creado

por Loos, la cazafortunas Lorelei Lee, juntó las palabras diamantes y siempre en una misma frase: «Que te besen la mano te hace sentir muy bien, pero mejor un diamante o un zafiro porque las piedras duran para siempre».5

Los nuevos mercados de diamantes surgieron en América del Norte antes de la Segunda Guerra Mundial, y en la década de los sesenta la industria empezó a mirar hacia Japón. En 1968, año en el que se lanzó la campaña en Japón, sólo una de cada veinte mujeres recibía un anillo de pedida de diamantes. Tras 20 años, la cifra había aumentado a 15 de cada 20, y el porcentaje sigue aumentando. De Beers se gasta más de 200 millones de dólares al año en publicidad, pero, paradójicamente, hasta finales del 2002 era imposible comprar un diamante De Beers pulido. De hecho, no existían, dado que De Beers se dedicaba a los diamantes en bruto.6

Durante la década de los cincuenta y sesenta, la India amplió la industria nacional de corte y pulido, alumbrando un nuevo camino para la industria del diamante. Gracias a la mano de obra barata india, empezaron a trabajarse también las gemas pequeñas de poco valor —antes destinadas exclusivamente al mercado industrial— y a venderse en el lucrativo mercado de las gemas. En vez de primar la calidad, empezaron a centrarse en el volumen, dando entrada a los diamantes melée, gemas pequeñas a las que se les hacen únicamente unas facetas básicas durante el proceso de corte. Son gemas mucho más asequibles para compradores menos pudientes. En 1998 India ya tenía 660.000 trabajadores en la industria de corte y pulido. El auge de este nuevo producto amplió significativamente el mercado global de los diamantes.



Un «cártel» es una asociación fraudulenta de empresas independientes, formada para monopolizar la producción y distribución de un producto, y para controlar los precios de los mismos. Los carteles y los comportamientos monopolistas están penados en diferente grado en los países industrializados, pero EE. UU. tiene las leyes más estrictas. La Ley Sherman de 1890 restringió el comercio en un momento en el que el gobierno, los sindicatos y una hostil opinión pública temían que

las asociaciones de grandes empresas amenazaran la esencia de la libre empresa y los derechos del pequeño empresario. Las ventajas de la ley favorecen tanto a los consumidores, al prevenir la colusión de precios, como a las empresas en general, al promover la innovación y la creación de oportunidades para empresas individuales. Según una decisión dictada por el Tribunal Supremo de EE. UU. en 1972, las leyes antimonopolio son «la Carta Magna de la libre empresa. Sin ellas sería imposible mantener la libertad económica y el sistema de libre empresa, al igual que sería imposible proteger las libertades fundamentales sin la Carta de Derechos».⁷

Teniendo en cuenta que los estadounidenses se toman a pies juntillas esta premisa, era cuestión de tiempo que De Beers acabara enfrentándose al Departamento de Justicia de EE.UU. Durante años, la empresa funcionó sin que le afectara la Ley Sherman debido a que no hacía negocios dentro del país —las ventas con *sightholders* estadounidenses se realizaban fuera de Estados Unidos—, pero las cosas cambiaron en 1973 cuando el Departamento de Justicia descubrió que De Beers era propietaria de la mitad de Christensen Diamond Products, una empresa estadounidense que recibía diamantes industriales de la empresa matriz. A De Beers le fue imposible negar su presencia en EE. UU., y el Departamento intentó acusar a la empresa de fraude. No fue fácil presentar el caso dado que los archivos de De Beers estaban distribuidos por una red de unas 300 empresas interrelacionadas, muchas dadas de alta en Holanda o Luxemburgo. No obstante, los abogados del gobierno de EE. UU. concluyeron que De Beers había participado en una «conspiración para [...] acabar con la competencia» y que «gran parte de las operaciones se realizaban a sabiendas del grave riesgo de violar las leyes antimonopolio vigentes en EE. UU.».⁸ De Beers se deshizo de las participaciones en Christensen para librarse de los cargos y conscientes de que después de un juicio como ése el futuro de Christensen en el sector del diamante era bastante negro.

En 1992, De Beers y General Electric incrementaron el precio de los diamantes industriales, la primera subida en cinco años. Al Departamento de Justicia, que siempre andaba al acecho, le olió a chamusquina y en 1994 inició un proceso contra las dos empresas por pactar precios. General Electric fue absuelta, pero la acusación de De Beers quedó en el aire porque la empresa nunca se presentó al juicio para

defenderse. Así, pasó otra década bajo la sospecha del Departamento de Justicia.

De Beers ha logrado sistemáticamente evitar una confrontación directa con las autoridades estadounidenses, pero siempre ha defendido abiertamente su monopolio. En 1999, Nicky Oppenheimer comenzó un discurso con la siguiente introducción:

Soy el presidente de la empresa De Beers, el monopolio más conocido y más longevo del mundo. Nuestra política de empresa se basa en violar las disposiciones del Sr. Sherman. Nunca hemos ocultado que intentamos gestionar el mercado del diamante, controlar la oferta, gestionar precios y establecer asociaciones provechosas con nuestros socios.⁹

Pero Oppenheimer defendió de dos formas lo que De Beers prefiere denominar un sistema de marketing «de vía única». En primer lugar, sostuvo que al controlar los precios, De Beers protege a los consumidores garantizando que la adquisición retiene el valor original. En su opinión, una empresa dedicada al lujo «no puede comportarse como un malvado monopolio y explotar a la población, porque al fin y al cabo ellos no tienen la necesidad imperiosa de adquirir el producto». En segundo lugar, «el marketing de vía única ha beneficiado a la industria del diamante en general, y a muchas economías africanas en particular». En su opinión, esto es motivo suficiente para analizar la Ley Sherman como parte de un reciente compromiso con el continente africano.

Ambos argumentos se sostienen, pero también se caen por su propio peso. En el mercado de diamantes se distinguen dos niveles, y mientras que los precios de los minoristas sí se incrementan, el valor de reventa de los diamantes «usados» no tiene nada que ver. Edward Jay Epstein habló del problema en un libro publicado en 1982 que fue muy criticado por la industria del diamante. En un capítulo titulado «¿Es posible vender un diamante?» el autor dedica varias páginas a los problemas a los que se han enfrentado quienes han *intentado* vender un diamante y que casi nunca han logrado recuperar la inversión. Los beneficios de la industria del diamante para el continente africano es un tema totalmente distinto, que se estudia a fondo en el capítulo 10.

Huelga decir que, si bien han contribuido positivamente a África, los diamantes también han causado mucho sufrimiento en el continente.



Quizá el tema más peliagudo de la delicada equiponderancia de De Beers durante la segunda mitad del siglo xx fue el apartheid. El Partido Nacionalista de Sudáfrica, liderado por Hendrik Verwoerd, llegó al poder en 1948 con una propuesta que despojó a la población no blanca de los derechos humanos y políticos más básicos. El asunto no tardó en traspasar las fronteras nacionales, especialmente a finales de la década de 1950, y se salió de madre cuando Sudáfrica fue expulsada de la Commonwealth en 1961. Uno por uno, los países en los que De Beers tenía importantes intereses comerciales —Ghana, Sierra Leona, Tanzania— rompieron sus relaciones con Sudáfrica.

Harry Oppenheimer se opuso abiertamente al apartheid. Financió al partido de la oposición, el United Party (Partido Unido), se presentó al parlamento y fue uno de los pocos candidatos del UP que logró ser elegido. Durante casi una década formó parte de un grupo de diputados de la oposición que poco pudieron hacer para detener la creciente institucionalización del racismo promovido por el gobierno. No se presentó a las elecciones de 1958, pero los problemas surgieron en 1959, cuando el Partido Unido se dividió a causa del voto negro. Mientras que los conservadores querían evitar el debate, un grupo más liberal, entre los que se contaba Oppenheimer, quería dejar la puerta abierta. Cuando prevaleció la decisión de los conservadores, Oppenheimer abandonó el partido y centró sus esfuerzos políticos y económicos en crear una nueva iniciativa: el Progressive Party (Partido Progresista). Durante las siguientes tres décadas, la única diputada del Partido Progresista, Helen Suzman, le plantó cara al apartheid en solitario.

La política liberal de Harry Oppenheimer no pudo proteger a De Beers del problema del apartheid que se expandió por toda África. La empresa, siempre tan intrínsecamente hermética, se volvió todavía más reservada. Para 1964 ya habían ocultado toda relación entre las minas de diamantes situadas en el África independiente y De Beers. Harry Oppenheimer habló de una «reorganización considerable» del grupo y afirmó que las «operaciones de compra [de diamantes] en los

estados africanos independientes se realizan ahora, siempre, a través de empresas registradas y gestionadas fuera de la República de Sudáfrica, que no son filiales de De Beers». ¹⁰ De Beers seguía controlando docenas de empresas de nombre inofensivo que no eran más que filiales de De Beers dadas de alta en Suiza, Luxemburgo o Liechtenstein, entre otros. La mayoría de los gobiernos africanos eran bien conscientes de ello, pero la cortina de humo proporcionaba una buena cobertura política tanto para ellos como para De Beers.

La India también se opuso firmemente al apartheid sudafricano y, oficialmente, cortó toda relación comercial a principios de la década de 1960. Pero la creciente industria de corte y pulido india no podía funcionar sin diamantes, y los *sightholders* indios no querían convertirse en compradores secundarios que dependían de intermediarios en Amberes. Así, el gobierno indio participó directamente en la creación de la Hindustan Diamond Company (HDC), dedicada a la compra diamantes al por mayor y su posterior venta a *diamantaires* indios. El HDC comenzó como una operación conjunta entre el gobierno indio y empresas con sede en Bermuda, empresas participadas, lógicamente, por De Beers. Se pusieron en marcha diferentes operaciones similares en ciudades como Londres para permitir a la Unión Soviética alegar una negación plausible. De Beers llevaba comprando la mayor parte de la producción de diamantes rusa desde su descubrimiento una década antes, pero —a petición de los soviéticos— en el informe anual de De Beers correspondiente a 1963 se podía leer lo siguiente: «Dado el apoyo ruso al boicot de las relaciones comerciales con Sudáfrica, no hemos renovado nuestro acuerdo para comprar diamantes rusos». ¹¹

La realidad era un tanto distinta, y demostraba claramente que tanto los gobiernos africanos, como la India, la Unión Soviética y otros países sabían que sin De Beers los diamantes no serían tan lucrativos. La quiebra de De Beers —ya fuera causada por el apartheid o por otra cosa— provocaría la desaparición de todos los beneficios que rentaba año tras año.

Cuando Harry Oppenheimer falleció en 2000, la empresa había capeado el temporal. Según Nelson Mandela, «en el preámbulo de nuestra constitución se habla de rendir tributo a aquellos que sufrieron por lograr la justicia y la libertad en nuestro país, y de respetar a los que se esforzaron por construir y desarrollar nuestro país. Desta-

can entre ellos Harry Oppenheimer y su familia [...] Siempre apoyaron abiertamente y sin reservas las causas democráticas y filantrópicas». ¹²



De Beers ha defendido firmemente tanto su imperio como sus principios básicos operativos. La industria de corte israelí despegó durante la década de 1970, adelantando incluso a Amberes y Nueva York, en parte debido a las repetidas devaluaciones y a la mano de obra barata. En 1975, la industria del diamante israelí tenía 20.000 empleados, alrededor del 40 por ciento de las exportaciones no agrícolas nacionales. Los compradores israelíes compraban los diamantes en bruto que escaseaban en Nueva York y Amberes, pero también los compraban de contrabando en África, principalmente en Liberia. Gracias a estas adquisiciones, financiadas por los bancos israelíes al 80 por ciento a un tipo de interés menor que la tasa de inflación, en 1977 se habían hecho con reservas por encima de seis millones de quilates. De Beers se vio obligado a tomar medidas para evitar que se desmoronara su «delicada equiponderancia». La empresa comenzó por limitar algunos de los acuerdos firmados con los bancos israelíes. Harry Oppenheimer y uno de sus gerentes estaban en la junta de Barclays International y del Union Bank of Israel, entidades relacionadas directa e indirectamente con la industria del diamante en Israel. No por casualidad, De Beers incrementó el precio de los diamantes en el momento en el que se elevaron un 50 por ciento los intereses sobre adquisiciones de diamantes en Israel. Asimismo, la empresa se deshizo de 40 *sightholders* israelíes. El aumento de los precios, la disminución de la oferta y la severa recesión de los diamantes obligó a las empresas israelíes a vender sus diamantes. Decenas de empresas de la industria del diamante quebraron, las reservas de diamantes desaparecieron y a mediados de la década de 1980 la situación había vuelto a esa «normalidad» que tanto gustaba a De Beers. ¹³

Pero no todas las manipulaciones de De Beers fueron tan legítimas, ni tan exitosas. Durante la década de 1950 firmó un acuerdo con una importante empresa independiente llamada Selection Trust para comprar los diamantes extraídos por la empresa en Sierra Leona y Ghana, principalmente, a través de una fórmula de valoración preesta-

blecida. De Beers tenía una participación del 20 por ciento en la filial ghanesa Consolidated African Selection Trust (CAST), y dos miembros en el Consejo, uno de los cuales era Philip Oppenheimer, primo de Harry. Cuando Edward Wharton-Tigar fue nombrado Director Ejecutivo de CAST en 1955, descubrió que el puesto tenía asociados varios lucrativos puestos en consejos de empresas del grupo De Beers. Le pareció «curioso que el director general de una empresa de extracción de diamantes, que ni siquiera pertenecía al grupo De Beers, recibiera más beneficios de las empresas que *adquirían* los bienes que de los que los producían». Además de los «desconcertantes beneficios» que recibían los directores «por no hacer nada», Wharton-Tigar empezó a sospechar de los precios que De Beers pagaba a CAST por los diamantes y descubrió que la empresa podría haber sacado un millón de libras más al año si vendiera en el mercado libre, una cantidad nada desdeñable en 1955. Tras analizar los precios establecidos por De Beers en los últimos trece años, amañó algunas de las remesas de diamantes que CAST enviaba a De Beers. Se dio cuenta de que De Beers siempre pagaba el mismo precio medio por quilate, incluso si la remesa no contenía diamantes gema. De Beers respondió a las primeras quejas con amenazas. CAST contraatacó con sus propias amenazas. De Beers suele librarse de los problemas gracias a ofertas imposibles de rechazar, pero en este caso decidieron admitir el «error» y emitieron un cheque compensatorio.¹⁴ De Beers compró todos los libros de Wharton-Tigar que encontró y se esforzó por tapar y olvidar rápidamente el tema.

Pero las cosas no le suelen ir tan bien al demandante. A principios de la década de los ochenta, el presidente de Zaire Mobutu Sese Seko pensó que podía lograr un acuerdo más provechoso trabajando con empresas de diamantes independientes que con De Beers. Comenzó una ronda de negociaciones con las tres que le ofrecieron precios más altos, hasta que De Beers inundó el mercado de diamantes de la misma calidad a precios muy inferiores. Adiós al trato y al sueño de Mobutu de lograr mayores ingresos. Para colmo, De Beers colocó compradores en Buyumbura y Brazzaville, al otro lado del río, justo enfrente de Kinshasa y Mobutu tuvo que hacer frente al hecho de que ya no tenía tantos diamantes a su disposición, independientemente del precio que estuviera dispuesto a pagar. Harry Oppenheimer dejó caer

que el presidente debía tomárselo como una lección para desalentar a los demás: «Creo que en el futuro se darán cuenta de que el experimento que lanzó Zaire es una excelente advertencia y no un buen ejemplo».¹⁵

De Beers había gestionado su relación de amor-odio con los gobiernos y con la parte de la industria del diamante que no está bajo su control con gran pericia, pero a finales de la década de 1990 un importante grupo de accionistas manifestó su desencanto con el rendimiento de la empresa y surgieron los problemas. Durante la década de los noventa, De Beers se había visto obligada a retener las ventas para mantener la estabilidad de precios, principalmente a causa de la enorme cantidad de diamantes rusos y angoleños que llegaron al mercado tras la Guerra Fría, aunque también de la crisis económica que afectó a los países asiáticos en 1997 y que redujo drásticamente la demanda. En tan sólo un año, el mercado del diamante japonés vio reducida su cuota en la demanda global del 33 al 18 por ciento. Un año antes, la empresa australiana Argyle Diamond Mine se había separado de De Beers. Asimismo, el descubrimiento de diamantes en Canadá por parte de empresas no controladas por De Beers hizo que la oferta de diamantes en bruto de la empresa cayera del 80 al 60 por ciento. La constricción de las ventas se tradujo en menores beneficios y mayores reservas de diamantes. A finales de 1998, las reservas ya ascendían a 4,8 mil millones de dólares en diamantes, una mercancía que no producía ni un céntimo en beneficios. El precio por acción de De Beers, que rondaba los 178 rand en 1997 se negociaba a 98 rand seis meses después. Entre otras cosas, esta situación dio luz verde a una nueva oleada de inversiones por parte de inversores que buscaban beneficios a corto plazo. De Beers, en cambio, siempre había preferido el rendimiento a largo plazo, y se había esforzado en todo momento por aguantar las malas rachas y renunciar a los beneficios hasta que llegara la inevitable mejora. Pero el precio por acción languidecía y los accionistas impacientes se quejaban. En 1998, la empresa sufrió una reestructuración radical que acabó con la relación directa entre De Beers y Anglo American, si bien cada una de las empresas retuvo un tercio de la otra. Según De Beers, la división de las empresas serviría para «reunir toda las habilidades y la experiencia con diamantes que siempre habían caracterizado a De Beers en una empresa independiente, comprometida e integrada, liderada por un equipo de dirección

muy centrado, con libertad para dedicar toda su atención a su objetivo principal: encontrar, extraer y comerciar con diamantes». ¹⁶ En el año 2000, De Beers anunció un cambio todavía más radical: su enfoque monopolístico se transformaría ahora en lo que la empresa vino a denominar la estrategia del «proveedor de confianza». En lugar de manipular la oferta (y acumular toneladas inútiles de diamantes en cámaras acorazadas en Londres), De Beers iba a centrarse en la demanda y para ello introdujo una nueva estrategia publicitaria centrada en «la eternidad» con la que animaba a los *sightholders* a invertir más en publicidad —200 millones de dólares más en 2004— y «añadir valor» a su producto. Por una parte, ese valor añadido residía en garantizar que los diamantes De Beers no procedían de conflictos. Por otra, se basaba en «la eternidad» del producto, una iniciativa claramente diseñada para elevar el caché de los diamantes. «Queremos que las empresas destaquen la preciosidad de los diamantes y que dejen de tratarlos como un producto de saldo», explicaba Gary Ralfe, Director Ejecutivo de De Beers. ¹⁷ Para poner en práctica la estrategia del «proveedor de confianza», De Beers tuvo que reorganizar su lista de *sightholders*, premiando a las empresas que dedicaban mayores esfuerzos a la publicidad y a subrayar la «preciosidad de los diamantes», y deshaciéndose de los que no lo hacían. La India salió muy bien parada, mientras que en Amberes, el director ejecutivo del Consejo Superior del Diamante repitió las palabras que tantos otros *diamantaires* habían pronunciado durante el siglo anterior: «¡Estamos furiosos! ¡No lo aceptaremos!». ¹⁸ Aunque no les quedó más remedio que hacerlo. Para completar el cambio, De Beers se asoció con el fabricante de bienes de lujo LVMH y empezó a comercializar sus propios diamantes tallados en 2002. Muchos lo vieron como una medida para postularse como competencia directa de sus propios clientes. ¹⁹

En 1998, cuando De Beers se desvinculó de Anglo American, Nicky Oppenheimer hizo referencia al secretismo. «La industria del diamante siempre ha sido hermética. De Beers vivía en un entorno en el que no se podía estar expuesto. Queríamos hacer negocios sin pensar en el mundo exterior... pero cuando uno cambia y sale a la luz, se da cuenta de que no es para tanto». ²⁰ Quizá no sería para tanto, pero tras dos años De Beers quiso volver a la oscuridad: compró las acciones que se encontraban en manos de accionistas irritados, se retiró de las

bolsas y se convirtió en una empresa completamente privada. El acuerdo, cuyo gasto total ascendió a la impresionante suma de 18,7 mil millones de dólares, se completó en junio de 2001. La operación se parecía, y mucho, a la adquisición de Kimberley Central por parte de Cecil Rhodes 110 años atrás. En 2001, la empresa declaró unos ingresos totales netos de 776 millones de dólares en ventas de diamantes e ingresos varios por valor de 5,5 mil millones de dólares. Los resultados de los años posteriores fueron mejores aún. De Beers SA estaba controlada por una nueva empresa que fue dada de alta en Luxemburgo bajo el nombre de DB Investments. Anglo American poseía el 45 por ciento del negocio, la familia Oppenheimer otro 40 por ciento y el gobierno de Botsuana el 15 por ciento restante. Nicky seguía al frente de De Beers SA como presidente de la empresa y de las dos filiales De Beers Centenary y De Beers Consolidated Mines. Según sus palabras, el cambio «ayudó a De Beers a deshacerse de la inherente visión a corto plazo del mercado de valores y permitió a la empresa centrarse de nuevo en los resultados a largo plazo y adaptar sus decisiones a las necesidades de la industria del diamante».

Según parece, nada es para siempre.

CAPÍTULO 4

EXTRAÑAS CADENAS: LA DISTRIBUCIÓN DE DIAMANTES

*In the Big Rock Candy Mountain the jails are made of tin,
You can slip right out again, as soon as they put you in.
[Los barrotes de Big Rock Candy Mountain son fáciles de pulir.
Nada más entrar en la cárcel, puedes volver a salir.]*

— *Big Rock Candy Mountain*, Harry McClintock, 1897

Si nunca ha comprado un diamante y el tema le produce curiosidad, aproveche una tarde libre para dejarse caer por la joyería del barrio a fin de comparar precios y productos. Según una encuesta sobre el sector realizada en EE. UU., comprar un diamante es una de las experiencias más estresantes a las que puede enfrentarse un comprador normal. El comprador medio sabe que los diamantes no son baratos, pero tampoco sabe mucho más que eso, y al llegar al mostrador se puede encontrar con enormes variaciones en cuanto a precio y calidad. Cuando el diamante se compra como muestra de amor uno no quiere parecer tacaño, pero tampoco quiere que le engañen. Entonces... ¿adónde ir? ¿A una tienda tipo Tiffany's? ¿A una tienda de gangas? ¿A eBay? ¿Cómo cerciorarse de que ese brillante tan cegador valorado en 5.000 euros es realmente un diamante? Comprar una gema en Cartier siempre saldrá bastante más caro que comprar una gema idéntica en una joyería en un centro comercial.

Eso se debe a que comprar en Cartier da un toque de clase y distinción y el precio refleja, además, el precio del alquiler de un local en un sitio u otro y no tiene tanto que ver con el verdadero valor del diamante. Un diamante es un diamante, se venda donde se venda, ya sea en la Milla de Oro de Madrid, en la Quinta Avenida de Nueva York, en la joyería de la esquina o en Internet. Lo importante es la imagen y la calidad de la piedra.

Los expertos utilizan cuatro categorías para clasificar y valorar los diamantes: corte, color, claridad y quilates. Los diamantes se pesan en quilates —cinco quilates por gramo— y el peso es, lógicamente, un factor muy importante a la hora de establecer el precio de la gema, aunque no es la única variable. El estilo de corte más común es el diamante redondo o brillante, utilizado en la mayoría de los anillos de pedida, si bien existen multitud de otros cortes: esmeralda u octogonal, princesa o *carré*, radiante, pera, oval, corazón, marquesa o naveta... y todos presentan a su vez múltiples variaciones. El corte redondo o brillante destaca las características principales de la piedra, tanto el brillo como el «fuego» del diamante provocado por la gran dispersión de la luz a través de las diferentes facetas del diamante. Un brillante presenta 57 o 58 facetas, 33 de las cuales se encuentran en la corona (la parte superior del diamante) encima de la parte llamada filetín, y 24 o 25 en el pabellón o culata, en la parte inferior del filetín. La parte plana superior del diamante se llama tabla. Si la tabla es demasiado grande o demasiado pequeña, el diamante no reflejará adecuadamente la luz del pabellón. Lo mismo ocurre si la profundidad del pabellón no está en proporción con el diámetro de la piedra. Cuanto mayor sea la tabla, más alta será la corona y más pesada será la piedra. El peso de la piedra se tasa según los demás aspectos. La tabla ideal debe ocupar entre el 56 y el 62 por ciento del diámetro, dado que si la superficie es mayor o menor la piedra no reflejará bien la luz. La profundidad del pabellón es del mismo modo muy importante, ya que un diamante con poca profundidad parece como muerto. Los *diamantaires* definen este hecho como «ojo de pez». La presencia de una faceta adicional realizada para cubrir un desperfecto, la anchura del filetín, la calidad del pulido, la simetría general del diamante y de las facetas, entre otras características, afectan también a la tasación. El valor de tasación del diamante depende más de las proporciones que de la forma de la pie-

dra. Un diamante cortado de tal manera que destaca el fuego de la piedra se tasaré por mayor valor que una gema cuyas proporciones han reducido el fuego.

Asimismo, el color de los diamantes también varía. Las piedras pueden ser transparentes e incoloras o presentar diferentes tonos amarillos y marrones. Las piedras de otros colores —azul, rosa, rojo— son menos usuales, y según la intensidad del color y los demás atributos estas gemas pueden ser muy valiosas. La claridad es otro factor muy importante a la hora de tasar una piedra. Algunas piedras presentan pequeños desperfectos internos, llamados inclusiones que varían desde fisuras minúsculas a pequeños cristales que sólo se perciben bajo la potente lupa de los *diamantaires*.

Estas minúsculas diferencias tan imposibles de percibir a simple vista y que posiblemente resulten imperceptibles para un comprador no iniciado, incluso provisto de una buena lupa, pueden variar el precio de la piedra. Así, dos diamantes de tamaño similar pueden obtener tasaciones muy diferentes. Por ejemplo, analicemos el caso de dos diamantes que hemos encontrado en eBay. El diamante A es una piedra de 1,5 quilates, de corte redondo o brillante por el que se piden 4.250 dólares. El diamante B es algo mayor y pesa 1,53 quilates, pero su precio es de 8.195 dólares. La tabla del diamante A es demasiado grande mientras que la del diamante B es correcta. En ambos el tamaño del pabellón es incorrecto. El color del diamante A viene descrito como nivel «J», lo que significa que tiene «ligero color» en la corona, mientras que el del diamante B es dos niveles superior, nivel «H», es decir, blanco en la corona y con un color «muy ligero» en el pabellón. Si hubiera sido «blanco excepcional», es decir, si hubiera sido cuatro niveles superior, la tasación hubiera sido mucho más alta. En cuanto a la claridad, el diamante A es de nivel «SI1» lo cual quiere decir que presenta pequeñas imperfecciones, mientras que el diamante B es de nivel «VS», un nivel por encima del anterior, lo cual quiere decir que presenta «inclusiones muy pequeñas». Pero ambos quedan muy lejos del nivel FL, reservado únicamente para los diamantes sin imperfecciones. El precio de un diamante «D» sin imperfecciones, con un blanco excepcional y con todas las proporciones correctas podría superar los 13.000 dólares, pero sería un diamante muy raro, para el que hay poco mercado. Por la parte inferior de la escala de precios, una

gema de corte redondo o brillante de 1,5 quilates de grado bajo podría venderse por 750 dólares, pero también habría poco mercado y no atraería mucho interés.

La brecha es aún mayor entre diamantes de calidad industrial y calidad gema. En mina, las piedras industriales en bruto se venden por peniques, y en el mercado industrial el precio asciende a cinco o diez dólares el quilate, mientras que el diamante gema pulido más caro de la historia lo vendió Christie's en 2009. El diamante rosa de cinco quilates llamado Fancy Vivid se vendió por 10,8 millones de dólares, es decir a una proporción de 2,1 millones de dólares por quilate. La venta, realizada en Hong Kong, destacó no sólo por el valor alcanzado sino porque la operación se produjo durante la peor recesión global jamás registrada y porque el precio superó en un 40 por ciento la tasación más positiva de Christie's. En 2010 se produjo una venta aún más impresionante: el Cullinan Heritage, un diamante en bruto de 507 quilates extraído en Sudáfrica el año anterior, alcanzó los 35,3 millones de dólares en una subasta, una cifra que duplicaba el récord anteriormente registrado por un diamante en bruto.

Para obtener un diamante gema de 1,5 quilates, el diamante en bruto debe pesar unos cuatro quilates. El diamante en bruto producirá, hipotéticamente, dos piedras: el diamante de 1,5 quilates y otra piedra menor. Las empresas profesionales de extracción son conscientes del valor de mercado de un diamante en bruto de cuatro quilates de alta calidad, y pueden venderlo en Amberes por 7.000 u 8.000 dólares. Pero si esa misma piedra la encuentra un buscador independiente en un pozo inundado en algún lugar remoto de la República Centroafricana las cosas son bien distintas. Con los años, los buscadores se han ido informando más sobre los diamantes y son capaces de distinguir las características más lucrativas. En el interior, una piedra de cuatro quilates puede alcanzar un precio de hasta 1.000 dólares si el distribuidor se queda muy prendado de ella; para cuando llegue a la capital del país, y se tase antes de proceder a su exportación, probablemente haya ascendido ya a 3.000 o 4.000 dólares, y ese precio puede incluso duplicarse al llegar a Amberes. Desde ese momento y hasta que se engarce en un anillo, el precio probablemente suba de nuevo hasta superar incluso los 10.000 dólares. La piedra secundaria procedente del mismo diamante en bruto puede llegar a venderse por unos 3.000

dólares. Las cifras pueden volver a duplicarse si las piedras llegan a una joyería.

Todos los años, la empresa israelí Tacy Ltd., especializada en analizar la industria del diamante, elabora una tabla en la que describe la «cadena del diamante». Calcula el coste de la producción global de diamantes en bruto y analiza el volumen y precio de los diamantes al pasar desde los centros de venta a los centros de corte y a las joyerías de Europa, Japón y América del Norte. En 2008, el coste directo de la producción rondaba los 7,2 mil millones de dólares en todo el mundo. Al final de la cadena, las ventas de los miembros del sector de la joyería ascendieron a 64,8 mil millones de dólares.¹ El margen de beneficio es enorme al final de la cadena, donde la diferencia entre el coste de producción no llega a ser ni la mitad del precio de venta en tienda. No obstante, el mayor beneficio aparece en el extremo opuesto de la cadena, en el país de producción. El precio que se paga por la extracción y el precio al que las empresas de extracción venden después el producto varía en un 97 por ciento. La mina Jwaneng en Botsuana tiene, supuestamente, un margen de beneficio del 94 por ciento, mientras que Ekati —la primera mina canadiense— tiene una rentabilidad relativamente baja del 55 por ciento. La mayoría de las minas de diamantes recuperan la inversión inicial, que puede llegar a rondar los mil millones de dólares, en sólo dos o tres años. Así, por altos que parezcan los desembolsos iniciales, el negocio suele fluir como la seda nada más constituirse. Se dice que la mina Marsfontein, situada en Sudáfrica, recuperó los costes iniciales en cinco días hábiles. Esta alta rentabilidad explica por qué el gobierno de Botsuana insiste en mantener una asociación paritaria con De Beers, y por qué gobiernos como el de Mobutu Sese Seko en el Congo han intentado llevarse una porción aún mayor del pastel.

Pero para que los diamantes puedan entrar en el sistema, primero hay que encontrarlos, y si bien algunas fases de la cadena son muy lucrativas, siempre hay que tener en cuenta que si no se llegan a encontrar esos diamantes el rendimiento total de la inversión ascenderá a 0. En el sector de los diamantes aluviales, todos los buscadores son prospectores. Por el contrario, empresas como Rio Tinto y BHP Billiton invierten millones al año en actividades de prospección de diamantes que en su mayoría fracasan. De Beers se gastó 111 millones de dólares

en buscar diamantes en 2003 y, aunque había empezado a analizar las minas de Canadá a finales de la década de 1970, no puso en funcionamiento su primera mina en Snap Lake hasta 2008. Y eso que la mina de Snap Lake no la descubrió De Beers, a pesar de tener contratados a algunos de los mejores geólogos de diamantes del mundo. De Beers se hizo con Snap Lake tras comprársela a una pequeña empresa minera llamada Winspear por más de 200 millones de dólares. Unas diez veces más de lo que Winspear se había gastado en buscar diamantes en 18 años. Existen miles de estas empresas «pequeñas» cuyas acciones tienen un valor casi nulo, pero que aún así desempeñan un papel clave dentro de la cadena porque, al igual que le ocurrió a Winspear, a una entre mil le toca el gordo, no tanto por cuestión de suerte, sino por haberle dedicado muchos años de trabajo y esfuerzo.

Chuck Fipke, un decidido geólogo, comenzó a buscar diamantes en Canadá en 1982. Siete años después él y su socio Stewart Blusson se vieron obligados a aprovechar las barbacoas que se montaban en Kelowna para venderles acciones de la empresa a sus amigos dentistas a fin de seguir financiando la operación. En 1990 cuando firmó con BHP, una de las empresas de extracción más antiguas y más grandes de Australia, su empresa Dia Met estaba en la cuerda floja: o quebraba o daba el pelotazo. BHP superó la oferta de los dentistas e invirtió 500 millones de dólares en actividades exploración y desarrollo. Al año siguiente obtuvo resultados. A día de hoy, Fipke sigue siendo propietario del diez por ciento de la veta madre que se descubrió en la mina de Ekati, donde se producen cuatro millones de quilates de diamantes en bruto anuales, es decir, el seis por ciento del valor de la producción total global. Podría invertir el diez por ciento de los beneficios de un año en comprar solomillos para todas las barbacoas que quiera montar en Kelowna durante el resto de su vida.

No obstante, no todas las empresas de extracción pequeñas están gestionadas por personas como Fipke y Blusson. Muchos sólo quieren lucrarse y le dedican más tiempo al mercado de divisas que a las minas en sí. Algunas acaban metidas en situaciones muy complicadas en África y, tras caer presas de la corrupción, no dudan en pagar sobornos para hacerse de malas maneras con operaciones abandonadas por empresas mayores en vista de la creciente anarquía y el caos. Otras terminan por intentar ampliar su perfil a base de importar armas y mer-

cenarios para proteger sus ínfimas inversiones y congraciarse con gobiernos déspotas. En los últimos capítulos se hace referencia a empresas creadas *únicamente* con este fin.



Tras encontrar la piedra, la calidad del diamante prima por encima de cualquier otra particularidad. El distribuidor que vende el diamante en bruto sabrá analizar la mayoría de las características de una buena piedra antes de que ésta pase por el proceso de corte y pulido. La cadena del diamante dibuja un camino muy sinuoso cuyas curvas están llenas de estimaciones. Si el diamante procede de una mina de kimberlita, como las de Botsuana o Canadá, la empresa de extracción gestiona la exportación siguiendo la legislación nacional vigente y los acuerdos establecidos con los compradores. Botsuana, según el acuerdo firmado con De Beers, envía todos los diamantes que extrae a De Beers. BHP Billiton, que gestiona la principal mina canadiense, vendió el 35 por ciento de su producción inicial a De Beers, pero hoy en día comercializa todo lo que produce a través de sus propias instalaciones en Amberes. Si un minero ilegal encuentra un diamante en Sierra Leona o Angola o el Congo probablemente se lo venda al jefe de la banda para la que trabaja, quien se lo venderá a un distribuidor local, que a su vez lo legitimará y lo llevará a la capital para venderlo y exportarlo. O quizá caiga en manos de un distribuidor ambulante que lo transporte al otro lado de la frontera hasta Guinea o la República Centroafricana, o a Ghana, donde volverá a cambiar de manos convertido ya en una piedra legítima. O quizá acabe dentro de una remesa de diamantes enviada a través de soldados rebeldes a un comprador al otro lado de la frontera. El distribuidor puede viajar a Bruselas con los diamantes, pasar por delante de los agentes de aduana —si los hubiera— y montarse en un tren a Amberes para reunirse con docenas de compradores dispuestos a quitárselo de las manos. El precio dependerá de la calidad de la mercancía, la evaluación de riesgo y cualquier descuento se aplique a los diamantes «sin papeles».

Y luego está Dubái. Antaño este emirato pasaba desapercibido y llevaba una existencia sin pena ni gloria. Al contrario que sus vecinos, no tenía ni gas ni petróleo e históricamente destacaba por las exporta-

ciones de perlas y por el famoso mercado ilegal de oro. Hoy Dubái ha cambiado bastante. Es el sueño húmedo de cualquier capitalista, una ciudad donde quedarse en la suite real del único hotel de 7 estrellas del mundo cuesta más de 4.000 dólares la noche. Hoy en día, Dubái constituye un importante mercado para los diamantes en bruto. Las importaciones de diamantes en bruto aumentaron un 170 por ciento entre 2003 y 2008, hasta situarse por encima de los dos mil millones de dólares. Y los beneficios derivados de la exportación ascendieron al 43 por ciento en 2008. Es decir, más de dos mil millones de dólares en importaciones de diamantes en bruto convertidos en tres mil millones de dólares en exportaciones de diamantes en bruto. Dubái sólo tenía que clasificar y empaquetar las remesas. Los diamantes ni se cortaban, ni se pulían, ni nada de nada.

Entonces, ¿qué se cocía por allí? Pues varias cosas. Por un lado, los importadores de Dubái le sacan mucho rendimiento a sus compras africanas. Por usar una analogía minera, Dubái se lleva los diamantes y África se queda con la mina. Pero no sólo eso. Las operaciones también tienen en cuenta el precio por transferencia y la posibilidad de ocultar los beneficios —en países como India, por ejemplo— para evadir impuestos. La operación funciona así: vender (-te a ti mismo) a precios bajos en Dubái y perder dinero en casa, donde los impuestos son altos, y revender en otros países donde los impuestos son bajos y los beneficios son enormes. En los últimos años, Dubái se ha hecho con gran parte del mercado que antes gestionaba Bélgica, sobre todo debido a la estricta legislación contra el blanqueo de capitales impuesta por las autoridades belgas y por su ofensiva contra los diamantes de guerra y demás productos ilícitos posterior a 2003. Dubái ha desequilibrado la balanza de una manera que todavía no alcanzamos a entender del todo.

Independientemente de la ruta por la que los diamantes acceden al mercado, independientemente de que sean legales o ilegales, independientemente de que sea desde Amberes, Dubái o Mumbai, siempre pasarán unos dos años desde que la piedra se extrae de la mina hasta que se vende en una joyería. Y durante esos dos años pasa por media docena de países, como poco, y por docenas de intercambios. Puede haber viajado con un rebelde a través de la jungla, o puede haberse extraído en una mina congelada situada en medio de un terreno

baldío en plena Siberia. Puede que incluso haya pasado por el tracto digestivo de un buscador que prefirió tragárselo para saltarse uno de los intermediarios de la cadena. Tres de cada cinco diamantes adquiridos recientemente proceden de África, y 9 de cada 10 han pasado por Amberes y por la India. Hasta la introducción del Proceso de Certificación de Kimberley en 2003 (que se estudiará en profundidad más adelante), uno de cada cuatro diamantes había sido robado en algún momento, o se había utilizado para blanquear dinero o para evadir impuestos. El porcentaje es ahora menor, si bien el problema sigue existiendo.

A día de hoy existen dos mercados primarios para los diamantes en bruto: De Beers y todos los demás. De Beers controla la venta de aproximadamente el 45 por ciento de la producción mundial gracias a lo que se produce en sus minas y a acuerdos firmados con terceras empresas. A pesar de que ha perdido mercado y gestiona ahora una proporción mucho menor que la que solía poseer a lo largo de los últimos cien años, incluso la mitad de lo que tiene le bastaría a De Beers para mantener su control sobre la oferta y el precio de los diamantes. Casi todo lo que no controla De Beers lo controla Amberes, antaño el eje de las industria de corte y pulido y ahora el centro de comercio más importante del mundo. Más del 80 por ciento de la producción de diamantes en bruto de todo el mundo acaba pasando por Amberes porque, aparte de la mercancía que llega desde fuentes ajenas a De Beers, esta ciudad belga acoge a la mitad de los *sightholders* de De Beers.

Muchos de los *sightholders* y de las casas de comercio de Amberes ya no están dados de alta en Bélgica, a pesar de que los diamantes siguen siendo una de las principales exportaciones del país, con una tasa del siete por ciento. Representantes de empresas mineras como BHP Billiton, y compradores de países tan dispares como Israel, India, Tailandia y EE. UU., ansiosos por alimentar sus industrias de corte y pulido, ocupan locales y oficinas situadas en las calles de Pelikaansstraat y Hoveniersstraat. Sin duda, el país más importante en cuanto a la industria de la transformación de diamantes es la India, donde 750.000 personas, según como vaya la economía, se dedican al corte y pulido de diamantes. Nueve de cada diez diamantes se transforman en la India, que por valor acumula más de tres cuartos de los diamantes de todo el mundo. Con casi 14 mil millones en ventas anuales, los diamantes son la principal exportación india.

Israel es el segundo mayor transformador de diamantes. Si bien la industria israelí alcanza tan sólo una quinta parte de la india, sigue siendo dos veces mayor que la de Rusia y Sudáfrica. La industria israelí se puso en marcha en la década de 1930 durante los últimos años del Mandato Británico en Palestina y gozó de un buen ritmo de crecimiento durante un par de años, en parte gracias a la asignación especial de diamantes en bruto por parte de De Beers. Todo cambió tras la Segunda Guerra Mundial. El gobierno belga quería restablecer la supremacía de Amberes, y De Beers quería diamantes del Congo Belga. Israel estaba en medio. El gobierno israelí optó por promover la industria de corte nacional y por animar a los israelíes a viajar a África para firmar acuerdos que no estuvieran controlados por De Beers y Amberes. El gobierno puso en marcha un plan de préstamos solidarios en moneda extranjera, con subvenciones generosas y ventajas fiscales. Las cosas cambiaron durante las décadas de 1960 y 1970 cuando la industria israelí comenzó a despegar. De Beers ya no podía seguir ignorando la situación, ni tampoco podía permitirse tener a una preocupación constante que no estaba bajo su control. Llegaron a un acuerdo: De Beers asignaría diamantes a Israel y, a cambio, la industria israelí garantizaba la compra de una determinada cantidad de diamantes a De Beers, una medida con la que intentaban sofocar las adquisiciones independientes en África.

Muchos países, sobre todo africanos, esperan poder emular a Israel, al menos en parte. Los gobiernos de Namibia y Botsuana han utilizado sus minas de diamantes para obligar a De Beers a firmar acuerdos comerciales y de asignación con industrias de corte y pulido en ciernes. Los gobiernos no sólo buscan crear empleo e industrias secundarias, sino aumentar sus ingresos en divisas. Pero esta preocupación no afecta únicamente a África. Tras encontrar diamantes en Canadá, el gobierno de los Territorios del Noroeste —una parte poco poblada y poco desarrollada del país— intentó fomentar la creación de industrias relacionadas con el sector del diamante teniendo en cuenta el potencial de la industria del corte y el pulido. Aunque Canadá tenía una pequeña industria de corte y pulido, cabe destacar que en el norte no había nada. La creación de una industria de este tipo hace pensar en un flujo constante de diamantes en bruto y, por tanto, BHP Billiton se opuso inicialmente a la idea. Su intención era clasificar y vender los

diamantes en Amberes o a De Beers en Londres. Las negociaciones se enrarecieron hasta tal punto que el Ministro Territorial de Recursos amenazó con aprobar un impuesto minero «de aúpa». BHP Billiton ni se planteó rechazar la oferta y accedió a asignar hasta un 10 por ciento de la producción, en valor, a las empresas locales de corte y pulido. Se crearon cuatro empresas, de las que sólo sobrevive una.

Otros países productores de diamantes pusieron en marcha operaciones similares que fueron recibidas con considerable desdén por parte del resto de la industria, De Beers entre ellos. Nicky Oppenheimer se burló abiertamente de la situación: «Los sudafricanos tienen una industria de corte viable, pero les ha llevado 70 años constituir la. Hay que ver lo que le ha costado al gobierno sudafricano esos 70 años, no hay más que analizar las subvenciones que ha tenido que otorgar el gobierno para crear 1.500 empleos en Sudáfrica. El rendimiento será desastroso. No se me ocurre ningún país productor, aparte de Sudáfrica, con una industria de corte viable, quizá Rusia, pero incluso en su caso dudo que las cuentas estén bien hechas».²

En un país en el que el coste de la mano de obra es algo que puede mantener una industria de corte viable si se limita únicamente a los diamantes de alta calidad. Se calcula que hay unos 200-300 expertos cortadores y pulidores en Estados Unidos. Más del 60 por ciento de su producción asciende a más de dos mil dólares por quilate (al por mayor), un valor muy superior a la producción media india que ronda los 27 dólares por quilate. El valor añadido (o mejor dicho, el valor y el coste añadido) en Estados Unidos responde al hecho de que en este mercado se venden gemas de mayor calidad. El estrato superior del mercado estadounidense gasta la mayor cantidad de dinero, mientras que en el nivel inferior del mercado se gestiona el mayor número de diamantes.

Alrededor de la mitad de todos los diamantes de joyería vendidos al año en todo el mundo se venden en Estados Unidos. Por tanto, EE. UU. es un eslabón muy importante de la cadena. Pero la cadena no se rompe cuando la prometida se coloca el anillo o los raperos se decoran las orejas con pendientes millonarios. Los diamantes de segunda mano constituyen una parte importante del mercado, aunque los anuncios que recalcan el valor y la eternidad de las piedras tiendan a obviar este sector. Por algo será... Quizá porque los diamantes usa-

dos no conservan su valor inicial. Así ocurrió con el diamante «Elizabeth Taylor». A mediados de la década de 1960, Harry Winston compró un diamante De Beers de 100 quilates y lo cortó en una joya de 58 facetas y 69,42 quilates que vendió a Harriet Annenberg Ames por 500.000 dólares. La Sra. Ames comenzó a plantearse si le merecía la pena gastarse 30.000 dólares al año en seguros sólo para tener la joya en una caja fuerte e intentó devolvérsela a Harry Winston. La joya acabó en una subasta de Parke-Bernet en octubre de 1969, donde fue comprada por Cartier por la escalofriante cifra de 1.050.000 dólares. La Sra. Ames se llevó 868.600 dólares —después de pagar los correspondientes impuestos y la comisión de la agencia—, y Cartier se lo vendió cinco días más tarde a Elizabeth Taylor por 1.1000.000 dólares. El intercambio del diamante tuvo lugar a bordo de un avión que sobrevolaba el Mediterráneo para evitar más impuestos. Una década más tarde, Elizabeth Taylor se cansó del diamante y lo puso a la venta por 4 millones de dólares. Cobraba 2.000 dólares sólo por enseñarlo, aunque el dinero iba destinado a cubrir los gastos de seguro asociados a dichas exposiciones al público. No logró atraer a ningún comprador y, supuestamente, acabó vendiéndoselo a un distribuidor por 2 millones de dólares. Dada la tasa de inflación que había por aquél entonces y del dinero que invirtió en seguros, Taylor probablemente perdió mucho dinero en la transacción.³

La mayoría de los compradores de diamantes no juegan en esta liga, claro. Pero los precios de reventa pueden ser incluso peores cuando se trata de piedras de menor valor. La periodista Peg Hill investigó el mercado de Toronto y descubrió que precio y valor son dos conceptos bien diferentes, y también que en el mercado de segunda mano los factores subjetivos tienen el mismo peso que en el mundo real. Hill se llevó una reliquia familiar, un anillo engarzado con un enorme diamante, que fue tasado en 4.950 dólares hace seis años cuando quisieron asegurarlo, para que fuera tasado de nuevo por el mismo joyero. Lo tasó en 5.500 dólares. No era ninguna maravilla (un aumento del 11 por ciento en seis años), pero al menos había subido de valor. Cuando Hill accedió a venderle el anillo se quedó helada al escuchar las condiciones. El joyero-tasador se quedaría el anillo y lo pondría a la venta por 5.500 dólares. Pero Hill sólo se llevaría 2.800 dólares, y eso si se vendía. El joyero le comentó que alrededor

de la mitad de las joyas que se dejaban en consignación se vendían en el plazo de un año. El resto no. Hill visitó a otros prestamistas quienes le tasaron el anillo entre 800 y 1.200 dólares; nada que ver con la oferta del joyero anterior, pero éstos le daban el dinero al instante. Tanto Hill como Liz Taylor se enfrentaron al mismo problema: el precio de las joyas no suele aumentar.⁴ Entre los distribuidores, los diamantes pulidos sueltos han mantenido el valor durante los últimos diez años, pero la población de a pie lo tiene bastante crudo. La gente común compra al por menor, y si luego quieren vender tienen que acudir a intermediarios que trabajan con precios al por mayor, con un recorte del 30 o 40 por ciento.

Nadie, ni siquiera De Beers, ha dicho nunca que los diamantes sean una buena inversión, aunque con la recesión de 2009 algunos empezaron a echar cuentas. ¿Por qué el oro era tan buena inversión? ¿Por qué el valor se multiplicaba por cuatro en sólo nueve años? ¿Por qué el de los diamantes no? La respuesta está en que el oro vuelve al mercado, mientras que los diamantes no. Se calcula que después de 1870 en 135 años se extrajeron unos 4,5 mil millones de quilates, con un valor al por menor actual de alrededor de un billón de dólares. La mayoría de los diamantes deben andar por ahí todavía porque, tal y como apunta el analista Chaim Even-Zohar, «los diamantes han resultado ser una inversión bastante mala».⁵

Luego está el tema de los diamantes robados, y no me refiero a los diamantes en bruto que nos ocupan en este libro, sino a los diamantes y a las joyas que se roban de habitaciones, joyerías y aeropuertos, o en la famosa calle 47 de Nueva York y en la calle Hoveniersstraat en Amberes. Esos vuelven a entrar en la cadena con grandes descuentos. Según la importancia del robo, esos descuentos pueden incluso rebajar el precio de la mercancía legítima, como en el caso de los diamantes robados de 109 de las 189 cajas fuertes custodiadas en la cámara acorazada del Antwerp Diamond Centre en febrero de 2003. Años antes, en 1994, unos ladrones se llevaron diamantes por valor de 4,55 millones de dólares del Antwerpsche Diamantkring en Amberes. En 2003 el botín fue superior, unos 100 millones de dólares. En agosto de 2009, Graff Diamonds, una tienda situada en Mayfair, Londres, sufrió el mayor robo de joyas de la historia de Gran Bretaña: los ladrones se llevaron 40 millones de libras esterlinas en diamantes. La rentabilidad de

robar diamantes reside en que antes o después la mercancía vuelve a la cadena de distribución donde seguramente las reciclen algunas de las empresas a las que se los robaron.

CAPÍTULO 5

ANGOLA O CÓMO DESVIAR LA ATENCIÓN

Gracias a la creación de oficinas de compra en Angola, las adquisiciones [realizadas por De Beers] en el mercado abierto en Amberes, Tel Aviv y África han superado los niveles registrados el año anterior, debido, principalmente, al aumento de mercancía llegada al mercado procedente de Angola durante la segunda mitad de 1995.

— Discurso del presidente, *Informe Anual de De Beers*, 1995

Portugal fue la primera potencia colonial en llegar a África, y la última en marcharse. El explorador portugués Vasco da Gama, coetáneo de Colón, llegó a Angola allá por 1498. Lo que comenzó siendo una relación comercial beneficiosa para ambas partes pronto se convirtió en una relación depredadora basada en el envío de esclavos a las plantaciones y minas de la creciente colonia portuguesa en Brasil. Durante la mayor parte del siglo XVIII, las plantaciones de azúcar brasileñas acogieron hasta un millón de africanos, muchos de los cuales llegaron desde Angola para trabajar como esclavos. En total, se calcula que unos tres millones de esclavos africanos partieron desde los puertos de Angola hacia el hemisferio occidental.

A finales del siglo XIX, Portugal —uno de los países más pequeños y pobres de Europa— había perdido la colonia brasileña, pero había forjado un imperio africano cuya extensión era veinte veces mayor que

la de su propio país. Portugal pareció ignorar los cambios políticos que comenzaron a tomar forma en el continente africano durante la década de 1950. Angola era fuente de materias primas, minerales, café... y de tierra para los colonos portugueses. En 1940 había unos 44.000 portugueses en la colonia; en 1960 la cifra había ascendido hasta los 179.000. En 1952, antes de tomar posesión del cargo de primer ministro de Portugal, Marcello Caetano resumió la postura y el enfoque de Portugal: «Los nativos africanos necesitan de la gestión y organización europea, pero desempeñan un papel secundario esencial. Los negros son elementos productivos que forman, o deben formar, parte de una economía dirigida por los blancos».¹

Dicha gestión y organización se centraba, en parte, en la industria del diamante, y pasaba por alto la educación o el sistema sanitario. Los primeros diamantes se descubrieron en la Provincia de Luanda, al nordeste del país, en 1912, y en 1917 se constituyó la *Companhia de Diamantes de Angola* (DIAMANG) con el objetivo de comenzar las actividades de extracción a tiempo completo, principalmente en la Provincia de Luanda y en el Valle del Cuango al oeste de Angola. La empresa estaba participada por inversores portugueses, británicos, belgas y estadounidenses. Los primeros diamantes se extrajeron de depósitos aluviales, aunque posteriormente se identificaron también más de 300 caminos kimberlíticos, siendo el más productivo el situado en Catoca, en la Provincia de Luanda. Aunque los diamantes angoleños presentan múltiples variaciones en cuanto a su calidad, una gran proporción son de calidad gema. Así, una parte importante de las exportaciones procedentes de la colonia se nutría de la producción de diamantes, aunque con el paso del tiempo las piedras se convirtieron en motor de hostilidades y en recursos para controlarlas. En 1947, DIAMANG contaba con 17.500 trabajadores africanos, casi un tercio de los cuales habían sido «suministrados por las autoridades» a través de la imposición del trabajo forzoso. El sueldo medio anual en efectivo y en especie solía ascender a 830 angolars, unos 25 dólares.²

La chispa de la agitación social saltó durante la década de 1950, y en 1961 se desencadenó una sangrienta guerra por la independencia liderada por tres movimientos de guerrilla armados. El primero, el MPLA (*Movimento Popular de Libertação de Angola*, Movimiento Popular para la Liberación de Angola), tenía raíces marxistas y se apresuró en

llevar su revolución al norte de la colonia. El segundo, el *Frente Nacional de Libertação de Angola* (FNLA o Frente Nacional de Liberación de Angola) contaba con el apoyo del recién independenizado Congo y de China. Ambos movimientos se nutrían de determinadas etnias, al igual que el tercero. En 1966, uno de los líderes del FNLA, Jonas Savimbi, un joven de 31 años, se separó de dicho grupo para montar su propio movimiento, la UNITA (*União para la Independência Total de Angola* o Unión Nacional para la Independencia Total de Angola), enarbolando las mismas directrices marxistas que todos los movimientos de liberación africanos de la década de 1960. No obstante, nadie se tomó a Savimbi y a su partido en serio hasta pasados unos años. En 1972, Basil Davidson, gran experto en Angola, redactó un artículo sosteniendo que: «Los informes presentados por los observadores de Finlandia, Italia, Alemania Occidental y de la OUA enviados a los distritos orientales, y por el autor mismo, coinciden en que en 1970 la UNITA no era otra cosa que un señuelo para desviar la atención».³ Quizá el autor se creía realmente lo que escribía, o quizá se dejó llevar por la ilusión, pero con el paso del tiempo se demostró lo equivocado que estaba.

En 1966, los diamantes representaban el cinco por ciento de los ingresos de Portugal procedentes de la colonia, y se había convertido en un factor de peso para financiar una guerra que continuaría otros ocho años. No obstante, Angola logró la independencia en 1975, no como consecuencia directa de la guerra, sino tras el golpe militar de Lisboa en 1974. Entre los movimientos de liberación reinaba la confusión. Savimbi reconoció la importancia del momento histórico y abandonó su recién instaurada retórica maoísta y pro China para abrazar una postura multi-racial y pro-occidental. El primer acuerdo de transición firmado entre los tres movimientos de liberación y Portugal se desvaneció antes de que se secara la tinta sobre el papel. Moscú, preocupado por el apoyo que recibía el FNLA desde China y EE. UU., incrementó su apoyo al MPLA. El grupo también recibía asistencia de Cuba en forma de entrenamiento, financiación, armamento y tropas de combate. Sudáfrica también tomó partido en la lucha al enviar apoyo militar directo a la UNITA, así como a su ejército a través de la frontera hacia Angola. Las fuerzas sudafricanas no encontraron resistencia a su paso y llegaron fácilmente a la capital. Cuba improvisó un batallón que envió por aire hasta la zona, y ambos bandos —el MPLA con

apoyo cubano y la UNITA con apoyo sudafricano— combatieron sin tregua a las afueras de Luanda. La victoria del MPLA se debió tanto a una proeza militar como a la suerte. Cuando Angola logró la independencia en noviembre de 1974, el MPLA había ocupado Luanda y se convirtió, por tanto, en el gobierno *de facto* de la República Popular de Angola. Las Fuerzas de Defensa de Sudáfrica se retiraron y la guerra de la independencia llegó a su fin. No obstante, las guerras de los diamantes estaban aún por llegar.

La guerra que surgió en 1976 fue, en parte, una lucha subsidiaria entre el bloque soviético y Occidente. Cuba y Sudáfrica iban de la mano de sus respectivos mentores intentando no quedarse atrás. Tras lograr la independencia, el gobierno del MPLA reforzó su postura gracias a las importantes aportaciones de los soviéticos en forma de equipamiento y personal militar. Cuba también apoyó la misión con el envío de equipos y tropas: 4.000 en 1978, y hasta 21.000 en 1981. Bajo el gobierno de Carter, EE. UU. ofreció un apoyo indirecto limitado a la UNITA, y el movimiento se benefició también de que China, Francia y Marruecos apoyaran la operación. La UNITA tenía garantizado el apoyo de Sudáfrica dado el creciente apoyo del MPLA a los movimientos de liberación surgidos en África del Sudoeste (SWAPO) y en Sudáfrica (el ANC). Al ser nombrado presidente, Ronald Reagan tomó la decisión de aumentar el apoyo militar de EE. UU. a la UNITA, al igual que hizo Sudáfrica, mientras que el bloque soviético y Cuba aumentaron su respaldo al MPLA. En 1985 había 950 agentes soviéticos y 45.000 tropas cubanas en Angola. Pero tenían los días contados. Tras la independencia de Zimbabue y la aceptación gradual de la independencia de Namibia por parte de Sudáfrica no había duda de que llegaban vientos de cambio. Los apoyos seguían llegando durante la Guerra Fría, si bien se comenzó a hacer más presión para llegar a una paz negociada. En 1988 se firmó un acuerdo para poner fin a la presencia de tropas extranjeras. Las hostilidades no cesaron, pero un año más tarde y muy lejos de allí, en Berlín, caía un muro que había servido de metáfora a casi cinco décadas de lucha en África. El MPLA y la UNITA se vieron cada vez más presionadas a sentarse a negociar y, tras un alto al fuego en 1991, se celebraron elecciones en 1992.

Savimbi esperaba ganar fácilmente las elecciones, pero no fue así y la guerra resurgió con su derrota. El MPLA y la UNITA, sin los aliados

de la Guerra Fría y sin las ataduras impuestas por Sudáfrica, tiraron de los recursos naturales nacionales para financiar el armamento de sus tropas. El crudo y los diamantes pasaron a la acción. La UNITA empezó a extraer diamantes en la década de los setenta y en 1984 había invadido zonas mineras de gran importancia en el Valle de Cuango. Las exportaciones de diamantes gema ascendían a 4 millones de dólares al año. Pero las operaciones no habían hecho más que empezar. En 1985, el grupo armado atacó la empresa estatal *Empresa Nacional de Diamantes de Angola* (ENDIAMA), dedicada a la clasificación de diamantes y situada en Andrada (ahora Nzaji), lo cual tuvo un efecto muy negativo en las exportaciones oficiales. En 1993, la UNITA ya se había hecho con las mejores zonas de diamantes del país y en 1996 exportaba la nada desdeñable cantidad de 1 millón de dólares en gemas al día.⁴ Por su parte, el gobierno dependía de las lucrativas ventas de crudo. A pesar de las negociaciones de paz, de otro alto al fuego y de la llegada de miles de tropas de las fuerzas de paz de la ONU, poco se pudo hacer para evitar las confrontaciones, aunque en 1998 nadie dudaba de que el agresor y el partido menos legítimo fuera la UNITA.

En 1993 se impuso un embargo de armas al país, y en 1997 se aprobaron más sanciones a fin de congelar las cuentas de la UNITA y prohibir los desplazamientos de los altos oficiales de la UNITA. Las sanciones no surtieron efecto y la violencia y la brutalidad seguían al alza. A mediados de 1998, tras reconocer al fin el papel estelar que desempeñaban los diamantes para financiar la guerra, el Consejo de Seguridad de la ONU impuso una prohibición global sobre la compra de diamantes de la UNITA o procedentes de zonas controladas por la UNITA. Sólo se podría comerciar legalmente con diamantes que contaran con el sello de garantía oficial del gobierno de Angola.

Tras 37 años de guerra, podría decirse que la medida llegaba un pelín tarde. Para entonces habían fallecido 300.000 angoleños como consecuencia directa de los combates, y la guerra había causado cientos de miles de bajas indirectas. Había millones de desplazados y la infraestructura del país, tan debilitada y falta de desarrollo cuando se logró la independencia en 1975, había quedado totalmente destruida. Unas 200.000 personas habían quedado inválidas por culpa de accidentes relacionados con minas antipersona, más de dos tercios de la población subsistía con menos de un dólar al día, y tres de cada diez

niños morían antes de cumplir cinco años. Pero a pesar de la carnicería que amenazaba con hundir el país, el conflicto seguía contra viento y marea, y las vías comerciales que permitían a la UNITA enviar sus diamantes hacia los mercados internacionales a cambio de armamento eran una de las pocas cosas que seguían funcionando en Angola.

Las fuerzas de paz de la ONU reconocieron su impotencia y se marcharon del país en 1999, dejando que Angola se sacara las castañas del fuego. Imponer sanciones no servía para nada, como pudieron comprobar tanto las fuerzas de la ONU como el resto de la población. También comprobaron que el conflicto que inicialmente recurrió a ambos bandos de la Guerra Fría y contaba con apoyos externos, ahora se financiaba con recursos naturales. Los diamantes eran el producto estrella con el que controlaban el cotarro. Tras lograr la independencia, el gobierno del MPLA nacionalizó el DIAMANG y creó una empresa nueva llamada ENDIAMA (*Empresa Nacional de Diamantes de Angola*), y contrató a De Beers para gestionar las minas angoleñas durante varios años. Durante la década de 1990, la UNITA controlaba grandes extensiones de terreno en las zonas de diamantes, lo cual le permitía llevarse la mercancía que quisiera, algo que, a su vez, afectaba a la producción oficial y a los ingresos gubernamentales. Durante los diferentes altos el fuego las actividades de extracción formales realizadas por empresas registradas aumentaban, si bien éstas se combinaban con operaciones «informales» realizadas por los buscadores o *garimpeiros*. Parte de los diamantes procedentes de la minería informal se vendían legalmente a través de canales gubernamentales, otros se vendían a través de la UNITA, y otros se transportaban a países como el Congo en operaciones de contrabando de diamantes como las que se llevaban organizando toda la vida. En tiempos de bonanza, la ENDIAMA podía exportar entre 200-300 millones de dólares, una cantidad que no llegaba ni la mitad de la mercancía extraída. En años malos, como 1993, la producción total no llegó ni a los 35 millones de dólares.⁵ Aunque la UNITA era el principal problema del gobierno porque sus trapicheos debilitaban los ingresos oficiales, tampoco se podía ignorar el alto nivel de corrupción del ejército angoleño que se relacionaba con los contrabandistas, e incluso con la UNITA.

Durante sus años más lucrativos, la UNITA puso en marcha una sofisticada operación de extracción, clasificación y comercialización.

Constituyó un «ministerio» de recursos naturales y empleaba diferentes técnicas para extraer los diamantes. Llegó incluso a gestionar operaciones de extracción de diamantes con mucha mano de obra en zonas muy extensas durante largos periodos de tiempo. En otras zonas realizaban «operaciones relámpago», es decir, extraían todo lo que podían mientras la zona era segura y huían en cuanto se acercaba el peligro. En otros casos, simplemente asaltaban a los buscadores y empresas que operaban en zonas gubernamentales. La UNITA también operó bajo un esquema de ventas formal, e incluso organizó subastas en las oficinas centrales de Andulo hasta 1999.

Las sanciones del Consejo de Seguridad de la ONU dieron un toque de surrealismo a la situación: los gobiernos que suministraban o permitían envíos de armas a la UNITA debían respetar el embargo; las empresas que compraban diamantes de la UNITA debían dejar de hacerlo; los vuelos nocturnos que transportaban armamento a Angola debían quedarse en tierra; las cuentas sospechosas debían ser investigadas por los gobiernos de países europeos y de otros continentes para cerrar las cuentas ilegales. Supongo que los autores que redactaron las sanciones sentados alrededor de una enorme mesa en el Consejo de Seguridad de la ONU quedarían satisfechos de su misión, pero después de tantos años de guerra y de tantos miles de millones de dólares invertidos en armas, no parecía muy probable que unos documentos salidos de un despacho de Nueva York fueran a suponer gran cosa para Jonas Savimbi y sus partidarios.

La ingenuidad del Consejo de Seguridad quedó patente a finales de 1998, cuando la ONG británica Global Witness publicó un informe sobrecogedor acerca de los diamantes angoleños: *A Rough Trade: The Role of Companies and Governments in the Angolan Conflict*. El documento analizaba a fondo los temas políticos y sociales relacionados con la guerra angoleña y estudiaba también el peso del crudo, pero hacía responsable de la muerte de alrededor de medio millón de personas durante la década de los noventa al sector internacional del diamante, destacando al mismo tiempo el evidente incumplimiento de las sanciones de la ONU por parte de los gobiernos de países que comerciaban con y adquirían diamantes de Angola. Según *A Rough Trade* «desde 1992 la UNITA han controlado entre el 60 y 70 por ciento de la producción de diamantes de Angola, generando así ingresos de 3,7

mil millones de dólares para financiar sus pretensiones bélicas. Los diamantes de la UNITA llegan a los principales mercados internacionales a través de la industria del diamante global que opera con poca transparencia y está sometida a una escasa supervisión por parte de la comunidad internacional». ⁶

Global Witness se centró en De Beers, cuyos informes anuales durante dicha década alardeaban de la capacidad de la empresa para hacerse con los diamantes angoleños procedentes del «mercado abierto», es decir, diamantes no comercializados a través de la ENDIAMA, la empresa de diamantes estatal. A *Rough Trade* reproducía extractos de los propios informes anuales de De Beers. En 1992, el presidente de De Beers afirmó: «El hecho de que podamos comprar dos tercios de la oferta de Angola da muestra no sólo de nuestro potencial económico sino también de la infraestructura y del personal tan cualificado con el que contamos». En 1993, hablaba de medidas «aplicadas a mediados de 1992 para restringir las ventas y realizar importantes adquisiciones de diamantes (procedentes principalmente de Angola) en el mercado abierto». En 1999, hacía mención de que «la oferta de diamantes angoleños había experimentado un aumento considerable, principalmente en lo que respecta a la variedad gema de mayor valor, que había llegado al mercado externo donde CSO [De Beers] había logrado hacerse con dos tercios de la producción». En 1996, mencionaba «la creciente llegada de diamantes angoleños a los principales centros de corte» y afirmaba que «De Beers pudo comprar [la mercancía] a través de sus oficinas de compra externas». En el informe anual de 1996, De Beers se sostenía que ese mismo año la compra externa «había alcanzado cifras récord, debido principalmente al aumento en la producción angoleña. Angola suele producir diamantes de las categorías más codiciadas, aunque en general las actividades de compra se realizan como medida para apoyar el mercado». Quizá hubiera sido más apropiado hablar de *proteger* el mercado, dado que con botines de diamantes con un valor medio de unos 500 millones de dólares al año entre 1992 y 1998, los ingresos de la UNITA representaban casi el diez por ciento de la producción mundial, y hubiera podido desequilibrar los precios si De Beers hubiera permitido que los diamantes cayeran en manos ajenas. ⁷

El informe de Global Witness también hacía responsable a Bélgica de violar las sanciones de la ONU a través del mercado abierto de dia-

mantes de Amberes, y culpaba al gobierno africano de descuidar su sistema de certificación. El Consejo de Seguridad de la ONU invitó a empleados de Global Witness a viajar a Nueva York a principios de 1999 y, por primera vez en la historia, una ONG informaba a esta augusta institución sobre una crisis internacional. Consciente de que la imposición de sanciones no servía para nada, en mayo de 1999 el Consejo de Seguridad decidió constituir un grupo de expertos independiente para analizar cómo se lograban violar dichas sanciones y determinar quién violaba las sanciones y cómo solucionar la situación.

El informe del Grupo de Expertos de la ONU para Angola entregado en marzo de 2000 corroboró las afirmaciones presentadas por Global Witness sobre Bélgica. Según el informe, «la laxitud en el control del mercado de Amberes, y la legislación por la que se rige, facilita e incluso llega a promover la actividad comercial ilegal». Añadía que «las autoridades belgas no han podido establecer un sistema efectivo de identificación de importaciones aplicable a la industria del diamante. Tampoco se ha esforzado por supervisar la actividad de comerciantes, corredores y representantes sospechosos, dado que prácticamente todos viajan y operan libremente».⁸ Un correo de diamantes africano llegó a decir que «el contrabando de diamantes no es arriesgado. Llevo haciéndolo toda la vida. Mis contactos me garantizan vía libre en el aeropuerto nacional, y en cuanto me monto en el avión estoy tranquilo porque nunca me han registrado para ver si llevaba diamantes al llegar a Bélgica. Para vender los diamantes, simplemente me acerco a uno de los *diamantaires* de Pelikaanstraat y le muestro las piedras. Los *diamantaires* siempre son muy amables y me llevan a una salita interior y me preparan una bebida. A veces incluso me gestionan alojamiento en Amberes».⁹

Pero los diamantes no viajaban directamente desde los territorios controlados por la UNITA en Angola a Amberes, sino que hacían múltiples paradas por el camino, y el informe de la ONU fue el primero en denunciar y exponer la complicidad de los gobiernos. El protocolo diplomático —o mejor dicho, la hipocresía diplomática— había ocultado los documentos hasta la fecha, pero el Presidente del Comité de Sanciones para Angola, Robert Fowler, estaba indignado por el descaro con el que se desobedecían las sanciones. Fowler, por entonces embajador canadiense ante las Naciones Unidas, ocupó anteriormente el cargo de Viceministro de Defensa y fue consejero de tres primeros

ministros canadienses en materia de política exterior. No había llegado a la ONU para quedarse de brazos cruzados. Al igual que muchos otros, Fowler sabía que todos esos años de guerra y todas esas resoluciones desdentadas habían hecho mella en la reputación de la ONU. El informe denunciaba, entre otros, al Presidente de Burkina Faso, Blaise Compaoré, que se ocupó personalmente de proporcionar un lugar seguro en el que pudieran llevarse a cabo transacciones entre la UNITA y los comerciantes de Amberes. Gnassingbé Eyadéma, el presidente de Togo y el jefe de gobierno con el mandato más longevo de toda África, había permitido actividades similares a cambio de una parte del botín. Mobutu Sese Seko también lo hizo hasta que fue derrocado. Para Jonas Savimbi eran simplemente acuerdos comerciales, ni más ni menos. Seguro que Compaoré, Mobutu y Eyadéma también lo veían así. Si bien Mobutu y los marxistas del MPLA se detestaban cordialmente, el dinero tiene esa extraña capacidad de limar cualquier aspereza existente. El dinero lo era todo para Compaoré y Eyadéma.

La UNITA transportaba diamantes por Sudáfrica, Namibia y Zambia, donde los controles eran laxos o inexistentes. En Zambia, los compradores repartían folletos en las gasolineras de pueblos fronterizos en los que ofrecían los «precios más altos» por diamantes y oro. Tras ser valorados y aprobados por el Ministerio de minas y desarrollo de Zambia, los diamantes se consideraban mercancía lícita y podían continuar su viaje hacia el mercado legítimo. Otros comerciantes de diamantes de Congo y Zambia, entre otros países, obtuvieron permisos de la UNITA para viajar a territorios controlados por la UNITA a fin de comprar diamantes aprobados por la organización. Los permisos llegaban a costar hasta 35.000 dólares al mes.¹⁰

Las armas son más grandes y más difíciles de transportar que los diamantes, pero introducir armas en el país era casi tan fácil como sacar diamantes. El problema residía en conseguir las armas. Con la caída de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría, Europa Oriental tenía armamento barato para dar y tomar e, ironías del destino, Savimbi pudo comprar armas que probablemente iban a ser enviadas a su enemigo, el MPLA, para luchar contra él. Compró de múltiples fuentes, aunque sus principales proveedores fueron Ucrania, Moldavia y Bulgaria. Las operaciones las cerraban los traficantes de armas de EAU, Chipre, Panamá, Gibraltar, Gran Bretaña, Israel y las Bahamas,

y las armas se introducían en Angola por algunas de las vías utilizadas para sacar diamantes del país. Blaise Compaoré suministraba certificados de usuario final y permitía que hicieran escala en Burkina Faso. Togo y Guinea también suministraron certificados de usuario final falsos. Mobutu Sese Seko permitió que se hicieran escalas y emitió documentación falsa durante años, y Paul Kagame, nombrado Presidente de Ruanda tras el genocidio, también participó en las operaciones ilegales porque, al igual que Jonas Savimbi, odiaba a Laurent Kabila, el sucesor de Mobutu. Los aviones cargados de mercancía despegaban desde el aeropuerto sudafricano de Lanseria con dirección a Zambia, pero en cuanto entraban en espacio aéreo zambiano, eran desviados hacia las oficinas centrales de la UNITA en Andulo, en el centro de Angola. Los vuelos desde Europa hacían escala en Khartoum, Goma, Niamtougou en el norte de Togo, o en Nairobi, con destino final en Congo, Tanzania o cualquier otro lugar libre de polémica.¹¹

No faltaban pequeñas aerolíneas, registros falsos y planes de vuelo falsificados. Las principales aerolíneas eran Air Cess, Trans Avia and Air Pass, todas propiedad de un tal Viktor Anetolyevich Bout. En un informe elaborado para el Consejo de Seguridad en 2001, se describía a Bout como un ex piloto del ejército del aire ruso, con fuertes vínculos con el crimen organizado ruso y gestor de la mayor flota de aviones Antonov del mundo.¹² Bout sólo tenía 34 años, pero ya tenía diversos pasaportes y se dedicaba a enviar equipamiento militar a varios conflictos por toda África. Viktor Bout, que volverá aparecer en el libro, tenía empresas registradas en los Emiratos Árabes Unidos y aviones matriculados en países más que dispuestos a venderse por un par de dólares: Liberia, la República Centroafricana, Suazilandia, Guinea Ecuatorial, Congo-Brazzaville. En 2002 se le prohibió entrar en los Emiratos Árabes Unidos, y los belgas emitieron una orden de búsqueda y captura contra Bout por blanqueo de dinero y conspiración con tráfico de armas, diamantes y falsificación de dinero. Bout regresó a Moscú donde gozó de protección política del más alto nivel. «Quizá debería montar una universidad para el tráfico de armas e impartir una clase sobre cómo desobedecer las sanciones de la ONU», le comentó a un reportero en agosto de 2003.¹³

El grupo de expertos del Consejo de Seguridad para Angola se reorganizó como «mecanismo de supervisión» en 2000, y siguió pre-

sentando informes durante 2001 y 2002. Unos informes muy esclarecedores. De Beers ya había detenido todas las compras del «mercado externo», no sólo procedentes de Angola sino de todos los países. A pesar del cambio, y de la publicación de la «lista de la vergüenza» dentro del primer informe, los diamantes de la UNITA siguieron llegando al comercio legítimo. En 1999, la proporción ascendió al menos a 300 millones de dólares y a 100 millones de dólares en 2000. Ahora se ocultaban mejor y se movían por otras rutas, pero el sistema de blanqueo se basaba en una amplia red de empresas intermediarias, creadas por compradores consolidados en Europa, Israel y Estados Unidos. Los diamantes de la UNITA eran transportados a través de paraísos fiscales con registros laxos en los que se declaraba como lugar de origen de la mercancía alguna de las escalas del viaje. Ruanda y Uganda, países en los que no hay minas de diamantes, se citaban como país de origen de las gemas que llegaban a Amberes. Según el Ministerio de minas de Tanzania, el país —que sí tiene minas— exportó 1,7 millones de dólares de diamantes a Bélgica en 2000. No obstante, ese mismo año el Ministerio de asuntos económicos belga registró importaciones desde Tanzania por valor de 11,5 millones de dólares.¹⁴ En mina, el valor medio de los diamantes de Tanzania ronda los 140 dólares por quilate, pero según las importaciones belgas se habían pagado unos 600 dólares por quilate. No cabe duda de que algo se estaba cocinando en Tanzania o en Bélgica. El grueso de los diamantes, al menos en valor, no podía proceder de Tanzania.

El timo era todavía más evidente en el caso de las exportaciones de diamantes de Zambia. En 2001, el gobierno de Zambia comunicó a los supervisores del Consejo de Seguridad que desde 1998 oficialmente no se exportaban diamantes desde Zambia, y que no creía que existiera un contrabando de diamantes de importancia en su territorio. A pesar de no ser un país productor, entre febrero y mayo de 2001 el gobierno belga registró importaciones de diamantes de Zambia por valor de 13,3 millones de dólares, con un valor medio de 373 dólares por quilate.¹⁵

En 2002 salió a la luz un caso todavía más específico. Uno de los principales comerciantes ilegales de diamantes de Angola, Jose «Chico» Francisco, vendió diamantes ilícitos angoleños a un distribuidor de Amberes a través de un intermediario en la República Centrafricana.

cana, a quien conocía como «C. Van Tures». Según un informe de la ONU, entre enero y septiembre de 2000 Van Tures exportó 50.000 quilates por valor de 18 millones de dólares a Limo Diamonds, situada en la famosa Pelikaanstraat de Amberes. El precio, unos 360 dólares por quilate, era muy superior al precio medio de 140 dólares por quilate que se pagaba por los diamantes de la República Centroafricana. Van Tures le vendió a Limo otra remesa de diamantes por valor de diez millones de dólares que procedían, supuestamente, de Zambia. Cuando fueron interrogados por los supervisores de la ONU, los agentes de Limo declararon no haber visto nunca a Van Tures y dijeron no poder responsabilizarse de las fuentes de los diamantes que les vendían. Negaron saber que los valores variaban según el país africano en el que se producían. Vamos, que simplemente se habían gastado 30 millones de dólares en comprarle diamantes a alguien a quien nunca habían visto porque la mercancía era de muy buena calidad.¹⁶

Los supervisores de la ONU no daban crédito al flujo continuo de diamantes ilícitos que entraban en el mercado legítimo desde Angola. En octubre de 2001 informan de un descenso en las exportaciones de la UNITA, pero a pesar de ello las operaciones de contrabando siguen sacando remesas de diamantes por valor de entre uno y 1,2 millones de dólares de Angola al día, es decir entre 350 y 420 millones de dólares al año. Las actividades desobedecían descaradamente el embargo, que prohibía toda exportación no certificada por el gobierno. Según el Consejo de Seguridad, a pesar de la obligación de los gobiernos de interceptar cualquier diamante comercializado pese a la existencia del embargo, seguían llegando enormes cantidades —el cinco por ciento del comercio mundial— de diamantes hasta los mercados de todo el mundo. Es más, se interceptaban pocos bienes ilegales angoleños de cualquier tipo. Según los supervisores, «ningún comerciante confiesa haber visto gemas angoleñas en las bolsas de diamantes. Parece ser que estos diamantes desaparecen al salir de Angola. Parece imposible, dada la magnitud de su industria, cuya producción casi iguala la de Australia o Namibia. Pero la cuestión principal sigue siendo, ¿cómo desaparece un diamante?». ¹⁷

La respuesta era bien sencilla. Gran parte de las operaciones de compraventa de diamantes en bruto se han llevado a cabo de forma ilegal. Como a los gobiernos les daba igual, no se molestaban en tratar

el tema, con lo que existían pocos mecanismos de control y se disponía de poca experiencia para solucionar el problema. Alguna vez, De Beers había intentado solucionar algunos de los problemas más importantes y específicos que causaba el contrabando de diamantes a fin de proteger los precios globales —como ocurrió en la década de los cincuenta en Sierra Leona y Liberia y en la de los noventa cuando intentó cortar el flujo de «diamantes externos» que llegaba desde Angola. Esta cara oculta, ilícita y plagada de contrabandistas de la industria del diamante fue la que gestó el surgimiento de los diamantes de guerra. A Jonas Savimbi no le hacía falta inventar rutas de contrabando, ni presionar a los compradores de diamantes. Muchos ya compraban bienes robados, y a nadie parecía importarle.

Cuando la guerra resurgió en 1998, la UNITA ya no controlaba las mejores zonas de extracción de diamantes del Valle de Cuango, donde el 90 por ciento de diamantes eran de calidad gema. A pesar de dirigir operaciones de extracción y saqueo por todo el país, los ingresos de la UNITA procedentes de los diamantes empezaron a caer en 1999. En febrero de 2002, Jonas Savimbi fue abatido en una emboscada en la Provincia de Moxico a la edad de 67 años. Poco quedaba del confiado y competente joven rebelde que montó la organización en la década de 1960. Su cuerpo, acribillado por las balas y lleno de moscas, fue expuesto ante los periodistas sobre una mesa rota colocada bajo un gran árbol. Al lado de su cadáver había una maleta con diamantes y otra con dólares. La UNITA emitió una declaración: «Cualquiera que piense que los ideales de la UNITA mueren con su fundador está equivocado. La UNITA es una causa». Pero los guerreros de la UNITA llevaban años viviendo tiempos difíciles, y cuando el gobierno hizo una oferta de alto el fuego el movimiento se derrumbó.

Tras acabar con la oposición militar de la UNITA, Angola debía enfrentarse ahora a dos nuevos retos. Por un lado estaba, y sigue estando, el ejército angoleño y sus oficiales. Algunos militares se habían acostumbrado a dirigir sus propias operaciones de extracción ilícitas; otros llevaban años trapicheando con comerciantes dentro y fuera del país, e incluso con la UNITA. El gobierno intentó controlar un poco la situación con la creación de la Angolan Selling Corporation (Ascorp) en 2000. Para intentar detener la fuga de mercancía, Ascorp monopolizó toda la compra y exportación de diamantes dentro de Angola. Este

nivel de vigilancia extrema permitió a la nueva empresa cuadruplicar los ingresos estatales procedentes de los diamantes en un año gracias, en parte, no tanto al control mejorado sino a una mejor relación entre los precios pagados por Ascorp y lo que la empresa podría obtener en el mercado internacional. Es decir, el monopolio permitió a Ascorp bajar el precio que pagaba por los diamantes en bruto. A corto plazo se lograron mayores beneficios, pero a largo plazo simplemente se enviaron los diamantes de vuelta al comercio ilícito y hacia países donde los comerciantes están dispuestos a pagar precios más altos.

La creación de Ascorp surgió de la rivalidad entre De Beers y un tal Lev Leviev, una rivalidad que todavía sigue en pleno apogeo. El interés de De Beers en Angola venía de largo, pero en 1990 la situación empeoró tras la firma de un acuerdo por el que ENDIAMA recibía un crédito al desarrollo por valor de 50 millones de dólares. No obstante, al estallar la guerra De Beers tuvo que hacer frente al hecho de que era imposible hacer prospecciones en muchas de sus recién adquiridas concesiones. Por su parte, ENDIAMA perdió dinero y no pudo devolver el crédito. A De Beers le pilló por sorpresa la creación de Ascorp, vástago de SODIAM, una filial participada enteramente por ENDIAMA. SODIAM se hizo con parte de Ascorp en nombre del gobierno, y Lev Leviev se encargó de la otra parte, borrando a De Beers del mapa y haciéndose con los derechos exclusivos de todas las exportaciones angoleñas.

Leviev es un fenómeno. Nació en el seno de una prominente familia judía de Tashkent, inmigró a Israel en 1972 a la edad de 16 años y trabajó como aprendiz en una fábrica de pulido de diamantes. Puede dar la impresión de que se marchó sin mirar atrás, pero en realidad nunca ha perdido de vista su pasado. Tampoco ha perdido el contacto con su país de origen. Ocupó el cargo de Presidente de la Cámara de Comercio Rusa-Israelí y estableció vínculos muy estrechos con altos funcionarios, como Vladimir Putin. Este filántropo ha construido un imperio del diamante cuyas fábricas de pulido se encuentran repartidas por Rusia, Israel, Armenia, India, China y Sudáfrica. En 1996 se hizo con Africa-Israel, una de las mayores empresas de Israel, y ahora posee o controla docenas de empresas. Entre ellas se encuentra un de Hong Kong llamada Welox Ltd., que firmó un acuerdo con Ascorp. A finales de la década de 1990, Leviev gestionaba ya una gran operación

vertical que tocaba todos los sectores de la industria del diamante, desde la exploración y la extracción hasta el corte, el pulido y la venta. Las ventas de diamantes en bruto y pulidos rondaban los 3 mil millones de dólares anuales a mediados de la década de 2000, una lógica preocupación para De Beers, cuyas ventas con DTC en 2004 alcanzaron los 5,7 mil millones de dólares. En 2005, Leviev exportó remesas de diamantes por valor de 601 millones de dólares sólo desde Israel, un volumen impresionante que suponía casi el 2 por ciento de todas las exportaciones del país y convertía a Leviev en el exportador más importante del país a gran distancia del resto de sus competidores.*

En 2003, tanto el gobierno angoleño como el ingenioso monopolio que se inventaron al crear de Ascorp estaban hechos trizas. A la hora de encontrar a los culpables, todas las miradas se centraron en los *garimpeiros* en lugar de analizar una estructura de precios que penalizaba a unos mineros paupérrimos. El gobierno decidió que los mineros extranjeros que trabajaban de manera ilegal en las minas, la mayoría de los cuales procedía de la República Democrática del Congo, amenazaban la soberanía e integridad territorial de Angola —por no mencionar los esperadísimos beneficios del nuevo sistema de marketing. Se diseñó un plan para expulsar a los ilegales y el gobierno demostró lo efectivo que podía ser si ponía todo su empeño en algo. Durante los 18 meses que estuvo en funcionamiento, la *Operation Brilhante* expulsó a unos 260.000 ciudadanos extranjeros de Angola en condiciones tan brutales como criticadas. La mayoría de los expulsados eran *garimpeiros* que se veían obligados a abandonar el país con sus familias. Se les obligaba a realizar marchas forzadas y quedaban expuestos a violaciones, asesinatos y a la administración de eméticos y laxantes en un intento por encontrar hasta el último diamante que pudieran estar ocultando antes de dejarlos cruzar al otro lado de la frontera.

Muchos de los expulsados congoleños acabaron volviendo a Angola para escapar de la pobreza de su país. Eran incapaces de olvidar la llamada de los diamantes. Así pues, cada año, con una regularidad y una

* No obstante, en 2009 la «suerte» de Leviev pareció evaporarse, devorada, entre otras cosas, por sus importantes inversiones en el mercado *sub prime* estadounidense. Leviev se vio obligado a reestructurar su enorme deuda cuando el valor de Africa-Israel cayó un 95%, a pesar de que la empresa que le había reportado enormes beneficios durante la primera parte de la década.

precisión extrema, se lleva a cabo una *Operation Brillhante*, o se lanza un plan igual de brutal y con fines idénticos para expulsar del país a dichas personas, las cuales sufren robos, violaciones, palizas y marchas forzadas en su camino hasta la frontera.

Según el gobierno angoleño, su misión es acabar con los *garimpeiros* para que sólo queden las empresas y los empleados. Las personas que quieran buscar diamantes deberán hacerlo como empleados de las empresas que obtendrían los permisos de extracción cuando la guerra llegara a su fin. Antes de que se desencadenara la crisis económica de 2008, fueron muchas las empresas que se asentaron en el país, y sin duda muchas volverán a la zona cuando se recupere la economía. Los diamantes seguirán estando allí. Angola es un país aquejado de múltiples problemas, pero existen dos o tres que sobresalen por encima de los demás. En primer lugar, el gobierno de Angola se ha hipotecado hasta las cejas por culpa de unos préstamos que pidió para financiar la guerra y que avaló con los ingresos procedentes de la venta de crudo en la actualidad y el futuro. Ni siquiera el FMI tiene capacidad para saber si el cálculo aproximado de la deuda acumulada del país asciende a 9,5 mil millones de dólares o en realidad supera con creces dicha cifra.

Ahí surge el segundo problema: la falta casi absoluta de transparencia en cuanto a sus asuntos financieros. Dicha opacidad intentaba, sin demasiado éxito, ocultar un problema mucho mayor: los terribles niveles de corrupción. En un informe filtrado por el FMI se calculaba que entre 1997 y 2001 habían desaparecido del balance de pagos angoleño alrededor de mil millones de dólares anuales. La situación no ha cambiado mucho tras el fin de las hostilidades. Angola lleva varios años bordeando el último puesto del índice de corrupción elaborado por la ONG Transparencia Internacional. En una escala de uno a diez, en el que países como Dinamarca, Nueva Zelanda, Suecia y Singapur sacan una nota de nueve o superior, Angola sólo llegó a 2 en 2004 y descendió a 1,9 en 2008. Superó a Haití, Sudán y Myanmar —aunque sólo por unas décimas— en una lucha encarnada por el último puesto.

De hecho, la única traba con la que se encuentra la élite angoleña para sacar los recursos de diamantes del país es su propia imaginación. Son capaces de cualquier cosa con tal de mantener vivo el comercio. Uno de los ejemplos más flagrantes es el requisito de que los in-

versores extranjeros se «asocian» con una empresa local. Estas *joint ventures*, o empresas explotadas en régimen de participación, en realidad no tienen nada de «participativas» ya que la empresa se lleva entre el 5 y el 25 por ciento del proyecto sin tener que aportar prácticamente nada. Por ejemplo, la empresa *Lumanhe Extração Mineira, Importação e Exportação*, conocida a veces como «la empresa de los generales» dado que cuenta entre sus altos directivos con cinco o seis generales del ejército de Angola, se hizo con una participación del 15 por ciento en proyectos de diamantes en Chitotolo y Cuango por los que obtuvo ingresos netos de 5 millones de dólares en 1997. Los beneficios de la empresa rondaban los 22 millones de dólares en 2006. En diez años, los ingresos netos acumulados por los generales, después de impuestos, alcanzaba la impresionante cifra de 120 millones de dólares, es decir, 2 millones de dólares por general al año.¹⁸ En 2008, empresas como Lumanhe se hacían con más del 30 por ciento de los ingresos de la industria del diamante de Angola sin mover ni un dedo. O mejor dicho, sólo tenían que hacer una cosa: no hacer nada.

«Ahora que la guerra ha terminado, la principal institución angoleña es ahora la corrupción», escribió Rafael Marques, un periodista de Luanda encarcelado por el gobierno a cuenta de sus opiniones. «El sistema está totalmente podrido, y hasta que no cambie por completo, no lograremos que cambie nada».¹⁹ Para hacer frente a este tipo de declaraciones, ya provengan de periodistas disidentes o del FMI, el gobierno suele interponer demandas o contratar a empresas de relaciones públicas para pulir la imagen del país o intentan negar lo evidente. «Angola no merece las etiquetas que determinadas instituciones internacionales intentan colgarle a nuestras entidades y a los altos funcionarios del país», comentaba el secretario general del partido del gobierno. Y añadía que «los que no quieren esforzarse por ayudar a Angola a consolidar la paz deberían, al menos, callarse y no desalentar a aquellos que han mostrado un gran espíritu humanista y están haciendo lo que pueden por salir a flote».



Quizá nunca lleguemos a comprender la verdadera extensión de la tragedia angoleña. Entre la década de los sesenta y 2002 murieron

más de un millón de personas. Dos generaciones quedaron condenadas a la pobreza y al miedo en un país agraciado con gran riqueza y abundantes recursos naturales. Jonas Savimbi, que comenzó como marxista antes de convertirse en maoísta con el apoyo de China, acabó siendo el niño mimado de la CIA antes de transformarse en un brutal señor de la guerra que dependió del apartheid durante gran parte de su carrera en Sudáfrica. El periodista del *Washington Post* Jim Hoagland analizaba el impresionante derroche nacional en un artículo en el que resaltaba que, al imponer sus conflictos ideológicos a las luchas post-independistas africanas, Washington y Moscú habían malgastado recursos, vidas, tiempo y su propia autoridad moral en refriegas lejanas que ni se preocupaban por entender.²⁰

Savimbi, el experto y carismático líder de la guerrilla, acabó comerciando con criminales, una sórdida caricatura del abanderado de la libertad en el que soñaba convertirse. Ronald Reagan le proporcionó misiles *stinger* y le bautizó como el Abraham Lincoln de África. Jean Kirkpatrick, el embajador de Reagan en la ONU, dedicó el siguiente brindis a Savimbi: «Lingüista, filósofo, poeta, político, guerrero; Savimbi tiene admiradores por todo el mundo. Yo siempre he sido uno de ellos. Es uno de los pocos héroes de nuestra generación».²¹

This page intentionally left blank

CAPÍTULO 6

LIBERIA

Y EL AMOR POR LA LIBERTAD

*Una vez me elijan y me ponga al frente de la maquinaria...
me convertiré en el jefe que mueve el cotarro.*

— Edwin Barclay, Presidente de Liberia, 1930-1944¹

El amor por la libertad nos llevó hasta aquí. Así reza el lema de Liberia en un pergamino que se despliega bajo el escudo nacional. El escudo contiene un velero, en recuerdo a la llegada en 1822 de los primeros pobladores, esclavos liberados procedentes de América del Norte. El primer asentamiento se llamó «Monrovia», en claro homenaje al quinto presidente de los Estados Unidos, y la República de Liberia, proclamada en 1847, tuvo muy claro su objetivo desde el principio: la libertad. Liberia nunca fue colonia y fue la primera república independiente del continente africano, pero siguió estrechamente vinculada a Estados Unidos. El gobierno de Liberia se basaba en el sistema estadounidense, con una Cámara de Representantes y un Senado. El dólar acabó imponiéndose como moneda, y hasta la bandera es una copia de la estadounidense con una sola estrella en vez de cincuenta.

Pero la libertad que pedían los pobladores quedaba restringida únicamente a aquellos llegados en los veleros desde América y a sus descendientes. Los americano-liberianos que llegaron a aquel país —que acabaría llamándose Liberia— consideraban a los indígenas originales casi como escoria. A lo largo del siguiente siglo, la creación del nuevo Estado reportó pocos beneficios a dichos habitantes. El país no se ex-

pandió hasta las fronteras actuales hasta finales del siglo XIX. Los indígenas no obtuvieron el derecho al voto hasta después de la Segunda Guerra Mundial, y no se abandonó el estilo de administración colonial hasta 1963, cuando el país abrazó un sistema de gobierno consuetudinario.

La situación económica de Liberia fue peliaguda desde el principio. El gobierno obtuvo su primer crédito usurario de un banco londinense en 1870 y nunca volvió a preocuparse por las deudas. A finales de 2001, la deuda externa de Liberia alcanzaba los 2,6 mil millones de dólares, más del 80 por ciento del cual había sido prestado por el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Africano de Desarrollo, y un conjunto de compungidos gobiernos «donantes». El noventa por ciento de la deuda había vencido y aún estaba pendiente de pago, y el gobierno era incapaz de cumplir incluso los pagos más básicos.² En 1926, el Presidente Charles King intentó recaudar fondos a través de un acuerdo suscrito con Firestone Rubber y Tire Company. Sería el primero de una larga lista de contratos fallidos firmados entre jefes de Estado liberianos y empresas extranjeras, siempre bajo la atenta mirada del gobierno estadounidense. Firestone obtuvo una cesión a 99 años sobre 404.700 hectáreas de terreno, la mayor plantación de caucho del mundo. No en vano, algunos han apodado de mala baba a Liberia como «la República de Firestone». Las condiciones laborales de la mano de obra que trabajaba en estas plantaciones de caucho eran tan brutales que el ejército —la Fuerza Fronteriza de Liberia— tuvo que enviar un destacamento a la zona para garantizar su supervivencia, lo que, a su vez, llevó a que este tema y la cuestión de la independencia de Liberia fueran seriamente cuestionados en reuniones de la Liga de las Naciones.

El hecho de que Liberia traficara con diamantes robados de Sierra Leona fue motivo de preocupación para el gobierno colonial de Freetown antes de la independencia, especialmente después de que la fiebre del diamante de la década de 1950 desatara un contrabando masivo de gemas de Sierra Leona que se transportaban través de Monrovia. Las porosas fronteras de Liberia, la actitud despreocupada del gobierno (que parecía mirar hacia otro lado), la fortaleza del dólar estadounidense —la moneda de curso legal en Liberia en ese momento— y los precios bastante superiores y libres de impuestos que ofrecían los co-

merciantes que habían montado allí sus oficinas para comprar diamantes de contrabando eran los principales motivos de su atractivo. Se calcula que, en la década de los cincuenta, el 20 por ciento de las piedras que se introducían en el mercado de diamantes global llegaban a través del contrabando de Sierra Leona.³

Liberia tiene un potencial insignificante para la producción de diamantes, con una producción total que ronda los 150.000 quilates al año. En 1987, antes de que el blanqueo a gran escala se hubiera generalizado, el país exportó la cifra récord de 295.000 quilates con un valor medio de 37 dólares por quilate —una pequeña proporción de bienes de calidad relativamente baja. Para entonces, los prospectores y los expertos en diamantes habían tirado la toalla en cuanto a futuras inversiones. El papel de Liberia en la industria del diamante se limitaba a servir de base para minas ficticias utilizadas, a su vez, para encubrir el blanqueo de ingentes cantidades de diamantes de contrabando llegados de otros países, principalmente de Sierra Leona.

El partido conservador True Whig Party, constituido en 1869, gobernó de forma ininterrumpida Liberia hasta que una sangrienta masacre puso fin a su liderazgo 111 años más tarde. Su dirigente más famoso fue un abogado llamado William Tubman, que presidió el país desde 1944 hasta su muerte en 1971. Tubman perfeccionó un sólido sistema basado en el amiguismo, las influencias y la corrupción, aderezado con una política económica de «puertas abiertas» que animaba cualquier inversión extranjera del tipo que fuera. Los derechos e impuestos gravados sobre las operaciones permitieron a Tubman ampliar su influencia, y llevar el desarrollo político y económico a otras zonas del país. O al menos eso parecía. En realidad, esos cambios eran puramente estéticos. Los levantamientos que tenían lugar en la zona que los americano-liberianos denominaban «el interior» (*hinterland* en inglés) acabaron en la década de 1930, pero Liberia siguió siendo un país muy poco desarrollado y, a excepción de Monrovia, el resto se veía obligado a depender de misiones extranjeras, organizaciones internacionales de voluntarios y agencias de ayuda humanitaria para obtener servicios de educación y sanidad.

El sucesor de Tubman, William Tolbert, aprobó una batería limitada de reformas. Considerado un mero formulismo, la iniciativa agravó la situación e impulsó la creación de grupos estudiantiles radicales que

se oponían al gobierno inspirados por los movimientos independentistas de África. A su vez, esto alienó a los miembros de su propia élite conservadora. Tal y como dice el historiador Stephen Ellis, en la década de 1970 «Liberia ya no se sostenía como el baluarte de la esperanza para la población negra en el mundo, o como la única república negra independiente, y empezaba a parecerse cada vez más a una destartada neo colonia corrupta, gestionada en nombre del gobierno de EE. UU. y de la Firestone Rubber Company».4

Las revueltas surgidas en Monrovia en abril de 1979, provocadas por un aumento en el precio del arroz, desataron una tormenta de quejas. EE. UU., consciente de las tendencias izquierdistas mostradas por Tolbert en un intento por aplacar a la oposición, se distanció del tambaleante gobierno, quizá en un guiño a los disidentes. Si se producía un cambio inesperado, EE. UU. no intervendría. Ese cambio ocurrió un año más tarde. Diecisiete soldados lanzaron un golpe militar en la noche del 12 de abril de 1980, destriparon al Presidente Tolbert en la Mansión Ejecutiva y ejecutaron a 13 altos miembros de su gobierno diez días después en una playa de Monrovia delante de una multitud en actitud festiva. Una vez concluida la «fiesta de la playa», Samuel Doe, un suboficial joven, inexperto y analfabeto, se nombró a sí mismo Jefe de Estado y copresidente del llamado Consejo de Rendición Popular.

Si bien Doe y su entorno hablaban de liberar a los liberianos del yugo de la oligarquía y la tiranía, no tardaron en recurrir a la élite americano-liberiana que había gestionado el país y los asuntos económicos durante los últimos 150 años. Pese a que Doe sí contó con algunos de los jóvenes «progresistas» anti-Tolbert en su equipo, pocos fueron los que duraron. Estados Unidos reavivó la llama de las tensiones de la Guerra Fría al inicio de la administración del gobierno Reagan y volvió a interesarse por Liberia. EE. UU. necesitaba un aliado en África Occidental donde ubicar a sus espías y colocar equipos de escucha y también necesitaba un destino amigo en el que los vuelos que transportaban armas a los rebeldes de la UNITA en Angola pudieran repostar combustible. Asimismo, necesitaba un aliado que pudiera plantar cara a los variopintos y generosos incentivos que ofrecía el presidente libio Muamar Gaddafi a los estudiantes, radicales y a cualquier gobierno potencialmente «amigo» de la región. Samuel Doe le dio a EE. UU. todo

esto y mucho más. Durante los años en los que Doe gozaba de máxima popularidad en Washington, la embajada estadounidense en Monrovia, una ciudad ínfima y decrepita, tenía más personal que en cualquier otro país de todo el África Subsahariano.

En 1984, el bulo de la liberación y el desarrollo del régimen de Doe ya no se lo creía nadie, y tanto amigos como enemigos se encontraron en el extremo equivocado de los pelotones de ejecución. Ese año, Doe aceptó realizar una visita de Estado a Libia. Si no hubiera tenido unas consecuencias tan trágicas, lo que sucedió podría considerarse una parodia barata de *Un golpe de gracia*. El Departamento de Estado de EE. UU. se apresuró a organizar una visita de alto nivel a Monrovia, de la que surgieron una rápida sucesión de concesiones en forma de efectivo, ayudas al desarrollo a largo plazo y consejos sobre cómo eliminar a los disidentes políticos de puestos de influencia. «Libia era un país potencialmente peligroso», comentaría posteriormente un alto funcionario del Departamento de Estado, «así que le dijimos a Doe que ése no era el camino, ya que no queríamos que ellos tuvieran gran influencia en la región. Es decir, compramos a Doe para librarnos de Libia. Había una relación directa [entre la ayuda y las relaciones internacionales]». ⁵

Doe era una persona sin educación, pero tenía muchas ganas de aprender. Se dedicó a estudiar ávidamente el comportamiento de sus antecesores y de algunos de sus coetáneos en otros países. Tejió a su alrededor una red de manipulación económica y de corrupción que cimentó firmemente su control y su riqueza personal. Como presagio de lo que estaba por venir, dirigió el Ministerio de Asuntos Forestales, encargado de recaudar tasas de tala de forma independiente del Ministerio de Economía. Comerció con un variopinto abanico de contratistas compuesto por generales tailandeses relacionados con la industria de la madera camboyana y empresas relacionadas con los ejércitos privados del Líbano. ⁶ Introdujo el dólar liberiano —apodado el «dólar Doe»— y manipuló los tipos de cambio de las divisas. Infló las listas de la administración pública, y ocultó ganancias procedentes de las importaciones de crudo, productos agrícolas y ayuda alimentaria. Al igual que en el Congo, las exportaciones oficiales de caucho, mineral de hierro y madera cayeron, y las grandes empresas internacionales dejaron paso a empresas más pequeñas dominadas por expatriados li-

baneses y por la élite americano-liberiana. Cuanto más pequeña fuera la empresa, mayores más fácil sería ocultar las transacciones, recurriendo a menudo a los diamantes como moneda de cambio portátil y no rastreable. De hecho, para Doe los diamantes desempeñaron un papel muy importante a la hora de gestionar el dinero y las relaciones internacionales. Tras rechazar la conexión libia a cambio de favores estadounidenses, recurrió a los libaneses para congraciarse con los israelíes. Al gobierno israelí le preocupaba que el contrabando de diamantes de Sierra Leona a través de Monrovia se empleara para financiar facciones de la guerra civil libanesa y, por tanto, dio apoyo militar y alentó las relaciones comerciales en el marco de la industria de la madera como forma de comprar amigos, información e influencia.

Sin embargo, en 1988 la brutalidad, la corrupción y la mala administración de Doe habían llegado a tal extremo que resultaban difíciles de justificar, incluso para sus partidarios externos más acérrimos. Conoció al Papa y fue homenajeado en la Casa Blanca por Ronald Reagan, que le apodó «Presidente Moe», pero tras el fin de la Guerra Fría, Estados Unidos ya no necesitaba a Liberia como escala para sus operaciones en Angola. Doe ya no era relevante y, al igual que le ocurriera a Tolbert una década antes, EE. UU. se limitó a observar su caída desde la distancia.

Uno de sus más firmes opositores a Doe era un joven liberiano licenciado en económicas por la universidad Bentley College de Massachusetts (EE. UU.). Para ganarse la vida durante su estancia universitaria, Charles Taylor trabajó para una empresa llamada Sweetheart Plastics y, además, se sacaba un sobresueldo como dependiente en unos grandes almacenes. También participó en la política estudiantil anti Tolbert. En 1979, a la edad de 31 años, fue detenido brevemente por formar parte de un grupo de opositores que ocupó las instalaciones de la delegación liberiana en las Naciones Unidas durante una visita del Presidente Tolbert. Al volver a Liberia, Taylor dirigió la Agencia de Servicios Generales (GSA, por sus siglas en inglés) tras el golpe de Estado de Doe. La GSA se encargaba de administrar los bienes públicos y tenía muchísimo potencial. Era una gran oportunidad para que un joven con mucha ambición diera el gran salto. No obstante, Taylor no comulgaba con la idea de que Doe fuera el único que se be-

neficiara del potencial del país e incluso fue acusado de meter la mano en los fondos nacionales, en beneficio propio y de su círculo más cercano. Se fugó a Estados Unidos a pocos días de recibir una orden de detención, a la que siguió al poco tiempo una petición de extradición. En mayo de 1984, Taylor fue encarcelado en una institución penitenciaria cercana a Boston, EE. UU., la Plymouth County House of Correction, donde pasó 16 meses esperando a ser extraditado a Liberia, donde sería juzgado por malversación de fondos.

No obstante, el juicio nunca se celebró porque Taylor se fugó y regresó a África Occidental para empezar a estudiar cómo lanzar una ofensiva de guerra contra Samuel Doe. Curiosamente, durante su encarcelamiento en EE. UU., Taylor se hizo representar por un antiguo fiscal general llamado Ramsey Clarke, alguien que quizá debería haber sido más listo, pero que tenía suficiente agudeza política como para comprender cómo podría beneficiarse de la «fuga» de Taylor. Según Clarke, «Estados Unidos necesitaba a Doe y por eso venía tan bien deshacerse de Taylor. La CIA necesitaba tener una base sólida para poder alegar una negación plausible. Charles escapó de la cárcel, llegó a Staten Island, al aeropuerto JFK de Nueva York y cogió un vuelo directo a Europa. Sus amigos le sacaron de allí. No creo que escapara. Creo que viajó con amistades que querían que hiciera ese viaje. Y el gobierno estadounidense no podía acusar a Charles de fuga si en realidad le había ayudado a fugarse».7 Pero si el gobierno estadounidense ayudó a Taylor a fugarse a fin de proteger a Doe, cometió un grave error.

Taylor comenzó su violenta escalada hacia el poder en la Nochebuena de 1989, aprovechándose de lo que los Estados Unidos más temían: la generosidad libia. Tras cumplir una parte de su condena en la Plymouth County House of Correction, los siguientes cuatro años los pasó ganándose los apoyos de varias facciones de la diáspora liberiana y viajando por África Occidental en busca de apoyo oficial. Gran parte de sus actividades, junto con su formación en Libia, se llevaron a cabo con el visto bueno de Muamar Gaddafi. Gaddafi también había prestado su apoyo a Blaise Compaoré, un militar de Burkina Faso que asesinó al presidente de dicho país, Thomas Sankara, en 1987. Cuando ascendió al poder, Compaoré se convirtió en firme defensor del recién creado partido de Taylor, el National Patriotic Front of Liberia (Frente

Patriótico Nacional de Liberia o NPFL, por sus siglas en inglés) y se apresuró a ofrecerles una base de operaciones, certificados de usuario final para comprar armas, pasaportes diplomáticos, formación, personal y fondos. El presidente de Côte d'Ivoire, Houphouët-Boigny, padrino del hijo del presidente Tolbert, Adolphus, nunca le perdonó a Samuel Doe que asesinara al joven durante el golpe. Él también apoyó a Taylor tácita y abiertamente. Le permitió montar una base de operaciones en Côte d'Ivoire e instalaciones para realizar transbordos desde Burkina Faso.

Taylor habría acabado con Samuel Doe rápidamente, si no llega a ser por la intervención de la Fuerza de Paz para África Occidental, la Comunidad Económica de Estados de África Occidental (ECOWAS) y el Grupo de Seguimiento llamado ECOMOG, que llegó a Liberia en agosto de 1990 para garantizar que Samuel Doe se mantuviera al frente de Monrovia y poco más. Ese mismo año, Doe fue capturado por uno de los rivales de Taylor, Prince Johnson, y tuvo que soportar terribles sesiones de tortura antes de ser asesinado. La guerra no se detuvo, de hecho duró otros siete años más, llevándose por delante las vidas de entre 60.000 y 80.000 víctimas directas, y reduciendo el concepto de Liberia como nación a su nombre en el mapa.⁸

La brutalidad de la guerra se recrudesció tras la muerte de Samuel Doe, y Taylor se vio obligado a beber de las mismas fuentes que tanto habían ayudado a Samuel Doe. Monrovia se le había escapado, pero tenía controlado gran parte del interior del país, junto con los puertos de Greenville y Buchanan. Su primer logro fue montar una operación de exportación de madera, que vendía a través de un consorcio de empresas y asociaciones de comerciantes liberianos y libaneses constituidos en Liberia, y al otro lado de la frontera en Côte d'Ivoire. También suscribió acuerdos relacionados con el comercio de caucho y mineral de hierro, pero no tardó en dirigir toda su atención hacia los diamantes. Según una aproximación, entre 1990 y 1992 Taylor pudo llegar a comerciar con mercancía por valor de unos 100 millones de dólares al año,⁹ una cantidad bastante insignificante considerando lo que estaría por venir.

Taylor enfocaba el negocio del diamante desde dos perspectivas. Por un lado, añadió a su guerra contra Doe un toque tribal despiadado, etiquetando a los omnipresentes comerciantes de la tribu de los ma-

dingo de África Occidental como colaboradores de Doe. Históricamente, la tribu de los madingo había controlado la mayor parte del contrabando fronterizo de diamantes en la región, y dicha operación cayó en manos de Taylor cuando los pocos madingo que salvaron la vida huyeron para escapar de las zonas que estaban bajo su control. Por otro, alimentó una suerte de «revolución» en Sierra Leona y contribuyó a la constitución del Frente Revolucionario Unido (FRU) bajo la dirección de otro acólito de Gaddafi, Foday Sankoh.

El capítulo 7 está dedicado a la historia del FRU y de Sierra Leona, pero basta con adelantar que desde que llegó al poder en 1991, Sankoh se comportó en Sierra Leona básicamente como Taylor en Liberia. Montó bases de operaciones en Liberia y se asoció con un grupúsculo de colaboradores sierraleoneses desleales. Apoyados por guerrilleros liberianos más profesionales llevaron el caos al campo de Sierra Leona, con la vista puesta únicamente en las oportunidades económicas de los yacimientos de diamantes del Distrito de Kono, situado a menos de cien kilómetros de la base principal en Liberia. Durante la década de 1990, el FRU canalizó diamantes por valor de varios millones de dólares a través de la maquinaria de blanqueo de Charles Taylor, recaudando los fondos que necesitaban para librar su guerra, y dándole a Taylor un generoso pellizco con el que financiar la suya. Entre 1994 y 1998 la aduana belga registró más de 31 millones de quilates, por valor de 1,96 mil millones de dólares, de origen liberiano —cantidad que casi hubiera saldado toda la deuda nacional de Liberia.

Entre 1990 y 1997, lo que quedaba del gobierno liberiano no tenía capacidad suficiente como garantizar la seguridad de la exportación formal de diamantes, por pequeña que fuera. Los diamantes que llegaban al mercado global con procedencia de Liberia durante esta época habían sido exportados por Taylor y sus compadres, o eran originarios de otro país y habían sido legitimados como mercancía de origen liberiano. El ECOMOG se acabó hartando de mantener a Taylor fuera de Monrovia, y el mundo accedió a la celebración de unas elecciones que estaba predestinado a ganar. Tras 1997, en calidad de residente principal de la Mansión Ejecutiva de Monrovia, Taylor y su gobierno podrían haber tomado las riendas de los inexplicables volúmenes de diamantes que llegaban a Bélgica de manera extraoficial. En 2000 lo intentaron brevemente cuando se desató una supuesta fiebre del diamante en Pay-

nesville, cerca de Monrovia. Quizá hubieran podido justificar al menos una parte de los diamantes que salían del país... si alguien se lo hubiera creído. Obviamente, lo más plausible era negarlo todo. En 2000, el gobierno liberiano informó al Grupo de Expertos de la ONU que las exportaciones oficiales de diamantes de Liberia ascendieron únicamente a 8.000 quilates en 1998, con un valor de 800.000 dólares, frente a los 269 millones de dólares declarados en las aduanas belgas como procedentes de Liberia. Las cifras eran igual que dispares en 1999.¹⁰ La reticencia de Taylor a poner fin a la confusión radicaba en que si bien había mantenido involuntariamente un acuerdo que permitía a terceros desfilarse por delante de los adormilados inspectores de aduanas belgas con los diamantes «liberianos», aún así necesitaba su propio servicio de blanqueo para deshacerse de los diamantes robados procedentes de Sierra Leona. Sin embargo, el tema iba mucho más allá. Tras ser elegido presidente, Taylor necesitaba lo que el Fondo Monetario Internacional llama eufemísticamente ingresos «extrapresupuestarios».

Como presidente de un Estado miembro de la ONU que quería participar en el sistema internacional monetario y comercial, Liberia debía respetar ciertos convenios y obligaciones, tales como visitas del FMI, entidad a la que Liberia debía más de 600 millones de dólares gracias a sus antiguos presidentes y a agentes del propio FMI. Aunque el FMI seguía ignorando la relación entre corrupción y diamantes, sí se percató de las constantes irregularidades surgidas en la industria de la madera y en la actividad más lucrativa del país: el uso de la bandera de Liberia por parte de empresas, líneas aéreas y empresas de transporte marítimo. Un informe del FMI publicado en 2002 hace referencia a «la retención, por parte de las agencias de supervisión, de importantes ingresos durante el registro de buques, de las evaluaciones de madera y del uso de gran cantidad de recursos por motivos de seguridad». Es decir, que «los presupuestos son disfuncionales, los incentivos fiscales para grandes proyectos se otorgan *ad hoc*, el sistema de abastecimiento es débil, no hay reglas aparentes o supervisión de las adquisiciones militares, y los ingresos declarados en el registro de buques de Liberia no concuerda con los recibos registrados por el Ministerio de Economía».¹¹ Si se hubiera querido decir de una manera más sencilla, se podría haber recurrido a los términos «malversación», «fraude» o «robo».

El hecho de que no hubiera reglas «escritas», no quería decir que no hubiera reglas, porque las había. Todas ellas diseñadas y gestionadas por Charles Taylor. En 2001, Global Witness informó de que al menos siete de las 25 empresas madereras que exportaban desde Liberia tenían una relación directa con proveedores de armas o con la financiación y los suministros que alimentaban la maquinaria bélica de Taylor. También afirmaba que en 2000 se exportaron cargamentos de madera por valor de aproximadamente 130 millones de dólares, mientras que sólo se habían declarado ingresos por valor de 6,7 millones de dólares.¹² Para entender las diferencias sólo había que echar un vistazo a las cantidades obtenidas por Taylor y las empresas madereras.

En 2000, el Grupo de Expertos del Consejo de Seguridad de la ONU para Sierra Leona recomendó la imposición de un embargo sobre las exportaciones de madera de Liberia, argumentando que los beneficios extrapresupuestarios de la madera, y de los diamantes, se utilizaban para financiar el apoyo militar de Taylor al FRU. No obstante, China y Francia se opusieron al embargo sobre la madera en el borrador de la resolución del Consejo de Seguridad sosteniendo que un embargo así perjudicaría a la población en general. El Grupo de Expertos del Consejo de Seguridad de la ONU para Liberia analizó a fondo el tema, pero dos semanas antes de que informara en octubre de 2001, el Secretario General Kofi Annan presentó un informe independiente al Consejo de Seguridad, preparado en su nombre por la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios (ONU). Según dicho informe, imponer sanciones a la industria de la madera supondría la destrucción de 10.000 empleos «relativamente bien pagados» en Liberia, privaría al gobierno de importantes ingresos fiscales (que se iban a destinar, entre otras cosas, a reconstruir una universidad en Maryland County), acabaría con las industrias secundarias, y tendría un efecto negativo sobre la construcción y el mantenimiento de carreteras en las «zonas más remotas de Liberia».¹³ Como suele ocurrir en todos los casos en los que se manejan informes sesgados, se obviaba el impacto económico a largo plazo de la tala, la malversación de fondos y los objetivos para los que se empleaban o el impacto medioambiental de las vías utilizadas para transportar madera por carretera que travesaban enormes secciones de bosques vírgenes. El informe —cuyos autores pensaban principalmente en las sanciones generalizadas impuestas a

Irak en la misma época— se dedicaba a repetir las afirmaciones vertidas por el gobierno de Liberia, que inflaron las cifras llegando incluso a duplicar el número de empleos que se perderían con la medida.

El informe se hacía eco de las lágrimas de cocodrilo de China y Francia, preocupados por el impacto económico que tendría la prohibición de la exportación de madera para «la población en general de Liberia». Casualmente, en 2000 el 50 por ciento de las exportaciones oficiales de madera de Liberia fue a parar a China y el 26 por ciento a Francia. «Por supuesto que importamos madera de Liberia, pero eso no es lo que nos mueve a oponernos. Nuestra motivación principal es encontrar un equilibrio adecuado entre los temas humanitarios y la posible relación entre los recursos naturales y el armamento», declaró un funcionario chino,¹⁴ sin explicar a qué se refería con lo de «equilibrio adecuado». De forma similar, un funcionario francés declaró en la ONU que «estamos abiertos a imponer sanciones sobre la madera (y el caucho) si se demuestra su relación con las armas».¹⁵

El Grupo de Expertos que informó de la situación dos semanas tras la publicación del informe OCHA del Secretario General presentaba pruebas contundentes. También recomendaba al FMI solicitar un informe detallado sobre los ingresos procedentes de las concesiones madereras para determinar la discrepancia entre los ingresos oficiales y no oficiales de las exportaciones madereras. Recomendaba, asimismo, que la ONU impusiera una prohibición sobre las exportaciones de tronco redondo a partir de julio de 2002, y animaba a los operadores locales a diversificar su negocio adentrándose en la industria del tratamiento de la madera antes de dicha fecha. Pero no se hizo nada. Taylor admitiría más tarde que por aquel entonces ingresó millones de dólares en una cuenta privada... pero, por supuesto, no fueron en beneficio propio. «La cuenta encubierta se empleaba para comprar armas», señaló.¹⁶

Sin embargo, el Consejo de Seguridad sí impuso una prohibición sobre todos los diamantes supuestamente «liberianos» con entrada en vigor en mayo de 2001. No todos los diamantes que Bélgica importó —por valor de miles de millones de dólares— y atribuyó a Liberia durante la década de 1990 procedían de Sierra Leona. Sin embargo, entre 25 millones y 125 millones de dólares sí procedían de allí, y, al parecer, tan sólo en 1999 se llegaron a importar alrededor de 70 millones de

dólares.¹⁷ Todos eran diamantes de guerra. La enorme diferencia entre lo que se llevaba un buscador en África Occidental y lo que se pagaba por el diamante en bruto en Amberes podía llegar a oscilar entre un quinientos y un mil por ciento, con un margen lo suficientemente amplio como para pagar a varios intermediarios, ya fueran comerciantes o personal del FRU o del NPFL armados con machetes y Kalashnikovs. Por tanto, durante la década de los noventa se pudieron llegar a blanquear diamantes de Sierra Leona por valor de varios miles de millones a través de Liberia, dejando a su paso enormes cantidades de dinero con las que se compraba armamento y se financiaron dos guerras brutales, una en Liberia y otra en Sierra Leona, con incursiones ocasionales en Guinea.

De hecho, la operación Guinea iba a ser el tercer acto de la obra magna de Charles Taylor en África Occidental. En septiembre de 2000, el FRU de Sierra Leona atacó varios pueblos fronterizos guineanos al sur de la capital, Conakry. La zona estaba poblada por docenas de miles de refugiados de Sierra Leona que huyeron de las guerras libradas por el FRU en su país, y el ataque transfronterizo provocó, de la noche a la mañana, un caos generalizado entre los refugiados, así como un desastre humanitario en toda regla. El FRU hubiera llegado todavía más lejos si Liberia hubiera respondido a sus llamadas por radio pidiendo más munición. Pero los ataques eran una maniobra para alejar al ejército guineano de la zona de ataque principal situada más al este del país. En enero de 2001, el FRU atacó Guinea en una zona denominada el «pico del loro», centrándose en las zonas ricas en diamantes situadas cerca de Macenta, en la región de Guinea Forestal. El ataque pilló a los militares guineanos desprevenidos y, en un primer momento, optaron por retirarse, dejando a más campamentos de refugiados sierraleoneses expuestos al ataque y convirtiendo la situación en lo que Ruud Lubbers, Alto Comisario de la ONU para los Refugiados, denominó «la peor crisis de refugiados del mundo».

Al incitar las incursiones del FRU en Guinea, Taylor buscaba lograr dos objetivos. Por un lado, pretendía desestabilizar política y militarmente a Guinea, aliado de Sierra Leona, proveedor de tropas al ECOMOG y tierra de acogida de muchos insurgentes liberianos que realizaban asaltos ocasionales y no muy efectivos en Liberia. El segundo objetivo eran los yacimientos de diamantes de Macenta, con unas

reservas aproximadas de 25 millones de quilates que reportarían más de 2 mil millones de dólares a quien tuviera el tiempo y los recursos para explotarlos adecuadamente. Tampoco es que Guinea fuera un dechado de rectitud en lo que a la industria del diamante se refiere, ya que durante años sirvió de vía alternativa para el contrabando de piedras procedentes de Sierra Leona y de otros países. Por ejemplo, entre 1995 y 1999 Guinea declaró exportaciones de diamantes en bruto por valor de 113,5 millones de dólares a Bélgica, mientras que Bélgica declaró importaciones por valor de 461,3 millones de dólares.

Sin embargo, Guinea reaccionó al ataque del FRU contra el pueblo fronterizo de Guékédou y su incursión hacia Kissidougou y Macenta de manera muy diferente al gobierno de Sierra Leona cuando los rebeldes aparecieron por primera vez: lucharon contra ellos. Para ello empleó todo su arsenal de cañones, aviones de combate y tropas de tierra y logró detener la incursión. Guinea actuaba con la protección del Consejo de Seguridad de la ONU, que en marzo le había dado dos meses a Charles Taylor para demostrar que ya no apoyaba al FRU. La ONU cumplió su amenaza de imponer sanciones, y la operación de Guinea llegó a su fin.

A mediados de 2002, Taylor parecía estar a la defensiva pero, tal y como se verá en el capítulo 9, todavía se guardaba un as en la manga. Ese verano Taylor llevaba cinco años en el poder, durante los que había ordenado detenciones, torturas, violaciones y ejecuciones de opositores desarmados entre los que se encontraban periodistas, activistas de derechos humanos, estudiantes y líderes políticos. Amnistía Internacional publicó más de una docena de informes sobre las atrocidades cometidas por las fuerzas armadas del gobierno y la policía en 2001. Los enemigos liberianos armados, organizados ahora bajo la denominación Liberianos Unidos por la Reconciliación y la Democracia (LURD, por sus siglas en inglés), presionaban para que retrocediera hasta Monrovia, al igual que él había hecho con Samuel Doe. Pero Taylor estaba ocupado planificando cuál sería su siguiente paso en esta magna obra. Apartado de la frontera septentrional y occidental, echó la vista hacia el este, hacia Côte d'Ivoire.

Côte d'Ivoire, antaño un ejemplo de estabilidad y desarrollo económico en África, pasaba por apuros económicos y políticos tras la muerte en 1993 del primer presidente posterior a la independencia,

Felix Houphouët-Boigny. La caída de los precios del cacao y del café y la turbulenta vuelta a una democracia en la que coexistían varios partidos tras años de régimen unipersonal llevó al país a sufrir su primer golpe militar en 1999. Côte d'Ivoire desempeñó un papel muy importante, dado que sirvió de base para lanzar los primeros ataques contra el gobierno de Doe. Houphouët-Boigny le había prestado asistencia de otro tipo al permitirle utilizar sus puertos para exportar madera liberiana robada. El nuevo líder militar, Robert Guei, apoyaba igualmente a Taylor, pero se encontraba bajo el escrutinio de la comunidad internacional y no le quedó más remedio que convocar elecciones en 2000. Para su sorpresa, las perdió. El ejército de Côte d'Ivoire, dividida por disputas tribales y enfados por los recortes iniciados por el gobierno civil, aguantó dos años, pero en septiembre de 2002 estalló una revuelta militar. Robert Guei fue una de las primeras víctimas asesinadas por las tropas del gobierno, pero los disidentes lograron hacerse con los pueblos clave en el norte y oeste del país, y lo que en un principio parecía un pequeño escollo que se extinguiría rápidamente acabó convirtiéndose en una guerra civil.

La operación no sólo beneficiaba a Charles Taylor, sino que era una operación montada por el presidente de Libia. A las pocas semanas, nuevos grupos de combatientes se unieron al ejército de Côte d'Ivoire para mostrar su descontento con el gobierno central, grupos anteriormente desconocidos con armamento, poder y efectivos procedentes de Liberia y de otros países. A principios de 2003, el combate en las fronteras de Liberia, y dentro del país, había desplazado a casi la mitad de la población, una tragedia humanitaria de proporciones terribles, mientras que al oeste de Côte d'Ivoire 750.000 personas habían abandonado sus hogares.

Privado de los ingresos procedentes de los diamantes de Sierra Leona, Taylor siguió saqueando la selva tropical de Liberia para alimentar su maquinaria de guerra. Sus soldados destrozaron enormes extensiones de madera virgen tropical para continuar exportando madera con la que financiar el armamento que seguía fluyendo a pesar del embargo impuesto por la ONU.¹⁸ En mayo de 2003, dos años y medio después de que Francia y China hubieran impedido que la ONU aprobara un embargo sobre la exportación de madera de Liberia por el impacto de la misma sobre «el pueblo de Liberia», el Consejo de

Seguridad por fin tomó cartas en el asunto y prohibió que Charles Taylor siguiera exportando madera de los bosques de Liberia. La población de Liberia quedó diezmada, por no hablar de las ciudadanos de Côte d'Ivoire, Guinea y Sierra Leona, que fallecieron durante ese tiempo.

Seis años tras el momentáneo espejismo de la paz tras la elección de Taylor, el país seguía consumido por la guerra. Tras devastar Sierra Leona y atacar brutalmente Guinea, el contingente de Taylor se centró en Côte d'Ivoire. Cientos de miles de refugiados languidecían en los campamentos y otros muchos seguían migrando. Por aquel entonces, Sierra Leona acogía la mayor fuerza de paz de la ONU del mundo. El informe de Human Rights Watch sobre el despiadado enfrentamiento de Taylor con los rebeldes en el interior de Liberia hablaba de fuerzas gubernamentales que «cometían crímenes de guerra y demás violaciones graves de los derechos humanos, como ejecuciones sumarias de cientos de civiles y violaciones generalizadas de mujeres y niñas, por no hablar de los saqueos y de la quema de pueblos enteros».¹⁹ Lo mismo podía decirse de las fuerzas del LURD, «aunque en menor medida». Mientras Human Rights Watch emitía su informe, Taylor recibía una «Medalla de la paz de oro macizo de 18 quilates» de la Unión Africana de Federaciones de Kárate Zona III por «sus numerosas aportaciones a la paz y al deporte en la subregión». En un discurso dirigido a Taylor, la federación de kárate afirmó lo siguiente: «ha elegido el camino de la paz, señor presidente, y la historia será benevolente con usted».²⁰



A pesar de la opinión de la federación de kárate de Liberia, la historia no fue benevolente con Charles Taylor. Cuando el LURD y demás fuerzas rebeldes entraron en Monrovia en el verano de 2003, por fin se hizo justicia. En julio de 2003, el presidente de EE. UU., George Bush padre, se encontraba de visita oficial por el continente y su intención era abarcar diferentes países africanos durante una semana. El gobierno liberiano y los movimientos rebeldes apelaron a EE. UU. para que mandara fuerzas de paz. El viaje del presidente había centrado la atención mediática en el continente africano, y EE. UU. se vio obli-

gada a tomar medidas. Tras días de silencio el presidente acabó por enviar un grupo de trabajo naval hacia aguas de Liberia. Al desembarcar en Monrovia se encontraron con una situación humanitaria terrible, casi no había agua ni comida y prácticamente todas las agencias internacionales habían huido de la zona. En una grabación se ve a un visitante extranjero comentarle al IRIN, el servicio informativo de la ONU, que «todos están atrapados, da igual la dirección en la que se intenten huir», mientras en segundo plano se ve cómo las fuerzas leales a Taylor comercian con armas de fuego automáticas con los rebeldes. «La población se está muriendo de hambre», añadió. «No llegan alimentos y no queda arroz. Hay muy poca comida y no hace más que llover. Las condiciones sanitarias son vergonzosas. La gente está muy enferma...».

Estados Unidos, con una larga relación con Liberia a sus espaldas, podría haber dado muestras de buena voluntad esforzándose por mantener la paz en Liberia. La tarea de llevar la paz a Liberia no hubiera sido fácil ni rápida, pero Liberia no era Somalia, ni Vietnam. Ni Afganistán ni Irak tampoco. No obstante, hasta el 11 de agosto no llegaron las primeras fuerzas de paz, ninguna de las cuales procedía de EE. UU. Con la flotilla naval estadounidense en alta mar, los que desembarcaron en el país llegaron desde Nigeria y África Occidental. Cuando finalmente llegaron los marines estadounidenses, lo único que tuvieron que hacer fue reforzar la seguridad en la embajada estadounidense donde los civiles estaban exponiendo los cuerpos de sus hijos asesinados para crear atención mediática.

Finalmente se negoció un acuerdo entre Taylor y sus opositores. A cambio de un refugio en Nigeria, Taylor accedió a dimitir «en aras de la paz». El tema del refugio era muy importante, dado que un Tribunal Especial para Sierra Leona constituido con el respaldo de las Naciones Unidas había acusado a Taylor de crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, y no quería que su jubilación anticipada quedara manchada con un juicio ante de un tribunal internacional de crímenes de guerra. Este acuerdoapestaba tanto como los demás pactos negociados para «facilitar la paz» en África Occidental. De una forma u otra, era el fin de Taylor, pero las fuerzas de paz de la ONU que éste había invitado al país podrían haberle detenido mucho antes por sus actividades ilegítimas. En cambio, le invitaron a subir a un podio en

presencia de otros líderes africanos para que diera un discurso sobre la paz, el cual aprovechó para decir a un pueblo traumatizado: «Si Dios quiere, volveré». En el metraje de CNN y la BBC, el presidente, engalanado con medallas y el fajín presidencial parece echar una lagrimita. Pero en realidad se debe a que finalmente todo se había hundido... hasta su generador privado, y aquellas lágrimas no eran más que sudor, por el agobiante calor, el uniforme y —quizás— la humillación.

Nadie se olvidó de Taylor y entidades como Amnistía Internacional, Human Rights Watch y demás organizaciones emitieron una lluvia de peticiones para que fuera expulsado de Nigeria y entregado al Tribunal Especial. El presidente nigeriano, Olusegun Obasanjo, se negó en rotundo a extraditarle, a pesar de ser plenamente consciente de que Taylor seguía mediando en Liberia desde la distancia. Pese a la indignación de varios miembros del Consejo de Seguridad, la augusta institución nunca reunió la voluntad suficiente para obligar a Nigeria a entregar a Taylor. Quizá Taylor sabía demasiado y enfrentarse a él podría causar demasiados problemas a Nigeria, Estados Unidos, y demás países que le agasajaron con su generosidad, si éste se viera obligado a contarle todo en un tribunal abierto. Por mucho que se quisiera acabar con la impunidad de los tiranos africanos, no parecía que el proceso fuera a empezar por Charles Ghankay Taylor.



En enero de 2006, Ellen Johnson-Sirleaf, de 67 años, fue nombrada presidenta de Liberia, tras unas elecciones supervisadas por una imponente fuerza de paz de la ONU sostenida por un presupuesto de 760 millones de dólares para ese año. Johnson-Sirleaf tiene tres cualidades destacables: es la primera líder elegida democráticamente en la historia del país; es la primera mujer jefe de estado de la historia de África; y ha heredado una de las mayores deudas del continente. La deuda externa de Liberia, negociada por un matón tras otro con diferentes agencias de «ayuda humanitaria» como el FMI, el Banco Mundial y el Banco Africano de Desarrollo, rondaba los 3,8 mil millones de dólares. En Liberia, la proporción deuda-exportación superaba el 2.700 por ciento a finales de 2004, es decir, una cifra 18 veces superior a lo que el FMI considera «sostenible».²¹ Vamos, que los problemas eco-

nómicos de Liberia eran 18 veces mayor que los de un país medio al borde de la bancarrota.

En 2002, el presidente de De Beers, Nicky Oppenheimer, dijo haberse quedado «horrorizado al enterarse hace unos años de que los diamantes se utilizaban para financiar conflictos en Estados africanos destrozados por la guerra».²² Muy poco honrado por su parte. Probablemente no haya nada que De Beers no sepa sobre los diamantes. La industria del diamante sabe, y siempre ha sabido, que Liberia nunca ha tenido diamantes de gran valor, y que llevaba casi medio siglo siendo un mero depósito de bienes ilícitos. Al fin y al cabo, Liberia había sido el principal objetivo de la International Diamond Security Organization creada por De Beers durante la década de 1950. A nadie le importó que Liberia comenzara a caminar hacia la corrupción, la brutalidad y hacia una guerra, en gran parte financiada con diamantes. En la industria nadie se preocupó, nadie cuestionó nada, ni siquiera arquearon la ceja al recibir diamantes desde «Liberia» por valor de miles de millones de dólares. El Consejo Superior del Diamante belga anotaba las estadísticas anuales sin ponerlas en ningún momento en duda. Cuando el asunto fue publicado por la ONG canadiense Partnership Africa Canada (Partenariado África Canadá) en enero de 2000, tuvieron que pasar otros 16 meses hasta que el Consejo de Seguridad de la ONU decidiera finalmente hacer algo que podría haber puesto en marcha el sector mucho antes, si no se hubiera vuelto tan complaciente para con la corrupción.

This page intentionally left blank

CAPÍTULO 7

SIERRA LEONA: LOS DIAMANTES DEL FRU

«Primero asesinaron a mi madre, luego a mi padre, luego a mi tía. Me tendieron en el suelo y me hicieron extender el brazo. Un tipo sacó un machete y me dio un golpe. Me amputaron el brazo de dos machetazos. Me dijo que fuera a buscar a Ahmad Tejan Kabbah, que él me daría un brazo nuevo».

— Testimonio de Damba, una niña de ocho años, mayo 2000¹

Durante la década de 1990, Sierra Leona, una pequeña nación de África Occidental, fue presa de una guerra civil que se convirtió rápidamente en una tragedia humanitaria, política e histórica. Los diamantes alimentaron un conflicto que desestabilizó todo el país durante una década. La rebelión del Frente Revolucionario Unido (FRU) comenzó en 1991. El movimiento se caracterizaba por sus métodos de bandoleros y por el uso de una brutalidad extrema que solía cebarse principalmente con los civiles. La cifra oficial de muertos durante las hostilidades asciende a 75.000 personas, en su mayoría civiles, aunque la cifra real probablemente sea mucho mayor. Los rebeldes arrasaban con todo allá por donde pasaban, llevándose por delante las manos y los pies de miles de mujeres, hombres y niños, desfigurándoles física y psicológicamente de por vida. Para la población infantil había dos opciones: guerrilleros o esclavos sexuales. En diferentes etapas de la crisis, hasta la mitad de la población de Sierra Leona —más de la población entera de Kosovo— eran desplazados o refugiados. Los cole-

gios, hospitales, servicios gubernamentales y comercios sólo funcionaban en los principales centros urbanos del país. En vez de promover el desarrollo, los recursos minerales se emplearon para financiar la guerra. Este desvío de fondos privó a los potenciales beneficiarios de disfrutar de los beneficios naturales del país y le garantizó a Sierra Leona el último puesto en el Índice de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas.

Sierra Leona, el primer estado moderno de África, fue fundada por población negra procedente de Nueva Escocia —es decir, esclavos liberados— hace más de 200 años. Durante las décadas de 1960 y 1970, la débil democracia creada tras la independencia acabó pervertida por la corrupción y el despotismo para dar rienda suelta al declive económico y el régimen militar. Cuesta determinar quién perjudicó más a Sierra Leona tras lograr la independencia en 1961. Como firme candidato a llevarse el primer puesto aparece Foday Sankoh, un carismático sociópata que se haría llamar «Cabo» Foday Sankoh, en un guiño a su pasado como uno de los militares que conspiraron para poner en marcha el golpe de estado. Se dice que también fue fotógrafo, pero a finales de la década de 1990 pasaba más tiempo delante de la cámara que detrás de ella. Tras una estancia en Bengasi, donde aprendió las artes de la guerra revolucionaria de la mano de profesores elegidos por Muamar Gaddafi, Sankoh creó el Frente Revolucionario Unido (FRU) y pasó la mayor parte de la década de 1990 al mando de un ejército compuesto por asesinos drogadictos que exterminaban y mutilaban a los civiles que supuestamente quería librar de las garras de la tiranía.

En segundo lugar, a poca distancia y con muchas posibilidades, tenemos a Charles Taylor, el señor de la guerra liberiano. Taylor financió las primeras etapas de la guerra civil que se libró en su país a través de la venta de madera, pero terminó pasándose a los diamantes, una mercancía mucho más lucrativa. Taylor prestó su apoyo al Frente Revolucionario Unido recién creado por Sanko con un campamento base en Liberia, con armas y abriéndole un mercado dispuesto a quitarle de las manos todo lo que pudiera robar de Sierra Leona. La marca de la casa del FRU era espeluznante: además de las violaciones ya rutinarias, los «soldados» del FRU les amputaban las manos y los pies a los civiles, incluso a la población más joven. Un régimen del terror al que nadie se atrevió oponerse cuando entraron a saquear los yacimientos

de diamantes aluviales del país, surtiendo al FRU y a Taylor de una máquina de hacer dinero altamente beneficiosa.

El tercer puesto lo ocupa Siaka Stevens, ex agente de policía y sindicalista que fundó un partido político en la década de 1960, el *All Peoples Congress*. Acabó siendo Primer Ministro y, posteriormente, Presidente del país. En 1985, tras 17 años de mala gestión, corrupción y brutalidad se jubiló llevándose consigo una fortuna acumulada fraudulentamente, dejando al país al borde de la implosión.

Pero la tragedia de Sierra Leona, tan íntimamente ligada al comercio con diamantes, había comenzado años antes. Los diamantes no se descubrieron hasta 1930, y hasta entonces e incluso durante varios años después, la colonia era un pozo sin fondo para el tesoro colonial británico. Se gastaba el mínimo en desarrollo, y la zona interior estaba controlada a través de un acuerdo de manipulación orientado a repartir el dinero y el poder con los jefes locales. En 1921, sólo cinco administradores coloniales vivían fuera de la península de Freetown. En el distrito de Kono, donde se descubrieron los primeros diamantes, el gobierno británico prácticamente no invirtió en sanidad, educación u otras infraestructuras de desarrollo hasta el final de la época colonial.

Hasta finales del siglo XIX, la vida administrativa y comercial de la potente colonia de Freetown la gestionaban los criollos, descendientes de los esclavos liberados que habían vuelto a África a principios de la década de 1800 desde América del Norte y Gran Bretaña. Las autoridades, preocupadas por la creciente influencia de esta clase política, comenzaron a buscar alternativas para intentar recortar su poder, atemorizados por el efecto potencialmente negativo que éste podía tener sobre el interior del país que comenzaba a abrirse al mundo exterior. Por un lado, decidieron otorgar mayor poder a los jefes de las zonas interiores y, por otro, alentaron la creación de una clase comercial alternativa para lo que echaron mano de un recién llegado grupo de inmigrantes libaneses refugiados que huían de la tiranía y la pobreza de un Imperio Otomano tambaleante. Los primeros libaneses llegaron a Freetown en 1893, y con la entrada del nuevo siglo, la población de origen libanesa ya había ascendido a 41 personas en la ciudad. Los primeros inmigrantes libaneses eran cristianos maronitas, si bien esta etnia religiosa pronto se vio superada por los musulmanes chiíes llegados de las zonas más pobres del sur del Líbano.

Los libaneses demostraron ser astutos empresarios y, al ir asentándose en la zona, la población inmigrante acabó eclipsando a la clase empresarial criolla y adentrándose en las zonas interiores siempre que podía. La construcción del ferrocarril de vía estrecha, así como de diferentes vías de acceso, los convirtió en los principales inversores en una industria del transporte que allanaba el camino a nuevas oportunidades comerciales, pactos y, finalmente, les daría el control sobre la industria minorista y de producción. El primer comerciante libanés llegó al distrito de Kono nada más producirse el primer descubrimiento de diamantes en la zona en 1930, dos años antes de la creación del puesto de agente colonial y mucho antes de la constitución del Sierra Leone Selection Trust (SLST), establecido para extraer los diamantes de las minas.

Al haber minimizado su control directo sobre gran parte del país, cuando éste logró la independencia las autoridades coloniales británicas dejaron atrás una aparente infraestructura nacional sin haber tenido que realizar grandes inversiones. Pero esta falta de autoridad dio como resultado un gobierno central cuyo poder era menos estable que una torre de papel. La policía, los tribunales, el ejército y los funcionarios no eran más que una fina capa de pintura aplicada sobre la vida colonial de Freetown que se iba resquebrajando con cada kilómetro que se alejaba de la capital. En realidad, no era más que un sistema de contribuyentes, compuesto por jefes, empresarios libaneses y un puñado de empresas extranjeras dispuestas a recaudar o pagar impuestos al sistema central a cambio de un grado importante de libertad para con sus actividades en la periferia.

Pero los diamantes son un tema serio con el que no se juega, y ya en 1935 el gobierno colonial concedió derechos exclusivos sobre la prospección y extracción en todo el país por un periodo de 99 años al SLST —filial del Consolidated Africa Selection Trust (CAST) y parte del enorme imperio minero Selection Trust Ltd. A cambio, la empresa pagaría un IRPF al 27 por ciento sobre los beneficios, una cantidad que ascendería posteriormente al 45 por ciento. Al principio, el control empresarial sobre los yacimientos de diamantes no parecía revestir especial dificultad, y durante la posguerra el sistema parecía funcionar perfectamente. Entre 1948 y 1952, el SLST pagó más de 3 millones de libras en impuestos, convirtiéndose, por así decirlo, en la joya de la co-

rona colonial. Pero los diamantes de Kono y las piedras que se extrajeron de zonas situadas más al sur, en Tongo Field, procedían principalmente de depósitos aluviales. Los diamantes aluviales se podían extraer sin necesidad de grandes equipos y requerían poca inversión, con lo que los robos empezaron a suponer un problema cada vez mayor. Los comerciantes libaneses rápidamente se adjudicaron el papel de provocadores e intermediarios, y se dispusieron a sacar los diamantes del país por diferentes vías, aunque la principal pasaba por Monrovia, la capital de Liberia. Durante la Segunda Guerra Mundial, Graham Greene trabajó para el Servicio Secreto británico en Sierra Leona y empleó esta experiencia al escribir uno de sus mejores libros, *El revés de la trama*. La novela de 1948 relata los esfuerzos de un agente colonial británico por luchar contra la corrupción, los diamantes y los contrabandistas libaneses. Uno de los pasajes es especialmente revelador: «Diamantes, diamantes, diamantes, siempre diamantes», se quejó Yusef. «Ya le he dicho, mayor, que con el más pequeño de mis almacenes gano más dinero en un año de lo que podría ganar en tres años con los diamantes. Usted no se da cuenta de todos los sobornos que hay que hacer».²

A principios de la década de 1950 cada vez había más mineros ilegales en Kono, una seria amenaza para toda la operación del SLST, por no mencionar para la ley y el orden. La aprobación de leyes y la puesta en marcha de campañas policiales para expulsar a los «extranjeros» —bautizadas como «Operación parásito» y «Operación eliminar extranjeros»— no tuvieron demasiado éxito. En 1956 había unos 75.000 mineros ilegales en Kono. Esto, entre otras cosas, llevó a que De Beers contratara a Sir Percy Sillitoe para que creara la Organización Internacional para la Seguridad de los Diamantes. Tal y como se describió en el capítulo 1, esta operación de intriga y misterio —supuestamente creada para evitar que los diamantes llegaran a las fábricas de bombas de hidrógeno soviéticas— realmente se puso en marcha para modificar la legislación monetaria colonial aprobada tras la guerra y permitir que De Beers ofreciera precios mejores en divisas fuertes en Sierra Leona. Fue un intento lanzado a la desesperada para detener el flujo de bienes de contrabando, cuyo volumen estimado rozaba la mitad de la producción anual de la colonia.

La medida funcionó bien durante un tiempo, pero no hubiera tenido éxito si no hubiera venido acompañada de otros avances. Por un la-

do, se limitó la concesión del SLST a un área más realista (1.165 kilómetros cuadrados), lo cual reducía el territorio que había que vigilar. Por otro, se creó un sistema de extracción aluvial que permitía a los mineros indígenas acceder a diamantes en el resto del país. No obstante, la independencia de 1961 llegó con una batería de nuevas presiones bajo el brazo. Siaka Stevens fue Ministro de Minas durante la época colonial y apoyó el control empresarial sobre la industria del diamante. Pero ahora Stevens lideraba un partido de la oposición en una Sierra Leona independiente y sabía que tenía que cambiar de filosofía. Diseñó una plataforma populista y agitó a las masas con un mensaje que se oponía a que las empresas extranjeras controlaran la fuente principal de diamantes. También propuso la creación de un estado de bienestar socialista, posicionando a la población en contra del SLST. En 1968, siete años tras la independencia de Sierra Leona, Stevens fue nombrado Primer Ministro. Quería ocupar el cargo durante el resto de su vida y pretendía utilizar los diamantes para lograr su objetivo.

Henneh Shamel procedía de una acaudalada familia chií del sur del Líbano. Desde la década de 1930, los Shamel se dedicaron a la extracción de oro y, posteriormente, ampliaron su mercado para incluir la extracción y el contrabando de diamantes. Shamel apoyó a Stevens cuando éste dio sus primeros pasos en el mundo de la política, pero en 1969 su amistad se había desvanecido. En noviembre de ese año, en un impresionante robo realizado a plena luz del día en el aeropuerto de Hastings, cerca de Freetown, en menos de diez minutos volaron diamantes del SLST por valor de 3 millones de dólares. Shamel fue detenido y acusado, pero las pruebas en su contra no se sostenían y fue absuelto en 1970. A pesar de ello, Stevens ordenó que fuera deportado, probablemente aconsejado por su nuevo asociado afro-libanés Jamil Sahid Mohamed. Jamil era un peso pesado del negocio de los diamantes y había pasado seis meses en prisión en 1959 por posesión ilegal de diamantes. Se asoció con Stevens para hacerse con el control de la industria del diamante. En 1971, Stevens creó la National Diamond Mining Company que se haría con el 51 por ciento de las acciones del SLST y nacionalizó la empresa. Jamil adquirió el 12 por ciento de las acciones gubernamentales, y el SLST vio cómo su poder —y sus remesas de diamantes— empezaban a menguar. En 1984, una empresa controlada por Jamil adquirió las acciones restantes de SLST, y la in-

dustria oficial del diamante pasó prácticamente íntegra a manos de Jamil Sahid Mohamed y de su mentor, el Primer Ministro de Sierra Leona. Las exportaciones oficiales de diamantes cayeron de los dos millones de quilates, una cifra récord obtenida en 1970, a 48.000 quilates en 1988.

Antes de jubilarse en 1985, Siaka Stevens sobornó al poder judicial, corrompió al ejército y destruyó la policía. No le resultó difícil, ya que no encontró demasiada resistencia. Tras acabar con su oposición, creó un nuevo dispositivo de seguridad diseñado para protegerse a él mismo y a sus inversiones por encima de todo. Había creado una suerte de «Estado en la sombra», un país que existía dentro de otro país, en el que nada era lo que parecía.³ Stevens también convirtió Sierra Leona en un estado monopartidista, se nombró presidente ejecutivo, y coaccionó a toda oposición política que se encontró por el camino hasta someterlos. Tras marginar al SLST, los libaneses se metieron cada vez más en el comercio formal de diamantes, o lo que quedaba de él. Desde finales de la década de 1970 hasta principios de la década de 1990 la guerra civil libanesa se libró dentro de un microcosmos en Sierra Leona. Como algunas milicias libaneses requerían ayuda económica, los diamantes de Sierra Leona se utilizaban como una especie de moneda de cambio emitida a favor de unos extraños donantes o como un impuesto informal que se intercambiaba entre una facción u otra. El negocio atrajo a Israel, entre otras cosas porque parte de la comunidad chuí de Sierra Leona apoyaba activamente la facción AMAL, que luchó, por un lado, contra el principal enemigo de Israel, Hezbolá, y, por otro, era el principal aliado de Siria contra Israel. Israel era plenamente consciente de que el jefe de AMAL, Nabih Berri, había nacido en Sierra Leona y era amigo de toda la vida de Jamil, el hombre más influyente de la industria del diamante del país.

Berri fue, a su vez, quien despertó el interés de Irán por Sierra Leona, construyendo un gran centro cultural en Freetown y estableciendo el país como su base principal en África Occidental. Esta acción irritó todavía más a un Israel que había intentado sin éxito restablecer lazos con Sierra Leona, rotos tras la guerra árabe-israelí de 1967. Jamil tomó una inesperada y dramática decisión al convencer al sucesor de Stevens, Joseph Momoh, de que invitara al jefe del Estado palestino, Yasser Arafat, a realizar una visita de Estado a Freetown en 1986. Du-

rante la visita, Arafat ofreció varios millones de dólares a Momoh a cambio de una base de formación para sus combatientes de la OLP. Los asesores de Momoh le aconsejaron rechazar la oferta.⁴ Fue el principio del fin del poder de Jamil en Sierra Leona. Miembros de los grupos de presión comenzaron a pedir que Momoh estrechara lazos con Israel y pusiera fin al dominio libanés. En 1987, Momoh anunció que había frustrado una conspiración para dar un golpe de estado diseñado por Jamil, su vicepresidente, Francis Minah —aliado de Jamil—, y otros militares y policías de menor rango. Minah fue juzgado por traición y ahorcado. Jamil, que se encontraba fuera del país en el momento, se exilió durante el tormentoso régimen de Momoh.

El «golpe» frustrado permitió a Momoh crear sus propias asociaciones. Israel se postulaba como firme candidata, pues llevaba años intentando acabar con la relación del Líbano con Sierra Leona. Uno de los primeros inversores en aparecer en escena fue un ruso llamado Shabtai Kalmanovitch, dueño de una empresa con sede en Israel, la LIAT Construction and Finance Company. No obstante, la LIAT no era un pez gordo en el mundo de los negocios. La mayoría de sus contratos eran gubernamentales y muchos de los proyectos que anunció a bombo y platillo nunca llegaron a despegar. A Kalmanovitch lo que le interesaba eran los diamantes, y a las drogas tampoco les hacía ningún feo, aunque siempre estuvieron en un segundo plano. Entre otras cosas, Kalmanovitch montó una oficina de adquisición de diamantes en Freetown. La asociación pareció beneficiar inicialmente a la industria del diamante, y las exportaciones aumentaron un 280 por ciento a finales de 1987. No obstante, las medidas no lograron reducir la producción y la exportación ilegal. No era de extrañar, ya que se demostró que Kalmanovitch estaba usando a Sierra Leona para sortear los embargos impuestos por la ONU sobre las armas, los diamantes y el oro de Sudáfrica.⁵

Una larga lista de blanqueadores de dinero, traficantes de drogas y comerciantes de armas entraron en Sierra Leona de la mano de Kalmanovitch, todos ellos ávidos por hacerse con los diamantes. En 1986, Marat Balagula, considerado el «padrino» de la mafia rusa de Brighton Beach, encontró una vía de acceso hacia Sierra Leona gracias a Kalmanovitch. Balagula, licenciado en matemáticas y en empresariales, era considerado uno de los precursores de la franquicia de la mafia rusa

en Amberes, conocida a veces como la «mafia roja». Se asoció momentáneamente con Kalmanovitch para importar crudo a Sierra Leona, gracias a un acuerdo supuestamente apoyado por un fugitivo empresario estadounidense llamado Marc Rich y garantizado por la familia Lucchese, una de las principales familias criminales estadounidenses.⁶

Boris «Biba» Nayfeld, otro mafioso de Brighton Beach, y Rachmiel «Mike» Brandwain, que seguía operando en el mercado negro de Amberes, se reunieron con Kalmanovitch y Balagula en Freetown en 1987. Por aquel entonces, Brandwain gestionaba una pequeña tienda de electrónica en Amberes y realizaba transacciones de exportación libres de impuestos con Europa Oriental. Antes de viajar a Sierra Leona, salió bajo fianza tras ser condenado por un negocio de contrabando de oro entre Luxemburgo y Londres. También estuvo involucrado en operaciones de blanqueo de dinero y de contrabando, y traficó con heroína y diamantes. La historia de Brandwain acabó bruscamente durante un tiroteo ocurrido en 1998 en un parking de Amberes, cerca del distrito del diamante donde tenía sus oficinas centrales.

Boris Nayfeld cumplió condena en una institución penitenciaria en Estados Unidos por tráfico de heroína entre Tailandia y Nueva York. Balagula también fue condenado a prisión en EE. UU. por un delito de fraude con tarjetas de crédito y por el impago de 85 millones de dólares en impuestos derivados de la venta de casi mil millones de galones de petróleo.⁷ Poco después de la reunión celebrada en Sierra Leona en 1987, Kalmanovitch fue detenido en Londres con una orden estadounidense. Tras cumplir condena por falsificación de cheques, viajar de nuevo a Sudáfrica y pasar por la cárcel en Israel acusado de ser un espía soviético, acabó comprando el exitoso equipo femenino de baloncesto del Spartak de Moscú. Kalmanovich dejó atrás su vida como falsificador, violador de sanciones y espía y se convirtió en «oligarca». Logró escapar de su pasado hasta 2009, cuando fue tiroteado dentro de su Mercedes en medio de un atasco en Moscú. No quedó nada de él ni del coche. Así se las gastaban los inversores que infestaban la economía del diamante de Sierra Leona en la década de 1980.

En 1991, Momoh buscaba desesperadamente nuevas empresas extranjeras que pudieran generar ingresos en medio del clima de corrupción y desplome económico que había creado en su país. Surgie-

ron muchas *joint ventures* (empresas explotadas en régimen de participación), aunque la mayoría no llegaron a nada. La guerra del FRU comenzó ese mismo año, y desde el principio los rebeldes intentaron cortar el acceso de Momoh a los yacimientos de diamantes de Kono. En abril de 1992 fue derrocado en un golpe militar. El Consejo Nacional Provisional de Gobierno (NPRC, por sus siglas en inglés), liderado por un capitán del ejército de 27 años llamado Valentine Strasser, llegó al poder con la promesa de acabar con la corrupción. Le prometió lo mismo al FMI, pero todas esas promesas de reforma se quedaron en papel mojado porque lo único que hizo Strasser fue seguir saqueando los recursos de diamantes del país.

Foday Sankoh le declaró la guerra a Sierra Leona en marzo de 1991. El FRU comenzaba a interesarse por los diamantes, pero Foday Sankoh seguía siendo un don nadie. Pocos sabían qué aspecto tenía y nadie sabía qué quería exactamente, aparte de poder. Los cautivos liberados llegaban del bosque con historias vagas sobre cómo luchaban por la justicia y la libertad, y en 1996 apareció un folleto del FRU, *Footpaths to Democracy* (Caminos hacia la democracia), en el que el FRU alentaba a la población a unirse a una lucha con la que querían «evitar la violación del campo para alimentar la avaricia y el capricho de la élite de Freetown y de sus amos extranjeros» y hablaba de «una teología de la liberación adaptada a nuestro orgullo como africanos».⁸

En 1996, el antropólogo británico Paul Richards definió el FRU como un «movimiento coherente» compuesto principalmente por «jóvenes» cuyo «proyecto político no puede ser desoído». Definía a los rebeldes como «una élite intelectual excluida», cuya violencia era «un proyecto intelectual que no se había parado a pensar en las consecuencias técnicas de sus acciones».⁹ El FRU aparecía como respuesta a una crisis de modernidad, un colapso de las relaciones patrimoniales tradicionales.

Pero para muchos de los habitantes de Sierra Leona era algo muy diferente. El historiador social Ibrahim Abdullah analiza cómo eran esos dos grupos de jóvenes que acabaron convergiendo bajo la dirección del FRU. Los primeros eran matones violentos y analfabetos, muchos de los cuales aprendieron su oficio haciendo negocios sucios con Stevens, Momoh y demás políticos que recurrían a la violencia como respuesta a todas las preguntas. El segundo era un grupo de estudian-

tes autodidactas «radicales» procedentes del Fourah Bay College que se prepararon para hacerle frente a Siaka Stevens y a su sucesor escuchando la música de Bob Marley y Peter Tosh, fumando porros y leyendo —ahí es nada— la «Idea Juche» de Kim Il Sung y el Libro Verde de Muamar Gaddafi. Aunque también estudiaban nociones de Marcus Garvey y Frantz Fanon, los estudiantes estaban bastante aislados de otros movimientos radicales, y la incubadora de Fourah Bay tuvo como resultado algunas ideas muy raras. Varios fueron becados para ir a las celebraciones anuales del Libro Verde en Libia. Viajaban hasta allí atravesando la ciudad de Acra (Ghana) para luego regresar y reclutar más partidarios. En total, tres o cuatro docenas de sierraleoneses viajaron a campos de entrenamiento en Bengasi para recibir formación en materia de insurgencia. Algunos eran estudiantes, entre los que se contaban jóvenes desempleados, y uno era un señor más mayor que había pasado siete años en prisión por haber participado en un complot para dar un golpe de estado en 1971. Era el ex Cabo Foday Saybana Sankoh, de 50 años.

Se dice que Sankoh conoció a Charles Taylor en el Cuartel General Revolucionario Mundial, el *al-Mathabh al-Thauriya al-Alamiya*, de Gaddafi en Bengasi, donde sin duda conoció también a personas de Liberia, Burkina Faso y a un abanico de revolucionarios africanos putativos. Gaddafi reclutó una larga lista negra de personajes de este tipo durante la década de 1980. Ayudó a Laurent Kabila, que luchaba contra Mobutu Sese Seko en el Congo, con formación, entrenamiento, dinero y protección. Apoyó a Blaise Compaoré, que asesinó a su mejor amigo, el presidente de Burkina Faso, y se quedó con su cargo. Prestó apoyo y formación a Kukoi Samba Samyang, que intentó dar un golpe de estado en Gambia, y envió 600 soldados en un vano esfuerzo por apoyar al tirano Idi Amin, cuyo poder renqueaba en Uganda. Apoyó al IRA en Irlanda del Norte, a ETA en el País Vasco español, al Baader-Meinhof de la RFA y al Frente Moro de Liberación Islámica de Filipinas. Tal y como diría el historiador Stephen Ellis, durante la década de 1980 el Cuartel General Revolucionario Mundial se convirtió en «el Harvard y Yale de toda una generación de revolucionarios africanos».¹⁰

Fuera cual fuera la ideología con la que nació el FRU, ésta se desvaneció cuando Sankoh puso en marcha su «revolución». Los pocos

intelectuales que volvieron a África Occidental desde Libia fueron capturados y fusilados, acabando así con toda oposición a la autoridad. Charles Taylor, que utilizaba a los jóvenes de Sierra Leona en su guerra en Liberia, envió a algunos de estos jóvenes y a parte de sus tropas para que ayudaran a Foday Sankoh a dar sus primeros pasos. El FRU también «reclutaba» a algunos combatientes dentro de las fronteras de Sierra Leona: niños a los que secuestraban y obligaban a cometer atrocidades contra sus familias y pueblos para asegurarse de que nunca volverían a casa. Les drogaban y los socializaban en el marco de una cultura de la violencia y el asesinato. Les aplicaban una mezcla de pólvora y cocaína, conocido como «marrón-marrón» en heridas que les hacían en la frente que les hacía pensar cosas imposibles como que eran inmunes a las balas. Les daban pastillas rojas y blancas, y crack y les inyectaban «medicina». Se convertían en «niños soldado», un término que se quedaba corto para definir el monstruo en el que se habían transformado. Las chicas secuestradas se convertían en esclavas sexuales y porteadoras. «¿Qué tiene de revolucionario un movimiento que masacra y aterroriza a la población que dice estar liberando?», pregunta Ibrahim Abdullah.¹¹ En pocas palabras, «casi nada». Su tratado revolucionario, *Footpaths to Democracy* (El camino a la democracia) contenía frases sacadas de los libros de Mao y Amílcar Cabral, que luchó por la libertad de Guinea. La ideología del FRU se basaba en un único objetivo: lograr poder. Daban igual las etnias, la tierra y la religión. Al contrario que las guerras de Angola y el Congo, Sierra Leona ignoró por completo a los bandos de la Guerra Fría, y acabó consumida por la brutalidad de su propia y aterradora violencia.

En 1995, el FRU se había hecho con los yacimientos de diamantes del distrito de Kono y de Tongo Field. Los diamantes eran la fuente de financiación principal del FRU. Las piedras se extraían utilizando un sistema de trabajo forzoso. Los buscadores podían participar del botín gracias a un sistema de «dos montones», aunque era un sistema bastante injusto dado que la guardia armada del FRU siempre estaba vigilando para quedarse con los mejores diamantes. Los diamantes se transportaban posteriormente al cuartel general del FRU en Buedu, cerca de la frontera con Liberia, desde donde se llevaban a Monrovia. Las armas, gestionadas por Charles Taylor a través de una red criminal internacional, llegaban al FRU por carretera o a veces por aire, en helicóptero.

A pesar del embargo sobre las armas, Taylor conseguía armas de diferentes fuentes. Algunas procedían de su mentor, Muamar Gaddafi. Otros de Victor Bout, cuyos aviones volaban con matrículas liberianas enviando armas por aire a toda África. Otras llegaban a través de un matón rechoncho amante de las drogas y las prostitutas. Leonid Minin nació en Ucrania, y tras la caída del Muro de Berlín se metió en el mundo de la economía sumergida: robo de obras de arte, contrabando de armas y blanqueo de dinero. Su asociación con Charles Taylor se nutría de armas y diamantes. A pesar de que sigue habiendo ingentes cantidades de armas a la venta en todo el mundo, la mayoría de los gobiernos se aseguran de que las ventas se registren adecuadamente, o de procurarse pruebas suficientes como para poder contar con una negociación plausible. El cargamento de armas que llevó a Ouagadougou, capital de Burkina Faso en marzo de 1999 tenía todas las garantías y contenía armas anti tanque, misiles tierra-aire, lanzagranadas, 715 cajas de armas y cartuchos y 408 cajas de pólvora para cartuchos.

Las armas eran un pedido del Ministerio de Defensa de Burkina Faso a la empresa estatal ucraniana, Ukrspetsexport, a través de una empresa con sede en Gibraltar llamada Chartered Engineering and Technical Services. A pesar de que Burkina Faso aparecía en el certificado de usuario final, dicho país no fue su destino final. El presidente de Burkina Faso, Blaise Compaoré, alumno de la escuela de Bengasi y firme defensor de Charles Taylor y de Foday Sankoh, envió las armas por carretera hacia el sudoeste donde fueron recogidas en Bobo Dioulasso. Posteriormente, las cajas que quedaban en Ouagadougou fueron enviadas por mar a Monrovia por cortesía de Leonid Minin. Minin llegó por aire a Monrovia el 8 de marzo a bordo de un BAC-111 prestado. Minin y Taylor acordaron declarar que era un jet privado para pasajeros casi sin espacio para transportar mercancías. Ciertamente, la nave era un avión de pasajeros y, de hecho, seguía vistiendo los colores de su antiguo dueño, un equipo de baloncesto de la NBA, los Seattle SuperSonics. Durante las siguientes dos semanas, el avión realizó cuatro viajes a Ouagadougou y tres a Bobo Dioulasso para recoger armas. El avión realmente no tenía espacio para transportar mercancía, de ahí la gran cantidad de viajes. Las armas se transportaban en cajas distribuidas bajo los asientos y en el pasillo, algunos incluso viajaron en los asientos con el cinturón de seguridad abrochado, como si fueran juga-

dores de baloncesto. El 31 de marzo, el avión regresó a Europa con un cargamento algo más ligero pero mucho más valioso: diamantes.¹²

Una fuerza de la paz para África Occidental llamada ECOMOG llevaba desde 1990 usando Sierra Leona como santuario o base para sus operaciones en Liberia, pero las tropas, mayoritariamente nigerianas, no participaron directamente en las operaciones en Sierra Leona hasta mediados de la década. Los agentes del ECOMOG y lo que quedaba del ejército de Sierra Leona eran acusados regularmente de connivencia con fines de contrabando y saqueo de diamantes. Soldados de día, rebeldes de noche... se ganaron el apodo de «sol-des». A los nigerianos también se les acusaba de haber cometido actos violentos y violaciones de derechos humanos, nada sorprendente en vista de la crudeza de la guerra. Una joven llamada Sia relata su experiencia. Fue secuestrada por el FRU a la edad de once años, tras ver cómo asesinaban a su hermana. Uno de los comandantes del FRU la nombró su «esposa en la selva» y fue violada regularmente por sus hombres. A veces, la enviaban a los pueblos que iban a ser atacados por el FRU para que se acostara con soldados nigerianos y les sacara información. «Era una espía», confiesa. «Les daba sexo a cambio de información. Y luego los asesinábamos». Se convirtió en uno de los miembros de confianza del FRU y empezó a encargarse de los «cortes», es decir, de amputarles las manos a otros niños. También se convirtió en soldado. «Sabían que sería un buen soldado, así que empezaron a entrenarme y me enseñaron a utilizar las armas, a hacer maniobras, a matar de cerca con una pistola. Me dieron dos pistolas. Siempre veía a la gente antes de matarlos. Me aseguraba de que estuvieran muertos, y los remataban con un disparo en la cabeza si no lo estaban».¹³

Además del ECOMOG, la única fuerza con poder suficiente para mantener al FRU fuera de la segunda y tercera ciudad más importante de Sierra Leona, Bo y Kenema, era una asociación tradicional de cazadores, los *kamajors*. Nacieron para proteger las ciudades, pero posteriormente se reorganizaron para convertirse en la Fuerza de Protección Civil y, durante un tiempo, contaron con más de 20.000 efectivos, más que el FRU y el ejército juntos, pero en 1995 incluso ellos lo estaban pasando mal.

El gobierno de Valentine Strasser estaba arrinconado y la única salida fue negociar un acuerdo con una pequeña empresa carroñera de-

dicada a la extracción que había entrado en la zona durante la última etapa de Joseph Momoh en Israel. En 1995, DiamondWorks era una sociedad anónima constituida en Canadá con sede en Vancouver, que cotizaba en la Bolsa de Toronto. En realidad, la dirigían desde Londres y su sede operativa estaba en Johannesburgo. La sede en Vancouver le daba acceso a la bolsa de Canadá, donde dedicaba más tiempo a buscar accionistas que diamantes, tal y como hacían otras empresas de extracción menores. DiamondWorks era propietaria de Branch Energy, una sociedad registrada sospechosamente en la Isla de Man. A su vez, Branch Energy tenía una relación estrecha con una empresa militar privada sudafricana, llamada «Executive Outcomes». Branch Energy presentó a Strasser al fundador de Executive Outcomes, Eeben Barlow, quien poco después le envió 200 mercenarios, apoyo aéreo y sofisticado equipos de comunicación. Tardaron una semana en sacar al FRU de Freetown. Libres de las trabas logísticas, profesionales o políticas del ECOMOG, tardaron un mes en liberar los yacimientos de diamantes, pisoteando al FRU como un niño enfrentándose a un ejército de hormigas. A las pocas semanas, Branch Energy se hizo con una autorización para explotar las concesiones de diamantes en Kono durante un periodo de 25 años.

Obviamente esta decisión provocó una lluvia de acusaciones cruzadas, pero DiamondWorks y Branch Energy negaron cualquier abuso de derechos humanos y negaron cualquier relación comercial entre sus empresas y Executive Outcomes. Organizaciones de derechos humanos, politólogos, moralistas y muchos gobiernos occidentales criticaron la derogación de responsabilidades soberanas en favor de los mercenarios, y lo que parecía un chantaje para conseguir protección: permisos para la extracción de diamantes a cambio de bolsas de cadáveres. Las portadas de los diarios de Freetown clamaban «Executive Outcomes Must Go!» (¡Fuera Executive Outcomes!). Tras librarse de la amenaza del FRU, la idea de estar protegidos por unos mercenarios blancos interesados únicamente en sí mismos parecía menos atractiva. Y menos necesaria. El escarmentado FRU también quería acabar con Executive Outcomes y repentinamente se mostró dispuesto a sentarse en la mesa de negociaciones para hablar de paz como personas sensatas.

De cierta manera, el año 1996 fue crucial para Sierra Leona. El ejército, presionado por la opinión pública y los organismos de donan-

tes para convocar elecciones, hastiado por cinco años de desenfreno en las arcas y desacreditados por su propia incompetencia, acabó dándose por vencido. Las elecciones se celebraron en marzo, y un ex agente de las Naciones Unidas, Ahmad Tejan Kabbah, fue nombrado presidente. Kabbah asumió las negociaciones de paz que ya se habían iniciado con el FRU en Abidjan, y en noviembre por fin se firmó un acuerdo de paz. Como parte del acuerdo, despacharon a Executive Outcomes. Sin embargo, seis meses más tarde los soldados lanzaron un ataque contra la famosa prisión de Pademba Road en Freetown y liberaron a 600 presos. Entre ellos se encontraba un mayor del ejército, un tal Johnny Paul Koroma, que se nombró jefe de Estado sin pensárselo dos veces. Tejan Kabbah y su gobierno huyeron a Conakry en la vecina Guinea, y Koroma se puso manos a la obra para crear un gobierno de coalición con el FRU.

Foday Sankoh se había dormido en los laureles y el golpe le pilló desprevenido. De hecho, estaba de visita en Nigeria cuando se produjo y acabó siendo encarcelado por las autoridades nigerianas. Con o sin mando, el FRU despejó cualquier duda sobre su naturaleza. El Consejo de Gobierno de la Fuerzas Armadas (AFRC, por sus siglas en inglés) de Johnny Paul Koroma y el FRU presidieron un estado del terror durante seis meses. Torturaron y asesinaron a jueces, periodistas y miembros del parlamento de Kabbah. Los saqueos y las violaciones estaban a la orden del día. Las oficinas gubernamentales estaban inoperativas, los bancos estaban cerrados y el comercio normal acabó por detenerse. La población moría de hambre. Una de las innovaciones aprobadas por el Presidente Koroma fue el nombramiento de un *hooligan* del FRU llamado Sam Bockarie, al que le gustaba que le llamasen «Mosquito» o «Maskita», como «Jefe del Personal de Defensa». Además de buscador de diamantes, peluquero y bailarín de discoteca, Bockarie también era un asesino sanguinario y la mano derecha de Foday Sankoh.

Steve Coll del *Washington Post* entrevistó a Bockarie en Buedu en 2000, retratándole como una persona narcisista, peligrosa y desequilibrada. «Soy un hombre guapo», comenta, contradiciendo abiertamente las pruebas fotográficas que acompañan el reportaje. «Me encanta disfrutar de la vida». Tras soltar una larga perorata sobre la guerra, afirma ante Coll: «Me admiro mucho, sabe». Bockarie fue el general

más despiadado de Foday Sankoh, y su reputación como partidario del asesinato y el caos se había extendido por todo el país e incluso había traspasado fronteras. Consciente de que quizá pudiera esperarle alguna represalia, Bockarie negó cualquier abuso de derechos humanos de una forma un tanto retrógrada. «Para mí no hay muertes inocentes en la guerra», apunta. «No estoy fichado como forajido. Si alguno de mis soldados violaba a una persona, le ejecutaba. Si alguno de mis soldados dejaba las armas, le sancionaba. Ésos han sido mis dos únicos delitos».14 Esos dos —ejecución y «sanción»— e innumerables ataques lanzados contra objetivos civiles durante una década; esos dos y una serie de asesinatos sangrientos dentro del propio FRU; esos dos y el robo de diamantes por valor de millones de dólares que a menudo transportaba personalmente a las oficinas de Charles Taylor y sus colegas en Monrovia.

En febrero de 1998, tras el desastre del intento de golpe y haber sido perseguidos para que se retiraran de Freetown, el ECOMOG finalmente reunió fuerza suficiente para obligar al AFRC y al FRU a abandonar la ciudad. El presidente Kabbah volvió y el AFRC se disolvió, pero el FRU siguió firme. Issa Sesay, uno de los comandantes del FRU, escoltó a Johnny Paul Koroma hasta un lugar relativamente seguro en Buedu y quedó profundamente consternado al descubrir que el presidente ocultaba una bolsa de diamantes para intentar labrarse un futuro mejor allá donde acabara. «Me quedé muy sorprendido», escribió Sesay en un informe enviado a Foday Sankoh. «Me resulta difícil creer que ahora que estamos intentando meter a los hombres en vereda y proporcionar la logística necesaria para detener nuestra retirada y seguir hacia delante, J.P. Koroma se quede diamantes para uso propio y piense en huir, dejándonos con un problema que él mismo había causado». En realidad, Johnny Paul tuvo suerte de salir con vida. El FRU asesinaba a cualquier buscador que osara incluso mirar de reojo a un diamante.

A finales de 1998, el FRU había vuelto a las andadas, a pesar de que su líder seguía encarcelado, si bien ahora le habían trasladado a Freetown desde Nigeria. El ECOMOG seguía intentando solucionar el problema sin éxito, y había sufrido graves bajas por el camino. Entre 800 y 1.200 soldados nigerianos habían perdido la vida, y se decía que los esfuerzos le costaban a Nigeria un millón de dólares al día. En ene-

ro de 1999, el FRU lanzó un ataque durísimo contra Freetown. Fueron arrasando distintas partes de la ciudad a medida que los nigerianos huían hacia el oeste, y durante dos semanas se dedicaron a buscar a los funcionarios, políticos y líderes de la sociedad civil para matarlos en cuanto los encontraran. Para cuando el ECOMOG reunió fuerzas para contraatacar, había 6.000 civiles muertos y 2.000 niños desaparecidos. Nigeria no podía más. El recién elegido gobierno civil de Lagos anunció que sacaría las tropas de Sierra Leona en seis meses. La tan promocionada «solución africana al problema africano» hacía aguas.

De hecho, el ECOMOG era un experimento, un experimento creado por los gobiernos occidentales con la esperanza de quitarse responsabilidad en cuanto a las guerras africanas. Después de lo ocurrido en Somalia, Estados Unidos se mostraba especialmente reticente a meterse en otro conflicto africano, y aunque tras el genocidio el presidente Clinton había declarado en el aeropuerto de Kigali en Ruanda que «nunca volvería a ocurrir», en realidad no iba en serio. La ONU —controlada por cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad: Gran Bretaña, Rusia, Francia, China y Estados Unidos— había fracasado en Somalia; prácticamente había salido despavorida de Ruanda, y estaba a punto de sacar a sus fuerzas de paz de Angola donde no había paz por la que luchar. Sierra Leona se encontraba, por tanto, entre Escila y Caribdis —es decir, entre la espada y la pared. La mediocre ECOMOG tenía los días contados, y había pocas probabilidades de que la ONU enviara una fuerza de paz a la zona. Dada la imposibilidad de la situación, Tejan Kabbah se doblegó ante la presión internacional que reclamaba un nuevo acuerdo de paz con el FRU. La solución nunca llegaría por la vía armada, decían; la solución tenía que ser política.

Lo que ocurrió entonces debería quedar registrado en los anales de la diplomacia internacional como uno de los episodios más cínicos y vergonzosos de la historia. Jesse Jackson, «enviado especial del presidente y secretario de Estado para la promoción de la democracia en África» ya había viajado a Freetown y Monrovia. En 1998 urgíó al presidente Kabbah para que acercara posturas con el FRU a fin de firmar la paz. Pensaba que esto «promovería la democracia». Sin embargo, también entraron en escena algunos de los miembros más importantes del Congressional Black Caucus (que representaba a los miembros

de raza negra del Congreso de Estados Unidos). Muchos abrazaban posturas cercanas a las de Charles Taylor, y algunos incluso podrían haberse beneficiado de su generosidad. El representante por Nueva Jersey, Donald Payne, escribió a Kabbah pidiéndole que se sentara en la mesa de negociaciones. «Para cerrar con éxito las negociaciones no debemos aceptar precondiciones y se ha de garantizar la puesta en libertad permanente del Sr. Foday Sankoh», decía la misiva de Payne.¹⁵ Bajo la presión directa de Jesse Jackson y de funcionarios del Departamento de Estado de EE. UU., y con una capacidad militar cada vez menor para hacer frente al FRU, Kabbah finalmente accedió a un alto el fuego. Liberó a Foday Sankoh que se sentó con él para negociar en Lomé, capital de Togo. Allí se celebró una maratónica sesión de negociaciones que se prolongó durante 45 días y en la que funcionarios de EE. UU. y de otros países intentaron lograr un acuerdo de paz. El 7 de julio de 1999 se logró una amnistía integral para todos los combatientes del FRU. Asimismo, el FRU logró cuatro puestos ministeriales en el gobierno de Kabbah y Foday Sankoh fue nombrado vicepresidente. Como guinda del pastel también fue nombrado director de una recién creada comisión para supervisar los recursos de diamantes del país.

El FRU había demostrado que la violencia merecía la pena. Hicieran lo que hicieran, por sanguinarios que fueran, siempre recibían premios y, por si fuera poco, habían logrado congraciarse con el gobierno más poderoso del mundo. Mientras la OTAN enviaba miles de millones de dólares para ayudar a los kosovares que sufrían terribles abusos de derechos humanos, en Sierra Leona se premiaban atrocidades aún peores. En lugar de ir a prisión, Foday Sankoh fue nombrado vicepresidente. Tras ocho años robando diamantes, le recompensaron poniéndole al cargo de toda la riqueza minera del país. La subsecretaria de Estado de EE. UU., Susan Rice, se jactó de que «EE. UU. ha desempeñado un papel fundamental en Sierra Leona. Gracias a los esfuerzos del enviado especial del presidente, Jesse Jackson, del embajador Joe Melrose, y de muchos otros, Estados Unidos ha negociado un alto al fuego y ha ayudado a sentar a los rebeldes de Sierra Leona, al gobierno de Kabbah y a los líderes regionales en la mesa de negociaciones».¹⁶

En las negociaciones también participaron agentes de la ONU, representantes del ECOWAS, así como el gobierno británico. Pero cuan-

do el enviado especial de la ONU Francis Okello pidió permiso a Nueva York para firmar el acuerdo con sus iniciales, alguien de la sede de la ONU por fin despertó y se dio cuenta de las consecuencias de las palabras «indulto absoluto y generalizado». La Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, y anterior presidenta de Irlanda, Mary Robinson se negó y Okello recibió instrucciones para adjuntar una nota escrita a mano declarando que la ONU no reconocía la amnistía para «actos de genocidio, crímenes contra la humanidad, crímenes de guerra y otras violaciones graves del derecho humanitario internacional». Visto lo que ocurrió en meses posteriores, hicieron bien en cubrirse las espaldas. Washington no parecía tener los mismos reparos, aunque seis meses más tarde un portavoz del Departamento de Estado de EE. UU., Philip Reeker, afirmó que «Estados Unidos no obligó a nadie a firmar este acuerdo... Ni gestionamos el acuerdo de paz de Lomé ni presionamos al presidente Kabbah para que comenzara las negociaciones con los insurgentes... No tuvimos nada que ver con el acuerdo».¹⁷

Reeker sabía lo que hacía al intentar alejar a EE. UU. del acuerdo de Lomé. Aparte de su grotesca recompensa de la violencia y la actividad criminal, el acuerdo estaba abocado al fracaso. Peter Takirambudde, de Human Rights Watch, definió el acuerdo como «una retirada generalizada de todas las partes: la ONU, el gobierno de Clinton y todos los demás. El mensaje que están lanzando al resto de África, donde los rebeldes están en la selva, es que no pasa nada por cometer atrocidades, especialmente cuando dichas atrocidades son horripilantes. La lección que aprenderán los demás rebeldes es que no hay que hacer las cosas a medias».¹⁸

Dentro del marco del acuerdo, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas por fin accedió a enviar una fuerza de paz para sustituir a los nigerianos que salían ahora del país. El primer contingente llegó a finales de 1999, y durante un corto periodo de tiempo parecía que prevalecería la paz. No obstante, en noviembre de 1999, Sam Bockarie dijo lo siguiente: «Veo venir otra guerra muy seria en Sierra Leona. He mandado a mis hombres limpiar los cañones y esperar».¹⁹ La guerra no se hizo esperar, ya que un mes más tarde una disputa entre Bockarie y Foday Sankoh desató una tormenta de balas y sangre en Buedu que acabó con ocho de los altos asesores de Mosquito muertos, su-

puestamente asesinados por él mismo, y el general, de 35 años, desaparecido en los bosques de Liberia. Foday Sankoh, tras librarse de la oposición interna, se relajó y se dedicó a su nuevo cargo como presidente de la comisión de recursos minerales, firmando acuerdos para su enriquecimiento personal con los distintos empresarios extranjeros que no hacían más que llegar a sus nuevas oficinas en Freetown. Sin embargo, nunca perdía de vista a la fuerza de paz de la ONU. La Misión de las Naciones Unidas en Sierra Leona (UNAMSIL) ganaba fuerza y se estaba desplegando en el campo. Sankoh tenía autoridad absoluta sobre los diamantes de Sierra Leona, y no iba a dejar que un ejército que no fuera el suyo montara tiendas de campaña en los yacimientos de diamantes.

La trifulca comenzó en mayo de 2000 cuando 500 efectivos kenianos y zambianos pertenecientes a las fuerzas de paz fueron detenidos cerca del pueblo de Makeni, bajo control rebelde. En un repentino alarde de fuerza, ocho fueron asesinados, quinientos fueron secuestrados y trasladados al monte junto con sus vehículos y equipo militar. A los soldados les pilló por sorpresa, pero al Consejo de Seguridad de la ONU le pilló en Babia. El primer intento de resolución de la ONU después de su salida de Angola parecía que iba a ser también el último. Al mismo tiempo que los diplomáticos huían una vez más de Freetown —entre rumores de un auge final del FRU—, periodistas de todo el mundo entraban en masa en el país iniciando un flujo continuo de informes y artículos al exterior. Una y otra vez se hacían la misma pregunta: ¿Por qué el UNAMSIL se había formado sólo con tropas de países en vías de desarrollo, India, Zambia, Bangladesh, Kenia y Jordania? ¿Por qué iban tan mal equipados? ¿Por qué no había contraatacado? ¿No había tropas y armamento de países con más experiencia en el arte de la guerra? La respuesta era bien sencilla, de hecho era la misma que contestaba las preguntas lanzadas un año antes cuando Kosovo recibía tanta atención mediática y Sierra Leona pasaba desapercibida: porque Sierra Leona daba igual. Sierra Leona no tenía interés estratégico para nadie que no fuera Charles Taylor, el FRU y la industria del diamante. El Ministro de Exteriores de Uganda lo dijo alto y claro: «Cuando se trata de Kosovo, no tardan ni un minuto en llegar y gastarse millones... Cuando se trata de África no tardan en poner excusas».²⁰

Fueron varios los factores que se conjugaron para poner fin a esa vergonzosa desbandada. En primer lugar, el gobierno británico se puso manos a la obra y envió un batallón de paracaidistas y cinco buques de guerra. A los pocos días, calmaron el pánico en Freetown y garantizaron la circulación por las principales vías de acceso de la ciudad. El 7 de mayo hubo una manifestación masiva ante la casa de Foday Sankoh en Freetown. Decenas de miles de civiles se congregaron fuera del edificio situado en Spur Road, encendidos por las recompensas recibidas por el líder rebelde, hastiados por el continuo conflicto y temerosos de que se derrumbara la misión de paz de la ONU. Era una reunión pacífica, pero muy numerosa, y los guardias —supuestamente no armados— de Sankoh perdieron los nervios. Sin previo aviso, empezaron a disparar contra la multitud y asesinaron a 17 civiles. Luego se dispersaron. Sankoh saltó el muro de la parte de atrás de su casa y escapó, aunque fue capturado y encarcelado un par de días después. Hay una foto en la que aparece dentro un taxi junto con sus emocionados captores, con la mirada atónita y la cara pegada al cristal de la ventanilla. Más tarde se descubrió que el FRU había hecho acopio de armas por toda la ciudad y estaba planificando un golpe que se hubiera lanzado a los pocos días.

Hubo muchos cambios durante los dos años siguientes. Los soldados de la UNAMSIL que habían sido secuestrados fueron puestos en libertad a su debido tiempo, después de haber sido trasladados a Liberia y enviados en avión a Monrovia bajo la protección de Charles Taylor, quien ahora —y de forma increíble— se las daba de garante de la paz. La fuerza de la UNAMSIL llegó a contar con 17.000 efectivos, convirtiéndose así en la mayor operación de paz de la ONU en el mundo, si bien seguía habiendo muy pocas tropas de las naciones occidentales. Un Grupo de Expertos del Consejo de Seguridad de la ONU fue enviado a examinar la relación entre diamantes y armas en Sierra Leona y volvió con pruebas convincentes de la participación directa de Charles Taylor en el envío de diamantes fuera de Sierra Leona y de armas hacia el interior. El Consejo de Seguridad impuso un embargo global sobre todos los diamantes liberianos y anunció la prohibición de viajar para Charles Taylor, su familia, los ministros de su gabinete y demás altos cargos. Se reforzó el embargo de armas existente y, como consecuencia, el FRU, que arrasó con todo hasta finales de 2000, se quedó sin munición.

Su última gran aventura fue la invasión de Guinea en septiembre de 2000. Distrajeron la atención del gobierno guineano con ataques contra los campos de refugiados situados al sur de Conakry y realizaron una gran incursión sobre los pueblos fronterizos del este. El FRU pretendía que la invasión fuera una réplica de la invasión de Liberia emprendida por Taylor en 1989 y la de Sankoh de Sierra Leona en 1991. Pensaban que si podían derrotar a las fuerzas guineanas y hacerse con las zonas de diamantes de Macenta, podrían quitarle al gobierno los fondos necesarios para entrar en una guerra prolongada. También pensaron que así obtendrían los recursos que necesitaban para su propia financiación. Para Charles Taylor, la clave de esta guerra subsidiaria residía en que Guinea acogía desde hace tiempo a disidentes liberianos contrarios a Taylor. Si la operación llegaba a buen puerto, entonces mataría dos pájaros de un tiro. Sin embargo, el éxito no llegó. Tanto el FRU como Taylor fracasaron. Guinea puso toda la carne en el asador y contraatacó, acabando con los invasores. El FRU se encontraba de nuevo en una posición defensiva y no le quedó más remedio que acceder a un alto al fuego en Sierra Leona. Pero esta vez las cosas no serían como antes. Estaba claro que Foday Sankoh no iba a salir de la cárcel para sentarse a negociar. También estaba claro que, por mucha destrucción que causaran en el interior, el FRU nunca más volvería a campar a sus anchas por Freetown. La UNAMSIL renovó su mandato, con refuerzos de efectivos y equipos, y con el apoyo de los regios paracaidistas británicos, que no permitirían que se repitiera algo así. Charles Taylor se encontró en medio de todo el revuelo internacional, despojado de algunas de sus principales fuentes de ingreso, y le entró miedo escénico.

En enero de 2002, Ahmad Tejan Kabbah declaró el fin oficial de la guerra. En mayo de ese mismo año se celebraron elecciones y Kabbah volvió a ser elegido en los comicios más abiertos y justos desde la independencia, lograda 41 años antes. El nuevo acuerdo de paz constituía un Tribunal Especial gestionado por la ONU, un híbrido de los tribunales constituido para gestionar los crímenes de guerra de Ruanda y Yugoslavia. Con sede en Freetown, estaba compuesto por un equipo de abogados y jueces de diferentes países, entre ellos Sierra Leona. Las deliberaciones formales comenzaron en diciembre de 2002, con un mandato de tres años durante los que se juzgarían a los

más culpables de violaciones de derechos humanos y crímenes de guerra. Las primeras acusaciones se hicieron en marzo de 2003. Foday Sankoh fue acusado junto con su antiguo «comandante de guerra» Issa Sesay y el ausente Sam Bockarie. Johnny Paul Koroma también fue acusado, aunque se encontraba huido después de que otro complot para lanzar un golpe de estado fracasara un par de días antes de las acusaciones. Charles Taylor también sería acusado. Al anunciar las acusaciones, el Fiscal del Tribunal Especial, David Crane, citó a Robert Jackson, el principal fiscal de EE. UU. en los juicios de Núremberg: «Podremos acabar con la tiranía, la violencia y la agresión impuesta por aquellos que están en el poder contra los derechos de su propia gente cuando sentemos a dichos hombres ante la justicia».

Junto con el Tribunal Especial, también se estableció una Comisión de la verdad y la reconciliación para juzgar a muchas otras personas y atrocidades que quedaban fuera de las competencias del tribunal. La UNAMSIL retiró algunos de sus efectivos a finales de 2002 y abandonaron el país a finales de 2005. No obstante, para entonces ya había 15.000 efectivos de la fuerza de la paz de la ONU en Liberia, que podían llegar en cuestión de minutos en helicóptero a Freetown si hacía falta.

En el sector de los diamantes también se introdujeron cambios impactantes. Las exportaciones oficiales de diamantes fueron insignificantes durante casi 20 años. Durante la etapa de Siaka Stevens, la industria había quedado tan devaluada que casi todos los diamantes se exportaban por vías informales, lo que beneficiaba a funcionarios corruptos y al gran círculo de comerciantes de diamantes libaneses dispuestos a comprar cualquier cosa que brillara. Durante los años del FRU, los rebeldes vendían parte de los diamantes a los comerciantes libaneses y otra parte a la facción gubernamental de la operación, pero casi todos salían a través de Liberia. En 1999, las exportaciones de diamantes de Sierra Leona sólo ascendían a 1,5 millones de dólares, en 2000 las exportaciones oficiales habían aumentado hasta los 11 millones de dólares. Al año siguiente hasta los 26 millones, y en 2005 a 142 millones, más que en cualquier otro año de las dos últimas décadas. Se pagaban impuestos sobre las exportaciones y el gobierno puso en marcha una iniciativa propuesta por las ONGs de Sierra Leona para devolver algo de dicho dinero a las zonas de las que procedían los dia-

mantes. No obstante, todavía quedaba mucho que hacer, y los retos a los que se enfrentaron a la hora de establecer de un régimen legislativo internacional para la industria del diamante se analiza en el capítulo 12. Charles Taylor siguió dirigiendo Liberia durante un par de años, y siguió haciendo planes para cuando llegaran tiempos mejores y nuevas oportunidades. Sam Bockarie estuvo a su lado sin perder ni un ápice de sus habilidades ni la compostura, hasta que Taylor decidió que ya no le servía para nada. Pero tras treinta años de mala gestión y de brutales hostilidades que duraron el doble que la Segunda Guerra Mundial, la población de Sierra Leona por fin empezó a sentir que habían pasado página.

This page intentionally left blank

CAPÍTULO 8

EL FANTASMA DEL PRESIDENTE MOBUTU

*Escucha el grito del fantasma de Leopoldo.
Arde en el infierno por su huésped manco
Escucha las carcajadas y gritos de los demonios
Al mutilarle en el Hades.*

— Vachel Lindsay, *The Congo*, 1914

El infeliz compromiso del Congo con la era moderna se divide en cuatro periodos. El primero abarca desde finales de la década de 1870 hasta 1908, una etapa durante la que se establecieron las fronteras actuales del país bajo la administración del «Estado Libre del Congo». Este «Estado», que era todo menos libre, era el feudo personal del Rey de Bélgica, Leopoldo II. Durante el segundo periodo, el Congo estuvo controlado directamente por Bruselas. El gobierno de Bélgica se vio obligado a hacerse cargo de la colonia cuando el escándalo de la mala gestión de Leopoldo cruzó las fronteras para convertirse en un escándalo internacional. El país llegó a pensar que este mandato duraría para siempre.* Incluso en 1955, cuando toda África se había subido ya al

* «El Congo» ha tenido muchos nombres. Bajo el control directo de Leopoldo se llamaba el «Estado Libre del Congo». Bajo el control de Bruselas fue el «Congo Belga». Tras la independencia pasó a llamarse la «República Democrática del Congo». Dentro del marco de su programa de «autenticidad», el Presidente Mobutu rebautizó el país como «Zaire» en 1971, y su sucesor Laurent Kabila lo re-bautizó como la «República Democrática del Congo» (RDC) en 1998. En el libro se ha intentado evitar la utilización de «Zaire» siempre

tren del cambio, Bruselas aún pensaba que tardarían décadas en lograr la independencia, en lugar de sólo 60 meses. El tercer periodo abarcó 37 años, desde la independencia en 1960 hasta 1997, y estuvo dominado principalmente por un solo hombre: Joseph Désiré Mobutu. A los 29 años, Mobutu fue nombrado Jefe de Estado Mayor del ejército y, ocho semanas tras lograr la independencia del país, ya había destituido al presidente y al primer ministro en un batiburrillo de conspiraciones, contra conspiraciones e intrigas de la Guerra Fría que sentarían las bases para décadas de caos, corrupción y conflicto. El cuarto periodo comenzó en 1997, cuando el régimen de Mobutu hizo aguas y no pudo aguantar el peso de su propia corrupción. Mobutu dejó atrás un país que se define mejor por lo que no era que por lo que era, un lugar en el mapa de África que destaca más por sus nueve vecinos que por la capacidad de su gobierno para hacer cualquier cosa que no estuviera relacionada con el saqueo, el pillaje y el robo.

Los diamantes, que bien podrían haber significado una vía directa hacia el mundo moderno para el Congo, se convirtieron, en cambio, en una maldición para el país. Se convirtieron en el epicentro de los problemas del país prácticamente desde su descubrimiento en 1907. De hecho, puede que Leopoldo II nunca hubiera renunciado al control que ejercía sobre el «Estado libre» si hubiera sido consciente de la enorme cantidad de diamantes que había distribuida —a pocos metros de la superficie— por enormes franjas del territorio que bordeaba las colonias francesas al norte y por las tierras que hacían frontera con la colonia portuguesa de Angola al sur.

Leopoldo era vanidoso, ambicioso y avaricioso y, por encima de todo, era empresario. Proclamado «Rey de los belgas» durante su coronación en 1865, Leopoldo llevaba desde su más tierna juventud soñando con las ventajas y la gloria que le proporcionaría su imperio, e incluso llegó a describir a su pequeño país, que ocupa una quinta parte del Estado de Florida en Estados Unidos, como un «*Petit pays, petites gens*» (País pequeño, de gente pequeña). Cautivado por las historias de

que haya sido posible para evitar crear confusión. El gentilicio «congoleño» se refiere a este país. Existe también otro país —una antigua colonia francesa— conocida como la República del Congo. La capital, Brazzaville, está al otro lado del río Congo enfrente de Kinshasa, la capital de la RDC. En este capítulo la República del Congo aparece como «Congo-Brazzaville».

los exploradores que volvían de África, y consternado por la falta de interés que mostraba el parlamento belga por aprovecharse del poder y la riqueza que podrían obtener si tuvieran colonias, Leopoldo concibió uno de los planes más originales que se haya puesto jamás en práctica en toda la historia del colonialismo. Centrándose en grandes extensiones inexploradas de África Central, se lo montó primero como patrono de la exploración y luego como concienciado altruista, decidido a acabar con la esclavitud en el continente africano y con la intención de civilizar a los paganos. En 1876 organizó una gran «conferencia geográfica» en Bruselas, que reunió a los mejores exploradores, geógrafos y altruistas de todo el mundo. Leopoldo hizo una presentación brillante. Durante su discurso, afirmó que «llevar la civilización a la única parte del mundo que todavía se le resiste, la tierra desconocida, abrirse paso entre la oscuridad que vela a poblaciones enteras podría decirse que es una cruzada digna de este siglo del progreso».¹ Como resultado se creó la International African Association (Asociación internacional africana), una organización filantrópica que en años posteriores funcionaría como tapadera de una operación bien distinta.

Leopoldo contrató los servicios del gran explorador africano Henry Morton Stanley para que plantara su bandera —una estrella dorada sobre un fondo azul— allá donde llegara. Stanley, conocido por haber encontrado al misionero David Livingstone que llevaba años perdido en 1871, se embarcó en una de las hazañas más importantes del siglo: tardó tres años en cruzar todo el continente africano desde Zanzíbar hasta el Océano Atlántico y la desembocadura del Río Congo. Tras relatar con pelos y señales el horror que suponía el comercio de esclavos, Leopoldo le convirtió en el pretexto para construir su imperio y la herramienta necesaria para llevar a cabo su misión. Cuando se inauguró la Conferencia de Berlín en 1884 con el objetivo de trazar el mapa colonial definitivo de África, Leopoldo ya controlaba un amplio territorio, y los demás poderes coloniales aprobaron con entusiasmo su objetivo inicial de convertir el Congo en una zona franca.

Pero en realidad Leopoldo tenía otras intenciones. Allí no habría libertad ni para el comercio ni para el propio Estado. La operación se puso en marcha con el objetivo de beneficiar al Rey de los belgas, que presidía ahora un territorio 77 veces mayor que su propio reino. Marfil, madera noble tropical, aceite de palma y minerales fueron los prin-

cipales recursos extraídos por unas empresas que obtuvieron generosas concesiones sobre enormes extensiones de terreno. Se creó un ejército privado, la *Force Publique*, para hacer cumplir la legislación impuesta por Leopoldo y garantizar mano de obra suficiente para la construcción de carreteras y una línea de ferrocarril hacia el interior. Los peores excesos se produjeron en el campo del caucho, que ganó en importancia con el cambio de siglo y el desarrollo de la industria automovilística. Se impusieron cuotas de producción para el caucho procedente de los bosques salvajes del país. Los pueblos que no alcanzaban los objetivos marcados sufrían la ira de la *Force Publique*, que saqueaba y destrozaba pueblos enteros, matando a hombres, mujeres y niños. Como castigo, los hombres de Leopoldo les amputaron las manos a los recalcitrantes pueblerinos. Un presagio de lo que estaba por venir en Sierra Leona y una lección que aprendieron bien los países vecinos.

El imperio de Leopoldo se cobró un número ingente de vidas. Según estimaciones presentadas en una investigación realizada por el gobierno belga en 1919, la población se redujo a la mitad desde el momento en que Stanley empezó a plantar la bandera de Leopoldo en Sierra Leona. Adam Hochschild, autor de *King Leopold's Ghost*, cuenta cómo lo logró y explica lo que significan esas cifras. En primer lugar, muchos murieron asesinados durante una guerra perpetrada por la *Force Publique*, entre otros, contra inocentes civiles. La población también moría de hambre, cansancio, exposición y por la propagación de enfermedades. Varios estudios estiman que diez millones de personas murieron o huyeron durante los primeros años de influencia belga, y uno de los análisis menciona la impactante cifra de trece millones,² un crimen contra los derechos humanos de proporciones genocidas.

El escándalo tardó más de una década en salir a la luz y en ganar peso suficiente como para quitarle al rey belga su extraño dominio sobre el Congo. Aún así, el coste fue muy alto. El gobierno belga asumió una deuda de 110 millones de francos, en gran parte prestado anteriormente por el propio gobierno belga, que nunca fue devuelto. Se destinaron otros 45,5 millones de francos a varios proyectos iniciados por Leopoldo, entre ellos un gigantesco palacio real en Laeken. Leopoldo recibió otros 50 millones de francos «como muestra de gratitud por los sacrificios realizados por el Congo».³ Gran parte de dichos fon-

dos no salieron de los bolsillos de los contribuyentes belgas, sino del propio Congo.

La salida de Leopoldo cambió poco las cosas en el país africano. El cultivo de caucho fue cambiando gradualmente, pasando a utilizar plantaciones en vez de cultivos salvajes, pero la industria siguió nutriéndose del trabajo forzoso, con ciclos de levantamientos y represiones brutales. Se empezó a extraer cobre, zinc, oro, hojalata y diamante, materiales que cobrarían gran importancia para el frente aliado durante la Primera Guerra Mundial, y serían todavía más relevantes durante la Segunda. Casi todo el uranio utilizado en las bombas que cayeron sobre Hiroshima y Nagasaki fue extraído en el Congo. Toda la producción colonial funcionaba según un régimen de trabajo forzoso, una práctica que llegó a alcanzar los 120 días por hombre durante la Segunda Guerra Mundial, época en la que los huevos de oro del Congo eran el cobre y los diamantes. Los diamantes, procedentes de fuentes aluviales y depósitos de kimberlita en enormes extensiones de terreno cerca de Kisangani, Mbuji-Mayi y Tshikapa, estaban gestionados sobre el papel por la *Société Internationale Forestière et Minière du Congo* (Forminière), fundada en 1906 bajo los auspicios de Leopoldo. En 1929, el Congo se había convertido en el segundo productor de diamantes más importante de Sudáfrica, aunque la mayor parte eran de calidad industrial y no de calidad gema.

Hasta la década de 1930 la demanda de diamantes pobremente cristalizados era muy baja. Estas piedras, conocidas como «bort», prácticamente sólo se utilizaban para pulir los diamantes gema. Pero en la década de 1930 Krupp, el poderoso grupo industrial alemán, desarrolló una aleación de carburo de wolframio más fuerte que el acero. El único material que podía cortarlo o limarlo era el diamante y, de esta forma, De Beers se encontró con un nuevo producto: el «diamante industrial». Sir Ernest Oppenheimer era consciente de lo importante que era hacerse con la producción de Forminière: en el Congo Belga ese tipo de diamantes se producían por toneladas, no por quilates. En una carta enviada a su hijo Harry decía: «La Forminière dictará la política que gobernará el comercio de diamantes en la posguerra. Si logramos hacernos con la producción del Congo, De Beers podría mantener su liderazgo en el sector de los diamantes».4 De Beers negoció un acuerdo con Bruselas. A cambio de la producción de Forminière —vendida

a una filial de De Beers en Londres— De Beers enviaría el grueso de sus gemas a la industria de corte y pulido de diamantes belga. Para cimentar el acuerdo, De Beers también compró acciones en la empresa belga Beceka, propietaria de una participación dominante en Forminière.

En 1953, el Congo Belga producía el cinco por ciento del zinc del mundo, el siete por ciento del cobre del mundo, la mitad del uranio del mundo, el 80 por ciento del cobalto del mundo y el 70 por ciento de los diamantes industriales del mundo, además de una gran proporción de piedras de calidad gema. También era el mayor productor de caucho del mundo. Estas estadísticas dan muestra del valor de la colonia para Bélgica. A mediados de la década de 1950, la exportación total ascendía a más de 3 mil millones de dólares, comparado con los escasos 60 millones de dólares que producía la colonia británica de Kenia.⁵ Aunque la colonia tenía una infraestructura envidiable, que podía incluso hacerle sombra a otros territorios coloniales, ésta era irregular y selectiva. Se construyó casi con el único objetivo de apoyar las industrias de extracción y los proyectos clave gestionados exclusivamente por los belgas, que insistían principalmente en el cobre, los diamantes y la agricultura. Sólo la independencia puso fin al trabajo forzoso. Cuando la bandera belga salió por fin del país en 1960, tras más de 50 años de dominio directo belga, sólo había 17 licenciados universitarios congoleños.⁶

Los primeros follones políticos que surgieron en el país tras la recién estrenada independencia se produjeron, como no podía ser de otro modo, en el entorno de los diamantes. A los siete días de lograr la independencia, el ejército se amotinó, lo cual conllevó la secesión prácticamente inmediata de la provincia de Katanga, conocida por su riqueza mineral. El nuevo y volátil primer ministro del país, Patrice Lumumba, acudió a la ONU en busca de ayuda, pero cuando el limitado mandato de la fuerza de paz les impidió detener la rebelión, llamó a las puertas de la Unión Soviética. Les faltó tiempo para acudir a su llamada. Tras un par de semanas, ya había miles de «consejeros técnicos» soviéticos en la zona. Se encargaron de dividir aún más el país y le dieron motivos suficientes al recién nombrado jefe del ejército, Joseph Mobutu, para deshacerse de Lumumba y del presidente del país. Esto ocurrió menos de 60 días después de la precipitada salida de los

belgas, y menos de nueve meses tras el comienzo de las negociaciones de independencia en Bruselas. El gobierno de EE. UU. se preocupó tanto por la repentina llegada de los consejeros soviéticos, y por el fantasma de la vuelta al poder de Patrice Lumumba, que el propio presidente Eisenhower supuestamente aprobó la ejecución del derrocado primer ministro.⁷ Tras cinco años de rebelión, secesión, reintegración y confusión, en octubre de 1965 Mobutu volvió al cargo, tomando las riendas del país con firmeza y se preparó para dirigirlo a largo plazo.

Mobutu heredó pocas infraestructuras estatales aprovechables. El país estaba fragmentado políticamente, había poco poder legislativo y aún menos orden. Los términos lealtad, independencia o democracia no significaban nada para la policía, el ejército y el poder judicial del país. En lugar de intentar construir sobre los unos cimientos tambaleantes que intentaban por todos los medios mantenerse en pie y sustentar el país, Mobutu tiró por la calle de en medio para consolidar su poder, tal y como harían posteriormente otros líderes africanos durante las décadas de 1960 y 1970. Eludió de manera sistemática y despiadada la parafernalia formal del Estado moderno, creando un sistema a su imagen y semejanza pero adaptado a su situación. Subvirtió al ejército y a la policía, poniendo a sus hombres de confianza al mando de dichas instituciones. Personas que él consideraba de confianza porque dependían directamente de él para acumular sus fortunas. Cambiaba de gabinete como de chaqueta, nombraba, despedía y volvía a nombrar a los cargos hasta que se dieron cuenta de que le debían lealtad a una sola persona. Mobutu necesitaba efectivo para mantener esta legión de aduladores, y durante los primeros diez años de su reinado lo que no conseguía a través de la economía nacional, lo consiguió a través de préstamos del Banco Mundial, de las agencias de ayuda humanitaria y de la banca privada. En 1971 se embarcó en una campaña de «autenticidad», en la que vendía una orientación hacia el futuro para alejarse de la etapa colonial. Rebautizó el país y el río que lo define como «Zaire» y se rebautizó Mobutu Sese Seko, convirtiéndose así en «El Guía», «El Timonel», el «Padre de la Nación». Dos años después inauguró una nueva campaña: la «Zairenización» en virtud de la cual todos los negocios de propiedad extranjera fueron traspasados a los «hijos de la nación». Se confiscaron granjas, plantaciones e industrias y se entregaron a los leales. Por supuesto, Mobutu se llevó la guinda del pastel.

Pero la Zairenización coincidió con la crisis del petróleo de 1974 y con la precipitada caída de los precios del cobre y del café, lo cual redujo el botín y también de forma considerable las posibilidades de la economía. La corrupción y la mala gestión se dispararon. Cuando Mobutu nacionalizó la *Union Minière* en 1967, este gigante del sector del cobre producía casi el 70 por ciento de los ingresos por exportación de todo el país. Rebautizada como *Gécamines*, entró en un lento declive. Los resultados cayeron en picado, desde una producción anual máxima de 550.000 toneladas a 200.000 toneladas a principios de la década de 1990 y hasta menos de 38.000 toneladas de cobre en 1997. (En 2008, la producción había bajado hasta sólo 12.000 toneladas). No es que todo lo recaudado se «perdiera»; simplemente se perdió lo que hubieran contribuido a la economía nacional y al desarrollo del país. A pesar de años de declive, los impuestos, las ventas a término, las concesiones falsas, las nóminas infladas, el contrabando y la malversación de fondos garantizaron que Gécamines pudiera seguir engordando la cartera del presidente y de sus aliados. Después de que se saqueara también la producción de cobalto de Gécamines, sólo quedaban los diamantes.

A Mobutu le resultó más difícil trapichear en el sector del diamante dado que la mayor parte de las minas se encontraba en las provincias de Kasai donde él tenía menos control político que en el resto del país. Aunque que el precio global de los diamantes era más estable que el del cobre, este era principalmente obra de De Beers. Durante la década de 1960 y 1970, De Beers monopolizó la compra de diamantes congoleños, producidos principalmente por la enorme empresa de extracción, *Société Minière de Bakwanga* (MIBA), la sucesora de la *Forminière*. Para lograr mayor control sobre el sector, Mobutu nacionalizó la MIBA, incluyendo la parte que era propiedad de De Beers. En 1981 puso fin al monopolio de compra de De Beers al decidir comercializar los diamantes a través de un consorcio de tres empresas, una en Londres y dos en Amberes. Tras la nacionalización en 1973 y la cancelación de su monopolio en 1981, De Beers siguió comprando mercancía a la MIBA, a pesar de que la producción de la MIBA cayó en picado, de 13,4 millones de quilates en 1973 a sólo 8,7 millones de quilates en 1979. En su mayor parte eran diamantes industriales. Las mejores gemas simplemente cruzaban el río hasta Brazzaville y otras ciudades

que quedaban fuera del alcance de Mobutu, donde siempre eran bienvenidas.

Cuando Mobutu puso fin al monopolio de De Beers se desveló quién manejaba el cotarro. De Beers contraatacó colocando enormes cantidades de diamantes industriales de calidad congoleña en el mercado mundial, pero reduciendo el precio a menos de un dólar por quilate, evitando que los nuevos amigos de Mobutu pudieran hacer negocios con él. Dos años después el Congo firmó un acuerdo con De Beers.

Cuando se trataba de diamantes, Mobutu era como un chucho tras una perra en celo. Al verse incapaz de vencer a De Beers, optó por emplear otra táctica. En 1983 «liberalizó» el sector del diamante, permitiendo la creación de una nueva clase de exportadores de diamantes, que dependían de él para lograr licencias y privilegios. El descubrimiento de nuevos yacimientos de diamantes aluviales en la provincia Oriental conllevó un auge de la producción artesanal de diamantes, sobrepasando rápidamente la producción de la MIBA. En la década de 1970, los pequeños mineros representaban menos de un cuarto de la producción de diamantes del Congo, pero en 1986 ya representaban el 64 por ciento del total. En parte porque tanto la MIBA como Gécamines estaban siendo saqueadas por uno de los colegas de Mobutu, Jonas Mukamba. En la cima de su poder, se calcula que Mukamba se llevaría entre 1,5 y 2 millones de dólares al mes de la MIBA por cortesía de Mobutu.⁸

La mayoría de las estadísticas congoleñas son poco fiables y los datos se deben tomar poco más que como indicadores, o escalas de magnitud, especialmente en lo que respecta a los diamantes, que siempre encuentran el mejor camino para llegar a su destino al mejor precio. A veces Mobutu metía a sus secuaces en el sistema para rebajar los precios y poder obtener mayores beneficios en Amberes, pero entonces se variaba el trayecto que recorrían los diamantes, y las mejores piedras llegaban a las oficinas de compra de De Beers y de otros compradores, situados convenientemente al otro lado del río de Kinshasa en la capital de la antigua colonia francesa, ahora la República del Congo, Brazzaville, o en Bangui, la capital de la República Centroafricana, o en Burundi o Zambia o Angola o en cualquier otro lugar que ofreciera un precio mejor. Así, al analizar la producción declarada por la MIBA

en 2000 (que ascendió a 76 millones de dólares en diamantes) puede parecer como si hubiera producido una mejora importante comparada con los 47 millones de dólares que se producían en 1983, pero en realidad la cifra es muy poco significativa. El valor de los diamantes de ambos años puede haberse deflactado por el contrabando, el robo y la malversación, o haberse inflado con diamantes de Angola o cualquier otro lugar, que entraron ilegalmente en el país. También pueden ser cifras completamente falsas, generadas por diferentes agencias gubernamentales, surgidas de las atoradas mentes de los torpes funcionarios que intentaban aplacar al Banco Mundial o al FMI, o al cleptocrático presidente nacional.

Mobutu aguantaba en el poder en parte gracias a su habilidad para la corrupción y la manipulación. Pero también hubo otro factor que contribuyó a su longevidad y al sufrimiento de los congoleños: la Guerra Fría. Hasta la caída del Muro de Berlín, Mobutu fue el aliado fiel del mundo occidental, un inquebrantable baluarte contra la incursión del comunismo en África. Demostró tener temple al destituir a Lumumba, y volvió a demostrarlo al proporcionar una base para los rebeldes de la UNITA (y sus defensores estadounidenses) durante la refriega contra el gobierno marxista de Angola tras 1975. También proporcionó una vía de salida para las gemas de la UNITA que abandonaban Angola, convirtiéndose así en uno de los primeros proveedores de diamantes de guerra. Visitó la Casa Blanca como invitado de honor de casi todos los presidentes, desde John F. Kennedy hasta George Bush padre. Engatusó a Francia y a su «*francophonie*» al regalar diamantes al presidente Giscard d'Estaing y pagar las deudas debidas a empresas participadas por la familia de d'Estaing. Sobornó a funcionarios belgas y, en años posteriores, abrió el país a la entrada de más negocios belgas. Los diamantes siempre estaban en el foco de atención. También intentaba garantizar que sus «aliados» tuvieran un acceso constante al cobalto y a demás minerales estratégicos.

Así, Mobutu se garantizaba la ayuda de EE. UU., Francia y Bélgica en cuanto a tropas o transporte aéreo cuando había que sofocar una rebelión. Todos proporcionaban montones de ayuda financiera. Entre 1975 y 1997 el país recibió más de 9 mil millones de dólares en ayuda extranjera del Banco Mundial, el FMI y un conjunto de organismos donantes bilaterales. A pesar de los proyectos fallidos, la desaparición

de capital y las crisis financieras, la ayuda financiera nunca flaqueó. El país aprobó reforma tras reforma, ajuste estructural tras ajuste estructural, y renegoció la deuda nacional nueve veces entre 1976 y 1989. Pero el dinero siguió fluyendo. «Nos engañó como a niños», dijo Chester Crocker, antiguo subsecretario de Estado de EE. UU. para África. «Nos enfrentaba a los franceses, luego enfrentaba a los franceses contra los belgas, a la CIA contra el Departamento de Estado de EE. UU.»⁹ El asombro que simula Crocker peca bastante de ingenuo. A los franceses, los belgas, la CIA y el Departamento de Estado de EE. UU. se les daban igual de bien los juegos que a Mobutu.

No obstante, al final de la Guerra Fría, Mobutu había perdido su toque especial y los organismos donantes fueron cerrando sus cajas registradoras uno tras otro. Al ver que el país se desmoronaba, Mobutu optó por refugiarse en los palacios que había comprado en Europa y en Gbadolite en la provincia de Équateur. Allí, donde se encontraba su palacio más chabacano, los invitados salían de sus Boeings privados y de algún que otro Concorde y se encontraban con una bienvenida decorada con fuentes musicales. Tanto él como sus colegas dedicaban ahora sus esfuerzos a la economía informal y al comercio clandestino de armas, drogas y diamantes, y al blanqueo de dinero. Los diamantes en bruto seguían siendo el núcleo de todas las operaciones, porque en un mundo de amigos que se desvanecen y mercados que desaparecen, las piedras siempre mantenían su valor, y siempre había alguien dispuesto a comprarlas. Ahora sí parecía que los diamantes podían ser para siempre. La irresoluta guerra de Angola creaba una demanda constante de armas y producía un suministro permanente de diamantes que compensaba las pocas oportunidades de saquear la producción nacional. Durante los últimos años de Mobutu en el poder, los diamantes representaron casi un tercio de las exportaciones formales del país, pero eso era sólo la mitad de la historia. Por ejemplo, en 1995 las exportaciones oficiales de diamantes ascendieron a 331 millones de dólares, pero las importaciones de diamantes belgas del Congo correspondientes a ese mismo año fueron de 646 millones de dólares.¹⁰

El principio del fin de Mobutu llegó el 6 de abril de 1994 cuando un avión que transportaba a los presidentes de Ruanda y Burundi fue abatido a tiros cerca de Kigali, la capital de Ruanda, dando el pistoletazo de salida al genocidio de Ruanda. En apenas tres meses, la tribu de

los hutu ocasionó la muerte de un millón de tutsi y de hutus moderados. Entre la masacre y la sed de sangre, el Frente Patriótico de Ruanda aceleró su avance hacia Kigali. El miedo a las represalias ante una posible victoria del ejército tutsi tuvo como resultado la huida de una gran parte de la población hutu: más de un millón de hombres, mujeres y niños cruzaron las fronteras hacia países vecinos. Casi la mitad se asentó en el Congo, en campos dominados por antiguos jefes y militares hutu, que seguían estando armados y seguían siendo peligrosos.

Pasaron dos años en una especie de punto muerto. Las agencias de ayuda humanitaria internacional se encargaban de gestionar los campamentos, protegiendo y ayudando a los *genocidaires* y a los militares hutu que llevaron a cabo saqueos armados para traspasar la frontera hacia Ruanda. Mobutu estaría sorprendidísimo: mientras sus recursos y su poder se desvanecían por culpa de sus actividades ilegales y sus difuntas alianzas, sus generales y otros empresarios por fin comenzaba a cerrar negocios con comerciantes de armas, agencias de ayuda humanitaria y contrabandistas de diamantes. Hasta el día en que el gobierno de Ruanda, y su principal apoyo en el continente africano, Uganda, decidieron que habían aguantado demasiado. Cuando un grupo de organizaciones rebeldes congoleñas anunciaron la creación de la *Alliance of Democratic Forces for the Liberation of Congo-Zaire* (Alianza de fuerzas democráticas para la liberación de Congo-Zaire, AFDL por sus siglas en inglés) a finales de 1996, Ruanda y Uganda contribuyeron con armas, tropas, logística y financiación.

Dispuesto a intentar no perder amigos, Mobutu siguió proporcionando armas, certificados de usuario final, puntos de transporte y demás favores a los rebeldes angoleños de la UNITA, a cambio de diamantes. Aviones cargados de armas procedentes de Europa Oriental solían hacer parada en Kinshasa o en el refugio personal de Mobutu, Gbadolite, antes de llegar al territorio rebelde en Angola. Por tanto, no sorprendió que en enero de 1997 Angola se cansara del apoyo continuado de Mobutu a la UNITA y se uniera al ataque contra El Timonel. Zambia, Zimbabue, Eritrea y Tanzania también participaron, con envíos de armamento o bases para los adversarios de Mobutu.

El podrido ejército de Mobutu retrocedió sin enfrentarse a los rebeldes, saqueando todo lo que pudieron por el camino. El líder rebelde

de la AFDL, Laurent-Désiré Kabila, tomó primero los pueblos de diamantes: Kisangani en marzo de 1997, Mbuji-Mayi en abril y luego Lubumbashi. En mayo, las embajadas occidentales se pusieron en contacto con Kabila urgiéndole a entrar en Kinshasa, temiendo un vacío de poder y el desmoronamiento total de la poca legalidad y el escaso orden que seguían en pie. El Padre de la Nación huyó en avión en medio del caos. Su salida fue gestionada por la última persona con la que hizo negocios de diamantes, Joseph Savimbi, quien envió un antiguo avión de carga Ilyushin para que transportara a Mobutu y a su codiciosa familia a su último exilio.

Durante los últimos años, Mobutu presidió una economía formal prácticamente inexistente. El gobierno imprimía dinero y subía los sueldos, pero recaudaba pocos impuestos para cubrir gastos. La inflación estaba al 4.500 por ciento en 1993, al 10.000 por ciento en 1994 y se estabilizó hasta llegar al 657 por ciento en 1996. Cuando abandonó el poder al año siguiente, tenía una deuda externa de 12,6 mil millones de dólares, dos tercios de la cual se encontraban en situación de mora. Cinco años después, la deuda seguía en pie y crecía a un ritmo de 52 millones al mes a costa de los intereses impagados. Al igual que hiciera el rey Leopoldo, Mobutu había utilizado el Congo como campo de juegos particular, en beneficio propio y de sus colegas. Como en el caso de Leopoldo, su herencia fue una deuda agobiante compuesta de préstamos criminales aprobados por «inversores» y gobiernos extranjeros y agencias de ayuda humanitaria internacional que habían condonado y alentado una mala gestión depredadora. Tal y como ocurrió con Leopoldo, los ciudadanos congoleños se vieron obligados a sacarse las castañas del fuego en un entorno político basado casi por completo en la corrupción a fin de poder devolver unas deudas cuyo único objetivo había sido aumentar su miseria.

Laurent Kabila, cuyas tropas entraron en Kinshasa el 15 de mayo de 1997, comenzó su carrera política siendo un joven rebelde de inclinaciones marxistas y anti occidentales, que luchó contra el ejército de Mobutu a principios de la década de 1960. Otros revolucionarios se interesaron por su causa y durante un tiempo el propio Che Guevara —inmerso por aquel entonces en una campaña destinada a vender la «revolución a la cubana»— se unió a su misión. No obstante, Guevara no salió contento del Congo, e incluso llegó a hablar de lo indignado

que le hizo sentir la cobardía de Kabila. Otros mencionaron la predilección de Kabila por las mujeres y el alcohol. Cuando Kabila resurgió en la década de 1990, ya no se hablaba de alcohol, mujeres, cobardía y actitudes marxistas o anti occidentales. Lo único que querían era un sustituto para Mobutu. El interés principal de Kabila era el poder y la riqueza resultantes. Para financiar su marcha a Kinshasa, Kabila vendió las concesiones de diamantes y demás minerales a quien las quisiera, firmando contratos con empresas tan sedientas de beneficios como él. Uno de dichos acuerdos confirmó a America Mineral Fields importantes concesiones de cobalto y diamantes. Grandes cantidades de efectivo y el permiso para que Kabila utilizara el avión de la empresa ayudaron a cerrar el trato.

Tras subir al poder, Kabila se retractó de ese acuerdo, y de muchos otros, y deshizo todos los acuerdos de extracción que Mobutu había firmado en su último intento por acumular dinero en efectivo. Firmar nuevos acuerdos y nuevas concesiones, sin duda, traería nuevos ingresos. Pero no ayudaron a cimentar la confianza de los inversores. No tardaron en cancelarse los planes para constituir un banco central independiente, y la reforma de la moneda se derrumbó. Al igual que en tiempos anteriores, el dinero se imprimía, no se ganaba. Los familiares, colegas y secuaces de Mobutu ocuparon cargos clave, y se prohibieron los partidos políticos. Kabila eliminó toda referencia a «Zaire», rebautizando el país como la República Democrática del Congo. También se deshizo de la bandera verde de Mobutu, y volvió a emplear la estrella amarilla sobre un fondo azul celeste empleada por Leopoldo.

Kabila no tardó en darse cuenta de que cambiar de nombre, manipular la moneda y utilizar métodos como la extorsión traen aparejadas serias limitaciones, especialmente en una economía basada en única moneda de cambio: los diamantes. Así que, como ya hiciera Mobutu, centró toda su atención en dicha constante. En 1998 comenzó una serie de «reformas» en el sector del diamante para aumentar su control y sus ganancias. Expulsó a los extranjeros de las zonas de extracción de diamantes y decretó que los comerciantes pagaran una fianza de cumplimiento de 25.000 dólares además de los impuestos correspondientes —por adelantado. Los comerciantes debían vender a través de una bolsa en Kinshasa, cuya tarifa de socio era de 3 millones de dólares. La venta de diamantes sólo podría realizarse en la moneda local, cuyo va-

lor era prácticamente nulo. El resultado fue tan rápido como esperado. Las ventas a través de los canales oficiales cayeron un tercio, de 451 millones de dólares en 1998 a sólo 290 millones de dólares en 1999. Pero otras exportaciones sufrieron caídas aún más dramáticas. Como resultado, un sector del diamante a punto de desmoronarse acabó representando una proporción mayor de las exportaciones nacionales en 1999 que en 1998. Había que tomar cartas en el asunto.

Kabila buscaba desesperadamente una solución y tuvo una idea que empeoraría aún más las cosas. En el año 2000 su gobierno revocó todos los acuerdos anteriores sobre la exportación de diamantes y concedió el monopolio sobre las exportaciones de diamantes a una única empresa, una filial de una empresa israelí, la International Diamond Industries (IDI). Se intercambiaron grandes cantidades de dinero, y el Ministro de Minas de Kabila alabó el nuevo acuerdo: «Ésta es la mejor opción para que la producción de diamantes del Congo se comercialice de una manera transparente y que inspire confianza entre los compradores...».¹¹ Todo lo contrario, probablemente porque la IDI sabía que tenía un par de meses para recuperar su inversión antes de que el gobierno cambiara otra vez de opinión. Una de las pocas formas que había para ello era sacar todo el beneficio posible del precio que se pagaba por los diamantes. Debido al monopolio, teóricamente la IDI podía recortar significativamente el precio de compra, pero dado los niveles de corrupción en el mundo del diamante, los niveles de corrupción en el Congo, la porosidad de las fronteras africanas, la constante demanda y el precio fijo para gemas de alta calidad, el único monopolio de la industria del diamante lo tenía De Beers, no la IDI.

El día que entró en vigor el acuerdo con la IDI, las exportaciones de diamantes congoleños, que ya estaban viviendo una época de vacas flacas, cayeron en picado. Según se crean las estadísticas del Banco Central o de la institución oficial de exportación de diamantes, las exportaciones cayeron una media mensual de 20 millones de dólares a 3,7 millones de dólares o a cero. Las importaciones de diamantes congoleños en Bélgica —cuyo volumen siempre variaba mucho debido a múltiples motivos, entre ellos el contrabando y las facturas falsas— se vieron reducidas a la mitad, de 50 millones de dólares en septiembre a 24,4 millones de dólares en noviembre. Aunque las cifras de importación belgas y de exportación congoleñas no tienen nada que ver por

culpa de la enorme corrupción a ambos extremos de la cadena, sí son indicativos de lo que ocurrió cuando Kabila impuso su monopolio: empujó los diamantes hacia otras vías.

A la vía más cercana y accesible se llegaba tras realizar un corto trayecto en barco, estaba enfrente de Kinshasa al otro lado del Río Congo, en la capital de la República del Congo, Brazzaville. Antaño corazón del África Ecuatorial francesa, Brazzaville se había convertido ahora en capital de un país poco poblado, sin recursos minerales de interés que estaba destinado a pasar parte de su post-independencia bajo un régimen marxista que atrajo a inmigrantes cubanos, rusos, norcoreanos y mucho banderín rojo. Sumido en la pobreza tras 80 años de dominio colonial francés, el país vio en los diamantes su gran oportunidad. Brazzaville siguió el ejemplo de Monrovia y la legitimación de diamantes de Sierra Leona, y se posicionó como una vía útil para compradores y vendedores de diamantes procedentes del otro lado del río. En la década de 1990 este pequeño país que apenas producía diamantes se había convertido en una gran fuente de gemas. En 1996 producía una décima parte de la producción mundial de diamantes. Mobutu seguramente se dio con un canto en los dientes al poder exportar 347 millones de dólares en diamantes oficialmente ese año, pero lo realmente sorprendente fue que Bélgica importara el doble —unos 612 millones de dólares— de Brazzaville, ese pequeño y pobre país sin diamantes.

Con la llegada de Kabila las exportaciones oficiales desde Kinshasa se incrementaron momentáneamente, hasta que el nuevo presidente se decantó por métodos sucios como el robo. En 1998 y 1999, Bélgica importó pocos diamantes de Brazzaville, aunque las cosas cambiaron tras llegar a un acuerdo con la IDI. El nuevo monopolio negociado tuvo un impacto inmediato. En agosto de 2000, el volumen de importaciones desde Brazzaville a Bélgica en materia de diamantes ascendió a cero. El mes siguiente, cuando entró en vigor el monopolio de la IDI, la cifra ascendió a 18 millones de dólares, y el mes siguiente subió hasta casi 40 millones de dólares.

Tal y como se ha comentado anteriormente, hay que coger estas estadísticas con pinzas, ya que su valor reside en ser un indicador general sobre la corrupción y el saqueo. Las estadísticas también demuestran que nada podía parar el flujo de diamantes. Tanto la industria internacional del diamante como las salas de exposición y venta de

Cartier, Tiffany's y Zales y millones de prometidas de todo el mundo industrializado esperaban la mercancía con los brazos abiertos. Esas estadísticas siempre estuvieron allí. No era información clasificada. Estaba a disposición de la industria del diamante, con lo que de nada sirve alegar desconocimiento de que grandes exportadores como Liberia y la República del Congo no producían diamantes. Los comerciantes que compraban diamantes en estos empobrecidos países en desarrollo eran bien conscientes de que comerciaban con bienes robados, de contrabando o mercancía utilizada para evadir impuestos. Las autoridades de la aduana de importación en Bélgica y en países como Israel o Estados Unidos sin duda sabían que estaban apoyando la corrupción y las prácticas criminales. El Banco Mundial, el FMI y demás agencias de préstamo y de ayuda humanitaria internacional que estudiaban las cuentas nacionales de dichos países también debían saber que allí fallaba algo. Pero nadie dijo ni mu. Nunca.

Como nadie dijo ni hizo nada, la industria del diamante se hundió más en la miseria y la corrupción. Otros países, al notar la falta de interés y control de la industria, decidieron que merecía la pena subirse a ese carro. Quince meses tras hacerse con la presidencia del Congo, Kabila se encontró en una guerra subsidiaria contra sus antiguos aliados, Ruanda y Uganda. Consternados al ver que Kabila aceptaba a extremistas hutu en su nuevo ejército, las unidades militares de Ruanda intentaron dar un golpe en Kinshasa y luego retrocedieron antes de ofrecer su apoyo a los nuevos movimientos rebeldes que habían ido apareciendo para intentar derrocar a Kabila. Kabila acudió a Zimbabue y Angola para pedirles ayuda, y la guerra volvió a estallar en el país. La motivación inicial planteada por todas las partes se basaba en la seguridad. Tras librarse de Mobutu, Uganda y Ruanda no estaban dispuestos a ver a Kabila apoyar a los *genocidaires* en el Congo. Zimbabue recurrió al pacto de la Comunidad para el Desarrollo de África Meridional para justificar su apoyo a un estado miembro contra los ejércitos rebeldes. Angola apoyó a Kabila porque la UNITA se había aliado con uno de los movimientos rebeldes, el *Rassemblement Congolais pour la démocratie* (RCD), que se dedicaba a legalizar los diamantes que sacaban de Kisangani alegando que se habían extraído en el Congo. Al poco tiempo, todos los países involucrados se metieron a fondo en la explotación de minerales.

Los recursos siempre han atraído a los ejércitos invasores. Las legiones de Julio César enviaban las riquezas de su imperio hasta Roma. Los ejércitos de Napoleón hicieron lo propio para enriquecer Francia. Algunas de las luchas más despiadadas de la Segunda Guerra Mundial tuvieron que ver con los yacimientos de petróleo en el Cáucaso, y la primera Guerra del Golfo fue casi exclusivamente una cuestión de petróleo. El colonialismo se nutría de recursos que pudieran transportarse a través de imperios remotos. No es de extrañar que los ejércitos africanos enviados para «ayudar» a un país vecino pudieran acabar involucrados en actividades más mercenarias.

Lo mismo ocurrió tanto con los ejércitos que se aliaron con Kabila como con los que se aliaron con sus enemigos. Durante 1998 y 1999, el fenómeno fue más caótico que organizado. Según un Grupo de Expertos de la ONU: «Entre septiembre de 1998 y agosto de 1999 en las zonas ocupadas de la República Democrática del Congo se agotaron las reservas mineras, los productos agrícolas y forestales y el ganado. Fuera quien fuera el saqueador, el proceso siempre era el mismo: soldados de Burundi, Ruanda, Uganda y/o [rebeldes] de la RDC, dirigidos por un comandante, visitaban granjas, almacenes, fábricas y bancos y ordenaban a los gerentes que abrieran las puertas y las arcas. Los soldados tenían la orden de llevarse los productos de interés y cargarlos en los vehículos».¹² A mediados de 1999, la metodología era ya más sistemática, eficaz y bastante más sofisticada. Tanto Ruanda como Uganda se fijaron en la ciudad de Kisangani, rica en diamantes, y a menudo se enfrentaron entre ellas directamente o a través de diferentes movimientos rebeldes que actuaban por poderes, vendiéndose al mejor postor o al mejor diamante. Miles de civiles congoleños perdieron la vida.

Uganda y Ruanda nombraron «gobernadores» encargados de gestionar los territorios ocupados, y un variopinto conjunto de pequeñas empresas de transporte aéreo surgieron para transportar el botín de vuelta a Kigali y a Entebbe. Los propietarios y accionistas de gran parte de estas empresas, y bancos surgidos en Kigali y Kisangani, eran familiares o colegas políticos de los presidentes de Uganda y Ruanda. Gravaban las «exportaciones» de sus aliados, los movimientos rebeldes que luchaban contra Kabila. El *Rassemblement Congolais pour la Démocratie* (RCD) estaba bajo el mando de Jean-Pierre Bemba, un déspota

cuyo padre fue ministro de gabinete del gobierno de Mobutu y posteriormente del gobierno de Kabila. Para intentar demostrar su capacidad para el buen gobierno, en el 2000 el RCD intentó llevar un registro de lo que exportaba, anotando los cargamentos de diamantes de cinco empresas por valor de casi cuatro millones de dólares. Otras tres empresas exportaban oro, y once transportaban coltán. El coltán —columbita-tantalita— es un mineral de metal muy codiciado por las industrias de telecomunicaciones y aeroespaciales gracias a su excelente conductividad. Los condensadores de coltán se emplean en teléfonos móviles, ordenadores portátiles y buscapersonas, y durante la guerra llegó a venderse por 400 dólares el kilo. Durante un periodo de 18 meses, Ruanda exportó 250 millones de dólares en coltán, un mineral que no existía dentro de sus fronteras.

Los registros de diamantes, como todos los registros del Congo, representan sólo la punta del iceberg, y los cálculos más realistas correspondientes a 1999 estiman que por Kisangani pasaron diamantes por valor de unos 70 millones de dólares.¹³ El volumen hubiera sido mayor si las fuerzas de Uganda y Ruanda no se hubieran enfrentado tres veces en un solo año por controlar los yacimientos de diamantes, hasta acabar dividiendo el terreno y el botín. Entre 1998 y 2001, Bélgica registró importaciones de diamantes de ambos países por valor de varios millones de dólares, a pesar de que ninguno de ellos era productor de diamantes, y de que ninguno actuaba en lo que podría definirse como el negocio «legítimo» del diamante.

Quizá el saqueador más cínico fue Zimbabwe, que ayudó a Kabila a llegar a poder y se mantuvo a su lado durante sus altibajos. Pero su ayuda tenía un precio. Una parte del trato consistía en un acuerdo comercial por valor de 53 millones de dólares entre Kabila y las Industrias de Defensa de Zimbabwe para la adquisición de material militar y provisiones. Otra garantizaba el suministro de electricidad congoleña desde la presa hidroeléctrica de Inga, que se empleó para resucitar las renqueantes industrias de Zimbabwe. Dicha electricidad se pagaba en dólares de Zimbabwe cuyo valor bajaba como la espuma, una bendición para una economía endeudada hasta las cejas y con serios problemas económicos. El cobre congoleño surtía los hornos de fundición de Zimbabwe, y el jefe del ejército de Zimbabwe, el general Vitalis Zvinvashe, firmó contratos militares con el gobierno de Kabila a favor de su empresa de transportes.

Pero en realidad todos estaban pensando en diamantes. El General Zvi-Navashe y Job Whabira, Secretario permanente del Ministerio de Defensa de Zimbabue, junto con dos jefes de dos empresas semipúblicas, constituyeron una empresa llamada Operation Sovereign Legitimacy (OSLEG), como si las palabras «soberanía» y «legitimidad» (tal y como se puede leer en el nombre de la compañía) pudieran obviar el robo que se estaba produciendo. El objetivo inicial era, supuestamente, conseguir que la operación militar de Zimbabue en el Congo fuera económicamente sostenible, es decir una vuelta de tuerca al típico saqueo militar. El Ministro de Defensa de Zimbabue, Moven Mohachi, lo explicó así: «Nos pareció una opción noble. En lugar de que nuestro ejército en el Congo cargara a las arcas públicas el coste de unos recursos que no tenemos, se embarca en proyectos viables para generar los ingresos necesarios». ¹⁴ La opción noble se amplió, gracias a acuerdos con COMIEX, una empresa semipública que operaba bajo el nombre de COSLEG, para exportar millones de dólares en diamantes.

Al no disponer del capital ni de la experiencia para explotar las concesiones mineras disponibles, COSLEG se asoció con una filial de Oryx Natural Resources Ltd., una empresa dada de alta y registrada en las Islas Caimán. Según un Grupo de Expertos de la ONU se asociaron para formar la empresa Sengamines, que obtuvo derechos sobre dos de las concesiones más ricas del Congo, antes propiedad de la MIBA, sin tener en cuenta los requisitos legales correspondientes. ¹⁵ Básicamente, Kabila estaba compensando a Zimbabue por su ayuda militar. Oryx, que tenía a sus espaldas una larga lista de denuncias y juicios contra sus detractores, fue acusada en 2002 por un Grupo de Expertos de actuar de tapadera para las inversiones militares de Zimbabue en el Congo. Entre otras cosas, se decía que blanqueaba diamantes de Sierra Leona y Angola, y hacía contrabando de diamantes en el Congo. Oryx respondió invitando al Grupo de Expertos de la ONU a repetir las alegaciones en un foro público, sin la protección legal de la ONU. Apuntó que las alegaciones eran «completamente infundadas» y añadió que la empresa tenía «el firme compromiso de ayudar a las comunidades locales con la construcción de colegios, carreteras y puentes. Suministra agua potable, dona comida y medicamentos anti malaria, y trabaja con la Organización Mundial de la Salud para poner en marcha un programa para la erradicación de la mosca tsé-tsé». ¹⁶

Según parece, el rey Leopoldo y Oryx fueron algunos de los muchos que acudieron al Congo con el único propósito de hacer el bien. Algunos hicieron mucho bien... para sus carteras. El compromiso de Oryx era de todo menos firme y, de hecho, desapareció tras un par de años. Namibia, que le prestó apoyo militar a Kabila al igual que Zimbabwe, también llegó con esas buenas intenciones. A pesar de que el gobierno de Namibia denegara la alegación durante dos años, en 2001 se vio obligado a admitir que una empresa nacional llamada «August 26 Holding Congo» estaba buscando diamantes en Tshikapa. Dicha empresa era una filial de una empresa semipública de Namibia, creada bajo la Ley de Defensa de Namibia de 1990 por el Ministerio de Defensa.

Más al norte, la República Centroafricana (RCA) también estaba metida en una operación de blanqueo de diamantes bastante compleja. El gobierno de Ange-Félix Patassé, elegido presidente en 1993, se tambaleó desde el principio y tuvo que hacer frente a varios levantamientos e intentos de golpe durante la siguiente década hasta caer tras un asalto militar en 2003. Aunque en un principio apoyaba al gobierno de Kabila, el régimen de Patassé logró sobrevivir a las duras refriegas gracias a la intervención de la nueva alianza rebelde de Jean-Pierre Bemba, el *Mouvement de libération du Congo* (MLC). Bemba compraba provisiones en y a través de la capital de Patassé, Bangui, que pagaba en cualquier moneda que tuviera a mano. Obviamente, existía una diferencia considerable entre las exportaciones oficiales de diamantes de la RCA —alrededor de 90 millones de dólares al año— y las importaciones registradas en Bélgica procedentes de Bangui, que llegaban a ascender a 150 y 200 millones de dólares anuales entre 1995 y 2001. En 2000, las exportaciones oficiales ascendieron a 461.000 quilates, mientras que los importadores de ciudades como Amberes registraban importaciones de 1,3 millones de quilates desde la RCA.

La hemorragia de diamantes que salía del Congo (y a veces pasaba del Congo a Angola) tuvo que dolerle a Laurent Kabila, que no lograba hacerse con un control firme sobre los asuntos políticos, económicos y militares del país. Tras estudiar durante años al Timonel desde la distancia, probablemente pensó que sería mucho más fácil de lo que fue. A Kabila le esperaba otra sorpresa: a los 32 meses de que su ejército entrara en Kinshasa, le pegaron un tiro en circunstancias todavía no aclaradas.

Joseph, el hijo de Kabila, se convirtió en Presidente del Congo tras la muerte de su padre en enero de 2001. Tal y como ocurría antes, las negociaciones, las alianzas rebeldes y las intrigas internacionales se formaban y se deshacían como nubes de verano. La probabilidad de una coalición pacífica parecía tan remota como durante toda la trágica y sangrienta historia del Congo, y el colapso total del país sólo lo evitó la llegada de una fuerza de paz de la ONU, que en 2005 se componía de 19.000 soldados y civiles.

En marzo de 2001, una organización humanitaria estadounidense llamada International Rescue Committee (IRC) publicó un informe que se asemejaba de forma preocupante a la investigación realizada en 1919 por el gobierno belga. El informe de 1919 calculaba que durante los primeros 40 años de la asociación entre Bélgica y el Congo habían muerto alrededor de diez millones de personas. El IRC calculó que en los 32 meses transcurridos entre agosto de 1998 y marzo de 2001 murieron 2,5 millones de personas más de las que hubiera muerto en circunstancias normales. La mayoría de estas muertes fueron a causa de las enfermedades y la malnutrición derivadas de la guerra, si bien 350.000 personas murieron en combate. El IRC sabía que las cifras eran tan altas que invitaban al escepticismo. «No obstante», decía el informe, «las estadísticas [...] se basan en una encuesta minuciosa realizada por un respetado epidemiólogo siguiendo rigurosos procedimientos científicos. Aunque la precisión exacta de las cifras pueda ser objeto de discusión, no cabe duda de que la encuesta revela una crisis humanitaria de proporciones impactantes».¹⁷ En abril de 2003 publicaron un nuevo informe que elevaba la cifra hasta los 3,3 millones, y en enero de 2008 revisaron de nuevo la cifra al alza hasta los 5,4 millones de muertos, la peor tragedia humanitaria desde el final de la Segunda Guerra Mundial.¹⁸

El fantasma de Leopoldo, que ardía en el infierno por sus robos y amputaciones, por las masacres y la penuria que llevó al Congo, debe estar agonizando junto con los fantasmas de Mobutu Sese Seko y Laurent Kabila. Si existe justicia en el infierno, los tres deberían estar acompañados de todo su séquito de colegas, gestores, y «socios» —los que les animaron e hicieron tratos con ellos, los que les prestaron dinero, los que malversaron con su caucho, su cobre, su cobalto y su coltán. Además de sus diamantes.

CAPÍTULO 9

AL QAEDA ENTRA EN ESCENA

Los chiíes no tenemos nada que ver con esos locos [Hezbollah] —bebemos whisky, apostamos y disfrutamos de la vida—, pero hay algunos jóvenes idiotas y algunos negociadores que deberían andarse con ojo. ¿Por qué íbamos a querer enfrentarnos a los judíos? ¿Porque nos obliga Teherán? ¿Pero a quién creen que le estamos vendiendo los diamantes?

—Corredor de diamantes libanés en Sierra Leona¹

Ser un «experto de la ONU» no es tarea fácil. Hacia el final de los seis meses que pasé con el Grupo de Expertos de la ONU creado para analizar la relación entre los diamantes y las guerras en Sierra Leona, empecé a pensar que el título que mejor le iba a nuestro informe para el Consejo de Seguridad era «Todo el mundo miente». Las cinco personas que componíamos el grupo viajamos juntas, por parejas o solos a Ucrania, Dubái, India y a diferentes países europeos para investigar el tema de los diamantes ilícitos, las personas que participan en su compraventa y la relación entre diamantes, armas, la violación de sanciones y la guerra. Era un camino sinuoso, mal señalizado y a menudo había que recorrerlo en la más absoluta oscuridad. A veces una pista interesante nos llevaba a un callejón sin salida. Resultaba ser una pérdida de tiempo, de esfuerzo y de dinero malgastado en billetes de avión.

En septiembre de 2000 entrevisté a varios agentes del servicio de inteligencia para hablar del FRU, del desarrollo de la guerra y de los

diamantes en una oficina cumbre del Cuartel General del Ministerio de Defensa de Sierra Leona. La conversación fue una de tantas, aburrida, anecdótica, sin mucha información nueva. Hasta que alguien se salió del guión. Un joven soldado reveló que había pasado varios meses trabajando en el cuartel general del FRU en Buedu. Se quedó sin trabajo, y para salir adelante, les engañó diciendo que quería unirse a ellos. Logró ganarse su confianza y tuvo trato con todos los principales dirigentes: Issa Sesay, Ibrahim Bah (un general «de verdad» de Burkina Faso) y una mujer llamada Isatu Kallon y apodada «Sensible». Según el agente, durante la primera etapa del FRU Issa Sesay reunía diamantes de varios yacimientos y se los entregaba a Sensible, quien los trasladaba a Guinea, Liberia y Côte d'Ivoire. Durante un tiempo, otra mujer llamada Mónica («con una voz preciosa») fue la embajadora del diamante de Charles Taylor en el Distrito de Kono. El coronel «Jungle Jabba», Dennis «Superman» Mingo y otra docena de personas también estuvieron en el campamento en un momento u otro. En medio de todo esto, el soldado me contó que había estado con el general del FRU, Sam «Maskita» Bockarie, y que éste en varias ocasiones había hablado por teléfono vía satélite con alguien llamado «Carlos». Bockarie le preguntaba a Carlos incesantemente sobre armas, que supuestamente pagaría con diamantes. Carlos, el hombre de las armas, cerraba el círculo entre diamantes y tráfico de armas. Había que descubrir su verdadera identidad. «Podría haber sido estadounidense», dijo el soldado. Y añadió que hablaba con «acento», lo cual no ayudaba mucho considerando que por allí todo el mundo habla con algún tipo de acento. Carlos tenía intención de visitar Buedu y, de hecho, viajó hasta Monrovia, supuestamente a bordo de un jet privado. Luego se trasladó a Gbarnga, la guarida de Charles Taylor en el interior del país y el lugar de destino de los cargamentos de armas enviadas al FRU. Carlos dejaba las armas y se llevaba los diamantes. El joven soldado no podía contar nada más. Intentamos seguir la pista del tal Carlos en Freetown, y posteriormente en Monrovia, pero no conseguimos arrojar más luz sobre este misterioso personaje.

Por aquel entonces, el programa de televisión estadounidense *60 Minutes* estaba preparando una pieza sobre el sector de los diamantes, y el Grupo se había reunido con dos de los productores en varias ocasiones, en Pretoria, Freetown y Londres. Para los inspectores de la

ONU, tratar con los medios es un asunto complicado porque los periodistas quieren contar «la historia» y la trabajan con una sensación de urgencia, algo que hacía que nos anduviéramos con mucho ojo al hablar con los periodistas. Pero los buenos periodistas muchas veces nos sacaban ventaja, y a veces, cuando seguíamos la misma pista, ellos podían ayudarnos a encontrar el camino. De hecho, nos ayudaron sin querer durante una conversación casual con uno de los productores del programa a colación del nombre «Nicholas Karras». Nunca había oído hablar de él, pero enseguida uní los puntos: ¡Carlos era Karras! La población procedente de África Occidental también habla «con acento», y tanto el soldado como yo podríamos haber confundido fácilmente los nombres.

Estaba en Jerusalén entrevistando a *diamantaires*, funcionarios israelíes y diferentes soldados de fortuna cuando obtuve el número de teléfono móvil de Karras en Londres. Le llamé sin previo aviso. Quizá cogió la llamada porque procedía de Israel; quizá accedió a reunirse conmigo una semana después en Londres porque yo «estaba con el Consejo de Seguridad». Fuera por la razón que fuera, quedamos en una típica noche londinense: fría, lluviosa y oscura (era de noche, al fin y al cabo). Quería quedar en su «club» —el Peak Club en la novena planta del Carlton Towers Hotel en Kensington, porque quería que fuera un lugar público en el que su equipo de seguridad pudieran «supervisarlo todo». Ese «todo» me incluía a mí, supongo. Uno de sus guardaespaldas me pilló por banda cuando entré en el club, y el otro me observaba desde una galería mientras hablaba con Karras.

Nicholas Karras, un corpulento estadounidense que tendría unos cuarenta años largos, me contó que presidía una empresa llamada Anaconda Worldwide Ltd., dedicada a la «extracción de materiales preciosos», tal y como rezaba su tarjeta de visita, con oficinas centrales en Londres y una sucursal en Sudáfrica. Dijo llevar varios años trabajando intensamente en Sierra Leona, remarcó su labor benéfica en la zona, había financiado hospitales, ordenadores para colegiales y demás acciones benéficas. Comentó también que suministraba equipos y materiales a los mineros de diamantes y que trabajaba con los jefes de varios pueblos indígenas que tenían yacimientos de diamantes. Añadió que había ayudado a altos funcionarios a conseguir billetes de avión para viajar a Europa con el objetivo de hacer negocios, «reparar co-

ches», etc. No les daba dinero en efectivo, y todas sus donaciones benéficas se hacían siempre directamente, «nunca a través del gobierno».

La conversación fue prácticamente un monólogo, en el que pasó de hablar sobre sus buenas acciones a los diamantes, la guerra y la mala publicidad. Dijo que «nunca» había estado en Liberia, que odiaba el FRU, que nunca había traficado con armas y que le inquietaba mucho la creciente atención que estaban recibiendo sus esfuerzos por acaparar el mercado del diamante en Sierra Leona. Ya había enviado una remesa de diamantes de conformidad con el nuevo sistema de certificación nacional, lo cual había atraído preguntas no deseadas de los medios de comunicación. Habló de ofertas de De Beers y dijo que la revista *Esquire* iba a dedicarle un artículo en el número de enero de 2001. Dijo que el FRU estaba compuesto por bandidos y criminales. Afirmó sentir «un enorme afecto por los habitantes de Sierra Leona y deseaba ayudar al país». Hablando hipotéticamente sobre cómo haría el FRU para sacar los diamantes de Sierra Leona, especuló que sería bien sencillo: sólo tenían que buscar a un comprador... es decir, a alguien como él. Nada más y nada menos. La industria es tan porosa, hay tantos compradores, que los diamantes pueden viajar por todo el mundo casi con total impunidad, hacia Londres, Amberes, Israel y Nueva York. «Siempre ha sido así». Habló de sus viajes, de cómo compraba diamantes en bruto en África y cómo mezclaba los lotes en los baños de aviones destinados a Europa.

Al salir, deambulé por las calles oscuras y lluviosas de Kensington sin haber resuelto la duda de si Karras y Carlos eran la misma persona. Karras no había dicho nada que negara o confirmara mis sospechas, pero me daba la sensación de que la pista se enfriaba. Seis semanas más tarde salió el artículo de *Esquire* y la pista tomó un camino diferente. En la pieza titulada *The Opportunist* (El oportunista), el autor John Richardson se ensañaba con Karras, pero no por hacer negocios con armas. «Hay un determinado tipo de persona que, al verse rodeado por el terrible sufrimiento humano y el caos, encuentra la oportunidad para enriquecerse. Caos y sufrimiento como el que rodea la guerra de diamantes de Sierra Leona, por ejemplo. A Nick Karras le faltó tiempo para meterse en ese conflicto». Por algún extraño motivo, Karras permitió que Richardson viajara con él desde Sudáfrica a Sierra

Leona en una avioneta Lear alquilada. Le observó repartir dinero a diestro y siniestro entre agentes de aduanas en el aeropuerto, reunirse con ministros de gobierno, mercenarios y prostitutas, y cerrar sus turbios tratos para comprar diamantes. Al ver a Karras «reclinado, con ese enorme tripón hinchando la camisa de seda, con su pluma Dunhill de plata, su reloj de Bulgari y esa pulsera de Tiffany's que viene con su propio destornillador de oro, no sorprende que le diera el primer ataque al corazón a los treinta y dos años, mientras hablaba por tres teléfonos móviles desde la barra de un bar. «Quiero ser el rey», dice acariciándose la entrepierna».

Pero, ¿el rey de qué? Durante el encuentro con el periodista, a Karras se le soltó la lengua tanto como conmigo y estuvo presumiendo de sus donaciones de ordenadores y equipamiento médico, habló de la guerra y ofreció una imagen de la población de Sierra Leona que probablemente no quería que apareciera en la revista *Esquire*: «Son como monos depilados. Así me los imagino yo. Así es más fácil matarlos. ¿Diamantes ensangrentados? «Quizá, pero la sangre se quita con agua», dice entre risas. *Esquire* no llevaba ni dos días en los kioscos cuando el director del Consejo Mundial del Diamante, escribió al Editor, David Granger, para quejarse del artículo de Richardson. Sostenía que «no era una representación justa de la industria del diamante en general». «La industria del diamante no se compone de gente como Nick Karras», añadía.²

Quizá no toda la industria fuera como él, pero Karras desde luego representaba al tipo de comerciante que más se daba en el universo del diamante. ¿Pero podíamos tener la certeza de que los negocios sucios de Karras traspasaban el negocio de los diamantes para meterse en el farragoso terreno de las armas? En una película de Hollywood quizá podría colar, pero en el mundo que estábamos investigando no parecía haber una justificación obvia. Karras podía hacerse con todos los diamantes que quisiera, y le daba para disfrutar de la vida después de pagar el alquiler de su avioneta Lear y sus pulseras de Tiffany's sin tener que meterse en el negocio de las armas. Tampoco parecía muy probable que un bocazas como él durara más de quince minutos en el mundo de las armas, dominado por la mafia rusa versada en evitar a la policía, a los inspectores de la ONU y a periodistas de la revista *Esquire*.

Carlos resultó ser el apodo de otra persona completamente distinta:

un ciudadano libanés llamado Mohammed Jamil Derbah que había montado una lucrativa red criminal de tráfico de armas con un enorme clan de familiares en las Islas Canarias, en parte por cortesía de la mafia rusa que operaba desde el sur de Tenerife.³ Los rusos mandaban las armas a las Islas Canarias, y Derbah las enviaba a África. A finales de la década de 1990 se había convertido en proveedor de armas de Charles Taylor y vendía diamantes desde España. Según la policía española, los cargamentos de armas de Derbah incluían rifles automáticos, rifles de asalto, metralletas, pistolas, revólveres y munición. Derbah también gestionaba un lucrativo fraude de multipropiedad, operaciones de extorsión, falsificación de tarjetas de crédito y blanqueo de dinero por valor de más de 10 millones de dólares al año en su momento cumbre. Derbah fue atrapado durante la apresurada misión lanzada para capturar a todos los sospechosos de Al Qaeda en una campaña policial conjunta puesta en marcha justo después del 11S. Fue detenido tras una investigación de dos años sobre sus actividades criminales y una supuesta conexión con Hezbolá y la facción chií prosiria AMAL en el Líbano, una relación que Hezbolá negó posteriormente. El nombre de Derbah volvió a aparecer en un informe del Consejo de Seguridad de la ONU a finales de 2002 por sus supuestas relaciones con Al Qaeda.⁴

La historia volverá a hablar de «Carlos» Derbah, pero antes se desvía hacia la enorme diáspora libanesa que se ha instalado por toda la costa de África Occidental desde Canarias hasta Sudáfrica. Los primeros libaneses llegaron a África Occidental a finales del siglo XIX. Durante cientos de años la seda libanesa había sido muy codiciada en Europa, pero la industria metió la quinta marcha durante la década de 1840. No obstante el negocio tuvo un *boom* fugaz, pero se hundió en 1877 y de nuevo en 1888 por culpa del gusano de la seda, la creciente mecanización y problemas relacionados con el control de la calidad. La recesión de la industria de la seda, la presión demográfica en el Líbano y la caída del Imperio Otomano crearon olas de emigración desde el Líbano hacia América del Norte y del Sur, y finalmente hacia África Occidental.

Los primeros cristianos maronitas libaneses llegaron a Freetown en 1893. Pronto les superaron en número los inmigrantes chiíes llegados del sur del Líbano, que también huían del exceso de población y de

los declives agrícolas. Las familias libaneses fueron trasladándose hacia el sur, hacia Côte d'Ivoire, Ghana, Nigeria y el Congo. Hoy viven unos 100.000 libaneses en Côte d'Ivoire, y unos 20.000 en Sierra Leona. Allí, los libaneses se impusieron rápidamente a los criollos como intermediarios comerciales, y avanzaron hacia el interior hasta dominar el intercambio de productos agrícolas y secos, además de gran parte del negocio minorista de Freetown. La construcción de carreteras secundarias permitió a los libaneses hacerse con la industria del transporte, y cuando se descubrieron diamantes en el distrito de Kono en 1930, los primeros funcionarios coloniales dispuestos en la zona se encontraron con un tendero libanés que llevaba ya allí dos años.

Cuando el Sierra Leone Selection Trust (SLST) estableció su monopolio sobre la extracción de diamantes en el país en 1935, debería haber puesto fin al interés de los libaneses por los minerales. Pero no fue así. Dado lo fácil que era extraer los diamantes aluviales, y lo difícil que era vigilar una zona tan extensa, los libaneses surgieron como la mejor alternativa a una empresa británica que ofrecía pocos puestos de trabajo y salarios bajos. Los libaneses también eran la mejor vía para sacar los diamantes ilícitos del país. Disponían de efectivo, de una amplia red de tiendas que podían desdoblarse también en oficinas de compra, hablaban un idioma secreto (el árabe) y tenían una amplia red de amigos y familiares por todo el país, y por toda la región.

A principios de la década de 1950, el contrabando de diamantes de Sierra Leona había llegado a proporciones épicas y multimillonarias, y en los yacimientos reinaba la anarquía. Por no hablar de la fuga de ingresos fiscales que la colonia no podía permitirse. En el capítulo 1 ya se ha hablado de Sir Percy Sillitoe y de cómo acabó creando la Organización internacional para la seguridad de los diamantes. A pesar del atractivo dramático de la actividad clandestina que tenía lugar en la frontera entre Liberia y Sierra, el contrabando en realidad se movía, tanto entonces como ahora, por motivos económicos. En 1955, la concesión del SLST se redujo a 116.500 hectáreas, a cambio de una indemnización de 1,6 millones de dólares. Al año siguiente se introdujo un Programa para la Extracción Aluvial a fin de que los habitantes de Sierra Leona pudieran extraer legalmente diamantes fuera de las zonas controladas por el SLST. Las licencias de extracción sólo se emitían a

favor de habitantes de Sierra Leona, pero las licencias de comerciantes estaban al alcance de cualquiera, y los libaneses no tardaron en hacerse con la industria legal del diamante que no controlaba el SLST. A pesar de la aprobación de la licencia se seguían llevando a cabo operaciones ilegales en las zonas del SLST, y los comerciantes libaneses eran la vía más fácil para dar salida a esas piedras ilícitas.

Siaka Stevens se convirtió en jefe de gobierno en 1968 y poco después se puso manos a la obra para dismantelar todos los acuerdos formales relacionados con los diamantes. En 1971, Stevens creó la National Diamond Mining Company, compró el 51 por ciento de las acciones de SLST y nacionalizó la empresa. Su principal aliado en su siguiente operación fue un afrolibanés llamado Jamil Sahid Mohamed. En 1988, Jamil se había establecido como el zar de los diamantes del país, aunque oficialmente la industria había dejado de existir. Cuando Stevens llegó al poder las exportaciones ascendían a dos millones de quilates al año. En 1988, las exportaciones oficiales marcaban 48.000 quilates. Se llegaron a enviar remesas por valor de hasta 400 millones de dólares al año compuestas por los mejores diamantes de Sierra Leona, operaciones de contrabando que fueron inflando las carteras de Jamil y su red de ladrones, y las del Presidente y su red de ladrones.

La guerra civil libanesa que se desencadenó entre 1975 y 1992 afectó profundamente a la diáspora libanesa y a la industria del diamante en África Occidental. Los cambios afectaron tanto a las más altas como a las más bajas esferas políticas. Jamil, de origen chií, era amigo de la infancia de Nabih Berri, un hombre nacido en Sierra Leona pero de origen libanés que vivía en el Líbano donde estaba al mando de la facción armada del AMAL.* Jamil tenía importantes inversiones en el Líbano, y Berri le ayudó a obtener un pasaporte libanés. Para devolverle el favor, Jamal ayudó al AMAL a recaudar dinero. En 1980, el AMAL se había convertido en la milicia chií más poderosa y, tras la invasión israelí del Líbano en 1982, entró en el juego apoyando a Siria en su objetivo de sacar a la fuerza multinacional comandada por EE. UU. del Líbano, debilitando así al Estado libanés y forzando la cancelación del acuerdo con Israel. Berri y sus colegas del AMAL acudieron a sus

* AMAL son las siglas de *Afwaj al Muqawama al Lubnaniya*, («Destacamento de la Resistencia Libanesa»).

compatriotas en África en busca de apoyo económico. Según un autor, los expatriados libaneses residentes en Côte d'Ivoire tenían la obligación de compartir el peso de la carga. «Al igual que en el propio Beirut, aquí también se recluta a los miembros más jóvenes de la comunidad para recaudar el montante debido. A los inmigrantes se les recuerda constantemente lo afortunados que son de estar lejos de la guerra y su obligación moral de hacer al menos una aportación económica a la liberación nacional o al nuevo Líbano».⁵ Lo mismo ocurría en Sierra Leona, según explica un corredor de diamantes chií de Kenema:

Cada dos o tres meses, [un dirigente de la comunidad libanesa de Kenema] invitaba a pequeños grupos de emigrantes libaneses a su casa. Primero nos informaba de cómo le iban las cosas al AMAL en el Líbano; no contaba lo que estaba haciendo Berri, si las tropas avanzaban o retrocedían. Luego nos sentábamos para hablar de las aportaciones, casi todo el mundo sabemos cómo le va a cada uno económicamente, y [el dirigente de la comunidad] sabía cuánto nos podías permitir cada uno. Era un pequeño porcentaje de nuestras ganancias mensuales, si la gente estaba pasándolo mal no tenían que pagar nada. No suponía un problema. Nadie se quejaba, de hecho todos mis conocidos lo hacían de buena gana porque queríamos ayudar y proteger a nuestra gente que seguía en el Líbano. Solía enviar remesas [de diamantes]. No sabría decir qué pasaba con ellos, supongo que se vendían por dinero en efectivo en Amberes, el Líbano o Israel... Me da igual, no era mi problema. Sabía que estaban en buenas manos».⁶

La táctica no se utilizaba sólo en Côte d'Ivoire o Sierra Leona: el AMAL también recaudaba fondos de Liberia, Angola, Namibia, Sudáfrica, Guinea, Zimbabue y el Congo, entre otros. A veces la situación se ponía tan tensa que parecía una extorsión, y las bandas solían atacar las tiendas y los negocios de los que se negaban a participar. En África Occidental todas las facciones libanesas actuaban así, la Falange cristiana, la milicia Druce y el AMAL.

En 1986, Jamil tuvo que huir del país, acusado de tramitar un golpe de estado contra el nuevo presidente, Joseph Momoh, lo cual abrió las

puertas a la llegada de ladrones israelíes de poca monta y mafiosos rusos, tal y como se describe en el capítulo 7 del libro. Pero los altibajos casi no afectaron a los corredores de diamantes libaneses de Sierra Leona. Las tiendecitas libanesas que vendían telas, ferretería y conservas en Koidu y Bo, y por Hanga Road en Kenema, siguieron comprando diamantes que, posteriormente, enviaban en remesas transportadas por amigos y familiares que pagaban los «impuestos» o protecciones que hiciera falta en Freetown, o a través de amigos y familiares que cruzaban la frontera hacia Guinea y Liberia.

No obstante, la situación estaba a punto de volverse bastante más peligrosa. En 1982, un grupo de chiíes desilusionados creó Hezbolá —*Hizb Allah*, el Partido de Dios— en el Líbano cuando Israel invadió Beirut y el Sur del Líbano para intentar acabar con la OLP. Jamil también participó en la jugada. Berri le ayudó a hacer contactos en Irán, uno de los principales apoyos de Hezbolá, y le apoyó a la hora de montar una misión diplomática iraní en Freetown en 1983. Cuando llegó el primer embajador iraní, el que fue a buscarle al aeropuerto fue Jamil, no las autoridades oficiales.⁷ A cambio de préstamos, petróleo iraní y demás beneficios, el gobierno —que entonces se encontraba al borde de la quiebra— permitió que la recién creada embajada se convirtiera en la base de operaciones iraníes en África Occidental. Durante la década de 1980, Hezbolá creció de la mano de Irán y Siria. Empezó una serie de operaciones contra objetivos estadounidenses e israelíes, como el atentado contra los barracones de los marines estadounidenses y contra la embajada estadounidense en Beirut, hasta forzar una retirada occidental del Líbano. Secuestró a occidentales durante el resto de la guerra civil, y en 2000 logró que los israelíes abandonaran las últimas posiciones que seguían manteniendo en el Líbano. Hezbolá se ha convertido en un partido político con representación en el parlamento libanés, y sus tendencias hacia el islamismo purista le han valido muchos seguidores en Oriente Medio. A pesar de que condenara los ataques terroristas del 11S contra Estados Unidos, el gobierno estadounidense sigue considerando a Hezbolá una organización terrorista relacionada con Al Qaeda.

Si bien era más purista y secretista que el AMAL, Hezbolá también recaudaba fondos de la diáspora libanesa y hacía tratos con todo el que pudiera. Un informe de la inteligencia militar belga reveló que varios

corredores de diamantes libaneses afirmaron tener relaciones con Hezbolá.⁸ Uno de ellos se llamaba Imad Bakri, también conocido como Imad Kabir y Emad/Emat Bakir, un hombre identificado también por Naciones Unidas como el principal corredor de armas y material militar de la UNITA desde el Congo durante la segunda mitad de la década de 1990.⁹ Pero no era el único. Otro era Ibrahim Bah, el «general auténtico» de Burkina Faso. Bah tenía una relación estrecha con el FRU en Sierra Leona, pero siempre fue el rarito del grupo. Tenía diez o quince años más que el resto de los jóvenes «comandantes» de Foday Sankoh y llegaba al FRU con bastante más camino recorrido. Nacido en Senegal, se formó en el cuartel secreto de Muamar Gaddafi, *al-Mathabh al-Thauriya alAlamiya* (o Cuartel General Revolucionario Mundial) en Bengasi, donde conoció a Foday Sankoh, Charles Taylor y otros futuros jefes de Estado. Pero también se entrenó y luchó con Hezbolá en el valle de la Becá en el Líbano, y a finales de la década de 1980 luchó con los muyahidines contra los rusos en Afganistán. Luchó en el bando de Charles Taylor durante la década de 1990 y le ayudó a subir al poder en 1997.

Además de ser un «general auténtico», Bah también era el correo de diamantes del FRU. El Grupo de Expertos de la ONU para Sierra Leona afirmó que también se le conocía como Ibrahima/Abrahim Baldé y Baldé Ibrahima y que desempeñó un papel «fundamental al trasladar diamantes del FRU desde Sierra Leona a Liberia, y desde allí hasta Burkina Faso».¹⁰ En un artículo publicado en el *Washington Post* poco después del 11S se le relacionaba directamente con Al Qaeda. El autor Doug Farah, experimentado corresponsal de guerra, sostenía en su artículo que la red de Al Qaeda «había recaudado millones de dólares en los últimos tres años gracias a la venta de diamantes ilícitos extraídos por rebeldes [del FRU] en Sierra Leona», y que Ibrahim Bah había actuado como «enlace entre los altos comandantes del FRU y compradores de Al Qaeda y Hezbolá».¹¹ También afirmaba que Bah había organizado que tres oficiales de Al Qaeda, todos ellos incluidos en la lista de sospechosos más buscados del FBI por el atentado de Al Qaeda contra la embajada de EE. UU. en Kenia y Tanzania en 1998, visitaran zonas de Sierra Leona controladas por el FRU tanto ese mismo año como en años posteriores. Según el artículo, todo ello con el visto bueno del presidente de Liberia, Charles Taylor.

Fue recibido con una lluvia de desmentidos. En Sierra Leona, el dirigente en funciones del FRU, Issa Sesay, desmintió toda relación con Al Qaeda en una entrevista concedida a Radio France International. «No. En absoluto», respondió. «Nunca trataríamos con este tipo de personas. No los conozco y no tengo ningún tipo de relación comercial con ellos. Por lo que yo sé en cuanto al proceso de paz actual de Sierra Leona, e incluso en 1998 y 1999, no tenemos nada que ver con ellos. Lo desconocemos. No hemos mantenido contactos con las personas de las que habla. Nunca nos hemos reunido con [¿argelinos?], no hemos hecho negocios con ellos, nunca hemos trabajado para ellos. Nunca hemos tenido ningún tipo de relación con ellos. Nunca los hemos conocido y no los conocemos. No tenemos trato con ellos. No tenemos nada que ver con ellos, que yo sepa».¹² Charles Taylor se enfadó tanto que el *Washington Post* decidió enviar a Farah y a su familia, que estaban en Abiyán, de vuelta a Estados Unidos por miedo a las represalias.

La industria del diamante contuvo la respiración, temerosa de que se hubiera destapado la caja de pandora. Pero eso fue todo. Con el tiempo, parecía que la historia acabaría extinguiéndose y olvidándose. Pero Joe Melrose, antiguo embajador de EE. UU. en Sierra Leona, había hablado ya de tener pruebas que demostraban que Al Qaeda y Hezbolá compraban diamantes del FRU en un Comité del Senado de EE. UU. en febrero del año anterior. Peter Hain, el Ministro de Asuntos Europeos británico, relacionó indirectamente a Al Qaeda con el FRU. Ante los periodistas afirmó que Viktor Bout «sin duda suministraba armas a Al Qaeda y a los talibanes».¹³ Viktor Bout, un hombre conocido por operaciones de contrabando de armas y por vulnerar todo tipo de sanciones, había aparecido en informes del Grupo de Expertos de la ONU sobre Sierra Leona, Liberia y Angola como proveedor de armas para los rebeldes del FRU y de la UNITA, así como colaborador del señor de la guerra y presidente de Liberia, Charles Taylor.

Un año tras la publicación del primer informe, el *Washington Post* publicó un artículo todavía más extenso y detallado firmado por Farah¹⁴ en el que el periodista constataba que Al Qaeda puso en marcha la operación de compra de diamantes en África Occidental en septiembre de 1998, seis semanas después de los atentados contra las embajadas de Tanzania y Kenia, y poco después de que EE. UU. hubiera congelado activos talibanes y de Al Qaeda por valor de 240 mi-

lones de dólares. Al Qaeda necesitaba dar con una forma de esconder y mover su dinero fuera de las estructuras bancarias habituales. Ya había invertido en diamantes, tanzanita, rubíes y demás gemas en Tanzania, con lo que África Occidental parecía el camino más lógico. Ese mes, un alto directivo financiero de Al Qaeda llamado Abdullah Ahmed Abdullah llegó a Monrovia donde Ibrahim Bah le presentó a altos funcionarios liberianos y a altos oficiales del FRU. Abdullah, un egipcio de 35 años de compleción oscura, con una cicatriz en el labio inferior, se encontraba bajo la lupa del FBI por ser miembro del poderoso comité económico de Al Qaeda y por ser el cerebro que ideó los atentados contra las embajadas de EE. UU.

Otro de los visitantes fue Fazul Abdullah Mohammed, un joven experto informático nacido en las Comoras y veterano de las guerras de Somalia. Mohammed fue acusado de los atentados contra las embajadas, aunque nunca llegó a ir a juicio, y también es sospechoso de haber participado en el atentado contra un hotel turístico en Mombasa en el año 2002. Era un hombre tan buscado que el gobierno británico detuvo todos los vuelos comerciales con destino Nairobi en mayo de 2003 después de que se le hubiera visto en Kenia. Cinco años antes se produjo el primer intercambio de diamantes y efectivo entre Abdullah Ahmed Abdullah y Sam Bockarie del FRU.¹⁵ Al año siguiente, Fazul Ahmed Abdullah y otro operativo de Al Qaeda pasaron una época en Liberia y en zonas controladas por el FRU de Sierra Leona, viajando a sus anchas por Burkina Faso y Liberia con pasaportes yemeníes falsos.

En julio de 2000, Bah se puso en contacto con una empresa llamada ASA Diam para ofrecerle gemas. ASA Diam fue una buena elección: dos de sus asociados, Samih Ossaily y Aziz Nassour, tenían gran experiencia en gestionar la economía sumergida procedente de la industria del diamante. Ossaily y Nassour eran primos, y ambos nacieron en Koidu, en el corazón de la zona de diamantes de Sierra Leona. Nassour acabó metiéndose en el negocio de los diamantes en la RDC y en Liberia, y pasó un tiempo en Egipto, Líbano y España, donde entabló relaciones comerciales con Mohammed Derbah —el famoso «Carlos». En un informe de la ONU publicado en octubre de 2002 se le relacionaba directamente con un clan de criminales libaneses que operaban desde el Congo:

El Grupo dispone de documentos que demuestran que tres «clanes» de origen libanés, encargados de negocios de diamantes legales en Amberes, compraron diamantes de la República Democrática del Congo por valor de 150 millones de dólares en 2001, ya fuera desde Kinshasa o a través de *comptoirs* en la [vecina] República del Congo. Los tres «clanes» —Ahmad, Nassour y Khanafer— son conocidas organizaciones criminales que funcionan a escala internacional. Sus actividades ilegales son bien conocidas por los servicios de inteligencia y las autoridades policiales al incluir la falsificación, el blanqueo de dinero y el contrabando de diamantes. Son varias las fuentes creíbles que han informado acerca de la relación entre los clanes y AMAL y Hezbolá. Algunas de las empresas relacionadas con dichos clanes son Sierra Gem Diamonds, ASA Diam, Triple A Diamonds y Echogem.¹⁶

Según el *Washington Post*, Ossaily, el primo de Nassour, y otro corredor de diamantes libanés, Ali Darwish, se reunieron con agentes de Al Qaeda en Monrovia en diciembre de 2000, y viajaron a Sierra Leona con varios comandantes del FRU para inspeccionar la mercancía. De vuelta en Monrovia, recién estrenado el año 2001, un mensajero entregó 300.000 dólares a Ibrahim Bah por el cargamento. Mientras tanto, alguien en las oficinas de ASA Diam en Amberes había empezado a llamar a Afganistán, Pakistán, Irán e Iraq. El registro de llamadas de ASA Diam muestra 31 horas de llamadas a Liberia durante los cinco primeros meses de 2001. Sólo en enero Ibrahim Bah recibió nueve llamadas e Issa Sesay diecisiete.¹⁷ Según el informe de los servicios de inteligencia europeos, Nassour voló desde Beirut a Dubái en julio de 2001 para recoger un millón de dólares en efectivo. Desde allí se trasladó a Burkina Faso donde, según el informe, le esperaban dos agentes de Al Qaeda en un recinto propiedad del presidente Compaoré en el distrito de Zone du Bois. Nassour prosiguió hacia Monrovia donde, supuestamente, entregó el millón de dólares a Charles Taylor para que éste ocultara a los dos agentes de Al Qaeda en un campamento militar en la granja que tenía Taylor en la zona.

Ese mismo mes, Issa Sesay, el director en funciones del FRU —que no tardaría en desmentir todo lo anterior— envió supuestamente una

carta a Charles Taylor en la que se podía leer: «Hemos decidido vender todos los diamantes al Sr. Aziz Nassour a través de sus oficinas». Aprovechaba para recordar a Taylor que a Nassour le había puesto en contacto con el FRU el «General Abraham Balde [Bah] atendiendo a su recomendación».

Incluso en verano de 2002, después de que su primo Samih Ossaily hubiera sido detenido en Bélgica y acusado de blanqueo de dinero, contrabando de armas y de negociar con diamantes prohibidos de Sierra Leona, Nassour consiguió mantenerse a flote. Según la ONG británica Global Witness entregó dos remesas de armas a Liberia y, en vista de las alegaciones del *Washington Post*, Taylor le ofreció asilo a cambio de las inversiones que pudiera hacer en la industria maderera. Los presidentes Taylor y Compaoré desmintieron todas las alegaciones. Desde su casa en Burkina Faso, Ibrahim Bah no podía negar que trabajaba con el FRU, pero afirmó no haber oído hablar de Osama bin Laden hasta el 11S. Desde la cárcel, Ossaily reconoció algunos de los delitos, y Nassour reconoció sus peregrinaciones por África Occidental y Oriente Medio, pero negó todo lo relacionado con la venta ilegal de armas, los sobornos y la relación con Al Qaeda.

Las historias sobre este comportamiento criminal salieron a la luz por múltiples razones, entre ellas la buena labor de investigación de Doug Farah del *Washington Post* y de Global Witness en Londres. Los servicios de inteligencia son siempre reacios a compartir información, siempre temerosos de comprometer sus fuentes, por lo que guardan secretos bien pasada su «fecha de caducidad». Pero los pocos datos que aportaron también se pudieron triangular. Los sospechosos acusados de los atentados contra las embajadas de EE. UU. también aportaron mucha información durante su juicio en 2001. Tanto Ossaily como Nassour hablaron largo y tendido con investigadores y periodistas, quizá con la esperanza de rebajar sus condenas, y sus historias cuadran con las de su socio, Ali Darwish, quien también empezó a soltar información. Los Grupos de Expertos de la ONU no se quedaron atrás y recopilaron información muy interesante, si bien se vieron perjudicados por su escasa coordinación, un grave error dada la importancia de la misión. Los sospechosos habían dejado un rastro de registros telefónicos, facturación en hoteles, billetes de avión, visados, registros informáticos y notas. En una notita personal sobre un acuerdo

de compraventa de armas por valor de 1.067.142 dólares, Ibrahim Bah había apuntado que cada AK 47 costaría 150 dólares, las granadas propulsadas por cohete y sus lanzaderas costarían 500 dólares cada una y las cajas de «muni» 30.000 dólares cada una.

La industria del diamante hizo todo lo que pudo por acallar estas historias, se esforzaba por demostrar su falta de fundamento, y esperaba que pudieran ser desestimadas como un bachecito, un problemilla de fácil solución apenas relacionado con una industria por lo demás sumamente respetable. Pero resultó no ser tan fácil. Los recaudadores de fondos y blanqueadores de dinero de Al Qaeda, Hezbolá, AMAL y demás organizaciones habían utilizado las mismas vías de acceso que ya abrieran el RUF, la UNITA y Charles Taylor. Nadie quería perderse una mercancía de tan alto valor que podía comprarse fácilmente, transportarse en pequeños lotes, y venderse a través de canales sumergidos en una industria informal en la que nunca se hacían preguntas.

Una de las mejores fuentes de Farah fue un hombre cuya identidad seguía protegiendo cuando en 2004 publicó un libro sobre la relación entre los diamantes y el terrorismo: *Blood from Stones: The Secret Financial Network of Terror*.¹⁸ Farah hablaba de él únicamente como «CR» y le protegía con motivo, porque resultó ser el cuñado de Charles Taylor, Cindor Reeves. No fue el único que habló. Al White, Investigador Jefe para el tribunal de crímenes de guerra de Sierra Leona dijo que la Comisión del 11S, que analizó brevemente la relación entre Al Qaeda y los diamantes, «perdió el tren» al no entrevistarse con los testigos creíbles que ofrecía el tribunal.¹⁹ Mike Shanklin, jefe de las operaciones de la CIA en Liberia durante la década de 1990 apuntó: «Al Qaeda, Bah, Taylor, todos estaban allí. No me cabe la menor duda de que todos ellos estaban allí. Estuvieron allí durante el periodo en cuestión. Y estuvieron estrechamente relacionados con la industria del diamante. Eso es un hecho».²⁰



Al echar la vista atrás, algunas de las aventuras de los «expertos de la ONU» parecen de risa, si no del todo estúpidas, aunque en su momento todo era muy serio y a veces incluso mortal. Una vez, nuestro Grupo de Expertos viajaba hacia el interior camino de Kenema, un

pueblo en el que se comerciaba con diamantes en Sierra Leona a poca distancia del frente. Llegamos a bordo de un helicóptero abierto de la ONU, un antiguo MI-8 ruso pilotado por ucranianos bajo nubes muy bajas justo por encima de las copas de los árboles. Al llegar a la ruinoso pista de aterrizaje de Kenema nos recogieron una docena de encrespados soldados de las fuerzas de paz de la ONU en Ghana y nos llevaron a toda prisa al pueblo. Los cinco viajamos en dos todoterreno, acompañados por media docena de vehículos blindados, con las sirenas a todo trapo y con metralletas de calibre 0,50 fijadas y listas para disparar. Cada vez que parábamos no nos dejaban salir del todoterreno hasta que no se hubieran asegurado de que el perímetro estaba vigilado por tropas armadas de cascos azules, sin que supiéramos para qué estaban allí. ¿Para dispersar a las masas? Nuestra llegada y su comportamiento tuvieron el efecto contrario. Cada vez que llegábamos a una reunión —en el cuartel general de la ONU, en la Oficina del comisario del distrito, en el cuartel general del ejército de Sierra Leona—, a los pocos minutos estábamos rodeados por multitudes ruidosas e inquietas. Era como si la Princesa Diana hubiera llegado a un aburrido pueblo de Missouri.

Quería mantener una conversación seria con algunos corredores de diamantes libaneses del pueblo, así que le pedí al equipo que siguieran al siguiente destino sin mí y que volvieran a recogerme antes de que oscureciera. Cuando el helicóptero se alejaba en la distancia, me di cuenta de que me encontraba a solas con uno de los corredores, quien no dominaba el inglés y tenía cara de pocos amigos. Los soldados de Ghana, tan entusiastas en un principio, habían desaparecido sin más. Era lo que quería, pero al encontrarme allí con él, me parecía un poco torpe, especialmente cuando el corredor me llevó a una casa aislada donde había reunido a los demás corredores de diamantes libaneses. Ninguno fue capaz de explicar lo que hacían 35 corredores de diamantes libaneses en un pueblo como ese, tan cercano al frente, en una época en la Sierra Leona sólo exportaba 80.000 dólares de diamantes al mes. Mi idea inicial de una sosegada conversación extraoficial con cinco o seis personas acabó en una ruidosa pelea a gritos en la que cada uno de ellos intentaba superar a los demás con peticiones de que Kofi Annan se trasladara inmediatamente a Sierra Leona, detuviera a Charles Taylor y parara la guerra.

Me alegré de que volviera el helicóptero, entre otras cosas porque no tenía radar, con lo que en cuanto anocheciera hubiera tenido que tirar de la brújula y de lo que los ucranianos alcanzaran a ver en la penumbra. Si el día no hubiera sido tan raro, si los corredores de diamantes de poca monta y los mafiosos libaneses barateros con los que me reuní no me hubieran parecido un tanto ridículos, me hubiera costado tomarme en serio nuestra misión. Como la banalidad del mal, ese término acuñado por Hannah Arendt. Estos corredores de diamantes, como los que conocí posteriormente en Israel, Bélgica y Nueva York, lo negaron todo y se mostraron totalmente ajenos a las consecuencias de sus actos. Al igual que tantos otros, estaban hasta el cuello en diamantes de sangre. Pero a diferencia de otros, estos tíos lo sabían.

CAPÍTULO 10

CON EL AGUA AL CUELLO: EMPRESAS EN APUROS

¿Qué significa la expresión «planificar a largo plazo» en la industria del diamante? Pensar en qué pedir para comer.

—Broma personal típica de la industria del diamante

En octubre de 2002, un Grupo de Expertos de la ONU encargado de investigar la explotación ilegal de recursos en el Congo publicó un terrible informe sobre las actividades de empresas relacionadas con el comercio de diamantes y la extracción de otros recursos.¹ El informe documentaba la corrupción sistémica y generalizada en la industria del diamante en la RDC y la flagrante colaboración de los gobiernos aliados, concretamente de Zimbabue. Detallaba el saqueo de diamantes y demás recursos naturales congoleños por parte de Ruanda y Uganda. El informe hablaba de sobornos, desmantelamiento patrimonial, fraude fiscal, violación de sanciones, malversación, extorsión, opciones de compra empleadas como comisiones o bonificaciones y desvío de fondos públicos por parte de grupos que «se parecen demasiado a organizaciones criminales». Según el informe, desde 1999 en las zonas controladas por el gobierno congoleño se habían transferido a empresas extranjeras activos mineros públicos por valor de al menos 5 mil millones de dólares sin beneficio para el Estado. Calculaba que la *Armée Patriotique Rwandaise* había «ganado» unos 320 millones de dólares al año gracias a operaciones comerciales realizadas en el este del Congo. Según el informe, estas prácticas habían provocado, y ali-

mentado, guerras, abusos de derechos humanos y la muerte de un número prácticamente inconcebible de vidas humanas. El informe citaba estudios de organizaciones humanitarias para afirmar que desde el principio de la guerra habían muerto 2,5 millones de personas más de las que hubieran fallecido en una situación de paz.

El informe terminaba con tres listas. La primera contenía nombres de 29 empresas, casi todas registradas en África. Seis estaban relacionadas con el comercio de diamantes, y tres de ellas tenían sede en Amberes. Las supuestas transgresiones de estas empresas eran tan atroces y patentes que el informe pedía que el Consejo de Seguridad impusiera restricciones económicas, congelara sus activos y suspendiera sus servicios bancarios. La segunda contenía los nombres de 54 personas a las que según el Grupo habría que prohibir realizar viajes internacionales y acceder a dinero. Algunos eran empresarios de África, otros eran comerciantes de armas, otros eran oficiales de las fuerzas armadas de Uganda y Zimbabue. La lista incluía al Ministro de Planificación y Reconstrucción del Congo, al igual que al Jefe de Inteligencia Militar de Uganda y al Portavoz del Parlamento de Zimbabue.

Algunos de los capítulos anteriores de este libro han analizado a algunas de estas personas y su implicación en el tráfico ilícito de diamantes. No era la primera vez que uno de ellos, el famoso traficante de armas Viktor Bout, aparecía en informes de la ONU. Anteriormente se le había definido como el mayor proveedor de armamento ilícito a los movimientos rebeldes africanos. Los informes también mencionaban sus diferentes pseudónimos —Bont, Butte, Boutov, Sergitov y Vitali— y cinco números de pasaporte diferentes. No obstante Bout siguió viajando libremente. Aunque probablemente ponía más cuidado a la hora de cruzar fronteras. Aparecer en la lista de busca y captura de varios gobiernos no evitó que siguiera trabajando muchos años en la industria del transporte aéreo. De hecho, el ejército de EE. UU. empleó aviones Air Bas, una empresa relacionada con Bout, para transportar cargamento durante los primeros años de la guerra de Iraq. La tercera lista del Grupo de la ONU incluía 85 empresas que supuestamente violaban las Directrices de la OCDE para Empresas Multinacionales, muchas de ellas eran empresas muy grandes y muy conocidas: Ashanti Goldfields, Barclays Bank, Bayer A.G., Standard Chartered Bank, Anglo American y su primo hermano De Beers. La reacción que causó

la publicación de estas listas fue tan rápida como furiosa, y en parte justificada.

Las empresas incluidas en la primera y en la segunda lista chirriaron como los neumáticos en un circuito de F1. Oryx Natural Resources dijo que las alegaciones vertidas en su contra eran «totalmente infundadas» y retó al Grupo a repetir las en público, sin la protección de las Naciones Unidas. Niko Shefer, un antiguo agente de bienes de consumo que pasó una temporada en una cárcel sudafricana por fraude, y antiguo representante de Charles Taylor como cónsul honorario de Liberia, dijo no haber salido de África Meridional desde 2000. Según el Grupo, una de sus empresas era propietaria del 50 por ciento de Thorntree Industries, una empresa explotada en régimen de participación (*joint venture*), y dedicada a los diamantes, creada en colaboración con Zimbabwe Defence Forces, pero Shefer afirmó no haber participado nunca en dicha empresa. El Comandante General de las Fuerzas Armadas de Zimbabwe, Vitalis Zvinavashe, —a quien se recomendaba imponer una prohibición para viajar— calificó las acusaciones contra Zimbabwe y contra él mismo de «insignificantes». El consejero presidencial de Ruanda, Theogene Rudasingwa, afirmó en unas declaraciones a Reuters que los informes sobre su país eran inciertos. [El Grupo] «no tiene pruebas reales que demuestren que estamos saqueando los recursos del Congo», a pesar de las pruebas sobre Ruanda recogidas en el informe.² El Teniente General de Uganda, Salim Saleh, hermano del Presidente de Uganda, Museveni, negó todos los cargos contra él. «Tengo cuentas en Londres y Ginebra», declaró Saleh, «pero puedo garantizar que no contienen más de 10.000 dólares». Respondió a la acusación de haber saqueado diamantes de la RDC afirmando: «Nunca he hecho nada así». Quizá sea más revelador otro comentario en el que se preguntaba: «¿Cómo se ha podido convertir Amberes en el núcleo de la compraventa de diamantes mundial si ni siquiera tienen minas? Los africanos deberíamos vender tanto nuestros diamantes como nuestros otros recursos». Se le olvidó mencionar que Uganda y Ruanda, al igual que Amberes, «ni siquiera tienen minas».³

Una Comisión de Investigación del Senado Parlamentario belga que investigaba la explotación de los recursos naturales de la RDC concluyó en 2003 que las personas y empresas investigadas no cometían actos ilegales. La comisión se puso en marcha tras un informe an-

terior de la ONU que criticaba a las empresas belgas, y analizó también las nuevas acusaciones. A pesar de la indignación de los senadores de la oposición en cuanto al aparente encubrimiento, un portavoz de la comisión afirmó que «la frontera entre lo moral y lo inmoral, entre lo legal y lo ilegal no es tan obvia».4 Desde luego no lo era para algunos senadores belgas.

La tercera lista del informe de la ONU suscitó la mayor parte de los problemas al no detallar la mayoría de las transgresiones que supuestamente cometían las empresas, con lo que muchas no sabían de qué se las acusaba. No fue así en el caso de la empresa canadiense First Quantum Minerals Ltd. a la que se acusaba abiertamente de intentar acceder a los relaves de cobre y cobalto de Kolwezi con pagos en efectivo y la custodia de valores para funcionarios. Aunque el Grupo nombraba a cuatro funcionarios y afirmaba tener «amplia documentación» sobre el caso,⁵ esto no impidió a First Quantum declarar que «refutaba categóricamente todas las acusaciones incluidas o implícitas en el informe». No obstante, para muchas de las empresas lo más irritante, aparte de la vergüenza, fue el hecho de que nunca habían oído hablar de las Directrices de la OCDE para Empresas Multinacionales.

La OCDE, la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, no es tan conocida como la ONU, pero en cierta manera tiene bastante más peso. Entre los 31 estados miembros se cuentan todos los países industrializados de Europa y Norteamérica, además de Japón, Corea, México, Turquía y un número cada vez mayor de naciones del Bloque del Este. Los acuerdos de la OCDE coordinan las políticas nacionales e internacionales —en materia de empleo y medio ambiente, legislación para el libre movimiento de capital y servicios, así como acuerdos que esclarecer el impacto de las políticas nacionales sobre la comunidad internacional. En la década de 1970, rodeada del clamor internacional preocupado por el creciente tamaño y poder de las empresas transnacionales, la OCDE elaboró un documento titulado «Directrices para Empresas Multinacionales». Las directrices, que han ido modificándose con el paso de los años, establecen «normas» y «buenas prácticas» en las relaciones comerciales, prácticas que «contribuyan al progreso económico, social y medioambiental con el objetivo de lograr un desarrollo sostenible». La sección sobre la transparencia es de especial relevancia para la industrial del diamante, ya que

establece que las empresas deben aportar «información adecuada, regular, fiable y relevante» sobre su propiedad, posición económica y rendimiento, y «factores de riesgo esperados». Se prohíbe el establecimiento de limitaciones y cuotas de producción y la fijación de precios— el pan de cada día para parte de la industria del diamante. Por último, las empresas no deben amañar subastas, ni ofrecer, prometer, dar o pedir «directa o indirectamente» sobornos o cualquier otro tipo de ventaja para obtener o retener negocios o cualquier otra ventaja deshonestas».

Algunas de estas prohibiciones resumen de manera más elegante las conclusiones del Grupo de la ONU para el Congo, pero más por lo que se ignoran que por lo que se aplican dichas prácticas. De hecho, las Directrices de la OCDE son como el juramento solemne de los Scouts de «ser puro de pensamiento, palabra y obra». Pero el código de los Scouts no empieza con una cláusula de escape. El primer «principio» de las Directrices de la OCDE establece que son sólo recomendaciones y, como tales, son «voluntarias y no legalmente vinculantes».

La OCDE publicó un acuerdo más estricto titulado «Convenio para combatir el soborno de funcionarios en transacciones comerciales internacionales» que fue negociado en 1997 y entró en vigor en febrero de 1999. A finales de 2002, el convenio, que convertía el soborno de funcionarios en un acto punible con «sanciones penales efectivas, proporcionadas y disuasivas», había sido ratificado ya por 35 países industrializados. No obstante rara vez se invocaban el convenio o la legislación nacional, y en los cinco años de investigación del Consejo de Seguridad de la ONU sobre contrabando, robo de diamantes y violación de sanciones, simplemente no había surgido la necesidad de aplicarlas.

El Grupo de la ONU sostenía que «los gobiernos nacionales deben garantizar que las empresas bajo su jurisdicción no abusan de los principios de conducta que se han adoptado como ley».⁶ Pero, en realidad, existen pocos ejemplos de gobiernos que intenten regular el comportamiento de una de sus empresas sita en otro país. La soberanía nacional es uno de los muchos problemas que aparecen al traspasar las propias fronteras, sobre todo porque todos países tienen su propia legislación, y son responsables de su correcta aplicación. Sin duda, en todo caso se necesitan pruebas fehacientes para plantear un

buen caso. Además está el problema de la política, ya que muy pocos gobiernos se mostrarían alegremente dispuestos a perseguir un caso de corrupción que afectara a altos funcionarios de otro país, o a *altísimos* funcionarios en el caso de Congo, Uganda, Zimbabue y Angola. Así pues, aparte de la vergüenza momentánea de que se les señalara con el dedo y de la indignación causada por la falta de especificidad del informe de la ONU, las 85 empresas acusadas de violar las directrices de la OCDE tenían muy poco que temer. El comportamiento que tanto había indignado al Grupo seguiría impune.

No obstante, el incidente pone sobre la mesa algunas cuestiones éticas de importancia para la industria del diamante, cuestiones relacionadas con un debate creciente sobre la responsabilidad social corporativa. El término «responsabilidad social corporativa» se ha convertido en una coletilla para definir un amplio conjunto de problemas. En el fondo analiza el comportamiento generalizado de las empresas y su responsabilidad para con la sociedad en la que operan. Una empresa «socialmente responsable» va más allá de los intereses de los accionistas, y tiene en cuenta los derechos humanos, el medio ambiente y los intereses de los empleados, clientes y comunidades en las que trabaja.

Pero durante siglos los conceptos de la responsabilidad social corporativa y la industria del diamante se han tocado sólo tangencialmente, en parte porque la propia «industria del diamante» es poco más que un concepto vago. En un extremo de la industria está el delicado ambiente de una sala de exposición de Cartier, donde el diamante es un brillante símbolo de amor, pureza, dinero y eternidad; un entorno en el que los diamantes son *para siempre*. En el otro extremo existe ese mundo salvaje que se rige por un sistema de sálvese quien pueda en el que nada es para siempre; un entorno en el que los diamantes van y vienen a la velocidad de la luz. En África, donde se extrae el 60 por ciento de los diamantes de todo el mundo —por valor—, la industria se caracteriza, por un lado, por unos enormes agujeros vallados y, por otro, por la existencia cientos de miles de buscadores, conocidos como *garimpeiros* en Angola y Brasil, *creuseurs* en el Congo y la República Centroafricana, y *diggers* en Sierra Leona y Liberia.

Las minas de diamantes más productivas y rentables del mundo son las de Botsuana donde, gracias a un acuerdo al 50 por ciento con el gobierno, De Beers se encarga de explotar los caminos kimberlíticos

volcánicos y de extraer enormes cantidades de piedras brillantes: 34,9 millones de quilates en 2007, que se tradujeron en unas ventas de 2,9 mil millones de dólares. Es una operación que requiere de alta tecnología y una enorme inyección de capital y cuenta con unos 6.000 empleados, alrededor del tres por ciento de la mano de obra formal.⁷

En África, cuando la lluvia de millones de años acaba erosionando los caminos kimberlíticos, surgen depósitos de diamantes aluviales. Se encuentran a poca profundidad, dispersos en cientos de kilómetros cuadrados, en fondos de ríos, valles por los que antaño pasaron ríos, playas, en el lecho marino donde desembocaban los ríos, etc. A menudo no hacen falta más que una pala, un colador y una fuente de agua para colar la gravilla. De ahí que haya cientos de miles de *garimpeiros* y *creuseurs* trabajando, a menudo ilegalmente, en condiciones poco seguras, poco salubres y frecuentemente poco rentables. En líneas generales, la industria no está ni legislada, ni vigilada ni bautizada. El concepto de responsabilidad social corporativa existe sólo por su ausencia. En los yacimientos de diamantes, las empresas no existen tal y como se conocen en los países industrializados. Los intermediarios que compran la mercancía de los buscadores les venden los diamantes a otros intermediarios y éstos a otros. Cuando el gobierno se fija en los diamantes, si es que llega a fijarse, puede gravarlos, pero pocos beneficios consiguen llegar a los que extraen los diamantes o a los propietarios del terreno en el que se encontraron. Aquí la responsabilidad social corporativa es inexistente.

Botsuana aparece a menudo como el mejor ejemplo de cómo los diamantes pueden favorecer el desarrollo. Botsuana ha invertido muy bien los recursos procedentes de la industria del diamante y ha logrado estadísticas de desarrollo envidiadas por muchos otros países africanos: 80 por ciento de alfabetismo entre los adultos y un impresionante 94 por ciento entre los jóvenes; agua potable para el 95 por ciento de la población; altas tasas de inmunización infantil, buen servicio de atención primaria y demás indicadores positivos. Durante gran parte de la última década ha mostrado un envidiable crecimiento económico del cinco por ciento, con un impresionante PIB per cápita de 12.387 dólares en 2005.⁸ La cifra de Sierra Leona fue sólo de 216 dólares. Pero parece que los diamantes no son la solución a todos los problemas. Incluso cuando producen más de 3 mil millones de dólares al año en un

país con menos población que Houston. Más del 55 por ciento de la población de Botsuana sigue viviendo con menos de 2 dólares al día y la mitad de los ingresos del país están en manos del diez por ciento más rico de la población.

En cuanto a Sudáfrica y Namibia, De Beers y su conglomerado asociado, Anglo American, deben aceptar una parte de responsabilidad histórica por un desarrollo social y económico mal gestionado. La empresa fue uno de los actores que introdujo el sistema de contratación de mano de obra y prosperó en un entorno que obstruyó el desarrollo social. Pero la familia Oppenheimer, gestora de De Beers desde la década de 1920, se opuso siempre al apartheid, y Harry Oppenheimer fue miembro de la oposición del Parlamento Sudafricano durante muchos años. Durante toda su existencia, De Beers siempre ha llevado con mucho éxito su pragmatismo. La empresa defiende su historial laboral en Sudáfrica y apunta hacia todas las escuelas e institutos creados gracias a la obra social del De Beers Fund, que fue durante años la principal entidad benéfica privada de Sudáfrica. Nelson Mandela habló muy bien de Harry Oppenheimer, padre del actual Presidente de De Beers, Nicky Oppenheimer, tras la muerte de éste en 2000. El Presidente Thabo Mbeki recordó que Harry Oppenheimer «apoyó y financió organizaciones para acabar con la supremacía blanca [...] mientras que en el extranjero se le condenaba sin conocimiento por su asociación con las políticas del apartheid sudafricanas».⁹ Dado el contexto histórico de la época, De Beers estaba a años luz del sector comercial sudafricano en cuanto a responsabilidad social corporativa.

De Beers siempre está en el punto de mira. Por su tamaño y control sobre casi toda la industria del diamante siempre está expuesta al azote de los activistas. No obstante, los diamantes los extraen muchas empresas; al igual que también los venden y los compran muchas empresas, gran parte de las cuales no son públicas. De hecho, de los cientos de empresas que compran y venden diamantes en bruto pocas cotizan en bolsa (como De Beers desde 2001). Hasta que la campaña de los diamantes de sangre no arrojó algo de luz sobre la industria se sabía poco, a veces incluso nada, sobre las condiciones de trabajo y el entorno, ni tampoco si generaban beneficios para la sociedad. Muchas de las empresas, entre ellas las nombradas en el informe de la ONU sobre el Congo, se habían constituido *únicamente* para aprovecharse de la

guerra y la corrupción. Han servido de tapaderas para señores de la guerra, gobiernos vecinos y redes criminales para quienes el concepto de responsabilidad social corporativa no entra en juego.

En una de las principales conferencias sobre los diamantes celebrada en Amberes en 2002 se realizó un esfuerzo por pulir la imagen pública de la industria del diamante. En una cena de gala a la que asistieron unos mil invitados se constituyó un «Fondo de ayuda para las víctimas de los diamantes» que recaudó unos 250.000 dólares. Su objetivo era la realización de proyectos comunitarios que se llevarían a cabo en naciones productoras de diamantes en África. Durante su ponencia, Al Gore explicó que la industria del diamante era «un símbolo de cooperación del que podrían aprender otras industrias». Nadie se paró a preguntar por qué los fondos recaudados se enviaban a Botsuana, el único país africano sin conflictos cuyo gobierno ganaba más que cualquier otro con los diamantes. Tampoco pareció de buen gusto mencionar que la tarifa de Al Gore para esa noche ascendió a más de 100.000 dólares.

El mundo de los diamantes que se describe en este libro se encuentra entre las minas y yacimientos de África y las salas de exposición de Cartier, Tiffany's y Harry Winston. Los diamantes se han prestado al robo y al contrabando, y han servido para multitud de fines como una alternativa fácil tanto a divisas fuertes como débiles. Son pequeños, tienen una buena relación valor-peso y mantienen el precio. Asimismo, históricamente los diamantes nunca han estado regulados. Los gobiernos se rindieron hace mucho a intentar gravar las exportaciones e importaciones de diamantes ya que ha sido prácticamente imposible seguirlos y vigilarlos. El comercio de diamantes se hace en secreto; quizá más en secreto que ningún otro tipo de transacción. Se cierran tratos multimillonarios con un apretón de manos en salas cerradas y vigiladas, donde se reúnen hombres con balanzas, pinzas y lupas. Hasta el año 2003, lotes de diamantes por valor de decenas de millones de dólares han cruzado fronteras e incluso continentes enteros casi sin papeleo ni burocracia de ningún tipo. Esto se debía, en parte, a ese sistema tradicional, a esa forma de hacer negocios tan típica de una industria poblada de pequeñas empresas familiares (y alguna que otra grande), entre personas que se conocen desde hace varias generaciones. También tiene que ver con una industria comercial y de corte po-

blada de familias judías que fueron perseguidas durante siglos y se vieron obligadas a desplazarse de un lugar a otro, para quienes el diamante en sí —y no la industria— se utilizaba a menudo como salvoconducto. También se alegaba que este sistema garantizaba la seguridad y el transporte de una mercancía de gran valor.

Existen otros motivos para el secretismo. Para seguir controlando el mercado, desde los años cincuenta De Beers tuvo una colección bastante extraña e incompatible de compañeros de cama. Durante el Apartheid, Sudáfrica, de donde procedía De Beers, era un socio inadecuado para las demás naciones africanas productoras de diamantes recientemente independizadas —Congo, Tanzania, Sierra Leona, Guinea. Para la Unión Soviética fue todavía más incómodo tras el descubrimiento de diamantes durante la década de 1950. Asimismo, tras hacer negocios con los colonos portugueses de Angola hasta mediados de la década de 1970, y con el régimen del apartheid en África del Sudoeste hasta finales de la década de 1980, De Beers tuvo que ingeniárselas para ganarse nuevos amigos entre los nuevos gerentes. Lo hizo muy bien, en parte porque evitó ser el centro de atención.

Durante la década de 1960 y 1970, algunos países productores de diamantes cayeron en la corrupción y el caos, pero los compradores de diamantes siguieron se mantuvieron: no abandonaron sus puestos y simplemente empezaron a gestionar los negocios de una forma diferente. La producción formal de diamantes en el Congo durante el gobierno de Mobutu descendió de 18 millones de quilates en 1961 a 6,5 millones a finales de la década de 1990. La caída no reflejaba un descenso en cuanto a la producción real, sino un descenso en lo que se apuntaba en las cuentas nacionales. Aparte de toda la producción informal surgida en la época, la diferencia entre ambas cifras respondía al total que se quedaban Mobutu y sus colegas. El gobierno fue perdiendo control sobre las instituciones, algo que atrajo a otros agentes. Lo mismo ocurrió en Sierra Leona, donde la producción oficial cayó de dos millones de quilates en 1970 a 48.000 quilates en 1988 gracias a uno de los regímenes más corruptos de la costa oeste del continente africano. No obstante, el volumen total de diamantes que llegaban a los centros comerciales de todo el mundo, con Amberes a la cabeza, no disminuyó. Con un poco de secretismo era fácil evitar los escollos burocráticos, ya que al llegar a la aduana belga se hacían pocas preguntas

sobre los diamantes. El sector de los diamantes cambió en África entre la década de los cincuenta y mediados de la década de 1980. Una parte importante de la producción procedente de varios países se ocultaba bajo un manto de secretismo que velaba una amplia red de corrupción, robo y contrabando. Los diamantes también se empleaban en operaciones de blanqueo de dinero, para mover capital a través de sociedades sin efectivo, o en economías cuyas divisas habían perdido valor. Un terreno muy favorable a la propagación de un bacilo tan peligroso como los diamantes de guerra.

La pregunta es entonces: ¿qué debe hacer una empresa seria y respetable al verse rodeada de corrupción, conflicto y un Estado fallido? ¿De qué le sirve a una empresa con importantes inversiones en un país tener un código de conducta si el presidente de dicho país le pide que enchufe a su sobrino? ¿O si la empresa le permite utilizar el jet privado? ¿O si podrían incluir una «prima de firma» adicional para acelerar las negociaciones comerciales? ¿Y si no se trata de soborno, o de soborno bajo otro nombre, sino de una democracia decadente, de un levantamiento militar, de un abuso de derechos humanos o de limpieza étnica? ¿Qué papel, si es que queda alguno, puede desempeñar una empresa extranjera legítima con un interés legítimo en los diamantes? ¿Y quién tiene el derecho de decir que un Estado se está derrumbando? Estas preguntas recuerdan al síndrome de la rana hervida: se dice que al meter a una rana en agua hirviendo, la rana pega un salto para escapar, pero si se mete en agua fría y se va subiendo la temperatura la rana morirá hervida sin darse cuenta.

Las organizaciones que luchan por la introducción de normas de responsabilidad social corporativa suelen tomar un enfoque *ex post facto* hacia los casos de abuso más atroces. Es decir, tienen muy claro lo que las empresas deben y no deben hacer una vez que se les ha ido de las manos la situación. Las opiniones contrarias a la inversión extranjera en Sudáfrica durante el apartheid aparecieron mucho tiempo después de la institucionalización del apartheid. Quizá sí propusieron alternativas para los potenciales inversores aparecidos en la década de 1980, pero éstas no ayudarían mucho a los que ya estaban metidos en el ajo. Hoy en día no es muy conveniente invertir en Birmania, dada la naturaleza brutal y anti democrática del régimen, pero ¿en qué momento debería una empresa con intereses en la zona posicionarse,

quejarse u oponerse? ¿Cuáles serían las consecuencias para los accionistas de una empresa que «se queja»? ¿Cómo puede calcular un inversor empresarial los riesgos y el coste de actuar o no actuar en una situación política volátil, una situación que podría empeorar o mejorar al día siguiente? Las Directrices de la OCDE no dicen nada al respecto, y eso que estas cuestiones ganan en complejidad debido a la ética aplicada diferentes gobiernos occidentales.

La OCDE reconoció que las Directrices no ayudaban a gestionar estos problemas y volvió a intentar tratar el asunto en 2002 con un documento sobre «Empresas multinacionales en situaciones de conflicto violento y abusos de derechos humanos generalizados». ¹⁰ El estudio describe algunas de las condiciones en las que operan empresas extranjeras en países como Angola y el Congo, donde el marco fiscal, la transparencia y la rendición de cuentas no significan nada, y donde la confidencialidad forma parte de la mayoría de las relaciones del gobierno con el sector privado. Sólo hace falta añadir un toque de opresión de libertades políticas y civiles, o mezclar un poco de corrupción de nivel industrial, y pronto se hace patente que las recetas para la responsabilidad social corporativa no funcionan. Por ejemplo, en 2000 el FMI informó de que menos del dos por ciento del gasto público del Congo se «realizaba a través de procedimientos normales». La mayor parte del gasto procedía de ingresos desviados sin control a través de órdenes directas del banco central sin conocimiento de la tesorería y a través de lo que el FMI llamó eufemísticamente «la vía rápida». «La proliferación de canales paralelos impidió que el Ministerio de Finanzas pudiera registrar y controlar el gasto», si es que hubiera querido ejercer ese tipo de control. ¹¹

Nicky Oppenheimer explica lo que significa este fenómeno en la práctica: «Los recursos naturales pueden hacer mucho bien... o mucho mal. El elemento clave no es el recurso en sí, sino cómo se explora ese recurso. Si se utiliza un sistema de extracción ordenado dentro de un marco fiscal y legislativo transparente y predecible puede convertirse en una fuente de prosperidad para el gobierno y la población. Pero si no, la riqueza minera atraerá a los avariciosos y corruptos ansiosos de forrarse a expensas de la población». ¹² Lo complicado es acertar con cómo se debe proceder, es decir qué hacer con ese previsible marco fiscal y legislativo. ¹³

La jugada más fácil, si bien no la más comercial, podría ser hacer la maleta y poner tierra de por medio, salir antes de que la cosa explote. De Beers cerró la oficina de compras del Congo en 1999, pero eso no impidió que los diamantes congoleños llegaran a los mercados de todo el mundo. Simplemente impidió que De Beers hiciera negocios con ellos. Tras su marcha, llegaron empresas más pequeñas con el único objetivo de llenar el hueco que dejó De Beers, haciendo caso omiso a las directrices de la OCDE y del Grupo de Expertos de la ONU. Aunque 20 páginas del estudio de la OCDE analizan el problema, sólo cuatro folios hablan de «empresas multinacionales en busca de una solución». Dicha «solución» incluye la promoción de mayor transparencia en las transacciones económicas («siempre en cumplimiento con lo dispuesto en la legislación...»), la creación de fondos para el desarrollo para «futuras generaciones»; fondos de inversión socialmente responsables, e iniciativas anti corrupción para asociaciones industriales. Es decir, medidas que solucionan bien poco. De hecho, otro estudio de la OCDE examinó 246 códigos de conducta de empresas y asociaciones de empresas. Muchas trataban temas como las normas laborales y la gestión medioambiental; algunas el soborno; todas hablaban de medidas voluntarias; y ninguna parecía afectar el comportamiento empresarial en países como el Congo.

La industria del diamante también había creado una serie de códigos de conducta cuando el tema de los diamantes de guerra saltó a las portadas de todos los periódicos. En julio de 2000, De Beers adoptó unos «principios de buenas prácticas» por los que la empresa se comprometía a no comprar o comerciar con diamantes en bruto de «zonas en las que el negocio pudiera animar o apoyar el conflicto y el sufrimiento humano». También se exigía que los *sightholders* respetaran las mismas normas. Las bolsas de diamantes de todo el mundo anunciaron políticas para echar de sus filas a cualquier *diamantaire* que estuviera comerciando con diamantes de guerra. Una de las primeras fue la bolsa de Israel, la Israel Diamond Exchange. La bolsa de Amberes, Antwerp Diamond Bourse, pidió que sus 22 homólogos por todo el mundo emularan su política de «tolerancia cero para diamantes de guerra» y declaró que cualquier persona o empresa relacionada con el comercio de armas quedaría permanentemente excluida de la industria del diamante. Durante los siguientes dos años, los Grupos de Ex-

peritos de Sierra Leona, Angola, Liberia y el Congo elaboraron informes con nombres de docenas de personas físicas y jurídicas relacionadas con el comercio de diamantes de guerra y de armas. Pero ninguna de ellas fue excluida del negocio de los diamantes ni de ninguna de las bolsas de diamantes. La explicación generalizada sostenía que si la empresa no había violado ninguna ley nacional, sería deshonesto y legalmente punible que una bolsa de diamantes les robara su forma de ganarse la vida. Es decir, los códigos de conducta y la política de tolerancia cero no afectaban a los transgresores.

El capítulo 5 analiza los diamantes de la UNITA y la guerra de Angola. En el esfuerzo por intentar impedir que los rebeldes accedan a los diamantes de guerra, a veces se pierde de vista la otra cara de la moneda. No se puede negar que la UNITA fuera un movimiento brutal, ilegítimo y rebelde que financió la guerra con diamantes, pero el gobierno legítimo angoleño tampoco fue mucho mejor. Los pilares de su gestión fueron la corrupción, la mala gestión y la brutalidad. Los enormes ingresos procedentes del petróleo se emplearon en parte para luchar contra la UNITA, pero gran parte de los fondos desaparecieron y desde luego nunca ayudaron a la población que vivía en zonas controladas por el gobierno. En cuanto a los diamantes, la postura del gobierno angoleño ha sido como una montaña rusa de confusión, capricho y comportamientos arbitrarios, que tan pronto cancelaba un trato como respondía con nuevas ofertas cada dos años. Después de apoyar a De Beers en sus nuevas aventuras de extracción y sus acuerdos de ventas durante la década de 1990, aceptar sus préstamos Beers, así como la construcción de una fábrica de separación de diamantes en Luanda, el gobierno canceló arbitrariamente los acuerdos de venta con la empresa y con los demás compradores en el año 2000 para después firmar un acuerdo que beneficiaba a una empresa propia, AscCorp, y a dos nuevos agentes, el empresario ruso-israelí Lev Leviev y Sylvain Goldberg de Amberes (acusado posteriormente en Bélgica por un fraude fiscal de varios miles de millones de dólares). Son muchas las historias sobre la participación personal de altos funcionarios angoleños y sus familiares, entre otras cosas porque ninguno de los partidos mostró el más mínimo interés por las directrices de la OCDE y otros códigos de conducta sobre transparencia, fijación de precios y sobornos. De Beers, que se encontró con una deuda de cerca de 100 millo-

nes de dólares por parte del gobierno de Angola, acudió al Corte Internacional de Arbitraje y a la Comisión de las Naciones Unidas para el derecho mercantil internacional (y finalmente perdió). Pero el quid de la cuestión nunca fue la justicia. Siempre fueron los diamantes.

Tras enviar a varios agentes a visitar Angola en 2002, el FMI emitió un informe muy negativo. A pesar de estar envuelto en jerga bancaria anodina, tampoco cuesta tanto ver qué quería decir el FMI cuando hablaba de falta de transparencia en las operaciones gubernamentales. El informe afirmaba que el gobierno debía «identificar y eliminar o incluir en el registro de la tesorería todo gasto extrasupuestario o pseudo fiscal, e incluir la suma total de las primas procedentes del crudo». Se sintió obligado a mencionar que los ingresos gubernamentales debían canalizarse a través del banco central, pero también pedía una auditoría del banco central y de Sonangol, la empresa nacional de petróleo que siempre había estado rodeada de escándalos y que supuestamente ha llegado a extraviar hasta mil millones de dólares de ingresos cada año. Al igual que Nicky Oppenheimer, el FMI también habló de «temas de gobernanza» al comentar que los indicadores de pobreza no habían mejorado en los últimos años, y que la situación humanitaria había llegado a proporciones muy preocupantes. En 2006 se notaron algunas mejoras. La mayoría de los refugiados angoleños habían vuelto a casa y el FMI dijo que se había avanzado en materia de transparencia. Pero no mucho. Transparencia Internacional sigue situando a Angola entre los países más corruptos del mundo. La mayoría de la población vive con menos de 2 dólares al día. Angola ocupó el puesto 146 de Índice de Desarrollo Humano de Naciones Unidas en 2001, pero cayó hasta el 157 en 2008, situándose cerca del último puesto.

Pero en la industria del diamante, parece que nunca hay un «mal que por bien no venga». De Beers y el gobierno de Angola consiguieron arreglar sus terribles diferencias y en 2005 anunciaron un nuevo romance como si allí no hubiera pasado nada. El Director Gerente, Gary Ralfe, afirmó que De Beers «tenía ahora el firme compromiso de establecer una asociación exitosa». ¹⁴ Aunque De Beers se limitaría únicamente a la exploración, no era la única empresa que andaba por allí. Todos los grandes se habían encaminado hacia Angola: Petra Diamonds, SouthernEra, la principal empresa de ingeniería y cons-

trucción de América Latina, Odebrecht, y el gigante ruso Alrosa. El LKI de Maurice Tempelsman había vuelto al terreno de juego y Leviev estaba por todas partes.

Una de las propuestas para hacer frente al problema de la corrupción salió del Open Society Institute de George Soros y de un conjunto de ONGs entre las que se contaba Global Witness. Dichas organizaciones y una coalición de miembros de 70 países presentaron una campaña titulada «Publish What You Pay», una iniciativa para la transparencia de ingresos procedentes de recursos naturales que sostiene que todas las empresas de recursos que cotizan en bolsa deberían estar obligadas a revelar información sobre impuestos, derechos, tasas y demás transacción incurridas con los gobiernos de los países en los que operan. Si los ingresos se gestionaran de manera efectiva y transparente, podrían servir de base para fomentar el crecimiento nacional y reducir la pobreza. Según los organizadores de la campaña, el problema principal es que las instituciones estatales que gestionan dichos recursos no rinden cuentas, en demasiados casos, ni ante los parlamentos ni ante los ciudadanos de sus países. Los gobiernos y las empresas tampoco revelan los ingresos provenientes de la extracción de recursos naturales, a menudo porque se han creado deliberadamente restricciones legales para ocultar dicha información. Esta falta de transparencia abre las puertas a la corrupción y, en los casos más extremos, al conflicto.

El gobierno británico también analizó el asunto en la *Extractive Industries Transparency Initiative* (Iniciativa de Transparencia en la Industria de Extracción, EITI por sus siglas en inglés). En 2003, los británicos reunieron a funcionarios y directores de algunas de las principales empresas del mundo, como Anglo American, BHP Billiton, Rio Tinto, Shell, Chevron y BP, y propusieron un «pacto» sobre la transparencia que pretendía impedir que las empresas ocultaran —y los gobiernos obtuvieran— pagos ilegítimos. Algo que, evidentemente, beneficiaría a la ciudadanía empresarial siempre que el terreno estuviera equilibrado y a todos los jugadores se les exigiera el mismo comportamiento. En casi todos los ámbitos empresariales «exigir» es una palabra malsonante. El debate en una de las primeras reuniones sobre la iniciativa británica para la transparencia no tardó en centrarse en el escollo que desde siempre ha surgido alrededor de las Directrices de la OCDE y

la mayoría de los códigos de conducta empresariales: ¿los pactos han de ser voluntarios u obligatorios? Son cada vez más las empresas y los gobiernos que aprueban la EITI, pero se progresa muy lentamente. A principios de 2010 había 28 países «candidatos» a la EITI, pero sólo dos de ellos, Azerbaiyán y Liberia, fueron considerados «aceptables».

Es un tema complicado de entender para aquellos que no acostumbra a acudir a reuniones de este tipo de instituciones. En todos los países existen leyes contra el robo. Leyes que no son «voluntarias». En la mayoría de los países existen leyes contra los sobornos y la corrupción. Tampoco son «voluntarias», a no ser que los que administran la ley también sean corruptos. Si no son corruptos, ¿qué tienen que perder si se aprueba un pacto sobre transparencia corporativa obligatorio? Es una pregunta retórica. La verdad es que muchos funcionarios sí son corruptos y no les cuesta encontrar homólogos en el sector privado. Eso es lo que centra gran parte del debate sobre la responsabilidad social corporativa.

En la película *Piratas del Caribe*, Jack Sparrow intenta impedir su ejecución a manos del Capitán Barbossa al invocar el código pirata. Barbossa contesta que el código no son más que «directrices». Y lo pillan hasta los niños.

Cuando se trata de diamantes, en vez de citar las desdentadas directrices de la OCDE, el Grupo de Expertos de la ONU para la RDC debería haber echado mano de la definición básica de crímenes de guerra, para sustentar casos sobre los que tenía pruebas reales. Por ejemplo, la Constitución del Tribunal Militar incluye el «saqueo de propiedad pública o privada» como crimen de guerra y dice que «jefes, organizadores, instigadores y cómplices que participen en la planificación o realización de un plan común o conspiración para cometer crímenes [de guerra] se consideran responsables de todos los actos realizados por las personas que ejecuten dicho plan».¹⁵ El Fiscal del Tribunal Especial para Sierra Leona evidentemente consideró los precedentes de Núremberg. Al anunciar las primeras acusaciones en marzo de 2003, David Crane, citó a Robert Jackson, el fiscal jefe de EE. UU. en los juicios de Núremberg: «Podremos acabar con la tiranía, la violencia y la agresión impuesta por aquellos que están en el poder contra los derechos de su propia gente cuando sentemos a dichos hombres ante la justicia».

Con la entrada del nuevo siglo, el tema de las empresas de diamantes responsables no afectaba ya sólo a la industria congoleña o a la angoleña, sino a todo el sector del diamante. Al ignorar, condonar o participar en la corrupción en países como el Congo, Sierra Leona y Angola, una gran parte de la industria permitió que la herida se les infectara. Al ignorar la evasión fiscal y la utilización de diamantes para blanquear dinero, la industria acabó alentado esta práctica. Al ocultar los detalles de los contratos con —y los pagos a— gobiernos corruptos, apoyaron la malversación de fondos. Al simular durante años que los diamantes no tenían que ver con el recrudecimiento de los conflictos en África, comulgaron de manera tácita y tangible con el terrorismo, los abusos de derechos humanos, el Estado fallido y la muerte.

CAPÍTULO 11

LA TORMENTA DE HIELO: LA CAMPAÑA DE LAS ONGs

There's a battle outside and it's raging. It'll soon shake your windows and rattle your walls. For the times they are a'changing.

— Bob Dylan

A finales de 1992 no había duda de que el líder de los rebeldes angoleños Jonas Savimbi nunca abandonaría su misión hasta hacerse con el país, o morir. No obstante, 16 años de guerra habían hecho mella, y tanto él como su gobierno decidieron intentar salir del callejón sin salida en el que se encontraba a través de una consulta popular. Las elecciones se celebraron en septiembre de 1991, después de que se firmaran los acuerdos de paz. Las elecciones fueron relativamente justas y se registró una gran participación. Los angoleños también querían poner fin al conflicto, y esperaban que las urnas pudieran prevalecer sobre las balas. Savimbi no se hubiera arriesgado a jugar esa carta si no hubiera tenido una mínima certeza de poder ganar, y logró un porcentaje muy respetable. Su partido, la UNITA, se llevó el 40,7 por ciento de los votos presidenciales, contra el 49,6 por ciento de los votos del partido en el poder, el MPLA. Pero como líder de la oposición, Savimbi prefería la selva a la legislación, y no tardó en volver a la guerra. En el plazo de un año se registraron hasta mil muertos diarios como consecuencia del renovado conflicto. El gobierno se autofinanciaba con la venta de petróleo, y Savimbi con la venta de diamantes.

La presión internacional era cada vez mayor y se logró que ambas partes volvieran a sentarse a negociar a finales de 1993, dando como fruto un acuerdo firmado en Lusaka que establecía la creación de «un gobierno de unidad nacional», con miembros de ambos grupos en cargos clave. Se desplegó en la zona una fuerza de paz de la ONU para supervisar el acuerdo, pero como ocurre en tantas otras operaciones de paz, faltaban las condiciones básicas para garantizar una paz verdadera. La UNITA nunca se implicó activamente en el nuevo gobierno y tampoco renunció nunca al control que tenía sobre los puntos geográficos más estratégicos.

Todo libro de diamantes que se precie hace referencia al enigmático Maurice Tempelman, un estadounidense nacido en Bélgica que preside la Lazare Kaplan International, una empresa cuya facturación anual roza los 500 millones de dólares y que está especializada en diamantes de proporciones exquisitas y mucho más. Al contrario de lo que ocurre con De Beers, poco se ha escrito sobre Tempelman. En un libro de 550 páginas sobre la industria del diamante, el autor Chaim Even-Zohar sólo hace nueve referencias de soslayo al presidente y a su empresa, aunque los «conspiranoicos» han relacionado a Tempelman con casi todos los acontecimientos negativos surgidos en África desde la muerte de Patrice Lumumba y el derrocamiento de Kwame Nkrumah. Por contra, también se le suponen varias distinciones que resultan más fáciles de verificar. Tempelman, uno de los grandes donantes del Partido Demócrata estadounidense, ha forjado grandes amistades con varios presidentes de EE. UU. Viajó con Bill Clinton a Moscú en 1995 a bordo del avión presidencial, el Air Force One, y ha pasado más de un día navegando en la zona de Martha's Vineyard con los inquilinos de turno de la Casa Blanca. Su labor como coleccionista de arte le ha permitido formar parte de varios comités, tales como la *Academy of American Poets* (una ONG dedicada a la poesía), el *African American Institute*, el *Center for International Policy* (Centro para la Política Internacional) y el *International Advisory Council of the Harvard AIDS Institute* (Consejo consultivo internacional del Instituto para el estudio del SIDA de Harvard), entre otros. Participó directamente en la creación del New Partnership for Africa's Development (NEPAD). Fue compañero incansable de Jackie Kennedy durante más de un década y estaba a su lado cuando ésta murió. En 2003, a la edad de 73 años, Tem-

pelsman recibió un premio a toda su carrera, en presencia de los presidentes de Botsuana y Senegal, por su «constante compromiso con el desarrollo económico de África».

Un premio sin duda adecuado, entre otras cosas porque Tempelsman se había esforzado por trabajar con casi todo el mundo el África, aunque no lo hizo sólo para apoyar el desarrollo económico del país, sino también el suyo propio. Entabló una relación muy cercana con Mobutu Sese Seko y se dice que allanó el camino de De Beers en el Congo. A pesar de su amistad con Mobutu, Tempelsman presenció la llegada del joven Joseph Kabila en Washington en enero de 2001, dos semanas tras el asesinato de su padre. Tempelsman le dijo al nuevo presidente que tenía ante sí un reto y una oportunidad sin precedentes para llevar la paz y la prosperidad al Congo, y añadió que podía contar, según Tempelsman, con la comunidad empresarial de EE. UU. para lo que quisiera.¹

No obstante, en 1996 fue Angola quien puso a prueba el poder de su influencia. Durante un periodo en el que reinaba una aparente paz entre UNITA y gobierno, ninguno de los presentes podía ignorar el hecho de que Savimbi no cejaría en su empeño de hacerse con el poder y con los diamantes. Tempelsman diseñó una propuesta para la distribución de diamantes a fin de que la UNITA mantuviera los derechos sobre algunas de sus operaciones de diamantes como forma de financiar un partido político que muchos veían como parte de un proceso democrático. La clave del acuerdo era el dinero, dado que se necesitaba una gran inversión para financiar la compra de equipos de extracción profunda muy caros. Para ello, Tempelsman tuvo que recurrir al US Export-Import Bank, una agencia federal independiente. El acuerdo sería parecido la línea de crédito de 62 millones de dólares de Ex-Im que Tempelsman estaba intentando gestionar para Alrosa, el gigante de los diamantes ruso. El problema es que el Ex-Im Bank había descartado a Angola en la década de 1970 al alegar que en el país no se celebraban «elecciones libres y justas». Para salir airoso del entuerto burocrático y saltarse la legislación, Tempelsman acudió al Consejero de Seguridad Nacional, Anthony Lake, al Subsecretario de Estado, George Moose, y a diversas personas más para que le regalaran los oídos a Ex-Im. Se hicieron llamadas y se enviaron cartas. Según un funcionario, la propuesta se procesó con una «celeridad desconocida»,

y los administrativos del Departamento de Estado recibieron la orden de «apoyar a Tempelsman». ² Tempelsman contaba con la ayuda de su abogado, Ted Sorensen —que anteriormente se dedicó a escribir los discursos y ocupó el cargo de Consejero Especial del presidente Kennedy—, por lo que también se beneficiaría, sin duda, de su amistad con el presidente actual y de sus generosas donaciones al Partido Demócrata.

Según Sorensen: «Maurice Tempelsman ha hecho todo cuanto está en su mano para llevar a buen puerto el proceso de paz». Se le olvidó mencionar que Tempelsman se convertiría en el principal comprador de los diamantes del acuerdo que intentaba encauzar —un acuerdo por valor de miles de millones de dólares. Al final, el acuerdo fracasó por las sospechas del gobierno angoleño y las preocupaciones bien fundadas del Departamento de Estado sobre hacer negocio con una industria sucia en un país sucio. ³ El combate volvió a estallar cuando las fuerzas del gobierno comenzaron a acercarse a territorio de la UNITA. Pero la posición militar de Savimbi comenzó a debilitarse en 1997 con la caída de su inquebrantable apoyo congoleño, Mobutu Sese Seko. Al saberse más aislando, Savimbi se volvió más desesperado. La desesperación le hizo ser más sádico. En 1998, la guerra de Angola se encontraba en su momento álgido, y el país estaba en el punto de mira de Naciones Unidas. Los diferentes altos el fuego, los acuerdos de paz y las elecciones habían sido consecuencia de los grandes esfuerzos realizados por el Consejo de Seguridad para extinguir los violentos legados del colonialismo y la Guerra Fría. Tras la caída del Muro de Berlín se esperaba la llegada de una época de paz mundial, incluso en Angola donde la guerra subsidiaria entre Estados Unidos y la Unión Soviética perdió rápidamente su relevancia geopolítica. Las tropas cubanas podían irse a casa, Sudáfrica podía retirarse, se celebrarían elecciones y todos podrían dar un paso hacia las luminosas y soleadas praderas de la paz y la prosperidad. Pero las largas guerras que han causado la muerte de cientos de miles de personas no suelen concluir así.

La primera Misión de Verificación de la ONU en Angola (UNAVEM) se constituyó a finales de la Guerra Fría para supervisar y verificar la retirada de las tropas cubanas. Concluyó en 1991 y tuvo un coste de 16 millones de dólares. La segunda misión, UNAVEM II se consti-

tuyó para verificar el alto el fuego y supervisar las elecciones de 1992. UNAVEM II se compuso de 350 observadores militares y, durante un tiempo, hasta 400 observadores electorales, con un coste total de 175 millones de dólares. UNAVEM II luchó por sobrevivir con uñas y dientes cuando el país volvió a la guerra. En 1995 se puso en marcha una nueva operación de paz. Entre febrero de 1995 y junio de 1997, UNAVEM III contaba con algo más de 6000 efectivos, observadores y policías en Angola, con un coste de más de 750 millones de dólares a finales de 1996. No obstante, en verano de 1997 quedaba poca paz que mantener, y el Consejo de Seguridad decidió sacar las tropas del país.

El mundo diplomático no suele reconocer sus fracasos, así que el Consejo de Seguridad optó por redactarlo como sigue: «Tras reconocer la gran aportación de la Misión de Verificación de la ONU en Angola (UNAVEM III) para el restablecimiento de la paz y el proceso de reconciliación nacional del país, el Consejo de Seguridad decidió el lunes la creación de la Misión de Observadores de las Naciones Unidas en Angola (MONUA), con entrada en vigor el 1 de julio».⁴ Esta nueva misión de seguimiento sustituyó a la UNAVEM III. La MONUA se creó con el objetivo de «ayudar a los partidos angoleños a consolidar la paz y lograr la reconciliación nacional, promoviendo la confianza y creando un entorno que propicie una estabilidad a largo plazo, así como el desarrollo democrático y la rehabilitación del país».⁵ George Orwell no lo hubiera dicho mejor en su *Neolengua*, ese idioma en el que «la expresión de opiniones no ortodoxas, por encima de un nivel muy bajo, era prácticamente imposible».⁶ Tal y como aparece en la novela de Orwell 1984: «Guerra es paz; libertad es esclavitud; ignorancia es poder».

En el caso de Angola, «guerra» significaba «paz» (o paz significaba guerra), y el objetivo principal de la MONUA no era tanto «consolidar» una paz inexistente como sacar a la ONU del atolladero que era Angola. La MONUA pasó la mayor parte de los 18 meses que estuvo sobre el terreno reduciendo la plantilla de 3.500 efectivos con los que llegó a la zona. Había menos de 400 cuando se retiró por completo en febrero de 1999. La operación MONUA había costado 300 millones de dólares y había logrado muy poco más que la retirada. Las cuatro operaciones de paz de la ONU habían costado más de mil millones de dólares, además de la vida a 54 efectivos de la organización, entre ellos

el Representante Especial del Secretario General, Alioune Beye, que murió junto con otros cinco empleados de la ONU y dos pilotos en un accidente aéreo en junio de 1998.

El Consejo de Seguridad había intentado solucionar el conflicto por otras vías. Impuso sanciones contra la UNITA en 1993 cuando Savimbi se negó a aceptar los resultados las elecciones de 1992, y se prohibieron las armas, el material militar y el petróleo. Cuando el Consejo de Seguridad toma una decisión, todos los gobiernos del mundo están obligados a cumplirla. Por tanto, Savimbi no debería haber podido acceder a armas o petróleo. Pero no fue así. Países de toda África y de todo el mundo simplemente desoyeron las sanciones, en parte porque Savimbi disponía de dinero suficiente para pagar lo que quisiera y, en parte, porque los gobiernos y los empresarios que incumplían las sanciones sabían que habría pocas, o ninguna, consecuencia. Consciente del aspecto económico del problema, el Consejo de Seguridad reforzó las sanciones en 1997 y congeló las cuentas de la UNITA, cerró sus oficinas en el extranjero e impuso a altos funcionarios de la UNITA la prohibición de viajar. Finalmente comenzaron a quitarse la venda de los ojos, y en junio de 1998 el Consejo de Seguridad reconoció que los diamantes eran la clave de la supervivencia de Savimbi. Prohibió la compra de diamantes originarios de Angola, a no ser que hubieran sido legitimados por el gobierno de Luanda. Pero la prohibición fue ignorada, al igual que ocurriera con tantas otras sanciones del Consejo de Seguridad. Con una excepción.

Una pequeña ONG trabajaba desde una destartalada oficina en un edificio que antaño fue un colegio primario en uno de los barrios más pobres del distrito de Archway, en Londres, y estaba prestando atención a lo que ocurría. Cinco años antes, tres activistas habían decidido abandonar la Environmental Investigation Agency (EIA, por sus siglas en inglés) y habían montado Global Witness, una ONG dedicada también al crimen medioambiental, pero con otro objetivo. Mientras que los objetivos de la EIA eran puramente medioambientales —tigres, elefantes, osos, orangutanes—, Global Witness se centraba en las personas. Su primera campaña tuvo como objetivo la tala ilegal en Camboya, no porque les preocupara la deforestación, sino porque descubrieron que las ganancias beneficiaban a los khmeres rojos y alimentaban su guerra de retaguardia contra el gobierno.

Global Witness se centró después hacia en papel que desempeñaban los diamantes en la guerra de Angola. En su informe de diciembre de 1998, titulado «*A Rough Trade*», se demostraba que el embargo de la ONU sobre los diamantes de la UNITA se vulneraba abiertamente. La «falta de entendimiento y de meticulosidad gubernamental sobre el funcionamiento del negocio del diamante ha provocado la práctica ausencia de cualquier investigación sobre culpabilidad corporativa, permitiendo así que las empresas de diamantes sigan operando sin temor a que sus acciones puedan ser cuestionadas por sus clientes».⁷ El informe de Global Witness postulaba que la UNITA había obtenido al menos 3,72 mil millones de dólares de beneficios de los diamantes entre 1992 y 1998, y que 300.000 angoleños habían muerto de forma violenta entre 1992 y 1995. Señalaban a dos culpables: De Beers y el mercado del diamante de Amberes. Global Witness citó los propios informes anuales de De Beers para demostrar la compra de mercancía angoleña, sin duda procedente de la UNITA. Acusó a las autoridades belgas de incompetencia, o conspiración incluso, por no detener la llegada de diamantes ilegales procedentes de Angola.

El informe de Global Witness no ocupaba más que quince páginas, pero cayó como una bomba en los círculos del mundo del diamante. Acusaron a la organización de ser una herramienta de De Beers, la CIA, la industria petrolífera y la gran empresa minera BHP Billiton. El informe también causó bastante revuelo en la ONU, porque demostraba la falta de firmeza de las sanciones y embargos impuestos por el Consejo de Seguridad de la ONU, que quizá se debatían largo y tendido en Nueva York, pero que eran ignorados posteriormente por la UNITA, el mercado negro de los diamantes y las armas, aunque principalmente también por muchos de los gobiernos de los países vecinos de Angola.

En 1999 las cosas empezaron a cambiar en el Consejo de Seguridad. A Canadá, elegida para ocupar uno de los dos escaños bianuales de turno, se le propuso presidir el Comité de Sanciones para Iraq. Sin embargo, Robert Fowler, el embajador de Canadá ante la ONU, prefirió trabajar con Angola y convenció al Consejo para cambiar el enfoque. En lugar de aprobar más resoluciones, debían ser más agresivos a la hora de detener la violación de sus sanciones, tal y como se desprendía de las peticiones y alegaciones de Global Witness. En mayo de

1999, el Consejo de Seguridad accedió a crear un «grupo de expertos» dedicado a analizar las violaciones de sanciones sobre el tráfico de armas, el petróleo y los diamantes, y a investigar el movimiento de los fondos de la UNITA. El grupo, compuesto por personas de diez países diferentes, se reunió en Nueva York a finales de agosto para comenzar una tarea que les llevaría a recorrer 30 países en busca de la verdad sobre los diamantes de guerra de Angola.

Sin ser conscientes de lo que estaba haciendo Global Witness, otra ONG, en esta ocasión de origen canadiense llamada Partnership Africa Canada (Partenariado África Canadá, PAC por sus siglas en inglés), también había empezado a analizar el asunto de los diamantes. En 1998, un grupo de personas procedentes de Sierra Leona y Canadá comenzó a reunirse en la oficina del PAC situada en la planta superior de una mansión victoriana en Ottawa, Canadá. En lo que antaño fue el salón de la casa, sita en el número 323 de Chapel Street, se exhibían fotografías antiguas de lo que un día fuera una de las casas más grandes y lujosas de la ciudad. A día de hoy la construcción se mantiene intacta, si bien se hacen ya visibles el paso de los cien años que tiene a sus espaldas, y se ha convertido en la guarida de oficinas y salas de reuniones de varias ONGs. El PAC se reunía en lo que un día fueran las estancias de los sirvientes, y allí diseñó un programa para recaudar fondos destinados a poner en marcha trabajos de paz en Sierra Leona, con la esperanza de que el gobierno canadiense se fijara en lo que, a todas luces, se había convertido básicamente en una emergencia olvidada. Sierra Leona nunca fue una pieza clave durante la Guerra Fría, nunca había sido un lugar de gran importancia estratégica o geopolítica para los acaudalados países que donaban ayuda internacional, y según iba siendo devorada por los horrores de la guerra, no logró atraer la atención del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, ni la generosidad de la que había hecho gala —con tan poco éxito— en Angola. En una reunión del PAC celebrada en 1998, uno de los participantes dio cuenta de su frustración al verse ante una situación que parecía insalvable. «Esta guerra la provocan los diamantes, y estaremos perdiendo el tiempo hasta que alguien haga algo con respecto a ese tema».

La historia de cómo tres investigadores del PAC se unieron, lograron financiación y redactaron un informe sobre los diamantes y la

guerra en Sierra Leona da cuerpo al prólogo de este libro. Fue necesario casi todo un año, el año 1999, para escribir *The Heart of the Matter: Sierra Leone, Diamonds and Human Security* (El revés de la trama: Sierra Leona, Diamantes y Seguridad Humana).⁸ El título hacía referencia a la deprimente novela de Graham Greene publicada en 1948, *El revés de la trama*, que se desarrollaba en la colonia británica de Sierra Leona y utilizaba los diamantes para conducir una historia sobre corrupción y melancolía. El informe del PAC hablaba de la historia del Frente Revolucionario Unido (FRU) de Sierra Leona, un movimiento rebelde sin ideología, trasfondo étnico ni reivindicaciones sobre el territorio. Charles Taylor, el señor de la guerra liberiano, había financiado los primeros periodos de su propia guerra con la venta de madera. Tal y como Global Witness había demostrado en su informe sobre Camboya, el mercado para madera noble es muy lucrativo. Tras hacerse con un puerto, Taylor se vio con la mercancía y los medios para exportarla. Pero los diamantes eran todavía más lucrativos. Taylor apoyó a un Frente Revolucionario Unido recién creado por Sanko con base en Liberia, armas y un mercado para todo lo que pudieran robar de Sierra Leona. La marca de la casa del FRU, cortarle las manos y los pies a los civiles, a veces incluso a niños pequeños, se impuso como una técnica terrorífica que vació efectivamente los yacimientos aluviales de diamantes.

El revés de la trama seguía la historia de los diamantes de Sierra Leona desde su descenso a los infiernos de la corrupción en la década de 1970 hasta el año 1999, cuando ya casi no existía una industria formal de extracción de diamantes. Para entonces, el gobierno prácticamente no supervisaba las exportaciones de diamantes, mientras que al otro lado de la frontera, en Liberia, las exportaciones de diamantes funcionaban a pleno rendimiento. En la década de 1990, a Bélgica llegaban diamantes por valor de miles de millones de dólares cuyo origen —supuestamente— era Liberia. Tal y como se ha visto en el capítulo 6, la producción de diamantes de Liberia es insignificante. El informe de Partnership Africa Canada arrojó luz sobre un fraude de enormes proporciones. Acusó a toda la industria del diamante de ser cómplice de la trama. Acusó a las autoridades belgas de mirar hacia otro lado ante la enorme corrupción con tal de proteger la industria de diamantes de Amberes.

Al igual que hiciera el informe de Global Witness publicado un año antes, el informe del PAC saltó a los titulares de todo el mundo, Gran Bretaña, Bélgica, Canadá, Sierra Leona, Sudáfrica y otros muchos. Se publicaron artículos y reportajes en importantes periódicos internacionales como *The Financial Times*, *The Guardian*, *The Los Angeles Times*, *De Morgen*, *The Globe and Mail*, *De Volkskrant*, *La Presse*, *The International Herald Tribune*, entre muchos otros. El tema apareció en las cadenas de televisión CNN, BBC, CBC, Reuters y Associated Press. La mayoría se mostraban horrorizados al conocer la conexión entre los diamantes —ese supuesto símbolo del amor— y la brutalidad rampante de Sierra Leona. No obstante, algunos de los medios belgas lo tildaron de conspiración. La primera mina de diamantes canadiense estaba a punto de echar a andar. El Presidente del Comité de Sanciones para Angola y motor del grupo de expertos de la ONU era el embajador de Canadá ante la ONU, Robert Fowler. Y, de repente, una ONG canadiense había publicado un informe que dedicaba una docena de sus 85 páginas a atacar la industria del diamante belga.

Gran parte del informe del PAC describía la estructura y naturaleza de la industria del diamante en general, y hacía referencia al papel clave que desempeñaba Amberes, no sólo dentro de la industria legal, sino también de la ilegal. El PAC demostraba que las supuestas importaciones de diamantes en bruto que llegaban a Bélgica no tenían nada que ver con la capacidad de producción de los países de los que supuestamente procedían. Se recibían cargamentos de diamantes por valor de miles de millones de dólares de Liberia, Côte d'Ivoire, Guinea, países que no podrían haber producido tanto ni de lejos.⁹ Las autoridades belgas no sólo hacían caso omiso a las enormes discrepancias reflejadas en sus propias estadísticas, sino que había un gran conflicto de intereses en cuanto a la supervisión de las importaciones. El departamento de diamantes del HRD (las siglas en flamenco del *Hoge Raad voor Diamant* o Consejo Superior del Diamante) actuaba en nombre del gobierno haciendo las veces de oficina de aduanas para las importaciones y exportaciones de diamantes. Como un grupo de presión no gubernamental que actuaba en nombre de la industria del diamante, no se podía decir que el HRD fuera una parte desinteresada.

El informe del PAC revolucionó el mundo del diamante, pero también el de Sierra Leona, donde cualquier persona medianamente adul-

ta sabía de la existencia de los diamantes, pero nunca habían visto en toda su vida algo parecido a un debate público sobre el asunto. Pocos habitantes dudaban de que los diamantes fueran la causa de sus problemas. Habían visto cómo el FRU se hacía con los yacimientos de diamantes para alimentar la máquina de guerra de los rebeldes y cómo se deshacía de lo poco que quedaba de la autoridad gubernamental, enviándola de vuelta hacia la península de Freetown. Habían visto a mercenarios luchar contra el FRU a cambio de concesiones de diamantes, habían visto cómo el gobierno, acorralado, dejaba que Estados Unidos lo sentara a la mesa para firmar uno de los acuerdos más cínicos e injustos de la historia de África, todo un logro.

Al igual que Global Witness, el PAC también fue acusado de muchas cosas, entre otras de ser aliado de De Beers, quizá, en parte, porque el informe se mostraba relativamente objetivo para con el gigante de los diamantes, algo que parecía atípico en una ONG. «De Beers es parte del problema», se podía leer, «no hay duda de que compra diamantes de una amplia red de fuentes dudosas, con o sin conocimiento. No obstante, el alcance de su control es también su mayor ventaja, y el camino que hay que seguir para poner fin al problema. Si De Beers se interesara más por países como Sierra Leona y dejara de comprar ingentes cantidades de diamantes de países con una producción mínima se podría poner fin a los altos niveles actuales de robo y contrabando». El PAC utilizó un tono moderado para hacer referencia al problema de De Beers, y De Beers contestó en la misma línea. La empresa dijo que el informe contenía muchos datos erróneos, que «en su mayoría no afectan al tema clave del informe». De Beers dijo «acoger la iniciativa puesta en marcha por Partnership Africa Canada para arrojar luz sobre la trágica situación de Sierra Leona», pero también subrayó la importancia de la industria legítima del diamante para muchos países.

Por amable que pareciera a primera vista, en la nota de prensa de De Beers subyacía un elemento que presagiaba la descarga de una inminente tormenta. La nota de prensa afirmaba que a la empresa le causaba «gran preocupación el hecho de que las acciones desarrolladas o iniciadas por grupos de presión pudieran dañar involuntariamente el mercado legítimo internacional del diamante, sin lograr el objetivo principal que era llevar la paz a determinadas partes de África». Y pro-

seguía diciendo que «esta campaña torpe podría llegar tener consecuencias desastrosas» y advertía de «la fuerza inútil de la amenaza de un boicot por parte de los consumidores».¹⁰ De Beers también citó al antiguo presidente de Sudáfrica, Nelson Mandela, que tras el fin del apartheid pareció cambiar de opinión sobre la eficacia política de los boicots. Según Mandela, «la industria del diamante es vital para la economía de Sudáfrica y de África Meridional. Sería muy preocupante que una campaña internacional relacionada con estas cuestiones dañara esta industria tan importante. En vez de realizar boicots, sería mejor que la industria desarrollara sus propias iniciativas para tomar una postura progresista en cuanto a los temas de derechos humanos».¹¹ En realidad, hasta la fecha, los únicos que habían hablado de boicot eran De Beers y Mandela. El informe del PAC quería poner en marcha una «campaña» cuyo objetivo sería «suscitar un mayor interés entre el público, las instituciones públicas y la industria del diamante para hacer exactamente lo que sugiere el Sr. Mandela. [...] El objetivo de la campaña sería ayudar a la industria a responsabilizarse de sus acciones. No es cuestión de dañarla, sino de mejorarla».¹²

En realidad, De Beers y toda la industria del diamante estaban bastante alarmados por el creciente quórum sobre los diamantes de guerra. Un mes antes de la publicación del informe del PAC, Tony Hall, un congresista demócrata de Ohio, había tomado la palabra en la Cámara de Representantes de EE. UU. para proponer una ley que bautizó como «Consumer Access to a Responsible Accounting for Trade» o la Ley CARAT, que apoyaba la transparencia en las relaciones comerciales. Si se aprobaba la ley, los importadores estarían obligados a demostrar que la mercancía no procedía de una zona de guerra. Hall fue voluntario con un cuerpo de paz durante la década de 1960 y entró en la Cámara de Representantes en 1979. Como congresista había viajado por todo el mundo defendiendo los derechos humanos y luchando contra el hambre en el mundo. Cuando se dirigió a la Cámara de Representantes el 1 de noviembre de 1999 habló del Frente Revolucionario Unido de Sierra Leona:

«Gracias a los ingresos procedentes de las minas de diamantes nunca les han faltado las mejores armas ni el mejor material, armas con las que estos carniceros han cortado las manos y los

brazos de civiles como castigo por votar. En total, exportaciones de diamantes por valor de 200 millones de dólares anuales han financiado un baño de sangre que ha causado la muerte de 50.000 personas en Sierra Leona durante esta década. La interminable guerra de Angola también sirve como ejemplo. Los rebeldes se enfrentan en una guerra que ha matado a un millón de personas, ha provocado más de un millón de desplazados durante el último año y ahora la amenaza de la hambruna planea sobre dos millones de personas. Para financiar armas, entre las que se cuentan las minas terrestres que hacen de Angola el lugar más peligroso del mundo, los rebeldes tiran de los ingresos procedentes de los diamantes, que han ascendido a casi 4 mil millones de dólares esta década. Movidos por su avaricia y su brutalidad cobarde, los rebeldes y los comerciantes de diamantes sucios se juegan acabar con el atractivo de estas piedras para los consumidores, y su potencial para las naciones africanas empobrecidas. Creo que la Ley CARAT ayudará a proteger estas democracias de la vergüenza que estos bandidos están introduciendo en el negocio de los diamantes».¹³

Hall se mostró todavía más encendido un mes más tarde cuando volvió de una visita a Sierra Leona realizada junto con el congresista republicano Frank Wolf, otro activista de derechos humanos con gran interés en la situación africana. A pesar de sus diferencias políticas, Hall y Wolf se convirtieron en camaradas en el tema de los diamantes, hasta el punto de que Wolf prestó todo su apoyo al Proyecto de Ley CARAT cuando se revisó en el año 2000. Él también se dirigió a la cámara tras visitar a amputados en Sierra Leona. «La guerra civil se financia principalmente con la venta irregular de diamantes», afirmó. «El problema no es sólo que los ingresos se utilicen para financiar una guerra del terror contra la gente de Sierra Leona, sino que la población también está siendo privada de los beneficios que estos recursos naturales podrían ofrecer a la sociedad. La aprobación de la ley propuesta por el congresista Hall sería un gran paso adelante para poner fin a esta práctica».¹⁴

En marzo de 2000 se publicó el informe del Grupo de Expertos de la ONU para Angola. El «Informe Fowler», como se conoce, fue un hi-

to en la historia de la ONU. Atrás quedaba la *neolengua* diplomática. El informe no solo era directo, sino que por primera vez en la historia señalaba directamente a jefes de estado por su complacencia con la violación de las sanciones impuestas. Según el informe, en 1993 Jonas Savimbi envió al Coronel Alcides Lucas Kangunga (conocido como «Kallias») a cerrar acuerdos con el presidente de Togo, Gnassingbé Eyadéma. Kallias facilitó armamento a la UNITA a través de Togo, con certificado de usuario final togoleño. Eyadéma podría haberse llevado el 20 por ciento de cada cargamento, en efectivo o en especie. Según el informe, «Kallias mostró a Eyadéma se agradecimiento con un paquete de diamantes del tamaño de un pasaporte, de parte de Savimbi». ¹⁵ La conexión con Togo se reafirmó en 1997 tras la caída de Mobutu Sese Seko, con quien Savimbi tenía un acuerdo similar: «Mobutu le facilitaba a Savimbi certificados de usuario final de Zaire, y a cambio Savimbi le daba a Mobutu diamantes y efectivo». ¹⁶ El vicepresidente (y ahora presidente) de Ruanda, Paul Kagame, también ayudó a Savimbi. Otro de sus partidarios fue el presidente de Burkina Faso, Blaise Compaoré, que también ayudó a Charles Taylor a violar las sanciones impuestas sobre Liberia y dio apoyo directo al sangriento FRU de Sierra Leona. El Grupo informó de que Savimbi llamaba al presidente Compaoré para informarle de que una delegación con diamantes partía hacia Ouagadougou. Al llegar, «se reunían con gente del presidente que les proporcionaban protección y escolta. Las medidas eran necesarias no sólo para garantizar que no encontraran problemas en la aduana o con otras autoridades de Burkinabe, sino para garantizar la seguridad de los diamantes o del dinero en efectivo durante la estancia de la delegación en el país». ¹⁷ El informe también resaltaba que los diamantes de la UNITA pasaban de contrabando a través de Zambia, Namibia y Sudáfrica. También se despachaba a gusto con Bélgica, donde según el informe «las autoridades no han podido establecer un sistema de identificación de importaciones efectivo para la industria del diamante. Tampoco se ha esforzado por supervisar la actividad de comerciantes, corredores y representantes sospechosos, dado que prácticamente todos viajan y operan libremente». ¹⁸

Mientras que De Beers hablaba educadamente del peligro de los boicots, otras partes de la industria del diamante empezaban a ponerse nerviosos. Martin Rapaport es un importante iconoclasta de la indus-

tria del diamante que vive a caballo entre Nueva York y Ramat Gan, el distrito del diamante de Tel Aviv. Conocido como «Rap» y «Mike», además de como Martin, su naturaleza paternal a veces ocultaba su fuerte carácter, alimentado por largos días y noches a la cabeza de una enorme familia y una red de empresas y publicaciones, como la influyente publicación mensual *Rapaport Diamond Report*. En noviembre de 1999 escribió un alambicado artículo sobre los diamantes y la guerra en África. Utilizó por primera vez el término «diamantes de guerra». Definió a Global Witness como «una organización de derechos humanos alborotadora y pesada que se dedica a pasearse por el mundo siendo testigo de atrocidades que recoge y documenta. Pero no sólo es testigo, sino que luego responsabiliza y hace sentir culpables a gobiernos poderosos y a organizaciones que pueden hacer algo por poner fin a toda esa maldad».

A pesar de mostrarse abierto a estudiar el tema, Rapaport tenía sospechas sobre todas estas supuestas «cosas malas». «Quizá la industria del diamante se haya tomado como chivo expiatorio, como un blanco fácil y manipulable por la clase política dirigente porque vendemos un producto de alta calidad que creen que quedará dañado por la mala publicidad», postulaba. «¿Debemos permitir que nos chantajeen para apoyar a la FAA (Fuerzas Armadas Angoleñas) contra la UNITA? ¿Los políticos se mueven por motivaciones humanitarias? ¿O son más bien económicas? ¿Estará relacionado con las reservas de petróleo de Angola? ¿Y si la clase política dirigente está utilizando la industria del diamante como un blanco falso, para demostrarle al mundo que los políticos supuestamente están intentando poner fin a la guerra, pero en realidad están apoyando la guerra con la compra de petróleo y la venta de armas?».

«Sinceramente me parece que la situación apesta», concluyó. «No puedo responder a estas preguntas. Ni siquiera sé si tienen respuesta, si se puede poner fin a las guerras. Pero lo que sí sé es que visto el papel que ha desempeñado África históricamente para los gobiernos extranjeros, la industria del diamante debería andarse con pies de plomo y sospechar de las intenciones de todas las partes relacionadas con este tema. Hemos de ser muy cautos a la hora de dejarnos manipular».¹⁹

Cuatro meses después, Rapaport viajó a Sierra Leona para ver de primera mano lo que se cocía. Al volver había cambiado el chip. «No sé cómo contar esto», escribió en un artículo titulado «Guilt Trip». ²⁰ «No tengo palabras para describir lo que he visto en Sierra Leona. Mi mente intenta bloquear todas las cosas terribles, negar la realidad imposible. Pero las imágenes del campo de amputados siguen atormentándome y sigo oyendo las voces de las víctimas. Los supervivientes me pedían que contara lo que les ha pasado. Que contara lo que han provocado los diamantes».

«Amigos y miembros de la industria del diamante. Párense a pensar por un momento. Lean lo que les digo. Quizá sea hora de que tomemos conciencia de que lo que está ocurriendo en Sierra Leona sí nos concierne. Quizá si merezca nuestra atención. [...] El verdadero problema que afecta a Sierra Leona es cómo evitar que la industria ilegal de diamantes robe los recursos nacionales. Pero va más allá de eso. Estos cabrones no se limitan a robar los diamantes de Sierra Leona, sino que los cambian por armas. Armas que utilizan para matar a gente, para avivar la guerra, para garantizar que el gobierno no pueda controlar el comercio ilegal, para garantizar que los malos puedan seguir robando diamantes... Si bien la industria en general no puede resolver todos los problemas de Sierra Leona, sí podemos —y debemos— tomar medidas realistas para garantizar que los diamantes ilegales quedan excluidos del mercado».

Rapaport, al que la industria también consideraba un alborotador pesado, proponía una serie de soluciones. Una era económica: pagar precios justos a las personas que extraen los diamantes en países como Sierra Leona con el objetivo de garantizar que todos los habitantes que vivían cerca de una mina supieran el valor que tenían los diamantes en realidad. Una política de precios transparentes y la entrega inmediata de los beneficios a las comunidades mineras a fin de reducir considerablemente la presencia de contrabandistas. También hablaba de la importancia de establecer un sistema voluntario de transparencia sobre la procedencia de los diamantes. «La industria del diamante debe reforzar las normas. Los tiempos en los que uno podía despreocuparse

del origen de los diamantes están llegando a su fin. Debemos unir fuerzas para garantizar que podemos asegurar el origen legítimo de nuestros diamantes y la legitimidad de la industria del diamante. Lo importante de la cuestión es que la industria debe dejar de comerciar con diamantes de origen cuestionable. Si no se sabe de dónde o de quién procede el diamante, no se compra».

Global Witness recomendaba que el Consejo de Seguridad de la ONU obligara a que todos los diamantes portaran un certificado de origen, sujeto a análisis independiente por expertos en diamantes de renombre internacional. Partnership Africa Canada recomendó la creación de una comisión independiente internacional para los diamantes. Rapaport recomendó más autorregulación dentro de la industria y Tony Hall propuso una ley nacional para controlar la industria del diamante. No fueron las únicas recomendaciones, pero éstas sentarían las bases de los debates que comenzaron a surgir en meses posteriores. El Informe Fowler recomendó que una conferencia de expertos se reuniera «para diseñar un sistema de control que pudiera aumentar la transparencia y la responsabilidad a fin de controlar los diamantes desde su lugar de origen o procedencia hasta las bolsas».²¹

A principios de 2000, Global Witness, PAC, Fowler, Rapaport, Tony Hall y De Beers ya se conocían, y otras ONGs se sumaban a la iniciativa, entre ellas *Physicians for Human Rights* en los Estados Unidos, *Fatal Transactions in Europe*, *Human Rights Watch* y *ActionAid* en Gran Bretaña, Amnistía Internacional y dos de las mayores ONGs del mundo: Oxfam y World Vision. Al mismo tiempo, y pese a los informes, y pese a la creciente aceptación de —al menos— parte de su culpa, la guerra de Sierra Leona, Angola y el Congo siguieron fuertes, y los diamantes seguían llegando desde los ejércitos rebeldes hasta los centros de corte y pulido de la industria legítima. El campo estaba listo para la batalla, y los bandos estaban tomando posición.

This page intentionally left blank

CAPÍTULO 12

KIMBERLEY: UN RAYO DE ESPERANZA EN EL INFIERNO

Ese día, como todos sabemos, el mundo cambió tras los espeluznantes ataques que acabaron con la vida de más de 5.000 civiles. Me refiero, por supuesto, al día 6 de enero de 1999 cuando los rebeldes asesinaron, mutilaron y violaron a la población sin hacer distinciones en su camino hacia Freetown, la capital de Sierra Leona.

— David Keen¹

John Wodehouse, un estricto diplomático y ministro de la corona, llevaba barba pero no bigote, lo cual le daba un extraño aspecto. Ocupó varios cargos dentro del gobierno británico durante la última mitad del siglo XIX, entre ellos el de Lugarteniente Superior de Irlanda, Secretario de Estado para la India y Ministro de Exteriores. En 1866, cuando cumplió 40 años, la Reina Victoria le nombró conde, y Wodehouse se dispuso a elegir el nombre que acompañaría tan magna distinción. Se decidió por el nombre de la casa que compartía con su mujer en Norfolk: Kimberley House, cerca de un pueblecito homónimo. La palabra «kimberley» procede de la palabra anglosajona *ynburgh-leah*, cuya etimología significa «mujer con derecho a tener tierra en propiedad». En 1870, Lord Kimberley fue nombrado Secretario Colonial. A su vez, en la provincia sudafricana de Griqualand West la cosa se estaba yendo de las manos en una ciudad que crecía a un ritmo de vértigo con la fiebre

del diamante conocida como *New Rush*, a partir de un yacimiento llamado Vooruitzicht. Ninguno de los dos nombres sonaba muy bien, uno era demasiado vulgar, el otro resultaba demasiado difícil de pronunciar para los británicos. Así, John Blades Currey, el secretario de gobierno de la época, se encontró con una oportunidad magnífica de darse a conocer entre los más altos escalafones en Londres al proponer un nuevo nombre. Hoy en día, la capital de la Provincia Septentrional del Cabo se llama Kimberley y es una pequeña ciudad sudafricana con 75.000 habitantes. Tiene un museo de la minería, un jardín en memoria de Ernest Oppenheimer, una galería de arte, un magnífico tranvía histórico, el agujero artificial más grande del planeta (con una profundidad de 393 metros), y en el número 36 de la calle Stockdale Street acoge la sede central de la mayor empresa de diamantes del mundo.

Si existiera el concepto, Kimberley sería la capital espiritual de la industria del diamante moderna. Kimberley fue escenario del primer descubrimiento importante de diamantes desde la antigüedad. También allí se firmó el mayor cheque de la historia hasta ese momento para consolidar el nacimiento de la mayor empresa de diamantes de todos los tiempos. Fue bastante apropiado, pero también bastante irónico, que la Ministra de Minerales y Energía actual, Phumzile Mlambo-Ngcuka, invitara a ONGs, directores de la industria del diamante y representantes de una docena de países productores y comerciantes de diamantes a reunirse en Kimberley en mayo de 2000 para sentarse a debatir sobre los diamantes de guerra. Mlambo-Ngcuka fue educadora y participó activamente con una ONG durante la última década del apartheid. Se presentó con éxito al parlamento en 1994 y fue nombrada Ministra de Minerales y Energía por Thabo Mbeki el primer día que ejerció como presidente de Sudáfrica en 1999. Mlambo-Ngcuka sabía, quizá mejor que nadie, que la campaña de las ONGs no se desvanecería sin más. También reconocía, al contrario que muchos gobiernos y gran parte de la industria, que era un problema muy serio que había que tratar con la máxima seriedad. Los diamantes de guerra no eran producto de la imaginación sobrecalentada de las ONGs. Habló con activistas de Global Witness y se reunió con Partnership Africa Canada durante una conferencia sobre la minería en Toronto. Asimismo, había leído los informes y estaba al tanto de la investigación llevada a cabo por parte de la ONU a través de Canadá sobre los diamantes ango-

leños. Sabía que el problema tenía dos elementos. El primero era de origen humanitario, con enormes ramificaciones de seguridad en gran parte de África. El segundo era económico. Si la campaña del diamante se descontrolara tendría un efecto muy negativo para las economías de Sudáfrica, Botsuana y Namibia.

El tema estaba que ardía en Sudáfrica, donde el presidente de De Beers, Nicky Oppenheimer, y muchos otros estaban denunciando posibles boicots, aunque en ese momento aún inexistentes, por parte de las ONGs. La reunión de Kimberley congregó por primera vez a agentes de la industria del diamante, altos oficiales de casi una docena de países y representantes de las ONGs más activas. De Beers envió un pequeño ejército de ejecutivos, y Bélgica mandó a su Ministro de Exteriores. Por su parte, Martin Rapaport, el «alborotador pesado», tampoco se quiso perder la cita. Otros países con intereses en la industria del diamante mandaron delegaciones: Botsuana, Namibia, Angola, la República Democrática del Congo, Estados Unidos, Gran Bretaña y Canadá. No obstante, faltaron algunos de los pesos pesados de los diamantes: Rusia, India, Israel y Australia. Después de tratar algunos temas serios y otros no tan serios, se acordó que el tema tenía fácil solución. De Beers propuso un plan basado en nueve puntos que pretendía excluir los diamantes de guerra del comercio legítimo. A pesar de haber negado siempre enérgicamente las acusaciones de mala gestión y conflicto de intereses por su control sobre los diamantes, Bélgica anunció un control gubernamental más estricto. Pero la reunión fue tan sólo el primer paso de muchos que estaban por llegar.

Cuando finalizó, Phumzile Mlambo-Ngcuka propuso celebrar una reunión ministerial más específica dos meses después para consolidar el tema de una vez por todas, y anunció que plantearía la cuestión en la Cumbre del G8 en Okinawa en el mes de julio. Durante los siguientes tres años a Mlambo-Ngcuka nunca le falló el optimismo, aunque no pueda decirse lo mismo de los plazos que manejaba. Los demás gobiernos no comulgaban con tratar deprisa y corriendo un asunto con tantos vínculos políticos y tanta complejidad técnica, y en la reunión del «grupo de trabajo» celebrada en Angola al mes siguiente quedó claro que habría que posponer la reunión de ministros. La reunión de Luanda fue caótica. No había un objetivo claro y muchos delegados llegaron sin haber recibido instrucciones de sus gobiernos. Ted

Sorensen, antaño encargado de escribirle los discursos a JFK, llegó supuestamente para representar a la industria y armó una buena al comentar que las ONGs no tenían cabida en las negociaciones y debían ser excluidas. Charmian Gooch, de Global Witness, replicó diciendo que representaba a muchas ONGs y a cientos de miles de personas. Añadió lo decepcionada que se sentía al ver que un hombre de su importancia y renombre hubiera caído tan bajo como para aceptar trasladar esta postura. Fue la última vez en la que se habló sobre el papel de las ONGs en el Proceso de Kimberley. Al final, a pesar de la confusión y las recriminaciones, en la reunión de Luanda se logró esbozar todos los elementos que contendría el acuerdo final, que se ratificó en la XIII reunión celebrada 29 meses más tarde, en lo que se acabó conociendo como el Proceso de Kimberley.

Los participantes en la reunión de Luanda acordaron la creación de un sistema global que prohibiera la importación de diamantes en bruto que no estuvieran acompañados de un «certificado de legitimidad y/o de origen a prueba de falsificaciones». Cualquier entidad que fuera descubierta comerciando con diamantes de guerra sería expulsada de la industria del diamante, y se enfrentaría a las correspondientes penas y multas sobre la mercancía en cuestión. La industria del diamante debía establecer una «cadena de garantías». Asimismo, la ONU, el G8, la Organización Mundial del Comercio y las principales organizaciones de la industria del diamante deberían participar «para agilizar la aprobación e introducción de las medidas».² Durante la reunión de Luanda también se propuso «una base de datos centralizada y normalizada con información facilitada por los países productores [...] sobre la producción y la exportación e importación de diamantes. Una base de datos capaz de evaluar cualquier discrepancia en cuanto a tales cifras, así como cualquier notificación de violación del sistema, exponiendo a los infractores». Pero sin estadísticas fiables sobre el comercio y la producción sería difícil dar con los infractores. La reunión subrayó la necesidad de «transparencia, apertura y supervisión de todas las operaciones de diamantes», aunque no llegó a decir quién se encargaría de esto o lo que esto supondría en la práctica para una empresa basada en el secretismo y plagada de corrupción.

Sin embargo, cuando por fin se celebró la «reunión de ministros» en Pretoria en septiembre, pocos fueron ministros que acudieron a la

cita. Los únicos países que enviaron a personas de rango superior fueron los países productores de diamantes de África Meridional y Sierra Leona, y la reunión —llena de neófitos de Rusia, Israel y demás países— concluyó tras llegar a un único acuerdo: la fecha para la siguiente reunión.



Una de las cuestiones planteadas por muchos de los observadores que participaron en el Proceso de Kimberley cuando éste echó a andar fue la posibilidad de identificar físicamente los diamantes, o de marcarlos para poder seguir la mercancía durante el proceso comercial. Bien es cierto que algunos expertos *diamantaires* y geólogos son capaces de mirar un lote de diamantes sin mezclar y establecer su procedencia con más o menos certeza. También se dan casos de expertos que pueden tener una certeza razonable del origen geográfico de un pequeño envío por sus características especiales y notables. Por ejemplo, algunos cristales rusos tienen características específicas; algunas piedras de Angola y el Congo tienen un aspecto «esmerilado»; los diamantes de la zona de Marange en Zimbabue se caracterizan por sus tonos marrones.

Pero dichas piedras sólo podrían identificarse en paquetes de mercancía sin mezclar, y en la mayoría de los casos dicha identificación no alcanzaría el nivel requerido para poder ser presentada como una prueba legal en un juicio. Asimismo, este tipo de identificación visual sólo funciona con los diamantes en bruto, dado que tras mezclar o cortar los diamantes es imposible distinguir su origen a partir de sus «características». Un experto podría ser capaz de analizar un buen diamante a ojo y determinar de dónde *no* procede, porque los diamantes de buena calidad sólo proceden de determinados países de origen. Pero un diamante fino de calidad gema de Sierra Leona puede parecerse mucho a una piedra de Namibia, Angola o Sudáfrica. El problema gana en complejidad en el campo de los diamantes aluviales, dado que si bien pueden proceder de una única fuente, tras eones de erosión pueden haber sido transportados por fondos de ríos y a través de diferentes países.

Una empresa llamada Gemprint desarrolló una tecnología para «fichar» los diamantes pulidos. La forma, tamaño, peso y corte de cada diamante siempre será diferente, casi como los copos de nieve cuyas

formaciones cristalinas siempre varían. Tras medir y registrar la piedra, el diamante puede identificarse posteriormente utilizando una máquina Gemprint. Pero esta tecnología sólo puede aplicarse a diamantes pulidos, para los diamantes en bruto existen otros métodos: se puede aplicar una pequeña marca o producto químico que luego pueden leer máquinas especiales, como los escáneres que leen códigos de barras. No obstante, esto conlleva un problema. Sólo por Amberes pasan cada año unos 150 millones de quilates de diamantes no industriales, es decir alrededor de mil millones de piedras individuales. Marcar cada uno de estos diamantes exigiría cientos, sino miles, de horas de trabajo y de trabajadores al año. La tarea podría reducirse si las marcas se aplicaran únicamente a piedras que pesaran, por ejemplo, más de un quilate. El problema reside en que características como el peso importan poco a los ejércitos rebeldes o a los ladrones, los contrabandistas o los infractores. Otro problema es que las marcas aplicadas a los diamantes en bruto pueden eliminarse y, de hecho, se eliminan durante el proceso de pulido. A los ladrones no les sería difícil, y les merecería la pena, alterar las piedras de un quilate o más si esto les ayudara a saltarse la ley.

La policía canadiense, la Royal Canadian Mounted Police (RCMP), intenta desarrollar otro tipo de procedimiento para «fichar» las piedras en su Laboratorio Forense Central en Ottawa. Se suele partir de la base de que los diamantes son carbono puro, pero incluso los diamantes de mejor calidad contienen cantidades ínfimas de más de 50 impurezas diferentes. Las conclusiones de sus investigaciones han mostrado que al comparar las cantidades relativas de las impurezas, es posible determinar el origen de los diamantes utilizando una técnica denominada «ablación láser acoplada a la espectrometría de masas con fuente de plasma de acoplamiento inductivo».

La tecnología es factible, pero para poder aplicarla a la práctica hace falta crear una base de datos fiable. Es decir, hay que «fichar» muestras de diamantes procedentes de diferentes profundidades de todas las minas de diamantes más importantes del mundo. Tras realizar esta labor se podría analizar y comparar cualquier diamante en bruto del mercado según las características específicas de una mina contenidas en una base de datos. Pero, al igual que ocurre con tantos otros procedimientos, aplicarlo incluso a sólo una fracción de los millones de

quilates de diamantes que se producen al año sería una tarea abrumadora. Como en el caso de las otras técnicas, este procedimiento sólo puede identificar de dónde procede un diamante —siempre que exista una buena base de datos—, no de dónde *no* procede. Un diamante sin catalogar, sin marcar y sin fichar sólo se podría clasificar como ilícito si todos los diamantes legítimos del mundo se han catalogado, marcado o fichado utilizando un sistema común. En una de las reuniones, los delegados del Proceso de Kimberley pasaron horas discutiendo sobre si utilizar un diseño vertical u horizontal para uno de los certificados, o si utilizar papel A4 o tipo carta. Pasar de ese nivel de debate a tratar la introducir un sistema global de ablación láser acoplada a la espectrometría de masas con fuente de plasma de acoplamiento inductivo nunca fue ni siquiera una posibilidad.



Además de las 11 reuniones convocadas tras Luanda para llegar a un acuerdo factible, se celebraron casi tantas reuniones informales durante el mismo periodo, que ayudaron a engrasar la maquinaria de las sesiones formales. La primera y quizá más importante fue el Congreso Mundial del Diamante, celebrado en Amberes en julio de 2000. El evento suele ser una suerte de feria del diamante y oportunidad para cotillear, en esta ocasión se dedicó casi por completo al tema de los diamantes de guerra. Asistieron ONGs, Robert Fowler y el congresista estadounidense Tony Hall. Hall tuvo la oportunidad de presentar una ponencia durante una sesión matinal especial celebrada en un palacio de la ópera victoriano recién renovado. Una orquesta de cámara tocaba mientras los asistentes iban entrando en el recinto. Tony Hall habló casi una hora, durante la que despellejó a la industria por su insensible apatía hacia las guerras de los diamantes en África. El público, compuesto por muchos altos ejecutivos de las empresas mineras y comerciantes que desconocían el asunto, se quedó de piedra. Después de la ponencia de Hall hubo una recepción elegante en el hall, donde los sorprendidos asistentes ahogaron en champán su estupefacción al ver violado su mundo privado por un intruso tan ruidoso.

Los miembros más jóvenes de la industria y gente como Martin Rapaport, conscientes de la importancia del asunto y de sus implica-

ciones, se resistieron al deseo de implicarse en una lucha contra las ONGs y contra Tony Hall. Los jóvenes turcos de la Asociación Internacional de Fabricantes de Diamantes (IDMA, por sus siglas en inglés) y la Federación Mundial de Bolsas de Diamantes (WFDB, por sus siglas en inglés) lograron poner coto al enfado y la sorpresa de la industria y consiguieron la aprobación de una resolución para crear un nuevo organismo, que se llamaría el Consejo Mundial del Diamante (WDC, por sus siglas en inglés). El WDC reuniría a miembros de los sectores de la minería, el comercio y la venta de diamantes. Su objetivo sería «el desarrollo, la introducción y la supervisión de un sistema de seguimiento de la exportación e importación de diamantes en bruto para prevenir la explotación de diamantes con fines ilícitos como la guerra o los actos inhumanos».

Era un paso gigante, prácticamente un giro radical con respecto a la postura tradicional de la industria. Una noche, a última hora, pidieron a un miembro de la IDMA que llamara al hombre que querían que dirigiera el WDC, un *diamantaire* de Nueva York, antiguo presidente de la WFDB, Eli Izhakoff. Sin pensar en la diferencia horaria, llamaron a Nueva York a casa de Izhakoff y lo sacaron de la cama. «Me hablaron del problema de las ONGs», diría Izhakoff más tarde, «y del tema de los diamantes de guerra, y me dijeron que querían que yo presidiera este nuevo organismo. No entendía nada. Pensé que se habían equivocado con las siglas. ¿Se estaban equivocando y en realidad querían decir N.G.O., las siglas de Nicky G. Oppenheimer?».³ Quizá ésa fue la primera vez que Izhakoff oyó hablar de lo que era una ONG, pero sin duda no sería la última.

Se reunieron más veces. En octubre se celebró una reunión de gobierno del Proceso de Kimberley en Londres. Y en Nueva York, la Asamblea General de Naciones Unidas aprobó una resolución propuesta por Sudáfrica para apoyar el proceso en virtud de la cual se pedía a los gobiernos participantes «estudiar urgente y meticulosamente la introducción de medidas efectivas y pragmáticas para tratar el problema de los diamantes de guerra». Phumzile Mlambo-Ngcuka logró que el G8 también apoyara el proceso. En su último comunicado en Okinawa, los jefes de gobierno de los ocho países industrializados más importantes del mundo declararon lo siguiente: «Nos preocupa especialmente que los beneficios procedentes del comercio ilícito de dia-

mantes hayan contribuido a agravar el conflicto armado y las crisis humanitarias, especialmente en África. Por tanto queremos convocar una conferencia internacional cuyos resultados se presentarán ante la ONU [...] para considerar medidas prácticas para poner fin a la relación entre el comercio ilícito de diamantes y el conflicto armado, entre otras la firma de un acuerdo internacional para la certificación de diamantes en bruto». La Casa Blanca organizó una conferencia para hablar del tema de los diamantes de guerra durante las horas bajas de la administración del gobierno Clinton. Sandy Berger, Consejero de Seguridad Nacional, informó a los asistentes de que «Estados Unidos considera el comercio de diamantes de guerra un problema real y significativo de seguridad nacional, y estamos dispuestos a acabar con ello. También tenemos la obligación moral de luchar contra ello, porque en el mundo desarrollado somos los primeros consumidores de diamantes».⁴ Pero quedaban apenas diez días para que George W. Bush se convirtiera en el nuevo inquilino del edificio, y Sandy Berger tenía ya las maletas en la calle y no tenía intención de quedarse a ver cómo se desarrollaba esa lucha.

En 2001 se celebraron seis reuniones del Proceso de Kimberley en Windhoek, capital de Namibia, Bruselas, Moscú, Londres, Luanda y Gaborone, capital de Botsuana. Antes de cada una parecía que estaban a punto de dar el gran paso. O al menos eso creían las ONGs. Pero nunca lo dieron. Aunque durante las reuniones se sufrió con los conceptos enunciados en la reunión de Luanda del año anterior, éstos no fueron los únicos problemas que surgieron. Cada vez que estaban a punto de llegar a un consenso, al menos una delegación —a menudo los rusos, pero otras veces los estadounidenses— se oponían. Parece que algunos de los delegados sólo acudían a la cita para agradecer la hospitalidad del gobierno que acogía el evento. La verdad es que solían ser muy hospitalarios... a costa de la industria del diamante. Pero en demasiadas ocasiones eso era lo único bueno que salía de las reuniones. Podría decirse que la celebrada en Bruselas en abril de 2001 fue la peor de todas. La mala elección de la presidencia de la sesión plenaria y una peor decisión sobre los «grupos de trabajo» tuvo como resultado que no se llegara a casi nada. El primer logro reflejado en el comunicado final daba casi vergüenza: los certificados de origen se emitirían en papel tamaño DIN A-4 en formato horizontal. Pero no se había

acordado que dichos certificados se fueran a emitir realmente. Ni los certificados, ni ninguna otra cosa, así que eran logros irreales. Surgieron problemas hasta con el borrador de comunicado redactado para los medios, en el que se podía leer que se «habían logrado progresos considerables», pero estuvieron debatieron sobre su redacción durante más de dos horas, en parte porque a muchas de las delegaciones no les habían pedido que logaran progresos sobre nada y no querían que les abroncaran por volver a casa tras lograr progresos «considerables». Al final se informó de un «consenso emergente sobre los elementos comunes que aparecerían en el certificado de origen como cimiento para un sistema de certificación para los diamantes en bruto». Es decir, que no se había logrado nada aparte de ponerse de acuerdo sobre el tipo de papel que utilizarían para emitir un certificado que nadie había aprobado.

En parte se seguía trabajando con la esperanza de lograr algo en algún momento. Asimismo, a mediados de 2001 el Proceso de Kimberley tomó impulso por sí mismo gracias a los empujones del gobierno de Sudáfrica, aunque cada vez con más ayuda de los países vecinos y de Gran Bretaña. A pesar del apoyo del G8 y de la Asamblea General de la ONU, el problema que buscaba tratar, los diamantes de guerra, seguía sin desaparecer. El Consejo de Seguridad de la ONU designó varios grupos de expertos para dar continuidad al Informe Fowler, uno para Sierra Leona, continuación del mecanismo establecido ya en Angola, otro para Liberia y otro para el Congo. En total, entre marzo de 2000 y octubre de 2002 se publicaron una docena de informes críticos, en los que se catalogaban los horrores de las guerras de diamantes y se describía la podredumbre de una industria que había permitido la existencia de los diamantes de guerra. Pero el debate seguía vivo, centrado ahora en dos aspectos. El primero eran las estadísticas. Los rusos sostenían que los diamantes eran un «mineral estratégico» para su país y por ello no podían revelar detalles sobre los mismos. A otros países como Israel les inquietaba la inviolabilidad de la confidencialidad comercial. El segundo asunto estaba relacionado con el seguimiento. En varias de las propuestas que habían surgido, muchos de los gobiernos, así como la industria, tendían a optar por hacer que todo fuera «voluntario», y a garantizar que el sistema resultante no fuera supervisado por una institución ajena a su propia jurisdicción nacional. Los

rusos seguían jugando la baza del «mineral estratégico», los israelíes hablaban de los costes y los chinos de la «soberanía nacional».

Las ONGs se prepararon para la octava reunión del Proceso de Kimberley con una petición firmada por más de 200 organizaciones de todo el mundo. Impresa en rojo carmesí, el titular urgía: «¡Los gobiernos y la industria deben acabar con los diamantes de sangre AHORA!».

La autorregulación no funcionará [...] Los países relacionados con la producción, el comercio y el tratamiento de los diamantes en bruto *deben* acordar unas normas internacionales mínimas, que *deben* estar expuestas a un análisis internacional. Sólo así se logrará dar a los consumidores la confianza que necesitan y se merecen al comprar algo tan caro e importante como un diamante. Todos los gobiernos tienen la responsabilidad de luchar contra los diamantes de guerra.

La reunión se celebró en un palacio de congresos en Twickenham, Londres. Comenzó a las 9 horas del 11 de septiembre de 2001, o lo que es lo mismo, las 4 de la mañana hora de Nueva York. Los participantes volvieron a la sala de reunión después de comer, pero poco se pudo hacer. La sala estaba inquieta. Los móviles no dejaban de sonar, los asistentes no hacían más que mostrarse mensajes de textos. Un avión secuestrado acababa de estrellarse contra el World Trade Center. La reunión se mantuvo como pudo hasta que un miembro de la delegación rusa interrumpió para informar de lo que había pasado. Propuso que por respeto a la delegación estadounidense se suspendiera la sesión. Como no había autobuses para devolver a los delegados a sus hoteles, todos se reunieron en una sala que daba a un campo de rugby y en silencio observaron atónitos las imágenes que repetía la BBC una y otra vez de las Torres Gemelas desplomándose.

El gobierno de Estados Unidos, las Naciones Unidas y el mundo entero se puso manos a la obra a las pocas semanas para frenar el blanqueo de dinero y la financiación de organizaciones terroristas, aprobar leyes y normativas, constituir unidades operativas dinámicas y, finalmente, para formar una coalición militar destinada a acabar con el régimen militar de Afganistán y sus amigos de Al Qaeda. Pero el

Proceso de Kimberley anduvo a trompicones durante otro año más, y necesitó de otras cinco reuniones, otra Cumbre del G8 y más informes de la ONU sobre las guerras de diamantes en África hasta lograr un acuerdo final. En un artículo publicado en noviembre de 2001 en el periódico británico *The Guardian*, el periodista David Keen, gran experto en Sierra Leona, abría con la cita con la que comienza este capítulo: «Ese día, como todos sabemos, el mundo cambió tras los espeluznantes ataques que acabaron con la vida de más de 5.000 civiles. Me refiero, por supuesto, al día 6 de enero de 1999, cuando los rebeldes asesinaron, mutilaron y violaron a la población sin hacer distinciones en su camino hacia Freetown, la capital de Sierra Leona». Keen había puesto el dedo en la llaga y había dado con un concepto clave: el terrorismo tenía clases. Por un lado están los terroristas de Sierra Leona y de Angola, pero los terroristas que atacan Occidente parecen ser algo completamente distinto. Es como si las vidas con las que acabó el terrorismo en Nueva York tuvieran más valor o peso que las vidas que se lleva por delante el terrorismo en África. De repente ya no era «apropiado» utilizar el término «terrorista» para referirse a los hombres que les cortan los brazos a los bebés en Sierra Leona. No le llegaban ni a la suela del zapato a los secuestradores de los aviones de Al Qaeda.

La décima reunión del Proceso de Kimberley se celebró en Gaborone, capital de Botsuana. Bruselas había sido la reunión del DIN-A4; ésta fue la reunión de Taiwán. El tema de las estadísticas y el seguimiento seguía sin avanzar, pero ahora se le unía un nuevo escollo: la membresía. Estados Unidos sostenía que el sistema de certificación propuesto debería estar abierto a todos los países, ya que de lo contrario restringiría el comercio y podría convertirse en un reto para la Organización Mundial del Comercio. La Unión Europea, las ONGs y otros organismos pedían que se establecieran unos requisitos de acceso. Los países debían poder demostrar que podían cumplir los requisitos mínimos que se establecían en las reuniones de Kimberley. China, una cara nueva en las reuniones que no había tomado la palabra hasta el momento, se pronunció a favor de los requisitos de acceso. El club no podía estar abierto a *todo el mundo*. Había que examinar una serie de credenciales y lograr el consenso de todo el Pleno cada vez que quisiera unirse un país nuevo. China empezó a explayarse, y cada vez era

más patente que había un claro trasfondo en su propuesta, pero Estados Unidos no se daba por vencido. La reunión siguió adelante, dando vueltas y más vueltas sobre el tema sin que se pronunciara ni una sola vez la palabra «Taiwán». A las 22 horas se hizo un descanso para tomar un café y reponer fuerzas. Era como la fiesta del sombrero loco de *Alicia en el País de las Maravillas* con China y Estados Unidos como invitados de excepción. Sorprendentemente, China y Taiwán habían llevado a buen término las negociaciones para acceder a la OMC hacía tan sólo nueve semanas, y ahora China intentaba impedir que Taiwán participara en el Proceso de Kimberley, antes incluso de que ninguno de los dos países hubiera accedido oficialmente al organismo mundial del comercio. La reunión se suspendió a la una de la mañana, sin que se hubiera resuelto la cuestión de Taiwán.

Durante todo el Proceso de Kimberley, la coalición de ONGs siguió presionando al grupo tanto como pudo. Amnistía Internacional imitó un anuncio de De Beers para televisión, y subió una animación dramática a su página web en la que se veía cómo unos rebeldes cortaban las manos de civiles inocentes para acceder a los diamantes. ONGs estadounidenses como Physicians for Human Rights, World Vision y Oxfam América trabajaron mano a mano con los congresistas Tony Hall y Frank Wolf a fin de apoyar sus intentos para lograr que el Congreso aprobara el «Proyecto de ley sobre diamantes limpios». A la industria estadounidense de la joyería de diamantes le preocupaban las disposiciones de la ley, pero era bien consciente de la necesidad de mejorar la legislación actual y enojaron a las ONGs nacionales al aliarse con Judd Gregg, un senador republicano, para sacar adelante una legislación más suave. De hecho, no escatimaron esfuerzos para debilitar la coalición Hall-Wolf-ONGs. El Consejo Mundial del Diamante (WDC, por sus siglas en inglés) había contratado a uno de los despachos de abogados con mejores contactos políticos de Washington, Akin, Gump, Strauss, Hauer & Feld, para ayudar a redactar el proyecto de ley de Gregg. El WDC también se puso en contacto con varios expertos para estudiar cómo tratar la campaña de las ONGs: Powell Tate estaba presidido por Jody Powell, quien fuera portavoz de Jimmy Carter, y Sheila Tate que ejerció el mismo cargo con Nancy Reagan. Shandwick Associates asesoraron a Monsanto, Ciba-Geigy, Procter & Gamble y Royal Dutch Shell, entre otros, sobre cómo gestionar las campañas de las

ONGs. La asociación de joyeros estadounidenses, *Jewelers of America*, contrató a Haake and Associates, y el gobierno de Botsuana a Hill and Knowlton que defendió a Nestlé (sin éxito) de una campaña que las ONGs llevaron a cabo durante una década contra el marketing que la empresa aplicaba a los productos de alimentación infantil en los países en desarrollo. El gobierno de Liberia contrató a Jefferson Waterman International, cuya lista de clientes incluía la junta militar de Birmania.

La mayoría de las empresas simplemente absorbían ingentes cantidades de dinero procedente de la industria del diamante, y hacían poco por promover la causa de sus clientes. Pero en mayo de 2001, World Vision se hizo oír mientras se emitían los títulos de crédito del último capítulo de la temporada de una serie de televisión de gran audiencia, *El ala oeste de la Casa Blanca*. En la serie, Martin Sheen daba vida a un agradable presidente de los Estados Unidos. La promo de World Vision mostraba imágenes de niños de Sierra Leona sin manos mientras la voz de Martin Sheen informaba a los espectadores de que los diamantes contribuían a que se cometieran ese tipo de atrocidades, y les urgía a pedir a sus congresistas que apoyaran el proyecto de ley de Hall/Wolf. El proyecto de ley de Gregg desapareció a los pocos días y la industria estadounidense hizo las paces con las ONGs y el Proyecto de ley de diamantes limpios.

Las ONGs se camelaron a los medios. Trabajaron con todas las principales cadenas de televisión internacionales, con las radios nacionales e internacionales, con los medios escritos de papel y de Internet. Se publicaron importantes artículos en *Vanity Fair*, *National Geographic*, *USA Today*, *The New York Times*, *Der Spiegel* y *Jornal do Brazil*. Se emitieron reportajes documentales en cadenas de televisión británicas, canadienses, japonesas y estadounidenses.

Además del material generalista sobre los diamantes de guerra, las ONGs también publicaron documentos sobre políticas, junto con artículos de opinión y de investigación. Con el debate recién estrenado, Global Witness publicó una descripción detallada de cómo podría ser un sistema de certificación, y en 2003 elaboró documentación de peso sobre el interés que suscitaban la madera y los diamantes de Liberia, y la conexión entre Al Qaeda y los diamantes. Partnership Africa Canada publicó diez artículos de investigación sobre los diamantes en Guinea,

Canadá, África Meridional e India, entre otros países. También elaboró un informe de seguimiento sobre Sierra Leona en el que se analizaba el papel de la diáspora libanesa en el comercio ilícito de diamantes, y repasó otros acuerdos internacionales examinando las disposiciones sobre el seguimiento de los diamantes.

La coalición de ONGs nunca fue una agrupación formal, no celebraban reuniones regulares, no había presidente, no había «socios». No había un líder como tal, aunque como Global Witness y Partnership Africa Canada habían dedicado más recursos, y tenían más personal dedicado al tema, solían ser más activos y estar más informados sobre la actualidad del asunto. Otros actores principales fueron la ONG británica ActionAid, Oxfam International, Fatal Transactions (con sede en Ámsterdam), World Vision y Amnistía Internacional. Se unieron también dos ONGs africanas que representaban coaliciones de organismos de sus respectivos países: Network Movement for Justice and Development de Sierra Leone, y CENADEP (*Centre National d'Appui au Développement et à la Participation Populaire*) de la República Democrática del Congo. La coalición tenía el apoyo de unas 200 ONGs de todo el mundo, entre las que se contaban un importante conjunto de organizaciones estadounidenses. Era una mezcla ecléctica: ONGs de desarrollo y derechos humanos; ONGs del norte y del sur; ONGs muy grandes y otras muy pequeñas; organizaciones religiosas y seculares; ONGs activistas. A veces surgían discusiones, pero nunca nada que pudiera tildarse de disputa. Cada organización realizaba sus propias actividades, pero siempre se compartía información por correo electrónico, en conferencias telefónicas y en reuniones celebradas antes y después de cada sesión del proceso Kimberley. La coalición encontraba la fuerza en su compromiso por acabar con las guerras de diamantes de África, pero la fuerza organizativa derivaba de su informalidad y amplio espectro de intereses, y por su voluntad para compartir, escuchar y cooperar cuando había que tomar una postura conjunta.

La undécima reunión del Proceso de Kimberley se celebró bajo un manto de nieve en Ottawa en marzo de 2002, y por fin se pudo resolver uno de los escollos principales. Los gobiernos acordaron que se publicarían estadísticas trimestrales sobre el comercio de diamantes y estadísticas semianuales sobre la producción, a pesar de que harían

falta otros 18 meses para poner en marcha el sistema de recogida de datos. Así se podría verificar si las exportaciones de Angola a Bélgica, por ejemplo, se correspondían con las importaciones belgas procedentes de Angola. Se pondría fin a las enormes discrepancias del pasado. Taiwán envió una delegación, a la que el Presidente del Proceso de Kimberley, el dirigente de la Junta del Diamante de Sudáfrica, evitó ágilmente. Cuando la delegación intentó ponerse en contacto con el hotel resultó que la línea estaba ocupada. Les informaron de que había dejado ya el hotel, y cuando fueron al Westin Hotel y se sentaron en el hall con la intención de hablar con él en persona, se dieron cuenta de que no sabían cómo era y estuvieron a punto de abordar a los muchos africanos que habían acudido a la reunión. Así funcionaba la diplomacia en el Proceso de Kimberley.

A las puertas de firmar por fin un acuerdo, las ONGs se vieron obligadas a tomar una decisión. El fundamento de la propuesta general era bastante sencillo. Los interminables debates y todos los borradores habían servido para algo. Los gobiernos de todos los países participantes acordarían garantizar que los diamantes que exportaban procedían de fuentes limpias. Los países importadores rechazarían cualquier diamante que no estuviera acompañado de un certificado original. Una sola norma, aplicable tanto a Sierra Leona como a Estados Unidos, a Rusia y a Suiza. Cualquier país, ya fuera productor de diamantes, comerciante de diamantes en bruto, o tuviera industria de corte y pulido de diamantes, tenía la obligación de garantizar que todos los diamantes en bruto que salieran de sus fronteras eran de origen limpio, y se establecerían una serie de controles internos para garantizar que así fuera. Los diamantes se transportarían en envases inalterables. El certificado emitido por cada gobierno o por la entidad autorizada correspondiente (en papel DIN A4 en formato *horizontal*) sería el documento de viaje, y los países de destino informarían a los países de origen de que la mercancía había llegado intacta. Los certificados serían a prueba de falsificaciones, y se imprimirían utilizando impresoras de seguridad.

Hasta ahí todo bien, pero ¿qué evitaba que alguien pasara por la aduana con mercancía ilícita y se dirigiera directamente a Hoveniersstraat en Amberes o a la calle 47 en Nueva York? Nada de nada. Eso sí, la cadena de garantías que establecía el sistema se había diseñado para

dejar un rastro que allanara el camino durante una posible auditoría. Los corredores de diamantes en bruto tendrían que llevar un registro de importaciones y exportaciones, clasificado por peso y valor. El enfoque podría variar entre los distintos países, pero cada gobierno participante acordó «imponer penas disuasorias y proporcionales a los transgresores», algo inaudito en el sector del diamante.

El sistema no era perfecto. Los diamantes son muy pequeños, lo que hace que sea muy fácil esconderlos. Pero el comercio ilícito en el que se transportaban los diamantes de guerra se basaba en la evasión de impuestos y el blanqueo de dinero. Aquellos que comerciaban con diamantes ilícitos para evadir impuestos se lo pensarían dos veces al ver que los países empezaban a incluir la palabra «falsificación» en el vocabulario de su legislación. Quizá no merecía la pena evadir mil dólares de impuestos si eso supondría perder un millón de dólares en diamantes. El blanqueo de dinero se basa en el volumen, y con mejores estadísticas y mejores rastros de auditoría, el blanqueo a gran escala se volvería más visible. Evidentemente nunca se podrá acabar por completo con el robo de diamantes, al igual que tampoco se puede evitar que se roben coches. En el caso de los automóviles, por ejemplo, hace cien años se introdujeron las cerraduras para intentar disuadir a los ladrones. Luego se diseñaron el bloqueo del arranque, el bloqueo del volante, los números de chasis, las alarmas, el bloqueo del paso de combustible y los dispositivos de seguimiento. Todos intentan hacer que sea más difícil robar un coche. Eso intentaba también el Proceso de Kimberley: que el intercambio de diamantes robados por armas resultase más difícil en una industria que hasta la fecha no se regía por ninguna normativa.

Para las ONGs el dilema principal era cómo hacer el seguimiento de la mercancía, aunque parecía pan comido. Pero no lo era. Aunque la industria había tardado en ponerse las pilas, los gobiernos ahora estaban poniendo los cimientos de un sistema de certificación efectivo. Según avanzaban las negociaciones, se vio que determinados países, principalmente Rusia, Israel y China, no permitirían una supervisión independiente regular. El gasto, la confidencialidad comercial y la soberanía nacional se convirtieron en el mantra que repetían en cada una de las reuniones mientras los demás países se dedicaban a mirar hacia otro lado. No obstante, la confidencialidad comercial no era un

tema tan importante dado que el seguimiento analizaba el sistema no las finanzas. Es decir, las misiones de seguimiento no iban detrás de los secretos comerciales, de hecho no buscaban recabar ningún tipo de información comercial. Para poder financiar el presupuesto total correspondiente a las operaciones de seguimiento de un año (hablamos de uno o dos millones de dólares) sólo habría que añadir quince centavos a un anillo de diamantes de quinientos dólares, en una industria que se gastaba ahora 170 millones de dólares más en publicidad que hace dos años.⁵

La soberanía nacional de un país sólo se puede comprometer para lograr una mejora que el gobierno considere beneficiosa, como en el caso de la seguridad aérea, la seguridad nuclear, la seguridad alimenticia y la seguridad marítima, así como disposiciones sobre el blanqueo de dinero. Si estas amenazas se pueden supervisar, ¿por qué no los diamantes cuando ponen en peligro la seguridad humana de millones de personas en África? La verdadera respuesta es bien sencilla, aunque nunca se puso sobre la mesa en las reuniones del Proceso de Kimberley: algunos gobiernos protegían a los ladrones. A muchos les daban igual los africanos. Aquellos especialmente obcecados en que las cosas siguieran como estaban eran conscientes de que un sistema que acabase efectivamente con los diamantes *de guerra* expondría también el comercio de diamantes *ilícitos*, cuya escala era mucho mayor. Cuando se pesca con redes se cogen peces grandes y pequeños.

El borrador final del acuerdo de Kimberley sólo proponía que se supervisarían las negociaciones cuando había «indicaciones creíbles de incumplimiento» de las normas, y siempre con el acuerdo de todos los países participantes. Además, todos los países participantes acordarían las condiciones de cada operación en la reunión plenaria anual, y también serían ellos los encargados de nombrar al equipo de seguimiento. Eso se le pedía a un grupo que ahora acogía a más de 60 gobiernos y había tardado seis meses en ponerse de acuerdo en utilizar el formato DIN-A4 para emitir los certificados. Las ONGs se vieron muy presionadas para relajar su petición de supervisión efectiva durante la undécima reunión de Kimberley en Ottawa. Eran conscientes de que tenían las cartas para tirar por tierra el acuerdo, pero también sabían que si lo hacían no volverían a sentarse a negociar y no se lograría ningún acuerdo de ningún tipo. Al final dieron su brazo a torcer, con

la esperanza de que el tema volviera a salir en el futuro.

En noviembre de 2002, mientras la lluvia caía un frío día sobre un pequeño pueblo suizo con estación de esquí llamado Interlaken, toda la industria mundial del diamante, representantes de la coalición de ONGs y los gobiernos de 52 países, junto con otros quince representados por la Unión Europea, dieron el visto bueno a un acuerdo para acabar con el comercio de diamantes de guerra. Tras el 1 de enero de 2003 no se podría comerciar con diamantes en bruto que no estuvieran acompañados de un certificado de procedencia emitido por el gobierno del país exportador. Un hito que no se hubiera logrado sin las ONGs, sin Phumzile Mlambo-Ngcuka, sin los grupos de expertos de Naciones Unidas y sin el Consejo Mundial del Diamante. Durante la noche había nevado, y al amanecer durante un instante las nubes se abrieron para dejar ver el *Jungfrau*, el monte que presidía la ciudad, con un manto de nieve virgen. A pesar de los temas no resueltos, parecía una metáfora perfecta para el día: un pequeño claro, un pequeño paso adelante en el camino hacia la resolución de un problema por el que las ONGs llevaban cuatro años batallando.

Cuatro años. Para las ONGs parecía una eternidad. Para la industria también. Cuatro años de acusaciones, manifestaciones, el temor a un boicot por parte de los consumidores que pudiera afectar a un sector que ya había sufrido la crisis económica asiática de 1997 y la crisis de los mercados tras el 11S. No obstante, para los gobiernos reunidos en Interlaken cuatro años no eran nada. De hecho, se había logrado un acuerdo internacional complicado en sólo cuatro años. Era todo un récord, sobre todo teniendo en cuenta que era un tema que iba más allá de los intereses comerciales y políticos de países pertenecientes a todos los continentes. El acuerdo trascendía las sensibilidades políticas y económicas de la Unión Europea, rebajaba supuestas obligaciones de la OMC y se alimentaba de las ascuas aún calientes de la Guerra Fría. Fue objeto de una docena de minuciosas investigaciones por parte del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y de debates sobre el desarrollo y la falta de desarrollo de África, la violación de sanciones, la explotación de recursos naturales, los mercenarios, los robos, el asesinato, el fracaso del Estado y la guerra.

This page intentionally left blank

CAPÍTULO 13

PUNTO Y FINAL

*Encontraremos paz, oiremos a los ángeles,
contemplaremos un cielo cuajado de diamantes.*

— Chejov, *Tío Vania*

En marzo de 2003, el Tribunal Especial constituido por Naciones Unidas y el Gobierno de Sierra Leona sentaron al líder rebelde Foday Sankoh y a varios otros acusados en el banquillo. Para entonces, Sankoh había perdido facultades y era incapaz de responder si quiera a las preguntas de sus propios abogados. Tenía un aspecto desaliñado, llevaba meses sin cortarse el pelo. Parecía un viejo rastafari confundido. Su captura y encarcelamiento le habían llevado en muy poco tiempo de la locura de la jungla, donde dirigía un ejército de adolescentes drogadictos asesinos, a la locura inducida por el confinamiento en solitario, con la única compañía de sus propias ideas.

Un mes más tarde, el Fiscal Jefe pidió que el presidente de Liberia, Charles Taylor, entregara a Sam «Maskita» Bockarie y al fugado cabecilla del golpe, Johnny Paul Koroma. Se les acusaba de crímenes de guerra, junto con Sankoh y demás acólitos. Taylor negó saber dónde estaban, a pesar de que al narcisista Bockarie se le hubiera visto en Liberia, y se habían recibido muchas informaciones que lo situaban al mando de un grupo de combatientes liberianos y antiguos miembros del FRU que luchaban en la guerra civil surgida en Côte d'Ivoire. Taylor, a quien no se le escapaba una, había pasado de Sierra Leona y Guinea y había fijado la vista hacia el este, en los rebeldes de Côte d'Ivoire y su intento de derrocar al gobierno electo. En Côte d'Ivoire los movimientos rebeldes estaban a la orden del día, surgían constan-

temente nuevas facciones por toda la frontera con Liberia. Cientos de miles de personas huyeron de los combates surgidos en un país antaño considerado un ejemplo de la paz y el desarrollo en África.

Bockarie estuvo en el centro del meollo hasta que fue asesinado a tiros en mayo de 2003. El gobierno de Liberia, siempre obcecado en convencer al mundo de sus buenas intenciones, anunció que sus «galantes» soldados habían intentado capturar a Bockarie cuando éste cruzaba la frontera con Liberia cerca de un pueblo fronterizo llamado Bon-Houn en Côte d'Ivoire. Según la versión oficial, Bockarie iba a ser arrestado para su posible traslado a Sierra Leona a fin de que respondiera ante la justicia,¹ pero se resistió y murió en un tiroteo.

La diplomacia abrió un debate sobre la relevancia de devolver el cadáver, que yacía en una morgue de Monrovia, a Freetown para que pasara las pruebas de ADN y un examen forense. En medio de todo ello comenzaron a surgir otras versiones sobre la muerte de Bockarie. Posteriormente, Moses Blah, vicepresidente de Taylor, declaró que Bockarie fue asesinado por altos funcionarios estrechamente relacionados con Taylor para evitar que fuera extraditado y pudiera declarar en el Tribunal Especial.² No tardaron en llegar a Freetown informaciones de que Johnny Paul Koroma también había sido asesinado en Liberia. Al poco, el Investigador Jefe del Tribunal Especial para Sierra Leona dijo tener pruebas de que Taylor había ordenado la muerte de la madre, esposa y dos hijos de Bockarie. Los principales sospechosos y los testigos potenciales del Tribunal Especial fueron cayendo uno a uno, como en una carnicería mafiosa.

Incluso Taylor tuvo que acabar dimitiendo. Para la indignación de las organizaciones de derechos humanos de todo el mundo y del Tribunal Especial para Sierra Leona, el presidente de Nigeria, Obasanjo, ofreció asilo a Taylor mientras las hostilidades iban subiendo de tono, dejando a cientos de miles de liberianos desesperados viviendo en las calles de Monrovia. Cuando Foday Sankoh murió de un infarto en prisión, Charles Taylor probablemente pensó que era un presagio de lo que se le venía encima, y hasta que Obasanjo puso su oferta sobre la mesa las cosas tenían muy mala pinta. La era Taylor llegó a su esperado fin con una ceremonia hortera con coro de iglesia, himnos y alabanzas y con la presencia de los presidentes de Sudáfrica, Mozambique y Ghana. Charles Taylor, ataviado con las fajas y lazos de un

principito ruritano, le traspasó el poder a su vicepresidente. «La historia se portará bien conmigo», dijo Taylor. «He cumplido mis deberes. He aceptado mi papel como cabeza de turco, como chivo expiatorio». Por la tarde se montó en el jet privado del presidente de Nigeria y se exilió en dicho país, seguido de dos aviones de carga que transportaban unos tres millones de dólares en efectivo, muebles, coches y demás bienes de procedencia ilícita. «Si Dios quiere», presagió Taylor, «volveré».³

Y volvió, aunque ni él ni sus seguidores hubieran podido imaginar entonces cómo sería y cuán corta sería su estancia. Durante casi tres años Taylor vivió a todo tren en una mansión de lujo en una ciudad portuaria nigeriana llamada Calabar, en un barrio conocido como «Diamond Hill» (es decir, el Monte del Diamante). El presidente de Nigeria, Olusegun Obasanjo, protegió tenazmente a Taylor del Tribunal Especial, y llegó a declarar que sólo le entregaría a un gobierno liberiano elegido democráticamente si es que ese gobierno así se lo pidiera. En enero de 2006, Liberia celebró por primera vez en la historia elecciones libres y justas, y en marzo la nueva presidenta del país, Ellen Johnson-Sirleaf, pidió que Taylor fuera entregado al Tribunal Especial. Obasanjo, asediado por las organizaciones de derechos humanos, y atrapado por su propia pasividad, accedió, a regañadientes, a que Liberia «se llevara» a Charles Taylor.

Liberia no tenía ejército, no tenía aviones y no tenía dinero con lo que le fue imposible «llevarse» a Taylor, y además, lo último que quería Johnson-Sirleaf era que Charles Taylor volviera al país. El tema era juzgar a Taylor por crímenes contra la humanidad, no que éste volviera o no a Liberia. Con las negociaciones en curso, los funcionarios del Tribunal Especial pidieron a Nigeria que se reforzaran las medidas de vigilancia en la mansión de Taylor en Calabar para evitar que éste pudiera fugarse. Pero fue demasiado tarde. Obasanjo había dicho que Liberia podía llevarse a Taylor un sábado. El lunes Taylor ya había desaparecido.

La noticia desató una ola de indignación en todo el mundo. Obasanjo se encontraba de camino hacia Washington para hablar de otra cosa totalmente distinta, pero fue informado de que su reunión con el presidente Bush podía ser cancelada. Kofi Annan mostró su enfado y Human Rights Watch declaró que la historia juzgaría firmemente a Nigeria por su participación indirecta, o directa, en la desaparición de

Taylor.⁴ El martes, a Charles Taylor lo sacaron bruscamente del todo terreno cargado de dólares y euros que en el que viajaba hacia Camerún en un paso fronterizo al norte de Nigeria. Le trasladaron inmediatamente en coche a Maiduguri y desde allí en avión hasta la capital de Nigeria, Abuja. A la mañana siguiente viajó a bordo de un avión nigeriano hasta Monrovia. Sobre la pista de aterrizaje, bajo una lluvia torrencial, las tropas de la paz de la ONU le esposaron y le leyeron sus derechos. Una hora después un helicóptero de la ONU lo sacó de Liberia por última vez. El Tribunal Especial había construido un helipuerto en Freetown para poder solventar este tipo de incidentes. Dos horas después, un desaliñado Charles Ghankay Taylor, antaño señor de la guerra, entró por primera vez en su celda y comenzó su esperado encuentro con la justicia.



Se ha invertido un presupuesto enorme en intentar frenar las guerras de diamantes. La UNMIL, la fuerza de paz de la ONU constituida en Liberia en 2003, llegó a absorber un presupuesto de 560 millones de dólares en el periodo 2009-2010. La fuerza de paz de Sierra Leona costaba 2,8 mil millones de dólares cuando se puso fin a sus operaciones en 2005. El coste anual de la fuerza de paz de Côte d'Ivoire ascendía a 500 millones de dólares al año en 2009-2010, y en la República Democrática del Congo, la MONUC tuvo a su disposición un presupuesto anual de 1,35 mil millones de dólares para el mismo periodo. En enero de 2010, 152 funcionarios de la ONU habían fallecido en la operación montada en la RDC. Con un presupuesto de entre 2,3 y 4 mil millones de dólares al año, sin contar las fuerzas de paz de Angola, se puede decir que se ha desembolsado una ingente cantidad de dinero y de efectivos para controlar los combates alimentados por los diamantes. Es imposible saber si las guerras no hubieran ocurrido sin los diamantes, pero evidentemente no hubieran sido tan brutales, ni tan sangrientas, ni hubieran destruido tantas infraestructuras ni se hubieran llevado por delante tantas vidas.

La campaña contra los diamantes de guerra dio pie a una ola de artículos académicos y de conferencias que sostenían que la avaricia —y no la necesidad— habían alimentado muchos más conflictos de lo que

se imaginaba hasta la fecha. Los diamantes se convirtieron en un pretexto para realizar estudios sobre el petróleo, la madera, el coltán y demás recursos naturales utilizados por los rebeldes para financiar sus armas. En 2000, la influyente International Peace Academy de Nueva York publicó un libro titulado *Greed and Grievance: Economic Agendas in Civil Wars*⁵ y, al poco tiempo, el concepto del «conflicto provocado por los recursos naturales» se había puesto de moda en el mundo académico. El Banco Mundial constituyó una Unidad para la Prevención de Conflictos y la Reconstrucción, que en 2001 elaboró un artículo, ampliamente citado, sobre el tema titulado *Greed and Grievance in Civil War*,⁶ en el que se analizaban 78 grandes conflictos surgidos entre 1960 y 1999. Si bien postulaba que las rebeliones a menudo surgen por necesidad —desigualdad excesiva, falta de derechos políticos, divisiones étnicas o religiosas—, también subrayaba la importancia de la oportunidad. La oportunidad surge de diferentes maneras, pero la más atractiva está relacionada con la capacidad para financiar una rebelión. El estudio del Banco Mundial concluyó que la mayoría de las rebeliones aprovechaban la oportunidad económica.

El documento no tardó ni un mes en atraer detractores de todos los bandos. Por un lado, la industria del diamante se esforzaba energicamente por resaltar que lo que mata son las armas, no los diamantes. Otros académicos aportaron su granito de arena con argumentos centrados en afirmar que el problema real era una «juventud desfavorecida», la «acumulación depredadora de la clase política que debilitó las instituciones», una «crisis de modernidad», la caída de las «relaciones patrimoniales tradicionales», la injusticia social, la corrupción, etc. Según ellos, los recursos naturales por sí solos tienen un valor «neutral».

Y quizá sea así. Por apreciados que sean, los diamantes no tienen casi valor, aunque cueste convencer de ello a cualquier dama de la alta sociedad. Bien es cierto que los jóvenes se ven atraídos a menudo hacia la rebelión porque sufren problemas, muchos de los cuales son urgentes y muy reales. Pero eso ni explica ni excusa la carnicería. Los que se aliaron con los nazis tenían sus necesidades y sus problemas, al igual que la tribu de los hutu que asesinó a sus vecinos en Ruanda. Los que se dedicaban a robar diamantes para pagarse las armas siempre tenían sus problemas en la punta de la lengua para justificar sus acciones. Pero en el caso del FRU, de la UNITA y de docenas de fac-

ciones que lucharon en el Congo, los diamantes y la violencia utilizada para conseguirlos se convirtieron en el motor de la necesidad, por justa o cruel, o por real o imaginaria que fuera. Sin diamantes, Jonas Savimbi, Foday Sankoh, Charles Taylor y todos los demás quizá nunca se hubieran convertido en monstruos. En vez de refundir una falsa dicotomía, los académicos podrían haber dedicado mejor su tiempo a pensar en cómo detener guerras financiadas de forma evidente por la venta ilimitada de mercancías —como los diamantes— y no a pensar en si Foday Sankoh pasaba o no por «problemas.» Desde luego tenía un problema, un problema que no requería mucho análisis académico: él no era presidente de Sierra Leona.



Si la historia concluyera en 2003, con el Sistema de Certificación del Proceso de Kimberley recién elaborado pero aún un tanto incompleto, los lectores se hubieran quedado en ascuas, al igual que los creadores del sistema que tras la reunión en Interlaken se preguntaban si el sistema algún día se pondría en marcha y funcionaría de verdad. El acuerdo de Interlaken, a día de hoy el principal documento de trabajo del Sistema de Certificación del Proceso de Kimberley (KPCS, por sus siglas en inglés) y a menudo elevado a categoría de escritura sagrada por los diplomáticos de los países participantes, reflejaba muchas de las preocupaciones expresadas durante las negociaciones, y al pie de la letra podía parecer un tanto débil. El KPCS no es un tratado internacional formal y vinculante, y ninguno de los gobiernos firmó ni un solo documento durante las reuniones. El preámbulo del KPCS recuerda la primera Resolución de la Asamblea General, redactada con pies de plomo por funcionarios anónimos. Según dicho preámbulo, el KPCS debería ser «un sistema de certificación internacional simple y manejable basado en sistemas de certificación nacionales y en unos requisitos mínimos aprobados internacionalmente». Reconocía «los diferentes métodos de producción y prácticas comerciales» y afirmaba que necesitarían «enfoques diferentes». Reconocía la importancia de la soberanía nacional y subrayaba que todo se debía lograr por consenso.

Consenso, un término que en el mundo real significa acuerdo, pero que en el Proceso de Kimberley se convirtió en sinónimo de una-

nimidad: si un gobierno se opone a una postura, dicha postura no puede salir adelante. Este sistema de veto unipersonal trastabilló en más de una ocasión la aplicación del KPCS durante los meses posteriores. La disposición sobre el seguimiento era extremadamente débil, sin sanciones establecidas por si se diera el improbable caso de que se realizara una misión de investigación. Asimismo, el grupo estaba abierto a cualquier gobierno «que quisiera y pudiera cumplir los requisitos del sistema», sin necesidad de estudiar de antemano sus credenciales. No había secretaría, no había personal, no había presupuesto. Las reuniones plenarios se celebrarían una vez al año en el país que tuviera la Presidencia de turno del Proceso.

Las deficiencias del sistema no pasaron desapercibidas entre los que pedían un acuerdo estricto y vinculante, con medidas de admisión y verificación firmes. En Interlaken se vieron obligados a decidirse entre aceptar un acuerdo débil y esforzarse posteriormente para reforzarlo desde dentro, o abandonar la mesa para siempre. Dado que el proceso parecía incapaz de ir más allá de lo acordado en Interlaken, abandonar las negociaciones hubiera dado al traste con todo el proceso, y culminaría con ese boicot por parte de los consumidores tan temido por la industria y también perjudicaría a cientos de miles de inocentes mineros y pulidores de diamantes en muchos países en vías de desarrollo.

No obstante, con el tiempo se vio que el acuerdo tenía varios puntos fuertes. En primer lugar, aunque la participación era completamente voluntaria los socios decidieron no hacer negocios con los socios. Los países que decidieron «voluntariamente» no acogerse al KPCS no podían hacer negocios con los socios, lo cual llevó a una situación en la que cualquier país con una industria de diamantes en bruto —ya fuera productor, comerciante o consumidor; de calidad gema o industrial— se veía *obligado* a unirse al KPCS. Así, un acuerdo voluntario se convertía en *realidad* en algo obligatorio.

En segundo lugar, algunos de los requisitos mínimos del KPCS eran bastante altos. Casi todos los participantes serios se verían obligados a aprobar nuevas leyes para poder poner en marcha el KPCS a escala nacional. La Unión Europea creó y aprobó legislación específicamente creada para el Proceso de Kimberley, al igual que Rusia, Canadá, Estados Unidos y prácticamente todos y cada uno de los 80 paí-

ses que finalmente participaron. Por tanto, aunque el KPCS no era un tratado internacional legalmente vinculante, cada uno de los países firmantes introdujo disposiciones legalmente vinculantes dentro de sus fronteras. Si bien hubiera sido difícil hacer cumplir un tratado internacional, sí resultaba más fácil aplicar leyes en cada uno de los países participantes.

Se constituyó un Grupo de Trabajo para el Seguimiento con el objetivo de gestionar un sistema de «revisión de pares», con equipos compuestos por representantes de tres países que contribuían cada uno un representante de la industria y de la sociedad civil. De nuevo, la disposición sobre las revisiones se introdujo como una medida voluntaria, pero era cada vez más difícil que los países no las pidieran. A finales de 2005 se habían realizado 25 revisiones «voluntarias», y eran pocos los países firmantes del KPCS que no se hubieran prestado a ello.

En 2003 y 2004, el Proceso de Kimberley fue cogiendo fuelle y los resultados parecían muy prometedores. En primer lugar, las negociaciones del Proceso habían ayudado a ahogar el envío de diamantes a los movimientos rebeldes de Angola y Sierra Leona, y habían contribuido a poner fin a las hostilidades. En segundo lugar, varios países sostenían que el KPCS tuvo un impacto directo sobre el aumento de exportaciones de diamantes legítimos, lo que redundó en la recaudación de más mayores ingresos fiscales. En 2005, las exportaciones de diamantes de Sierra Leona alcanzaron los 142 millones de dólares, un aumento increíble comparado con los 26 millones de 2001 y un buen indicador de que ahora los mineros, compradores y exportadores se habían dado cuenta de que el camino ilegal ya no salía a cuenta. En 2003 la RDC batió todos sus récords históricos en cuanto a exportaciones de diamantes. Por importante que sea poner fin al flujo de diamantes de guerra, el KPCS también ayudó a formalizar y limpiar una industria que llevaba un siglo operando con poca transparencia y poca documentación, convirtiéndose así en el patio de recreo de la actividad sumergida y el hábitat de algunos de los asesinos más despiadados del mundo.

La base de datos del Proceso de Kimberley comenzó siendo un sistema débil, pero gradualmente se ha transformado hasta convertirse en las mejores y más fiables estadísticas sobre la producción y el co-

mercio de diamantes en bruto del mundo. El sistema de revisión de pares mostró que el Proceso de Kimberley podía enseñar los dientes cuando se convirtió en la pieza clave en la expulsión de Congo-Brazzaville del sistema en 2004. La República del Congo (Brazzaville) llevaba años ejerciendo de vía de paso para los diamantes de contrabando de la vecina República Democrática del Congo (Kinshasa), y no tenía manera de justificar la exportación de volúmenes tan ingentes de diamantes. La solución era bien obvia.

Pero aunque las revisiones de pares comenzaron siendo un método de análisis sólido, pronto se convirtieron en algo más irregular. El coste de poner a un participante en cada equipo debía salir del bolsillo de su empleador, lo cual restringía el acceso a muchos gobiernos y limitaba la participación. Asimismo algunos revisores se tomaban en serio su labor, otros no. Como peor ejemplo sobresale la revisión inflada de Guinea que se realizó en 2008. En esta ocasión el problema no fue encontrar miembros suficientes, dado que en vez de los característicos tres representantes gubernamentales, más uno de la sociedad civil y de la industria de cada país, el equipo estaba compuesto por nueve miembros. Aun así, no estuvieron ni dos horas sobre el terreno fuera de la capital, y tardaron 11 meses en completar el informe. No sólo fue dilatorio, sino que fue irresponsable tratándose de un país cuya producción de diamantes había experimentado un impresionante aumento del 600 por ciento durante dos años, y que limitaba al este con la zona de extracción de diamantes controlada por los rebeldes de Côte d'Ivoire.

Incluso en los casos en los que los informes eran exhaustivos, las recomendaciones a menudo caían en saco roto. Según los informes sobre Angola y la RDC de 2004 y 2005, los gobiernos no sabían de dónde procedía casi la mitad de los diamantes exportados. Lo mismo se podía aplicar, en menor medida, a Guinea, Sierra Leona y demás países. Preocupante, dado que ése era el cometido del Proceso de Kimberley: garantizar la procedencia de los diamantes. Estudios posteriores realizados por ONGs entre 2005 y 2009, y por el propio Proceso de Kimberley en 2009, han demostrado que nada ha cambiado.⁷

Venezuela tiene el dudoso honor de ser el ejemplo más flagrante de incumplimiento patente. Como productor de diamantes no es muy importante, si bien es uno de los socios fundadores del Proceso de Kim-

berley y una parte esencial de la cadena de transporte de diamantes. A principios de 2005, Venezuela decidió dejar de usar los certificados Kimberley. No dio ninguna explicación, y por mucha correspondencia que enviara el Proceso de Kimberley no lograron restablecer el contacto. A finales de 2006, Partnership Africa Canada decidió enviar un investigador a Venezuela. Según su informe, el país seguía extrayendo diamantes que enviaba de contrabando a Brasil y a la República Cooperativa de Guyana.⁸ Cuando la historia saltó a los medios, el Proceso de Kimberley y el gobierno de Venezuela parecieron despezarse de la siesta. Venezuela envió a un alto funcionario a las reuniones del Proceso de Kimberley, donde denunció a Partnership Africa Canada. En octubre de 2008, el Proceso de Kimberley envió a un equipo de alto nivel a Caracas para sentarse a negociar. A pesar de haber desempeñado un papel fundamental en el Proceso de Kimberley y haber formado parte de todas las revisiones realizadas hasta la fecha, se prohibió la entrada a las ONGs y el equipo se creyó las promesas sin visitar si quiera las zonas de extracción de diamantes ni las accesibles zonas transfronterizas de contrabando. Simplemente regurgitó las lisonjas que le habían soltado en Caracas. Venezuela presentaba algunos problemas a la hora de regular los diamantes, y el gobierno se ofreció a suspender las exportaciones durante dos años para modernizar los controles. Pero Venezuela ya había «suspendido» los cargamentos hace años, en el sentido de que ya no emitía certificados ni presentaba datos sobre producción ni exportación desde 2005, algo que aparentemente traía sin cuidado a los que buscaban agarrarse a cualquier excusa para evitar la confrontación o tener que aplicar una multa. El Proceso de Kimberley, que se conformaba con poco, se tragó el anzuelo. Seis meses después, en mayo de 2009 el investigador de Partnership Africa Canada volvió a Venezuela y visitó las zonas fronterizas cercanas a Santa Elena de Uairén donde nada había cambiado. El gobierno venezolano había vuelto a emitir licencias de extracción, la compraventa de diamantes se realizaba a la luz del día y el tráfico ilegal hacia Brasil y Guyana seguía viento en popa. El Proceso de Kimberley se quedó de brazos cruzados e ignoró el contrabando de diamantes. Por increíble que pareciera, la institución creada para acabar con el contrabando de diamantes lo estaba condonando.

En octubre de 2008, el ejército del aire de Zimbabue acribilló a tiros un total de 200 buscadores de diamantes ilegales en la región de

Marange, cerca de la frontera con Mozambique. Desde hacía un tiempo se sabía que los diamantes de Zimbabue fluían libremente hacia una resurgida economía sumergida que se nutría de bienes ilícitos. Se habían confiscado diamantes de Zimbabue, en Dubái y en Bombay, y se sabía que los corredores de diamantes de todo el mundo se habían trasladado con sus balanzas, sus lupas y su dinero a Mozambique, a escasos kilómetros del pueblo fronterizo de Mutare, en Zimbabue. Las noticias salían en los medios, las organizaciones de derechos humanos elaboraban estudios detallados sobre el contrabando y las atrocidades.⁹ Después de muchos meses de discusiones internas, el Proceso de Kimberley por fin envió un equipo a la zona. Allí, encontró pruebas de que Zimbabue incumplía el acuerdo sobre los diamantes, pero cuando llegó el momento de debatir los abusos de derechos humanos y de hablar de suspender a Zimbabue, algunos gobiernos imitaron a los Tres Monos Sabios que nada oyen, nada ven y nada dicen. India, Rusia, China y Namibia encabezaron la lista de países que se mostraron contrarios a castigar los abusos de derechos humanos. Según ellos, «el Proceso de Kimberley no es una organización de derechos humanos», una postura que también apoyaba el representante del sector incluido en el equipo de investigación. Sudáfrica, que siempre había hecho la vista gorda con el régimen de Mugabe, reunió a los aliados de África Meridional para formar un *laager* defensivo alrededor de Zimbabue. El presidente del Proceso, el Viceministro de Minas de Namibia, emitió una serie de declaraciones contradictorias, y absolvió al gobierno de Zimbabue de haber obrado mal incluso antes de que el equipo hubiera comenzado a trabajar, y declaró que nunca suspenderían a Zimbabue antes de que se hubiera redactado el informe.

Si Venezuela demostró que el Proceso de Kimberley no tenía dientes, Zimbabue demostró que no tenía cerebro, y que su autoridad moral se había desvanecido. A pesar de las terribles conclusiones del equipo de investigación, a pesar de los esfuerzos de muchos países miembros, lo máximo que se logró en el Pleno del Proceso de noviembre de 2009 fue darle a Zimbabue apoyo técnico y un «plan de trabajo» para ayudar a solucionar sus problemas. No había censura, y el Ministro de Minas de Zimbabue asistió a la reunión, durante la que insultó y amenazó a las ONGs que habían destapado las violaciones de derechos humanos acaecidas en los yacimientos de diamantes.

Un mes más tarde Namibia redactó la resolución matriz anual del Proceso de Kimberley para la Asamblea General de las Naciones Unidas. El texto se mostraba «satisfecho» y «alababa» el impacto positivo del sistema sobre la paz y sobre casi todo. No hablaba de Venezuela ni de Zimbabue ni de los derechos humanos, debido a que los párrafos incendiarios sobre cada uno de estos temas habían sido eliminados del documento gracias a instancia de Venezuela, Zimbabue y China, respectivamente. Gracias al veto unipersonal, la Asamblea General sólo leía buenas noticias.

Antes de que se presentara a votación el anodino texto final, Suecia, Canadá, Suiza y Estados Unidos se refirieron al problema de Zimbabue. Pero Zimbabue fue el último país en tomar la palabra. El representante de Zimbabue dijo que su país era «la víctima» y denunció la «farsa» de países que supuestamente eran garantes del Proceso de Kimberley. Dicha farsa no la habían puesto en marcha Suecia, Canadá, Suiza y Estados Unidos, claro, sino los países de África Meridional que se manifestaban ahora, como en el pasado, para proteger a un gobierno criminal vecino. Al final, la resolución de la ONU fue propuesta por Botsuana, Namibia y Sudáfrica, los países que habían puesto en marcha el Proceso de Kimberley y los tres que tenían más que perder si el proceso fracasaba. Como colofón, la propuesta fue suscrita por un cuarto país: Zimbabue.

En resumidas cuentas, el Proceso de Kimberley se estaba convirtiendo en un circo. La mayoría de los miembros se esforzaban por cumplir los requisitos mínimos, y a algunos les indignaba su incapacidad para resolver los problemas causados por los países atípicos. Pero como sistema regulatorio, el control era de chiste. Patrullaba las carreteras en busca de peatones atolondrados mientras los criminales infestaban las calles del centro con impunidad.

Algunos alzaron la voz para pedir el cierre del KPCS, dado que el sistema no funcionaba y, al fin y al cabo, ya se había puesto fin al problema de los diamantes de guerra. Se equivocaban. Todavía llegaba una pequeña cantidad de diamantes de guerra desde Côte d'Ivoire. Con independencia de que Zimbabue fuera o no absuelta, estaba teniendo de sangre sus diamantes, convirtiéndose así en el mejor ejemplo de cómo una ficción inocua puede transformarse en caos y muerte. Más concretamente, el gasto combinado de las misiones de paz de la

ONU en 2009-2010 en Liberia, Côte d'Ivoire y la RDC ascendía ya a 2,3 mil millones de dólares, y en algunos países los esfuerzos a penas lograban contener el problema. Mientras tanto, el Proceso de Kimberley, que se veía a sí mismo como el modelo perfecto para la regulación de los recursos naturales, era incapaz de localizar siquiera la mitad de las gemas de los países más afectados por las guerras de diamantes. Algunos de los gobiernos y sectores de la industria del diamante demostraban que los intereses personales a corto plazo podían dar al traste con el sentido común, los derechos humanos e incluso los intereses a largo plazo de la industria en general.

Si se produjera, el desplome del Proceso de Kimberley tendría un coste muy alto. Sin duda resurgiría el régimen criminal de la década de los noventa. Los criminales ya han demostrado que siguen ahí, y que cada vez están más cerca. En cuanto éstos se establecieran, los diamantes de guerra reaparecerían también. Y entonces habría que empezar todo el proceso de nuevo. La alternativa es bien sencilla. El Proceso de Kimberley es un excelente acuerdo al que ya se han sumado unos 80 gobiernos, y dispone de casi todas las herramientas necesarias para convertirse en un sistema reglamentario efectivo. Pero necesita algunas más.¹⁰

Necesita acabar con la tontería del veto e imponer un sistema de votaciones. Necesita un mecanismo de investigación independiente, fiable y cercano. Necesita mayor transparencia y una secretaría con una sede fija que pueda resolver los problemas que puedan ir surgiendo, para lo que hay que eliminar el sistema de presidencia por turnos, cuyo principal objetivo parece ser evitar no ser el que tome «esa» decisión tan complicada. Y la industria del diamante tiene que hacer algo más que asentir educadamente ante estas ideas. Debe guiar el camino.

Los jóvenes siguen comprando anillos de pedida de diamantes. Pero hoy en día las parejas están más informadas, más atentas y son más conscientes de la necesidad de exigir responsabilidad social a las empresas a las que compran los productos. Este tema no va a desaparecer. Durante la crisis económica de 2008, el mundo aprendió que, cuando no hacen bien su trabajo, a los organismos reguladores las cosas se les escapan de las manos. Y todo se va al traste.



En 2005 surgió otro tema, un tema bastante atípico dadas las circunstancias. El año anterior, Partnership Africa Canada y Global Witness unieron fuerzas para poner en marcha un proyecto de investigación destinado a estudiar las penurias de los mineros de diamantes artesanales en África. Las conclusiones son impactantes. En primer lugar, el número de mineros artesanales es muy alto. En el Congo, Angola, Sierra Leona y media docena de países africanos hay hasta 1,3 millones de personas que buscan diamantes con equipos muy rudimentarios a cambio de un sueldo —medio— de un dólar al día. A pesar de que todos creen que no tardarán en encontrar una piedra enorme que los hará ricos de la noche a la mañana, la miseria que cobran los sitúa directamente en la categoría de la población que la ONU define como «pobreza absoluta». En estos pueblos mineros, y en los propios yacimientos, la violencia social de todo tipo está a la orden del día. El trabajo es peligroso y poco saludable, los mineros son portadores de enfermedades como la malaria, el sida, el VIH y muchas otras dolencias. El trabajo infantil también es muy común y la mayoría de los mineros trabajan fuera de la economía formal, convirtiéndose así en víctimas fáciles de todo tipo de depredadores. En este escenario surgen los diamantes de guerra, y si bien sería sensato introducir mejores normativas de derecho internacional, también sería ingenuo pensar que la industria del diamante podrá librarse de las críticas y de los peligros cuando un veinte por ciento de la producción se extrae en estas condiciones.

Cuando Partnership Africa Canada y Global Witness presentaron sus conclusiones en una reunión del Proceso de Kimberley, De Beers tomó la iniciativa sobre cómo avanzar: propuso que ambas ONGs presidieran con De Beers una reunión del sector, de ONGs y de gobiernos para tratar el tema. No sería fácil, dado que con los años son muchas las ONGs medioambientales que han perdido credibilidad tras aliarse con grandes empresas ávidas de promoción. Pero el Proceso de Kimberley fue un éxito, hasta cierto punto, porque las ONGs, el sector y la industria se mostraron dispuestos a relajarse un poco, a no sacar las garras, a hablar y a escucharse. El objetivo de las ONGs en el Proceso de Kimberley no era atacar al sector del diamante, dada su importancia para con la economía de tantos países en desarrollo. El propósito era acabar con las guerras que alimentaban esos diamantes. Ahora tenían

la oportunidad de hacer algo que podría convertir la semilla que se plantó en Kimberley en algo mucho mayor, un mecanismo para estudiar más a fondo el problema de los diamantes en África, algo que tenía el potencial no sólo de acabar con ese cáncer, sino de convertir a los diamantes en un motor para el desarrollo.

Y así se puso en marcha un nuevo esfuerzo provisional denominado Diamond Development Initiative (Iniciativa para el desarrollo del diamante, o DDI por sus siglas en inglés). Para la primera reunión las partes interesadas viajaron a Londres, donde el objetivo era comprobar si el concepto realmente merecía la pena. La idea no era constituir un montón de pequeñas cooperativas mineras en África, aunque ése podría ser uno de los resultados de la iniciativa. La idea era acercar el precio de mercado de los diamantes a los mineros, encontrar la manera de formalizar su trabajo y lograr que se interesaran por su *labor* y no por encontrar un diamante. Para que la iniciativa pudiera funcionar haría falta más información, nuevas leyes, una armonización fiscal transfronteriza para disuadir del contrabando, así como estándares de sanidad y seguridad aplicables. Se necesitaría la participación de más países, más ONGs, y más agencias de ayuda humanitaria, muchas de las cuales hasta el momento desconfiaban de esta volátil industria.

La segunda reunión se celebró en Accra a finales de 2005, con representantes de gobiernos, de agencias de ayuda humanitaria, del sector comercial y de la sociedad civil procedentes de nueve países africanos, y de lugares tan lejanos como Australia, India, Europa y América del Norte. La primera tentativa de proyecto de la DDI despegó en enero de 2006 y en 2008 se nombró una directora ejecutiva que combinaba a partes iguales experiencia, compasión y vigor, Dorothee Gizenga. En 2010, la DDI contaba con el apoyo de la Tiffany Foundation, una amplia selección de empresas del sector del diamante y los gobiernos de Suecia, Gran Bretaña y Bélgica. Por encima de todo, había una acogida muy buena de los gobiernos y comunidades africanas cuyo día a día sufre por culpa de los diamantes. Todavía es pronto para decir si la DDI logrará el efecto que busca. Los detractores lo vieron con una treta de De Beers, una bajada de pantalones de las ONGs, un gesto inútil, algo imposible. Pero los defensores africanos lo vieron como la oportunidad de cambiar el significado mismo de los diamantes; una empresa digna de apoyo, una posibilidad. Para lograr que la

década de inversiones en lanzamiento de campañas y en la creación del Proceso de Kimberley produzca dividendos a largo plazo, la DDI se postula como la mejor forma de hacerlo, y quizá como la única forma de poner fin a un siglo de caos en los yacimientos de diamantes de África. Si logra su objetivo, podría convertirse en uno de los mayores proyectos de desarrollo de África, y podría ayudar a garantizar que nunca más vuelva a existir algo como los diamantes de sangre.



La industria del diamante está plagada de cuentos apócrifos, pero dos destacan por encima de los demás. Una es la historia de *La estrella de Sierra Leona*, el mayor diamante aluvial jamás encontrado, y la tercera mayor gema de todos los tiempos. La piedra tenía el tamaño de un huevo, pesaba casi 200 gramos y tenía 968,9 quilates. Casualidades de la vida, esta piedra apareció el día de San Valentín de 1972 en la mesa de selección de la National Diamond Mining Company en Sierra Leona. No tardó en caer en manos de De Beers en Londres. Allí se puso a la venta y en octubre de ese año Harry Winston anunció en Nueva York que la había adquirido por una cantidad «que rondaba varios millones de dólares».¹¹ Winston quería cortar el diamante de manera que produjera una piedra excepcional. Pero al igual que el sector del diamante y el gobierno del país que procedía, *La estrella de Sierra Leona* era imperfecta y hubo problemas cuando finalmente surgió la gran piedra de 143,2 quilates de corte esmeralda de Harry Winston. Al final, el gran diamante tuvo que ser dividido en diecisiete gemas, la mayor de las cuales sólo alcanzaba un cinco por ciento del peso de la piedra original. *La estrella de Sierra Leona* desapareció sin más.

La segunda historia la cuenta Christian Dietrich en el artículo que escribió para Partnership Africa Canada en un intento de desenmascarar la industria del diamante y al que tituló *Hard Currency*.¹² Dietrich cita a De Beers hablando sobre una gema llamada la *Estrella del milenio*:

Un diamante tan perfecto y tan grande que ni siquiera los mejores expertos mundiales en diamantes se ven incapaces de ponerle un precio. La *Estrella del milenio* de De Beers... Los cortadores pasaron tres años trabajando con láser para dar forma a la

piedra. La gema resultante es el único diamante jamás conocido con proporciones internas y externas perfectas, una piedra de 203 quilates con forma de pera... De Beers creó la colección [Milenio] para simbolizar los deseos y los sueños de futuro del mundo entero.¹³

Según Dietrich, De Beers compró la piedra de la que surgió la *Estrella del milenio* a principios de la década de 1990, cerca de Mbuji-Mayi en el Congo, y se rumorea que pagó por ella 400.000 libras esterlinas. Según otros, el valor de la transacción rondaba más bien los 7 millones en efectivo, que se enviaron a Congo a través de Brazzaville en un baúl. Costara lo que costara la *Estrella del milenio*, ésta se convirtió en la pieza central de la campaña «Diamantes para el milenio» de De Beers. Un titular de una noticia de la BBC sobre «Grandes robos de nuestra era»¹⁴ centró la atención pública en un intento de robo de la colección del Millennium Dome en Londres en noviembre de 2000. «Nadie se fijó en la ironía de que una gema de valor tan incalculable se hubiera adquirido en la década de 1990 en un país ahora sacudido por una terrible guerra civil, causada por décadas de mala gestión, corrupción y explotación por parte de las autoridades gubernamentales, por no mencionar los intereses comerciales y estratégicos extranjeros», apunta Dietrich. «Tampoco nadie pareció percatarse de que la República Democrática del Congo aparecía entre los primeros puestos de los países productores de diamantes, pero seguía siendo uno de los países menos desarrollados».

Vaya ironía. En febrero de 2002 los componentes de la banda que habían intentado arrasar con el Millennium Dome 16 meses antes fueron enviados a prisión sentenciados a condenas de hasta 18 años. El juez que los dicó las sentencias habló de un atraco «malvado» y «profesional». Según los medios, si hubieran logrado su objetivo hubiera sido el mayor robo de todos los tiempos. Tampoco es que es fuera cierto, entre otras cosas porque los diamantes expuestos eran artificiales. Las joyas verdaderas siempre estuvieron guardadas a cal y canto, lejos de los ojos curiosos y las manos largas. Pero lo importante es que un robo más silencioso, malvado, mayor e igual de profesional se llevaba a cabo cada año en África. Nunca se hablaba de ellos, pero cientos de miles de personas murieron a causa de ello. Millones de personas se

quedaron sin los servicios gubernamentales de los que hubieran gozado si los diamantes se hubieran vendido a través de canales legales y se hubieran gravado con los impuestos correspondientes. Los jueces callaron, pocos ladrones fueron encarcelados, ningún *diamantaire* fue castigado, ninguna prometida se quedó sin anillo de pedida.

¿Es posible poner fin al comercio y al robo de diamantes, y a los diamantes de sangre en concreto? El Sistema de Certificación del Proceso de Kimberley ha ayudado a poner freno a la peor parte, pero se ha equivocado en los pocos casos en los que se ha puesto a prueba —Côte d'Ivoire, Venezuela, Zimbabue. No parece que el Proceso de Kimberley tenga capacidad para detener una guerra por los diamantes en el este de la RDC o en cualquier otro país. Tiene una visión demasiado miope, se centra demasiado en lo que tiene cerca sin mirar hacia la distancia.¹⁵

El Proceso de Kimberley está de capa caída y fracasará del todo si no toma conciencia del proceso tan disfuncional que rige la toma de decisiones y de la falta de voluntad para gestionar de manera rápida y efectiva el incumplimiento de las normas establecidas. Los gobiernos africanos deben reforzar el control y los países comerciantes deben garantizar que no haya ninguna laguna legal que permita ese incumplimiento. La industria debe esforzarse más por pedir protección y cumplimiento a los gobiernos que han aprobado las leyes del Proceso de Kimberley creadas específicamente a esos efectos. Las ONGs seguirán con sus campañas y antes o después los consumidores acabarán por entender su mensaje. Si la cosa no mejora, la reputación de los diamantes caerá, junto con el atractivo que tienen para los anillos de pedida y para otras demostraciones de amor.

A pesar del horror de las guerras de diamantes, a pesar del reto constante, esta historia puede terminar con una nota positiva. En un mundo plagado de fracasos, esta historia demuestra que las campañas de las ONGs, la responsabilidad social corporativa y la diplomacia todavía pueden funcionar, no sólo para acabar y prevenir conflictos, sino para convertir los diamantes teñidos de secretismo y sangre en un motor para el desarrollo y para llevar la esperanza a lugares muy faltos en estos valores.

EPÍLOGO

Eran las ocho de la mañana y todavía hacía fresco cuando vino a recogerme una furgoneta con las lunas tintadas. Todavía no había amanecido del todo. En el corto trayecto que me separaba del Tribunal Penal Internacional de La Haya observé que aunque estábamos a principios de enero de 2008, los azafranes de primavera más osados ya empezaban a asomar sus cabecillas naranjas y moradas entre el helado césped.

Iba a ser el primero en declarar como testigo en el juicio por crímenes de guerra contra Charles Taylor, antaño maestro, antaño señor de la guerra, antaño presidente de Liberia. Se había hecho esperar. Taylor ayudó a convertir su país en un osario en su camino hacia la presidencia en 1997, pero fue una victoria pírrica que no calmó su sed de sangre y violencia. Fomentó la guerra que había ayudado desatar en Sierra Leona y diseñó los ataques lanzados contra Guinea. Ayudó a desestabilizar Côte d'Ivoire y llevó la muerte y la destrucción a todos los países con los que hacía frontera Liberia, un país que tiene 1.500 kilómetros de vecinos. Los peores crímenes los cometió en su propio país, donde 200.000 personas murieron en una carnicería que concluyó con su llegada al poder. Posteriormente murieron al menos otros 50.000 intentando derrocarlo.

Sin embargo, lo que sentó a Taylor ante La Haya fue su participación en el sangriento conflicto que machacó Sierra Leona. Tras presentar su dimisión se refugió en Nigeria. Durante un tiempo vivió tranquilamente en una mansión de Calabar, de fiesta en fiesta, y móvil en mano libraba una guerra a distancia contra sus enemigos. En marzo de 2006, el gobierno de Liberia pidió formalmente su deportación. Intentó darse a la fuga pero le pillaron y tras subirse a tres aviones en dos días Taylor llegó a Freetown, la capital del país que había ayudado a destrozarse, para oír los cargos que se le imputaban.

El Tribunal Especial para Sierra Leona fue un híbrido diseñado por Naciones Unidas y el gobierno de Sierra Leona con el objetivo de juzgar a «los responsables de haber perpetrado las más serias violaciones del derecho humanitario internacional y la legislación de Sierra Leona en el territorio de Sierra Leona desde el 30 de noviembre de 1996». Fue el primer tribunal penal internacional financiado completamente con aportaciones voluntarias y que contaba con el apoyo de más de 40 gobiernos. Acabó juzgando a ocho personas de Sierra Leona, todas ellas condenadas y declaradas culpables de sus crímenes. Esas ocho personas eran líderes rebeldes del FRU, oficiales del ejército que se aliaron con los rebeldes, líderes del *kamajor*, la milicia popular aliada con el gobierno. Así, el Tribunal se encargó de juzgar un conjunto de casos equilibrado, sin convertirse simplemente en un ejercicio de justicia del vencedor. En el caso de Taylor, los cargos incluían actos de terrorismo, matanzas ilícitas, violencia sexual, violencia física, uso de niños soldado, abducción, trabajo forzoso y saqueo.

El juicio se celebró en La Haya y no en Freetown porque el Tribunal, los gobiernos de Sierra Leona, Liberia y demás partes interesadas temían que un largo juicio en Freetown pudiera atraer a amigos de Taylor y demás oportunistas, lo cual tenía altas probabilidades de provocar más caos. El Tribunal Penal Internacional de La Haya accedió al uso de sus instalaciones, pero el gobierno de los Países Bajos se mostró reacio dado que si se le declaraba culpable habría que encontrar un lugar donde encarcelar a Taylor. Los Países Bajos no querían hacerse cargo, tampoco otra media docena de países como Suecia, Dinamarca o Austria. Gran Bretaña se ofreció a alojar a Taylor en una de las prisiones de Su Majestad, y así se procedió a trasladar a Taylor a La Haya.

Pasaron 18 meses hasta que dio comienzo el juicio. El abogado de Taylor abrió con un ataque frontal, quejándose de que las condiciones de Taylor en la cárcel eran «draconianas», incluso peores que las de Freetown. Taylor no tenía derecho a hacer llamadas, al contrario que en Freetown, y le obligaban a comer «comida europea» en la Unidad de detención de Naciones Unidas en Scheveningen.

Taylor llevaba un año en Scheveningen cuando comenzó el juicio, pero no asistió al mismo, y su abogado se presentó únicamente para anunciar que Taylor le había despedido. Hicieron falta otros seis meses para sentar a Taylor en el banquillo, esta vez rodeado de un equipo

de abogados que le costaron al Tribunal Especial alrededor de 130.000 dólares al mes, más de millón y medio de dólares al año. De hecho, el coste total del Tribunal Especial fue altísimo, y muchos criticaron la conveniencia de unos juicios tan caros para tan pocos acusados. El hecho de que a Taylor le defendiera un equipo legal tan caro —pagado por el tribunal— cuando a sus víctimas no las había defendido nadie parecía ir en contra del sentido común y de la decencia.

Eso es porque había algo más en juego. Gran parte de la población de África Occidental se alegró de que el Tribunal hubiera sentado al menos a uno de los jefazos en el banquillo. Foday Sankoh murió antes de que se le pudiera juzgar. Hinga Norman, otro de los acusados, murió en la cárcel. Sam Bockarie fue asesinado en Liberia, y el ladrón de diamantes y golfista Johnny Paul Koroma había desaparecido sin más, aunque se creía que le habían asesinado en Liberia. El juicio de Taylor era icónico. Era importante que los habitantes de Sierra Leona y Liberia pudieran ver al antaño poderoso frente a la acusación en un juicio abierto. También era importante que se pudiera ver a Taylor en emisiones en directo, escondido detrás de sus gafas de sol, incluso cuando negaba todos los cargos. El juicio fue importante por muchas otras cosas. Slobodan Milosevic tuvo el dudoso honor de ser el primer jefe de Estado que se enfrentó a un tribunal de crímenes de guerra. Pero Taylor fue el primer jefe de Estado africano en sentarse ante dicho organismo, y el juicio logró dos cosas también muy importantes. En primer lugar, sentó precedente. En segundo lugar, envió un potente mensaje a todo el continente y a los demás líderes: los comportamientos criminales ya no pasaban desapercibidos, sino que se les prestaba atención y se trataban como se merecían. En cierto modo, Taylor representaba a todos los hombres que echaron mano de los diamantes para alimentar sus ambiciones criminales: Mobutu Sese Seko, Jonas Savimbi, Gnassingbé Eyédema, Blaise Compaoré y sus acólitos.

Taylor se quejó en repetidas ocasiones de que el Tribunal era una farsa construida por el mundo occidental y de que sus acusadores eran unos racistas. Le hubiera sido más útil quejarse de que muchos otros que permitieron que los diamantes se utilizaran con fines tan malvados no estuvieran sentados en el banquillo junto a él: un sector que llevaba una década ignorando la situación causada por un producto que provocaba la muerte y la destrucción; los comerciantes de armas

Viktor Bout, Leonid Minin y muchos más; los gobiernos —Rusia, Ucrania, Bulgaria y otros— que vendieron armas a sabiendas de que acabarían enviándose a los países africanos en guerra; y los gobiernos —Libia, Sudán, Burkina Faso, Togo— que permitieron el uso de sus instalaciones de paso y falsificaron certificados de usuario final. Taylor daba la cara por todos ellos. Y lo sabía. Se quejó repetidas veces durante el juicio de que «no era justo».

Entre julio y noviembre de 2009, Taylor se sometió a semanas de minuciosos interrogatorios por parte de su propio equipo legal, en las que tildó siempre todas las declaraciones de los testigos de mentiras, mentiras flagrantes, mentiras despiadadas, mentiras absolutas, mentiras de extrema derecha y mentiras diabólicas. Cuando le preguntaron sobre mi declaración, contestó «Smillie miente más que habla».¹

Frecuentemente dijo que se le estaba demonizando. «Este juicio es una farsa. La gente que somos el centro de atención tenemos que aguantar este tipo de declaraciones contra nosotros. Ahora está de moda. Para demonizar a los líderes africanos se les culpa de comer carne humana, como dijo esa persona durante su declaración, o de robar dinero. Sin que puedan probar nada».²

Se le preguntó acerca de una declaración en la que un testigo habló de cómo «engalanaban» los controles de carreteras con cabezas humanas y entrañas. Intentó explicar que era cráneos, no cabezas humanas, y que dejarlas a la vista era una práctica bastante común dadas las circunstancias, era como aquellos símbolos que usaban las órdenes de antaño. «Permítanme informarles», dijo, «que he sido miembro de una importante logia, la Orden de Oddfellows. Tiene presencia en Gran Bretaña. Tiene presencia en Estados Unidos. Es una logia occidental. Si hubiera aquí algún otro miembro sabría a qué símbolos me refiero. Lo único que vi en los controles fueron cráneos. No hubiera permitido que se asesinara a personas o se colgaran cabezas humanas. No hubiera ocurrido jamás, y de hecho nunca ocurrió».

Uno de los jueces preguntó por qué había que exponer cráneos humanos, y Taylor se lo explicó: «Los símbolos se utilizan para dar una lección. Una lección que dice: «Esto es lo que hay. Si no acatas las reglas, pasará esto. Esto pasa por no cumplir órdenes». Por eso los utilizábamos. No había cráneos en todos los accesos, pero sí los poníamos en algunas zonas. Las vi, investigué sobre el tema y me di cuenta

de que eran cráneos enemigos y no pensé que el símbolo tuviera una connotación negativa».³

No pensé que el símbolo tuviera una connotación negativa.



En el interior de Sierra Leona, en el pueblo de Koidu donde di clase en la década de 1960 se empiezan a reconstruir los edificios destrozados. La ayuda monetaria ha ayudado a los refugiados a volver y a establecerse. Los mercados están a pleno rendimiento. También había algo que hasta hace bien poco ninguno de los que vivimos allí en esos tiempos nos hubiéramos podido imaginar: el Instituto de Koidu, antaño repleto de estudiantes ávidos de labrarse lo que parecía un futuro brillante, se convirtió durante un tiempo en la sede del batallón de Pakistán de la UNAMSIL, presente en la zona para evitar que el terrible pasado pudiera volver a surgir. Las últimas tropas extranjeras se marcharon a finales de 2005 y ahora Sierra Leona vive de nuevo sola. El Instituto de Koidu ha vuelto a convertirse en una escuela donde los estudiantes van a clase y piensan qué quieren ser de mayor. A menos de un kilómetro, a los niños les llega la basura y el barro hasta el ombligo en un lugar llamado Kaisombo. Un lugar en el que buscan diamantes.

This page intentionally left blank

NOTAS

CAPÍTULO 1. DEL JUICIO Y DEL HÁBIL ARTÍFICE: DIAMANTES SUCIOS

1. Percy Sillitoe, *Cloak Without Dagger* (Londres: Pan Books, 1956), 215.
2. Fred K. Kamil, *The Diamond Underworld* (Londres: Allan Lane, 1979), 31.
3. Ian Fleming, *Diamantes para la eternidad* (Londres, Jonathan Cape, 1956).
4. *Ibid.*, 28.
5. *Ibid.*, 148.
6. A.W. Cockerill, *Sir Percy Sillitoe* (Londres: W.H. Allen & Co., 1975) 193.
7. J.H. Du Plessis, *Diamonds Are Dangerous* (Nueva York, John Day, 1961), 16.
8. Correspondencia personal del autor con la hija de Anne en 2002.
9. Global Witness, *A Rough Trade: The Role of Companies and Governments in the Angolan Conflict* (Londres: Global Witness, diciembre 1998); Partnership Africa Canada, *The Heart of the Matter: Sierra Leone, Diamonds and Human Security* (Ottawa: Partnership Africa Canada, enero de 2000).
10. Naciones Unidas, *Informe del grupo de expertos nombrado de conformidad con la Resolución N.º 1.306 del Consejo de Seguridad de la ONU (2000), párrafo 19 relativo a Sierra Leona* (Nueva York: Naciones Unidas, diciembre de 2000), 28.
11. El valor total de las importaciones de diamantes registradas por Gran Bretaña en 1997 hubiera sido mucho mayor. Los demás diamantes debieron entrar bajo diferentes códigos de aduana.
12. Naciones Unidas, op. cit., 24.
13. Sharon Berger, Sharon, «Congo signs \$700m. agreement with IDI Diamonds» *Jerusalem Post*, 2 de agosto de 2000.
14. Christian Dietrich, «Have African-based Diamond Monopolies Been Effective?» *Central Africa Minerals and Arms Research Bulletin*, Volumen 2, (junio 2001). Online: <http://www.google.com/search?q=dietrich+www.diamondstudies.com&sourceid=ie7&rls=com.microsoft:en-US&ie=utf8&oe=utf8&rlz=> (último acceso 7 de diciembre de 2009).
15. Para un análisis completo sobre los diamantes en África Central en esa época, ver Christian Dietrich, *Hard Currency: The Criminalized Diamond Economy of the Democratic Republic of the Congo and its Neighbours* (Ottawa: Partnership Africa Canada, 2002).
16. Cifras del Consejo Superior del Diamante, Amberes, y de *Diamond Intelligence Briefs*, Tel Aviv.

17. Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, *Informe sobre el mecanismo de vigilancia de las sanciones contra Angola, S/2001/966* (Nueva York, Naciones Unidas, 12 de octubre de 2001), párr. 141.
18. «Diamond Pipeline 2001», *Mazal U'Bracha*, N.º 146 (junio de 2002).
19. Matthew Hart, *Diamond: A Journey to the Heart of an Obsession* (Toronto: Viking, 2001), 159-181.
20. Hart, *op.cit.*, contiene detalles sobre algunos fraudes cometidos con diamantes rusos.

CAPÍTULO 2. EL CAUDAL DE LOS ALTOS BENEFICIOS: GEOLOGÍA E HISTORIA

1. M. Sevdemish y A. Mashiah, *The Dealer's Book of Gems and Diamonds*, (Israel: Mada Avanim Yerakot Ltd., 1995), Vol. II, 502.
2. Marian Fowler, *Hope: The Adventures of a Diamond* (Nueva York: Random House, 2002), 8.
3. Adam Hochschild, *King Leopold's Ghost*, (Boston, Houghton Mifflin, 1998), 233.
4. Estadísticas del Proceso de Kimberley, <https://mmsd.mms.nrcan.gc.ca/kimberleystats/default.asp> (último acceso 7 de diciembre de 2009).
5. *Ibid.*

CAPÍTULO 3. DE BEERS: ESA DELICADA EQUIPONDERANCIA

1. Stefan Kanfer, *The Last Empire: De Beers, Diamonds and the World* (Nueva York: Farrar, Strauss Giroux, 1993), 95.
2. *Ibid.*, 116.
3. Edward Jay Epstein, *The Rise and Fall of Diamonds* (Nueva York: Simon and Schuster, 1982), 84.
4. Hart, *op. cit.*, 141.
5. Anita Loos, *Gentlemen Prefer Blondes: The Illuminating Diary of a Professional Lady*, Nueva York: Boni & Liveright, 1925), 100.
6. En realidad, De Beers llegó a pulir diamantes por valor de hasta medio millón de dólares al año durante las décadas de 1980 y 1990, pero nunca hablaron de ello porque no quería que pareciera que competía con sus propios sightholders.
7. John. H. Shenefield y Irwin M. Stelzer, *The Antitrust Laws: A Primer* (Washington: American Enterprise Institute Press, 1993), 1; citado en Debora L. Spar, *Managing International Trade and Investment: Casebook* (Londres: Imperial College Press, actualizado), 213.
8. Kanfer, *op. cit.*, 317.
9. Ponencia en la Conferencia Global de antiguos alumnos de la Escuela de negocios de Harvard, marzo de 1999; publicado en Spar, *op. cit.*, 220-223.
10. Epstein, *op. cit.* 115.
11. *Ibid.*, 116.
12. Nelson R. Mandela, «Eulogy: Harry Oppenheimer», *Time Magazine*, 4 de septiembre de 2000.

13. El relato aparece en Epstein *op. cit.*, 171-182.
14. El relato se cuenta en detalle en Edward Wharton-Tigar, *Burning Bright: The Autobiography of Edward Wharton-Tigar* (Londres: Metal Bulletin Books, 1987), 183-200.
15. Kanfer, *op. cit.*, 344.
16. De Beers, *A Diamond is Forever-1998 Annual Report* (Londres: De Beers, 1999), 5.
17. Nicholas Stein, «The De Beers Story: A New Cut on an Old Monopoly», *Fortune Magazine*, febrero de 2001.
18. «De Beers Cut Angers Antwerp Council», *Business Day*, Johannesburgo, 13 de junio de 2003.
19. Para evitar la tasa, el contrato entre De Beers y LVMH estipulaba que ninguno de los diamantes procedería de De Beers.
20. Stein, *op. cit.*

CAPÍTULO 4. EXTRAÑAS CADENAS: LA DISTRIBUCIÓN DE DIAMANTES

1. Tacy Limited and Chaim Even-Zohar: http://www.idexonline.com/pdf_files/IDEX_Online-2008_Diamond_Pipeline.pdf (último acceso 7 de diciembre de 2009).
2. Nicky Oppenheimer, entrevista concedida a *Mazal U'Bracha Diamonds*, agosto de 2000.
3. El relato aparece en Epstein, *op. cit.*, 238-240.
4. Peg Hill, «Diamonds: For Love or Money?» *Globe and Mail* (15 de febrero de 2003).
5. Chaim Even-Zohar, «Recycling Diamonds», *Diamond Intelligence Briefs*, Vol. 24, N.º 575 (30 de septiembre de 2009).

CAPÍTULO 5. ANGOLA O CÓMO DESVIAR LA ATENCIÓN

1. Basil Davidson, *In the Eye of the Storm: Angola's People* (Garden City, Nueva York: Anchor Books, 1973), 70.
2. *Ibid.*, 130.
3. *Ibid.*, 241.
4. Fundación de las Naciones Unidas, «*Diamonds Worth \$1 Million Smuggled Daily, U.N. Says*», 16 de octubre de 2001, En Internet: http://www.unwire.org/unwire/20011016/19671_story.asp (último acceso 5 de enero 2010).
5. Christian Dietrich, «Inventory of formal diamond mining in Angola» en Jakkie Cilliers y Christian Dietrich (eds.), *Angola's War Economy: The Role of Oil and Diamonds* (Pretoria: Institute for Security Studies, 2000), 146.
6. Otros llegaron a una cifra total inferior. En un artículo de 1999, Human Rights Watch estimó que la cantidad total ascendía a 1,72 mil millones de dólares antes del desmoronamiento del proceso de Lusaka a finales de 1998: Human Rights Watch, *Angola Unravels* (Nueva York: Human Rights Watch, 13 de septiembre de 1999). Philippe Le Billon calcula que los beneficios netos de la

UNITA oscilan entre el 25% y el 50% de este total (Philippe Le Billon, «A land cursed by its wealth? Angola's war economy 1975-99», Instituto Mundial de Investigaciones de Economía del Desarrollo, Helsinki, octubre de 1999.

7. Curiosamente, tal y como muestran los informes anuales de De Beers esto no se realizaba de manera encubierta y el gobierno de Angola era bien consciente de ello. Ya en 1992 Nicky Oppenheimer se puso en contacto con el presidente de Angola dos Santos: «Vuelvo a dirigirme a usted para llamar su atención sobre el continuo problema del robo de diamantes de las zonas de extracción angoleñas... Hemos comprado estos diamantes como parte del esfuerzo continuo del CSO por garantizar la estabilidad del mercado del diamante. Lamento mucho que la República de Angola no haya obtenido beneficio alguno de esta venta». Carta de N.F. Oppenheimer al Presidente Eduard dos Santos, 6 de febrero de 1992.
8. Documento del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas S/2000/203, (Nueva York: Naciones Unidas, 10 de marzo de 2000), 23.
9. Citado en Ian Smillie, Lansana Gberie y Ralph Hazleton, *The Heart of the Matter: Sierra Leone, Diamonds and Human Security* (Ottawa: Partnership Africa Canada, 2000), 31.
10. Documento del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas S/2002/486, (Nueva York: Naciones Unidas, 26 de abril de 2002).
11. 11. Documento del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas S/2000/203, (Nueva York: Naciones Unidas, 10 de marzo de 2000), párr. 14-38.
12. Documento del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas S/2001/363, (Nueva York: Naciones Unidas, 18 de abril de 2001).
13. Peter Landesman, «Arms and the Man», *New York Times Magazine*, 17 de agosto de 2003.
14. Documento del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas S/2001/966, (Nueva York: Naciones Unidas, 12 de octubre de 2001), 39.
15. *Ibid.*, 42.
16. Esta historia aparece en el Documento del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas S/2002/486, (Nueva York: Naciones Unidas, 26 de abril de 2002).
17. Documento del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas S/2001/966, (Nueva York: Naciones Unidas, 12 de octubre de 2001).
18. Partnership Africa Canada, *Diamond Industry Annual Review, Angola*, 2007 (Ottawa: Partnership Africa Canada, 2007), 7-9.
19. «Corruption Replaces War as Way of Life in Angola», *National Post*, 30 de julio de 2002.
20. Jim Hoagland, «Diamond-Backed Warriors», *Washington Post*, 28 de febrero de 2002.
21. Nicholas D. Kristoff, «The Angola Mirror», *New York Times*, 5 de marzo de 2002.

CAPÍTULO 6. LIBERIA Y EL AMOR POR LA LIBERTAD

1. Graham Greene, *Viaje sin mapas* (Londres: William Heinemann, 1936).
2. Fondo Monetario Internacional, «Staff Report for the 2001 Article IV Consultation» (Washington: Fondo Monetario Internacional, febrero de 2002).
3. H. L. Van der Laan, *The Sierra Leone Diamonds: An Economic Study Covering the Years 1952-1961* (Londres: Oxford University Press, 1965), 60.
4. Stephen Ellis, *The Mask of Anarchy* (Londres: C. Hurst & Co., 1999), 50.
5. Mark Huband, *The Liberian Civil War* (Londres: Frank Cass, 1998), 35.
6. William Reno, *Warlord Politics and African States* (Boulder CO: Lynne Rienner, 1998), 87.
7. Huband, *op. cit.*, 46. En agosto de 2009, Taylor dio su propia versión de su huida durante el juicio por crímenes de guerra en La Haya. Dijo que una noche el guardia abrió la puerta su celda y fue escoltado hasta una zona de mínima seguridad. Escapó por la ventana dejándose caer con una sábana y saltó la valla de la prisión donde le aguardaba un coche. Taylor dijo que «el guardia trabajaba con alguien». Supuso que el misterioso coche que le llevó a Nueva York «tenía que ser del gobierno [estadounidense]» porque los conductores temían que le «identificaran» si cambiaba de coche para viajar con su mujer, que le esperaba con el dinero que necesitaría para salir del país.
8. Se calcula que las bajas durante la guerra civil de Liberia ascienden a unas 200.000, pero Stephen Ellis recogió datos y una estimación convincente trabajando con cifras menores. Ellis, *op. cit.*, 312-315.
9. Reno, *op. cit.*, 99.
10. Consejo de Seguridad de la ONU, S/2000/1195 (Nueva York: Naciones Unidas, 20 de diciembre de 2000), 24.
11. Fondo Monetario Internacional, «Staff Report for the 2001 Article IV Consultation» (Washington: Fondo Monetario Internacional, febrero de 2002).
12. Global Witness, *Taylor-made: The Pivotal Role of Liberia's Forests and Flag of Convenience in Regional Conflict* (Londres: Global Witness, 2001), 3.
13. Consejo de Seguridad de la ONU, «Informe presentado por el Secretario General en cumplimiento del apartado a) del párrafo 13 de la resolución 1343 (2001), relativa a Liberia», S/2001/939 (New York: Naciones Unidas, 5 de octubre de 2001).
14. Global Witness, *op. cit.*, 17.
15. *Ibid.*
16. Declaración de Charles Taylor, Tribunal Especial para Sierra Leona, 7 de diciembre de 2009.
17. Consejo de Seguridad de la ONU, S/2000/1195 (Nueva York: Naciones Unidas, 20 de diciembre de 2000), 17.
18. Para detalles sobre la tala, ver Global Witness, *The Usual Suspects: Liberia's Weapons and Mercenaries in Côte d'Ivoire and Sierra Leone* (Londres: Global Witness, 2003). Para detalles sobre importaciones de armas, ver informes de diferentes Grupos de expertos de la ONU, especialmente S/2003/498 del 23 de abril de 2003.

19. Human Rights Watch, «Back to the Brink: War Crimes by Liberian Government and Rebels» (Nueva York: Human Rights Watch, Vol. 14, N.º 4(A), mayo de 2002).
20. Dennis, John, «President Taylor Wins Peace Medal», 31 de julio de 2002, On-line: www.allaboutliberia.com (último acceso 24 de junio de 2003).
21. Fondo Monetario Internacional, «Liberia: Selected Issues and Statistical Appendix» (Washington, FMI Informe de país N.º 05/167, mayo de 2005).
22. Nicky Oppenheimer, «Mostly a Matter of Marketing», ponencia ante la American Gem Society, Vancouver, Mazal U'Bracha, N.º 146, junio de 2002.

CAPÍTULO 7. SIERRA LEONA: LOS DIAMANTES DEL FRU

1. Lorna Duek, «Hell Has Had Its Turn», *Globe and Mail*, 4 de mayo de 2000.
2. Graham Greene, *El revés de la trama* (Harmondsworth: Penguin, 1962), 143.
3. William Reno describe el concepto del «Estado en la sombra» en *Corruption and State Politics in Sierra Leone* (Cambridge: Cambridge University Press, 1995).
4. David Caspar Fithen, *Diamonds and War in Sierra Leone: Cultural Strategies for Commercial Adaptation to Endemic Low-Intensity Conflict*, Tesis de doctorado, (Londres: University College, 1999).
5. «Sierra Leone: The South Africa Connection», *Africa Confidential*, 17 de septiembre de 1986. Ver también «Sierra Leone-South Africa: the Strange Story of LIAT», *Africa Confidential*, 24 de junio de 1987. El relato también aparece resumido en: Francois Misser y Olivier Vallée, *Les Gemmocracies: L'économie politique du diamant Africain* (París: Desclée de Brouwer, 1997), 131-135. Un breve resumen del caso Kalmanovitch aparece en William Reno, *op cit*, 155-157 y en Jeffrey Robinson, *The Merger* (Londres: Simon and Schuster, 1999) 115-6. Para información adicional sobre «dinero caliente» y crimen internacional, ver R. T. Naylor, *Patriots and Profiteers: On Economic Warfare, Embargo Busting and State-Sponsored Crime* (Toronto: McClelland & Stewart, 1999).
6. Robinson, *op. cit.*, 115.
7. Robinson, *op. cit.*, 116.
8. Citado en Paul Richards, *Fighting for the Rainforest: War, Youth and Resources in Sierra Leone* Oxford: International African Institute y James Currey, 1996), 27 y ss.
9. Richards, *op. cit.*, 33.
10. Stephen Ellis, *The Mask of Anarchy* (Londres: C. Hurst & Co., 1999), 62.
11. Ibrahim Abdullah, «Bush Path to Destruction: The Origin and Character of the Revolutionary United Front», *Africa Development*, Vol. XXII, N.º 3/4, 1997, 68.
12. Historia detallada en un Informe del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, *Naciones Unidas S/2000/1195* (Nueva York: Naciones Unidas, 20 de diciembre de 2000).
13. Janine Di Giovanni, «Turning Killers Back into Children», *Ottawa Citizen*, 15 de mayo de 2000.
14. Steve Coll, «The Other War», *Washington Post Magazine*, 9 de enero de 2000.

15. Ryan Lizza, «Where Angels Fear to Tread», *The New Republic*, 24 de julio de 2000.
16. *Ibid.*
17. *Ibid.*
18. Coll, *op. cit.*
19. *Ibid.*
20. «Extend a Trembling, Hesitant Hand», *New York Times*, 7 de mayo de 2000.

CAPÍTULO 8. EL FANTASMA DEL PRESIDENTE MOBUTU

1. Adam Hochschild, *King Leopold's Ghost* (Boston: Houghton Mifflin, 1998), 44.
2. Michela Wrong, *In the Footsteps of Mr Kurtz* (Londres: Fourth Estate, 2000), 45.
3. Hochschild, *op. cit.*, 259.
4. Edward Jay Epstein, *The Rise and Fall of Diamonds* (Nueva York: Simon and Schuster, 1982), 87.
5. John Gunther, *Inside Africa* (Nueva York: Harper & Brothers, 1953) 647 y 671.
6. El número exacto de licenciados universitarios cuando se logró la independencia es un tanto incierta. Basil Davidson, en 1964, dijo que eran «menos de una veintena» (Basil Davidson, *Which Way Africa?* Londres: Penguin, 1964, 43). Según Wrong eran 17 (Wrong, *Op. Cit.*, 50). Según una página web histórica de la BBC, «No había oficiales del ejército africano, sólo tres directores africanos en todo el funcionariado, y sólo 30 licenciados universitarios». BBC, Online: <http://www.bbc.co.uk/worldservice/africa/features/storyofafrica/14chapter7.shtml> (último acceso 11 de enero de 2010). El número exacto era muy reducido.
7. Los detalles exactos sobre la muerte de Lumumba son un misterio, pero la participación de la CIA y su probable ejecución por parte de un agente belga aparecen en Wrong, *op. cit.*, 77-8.
8. Wrong, *op. cit.*, 118.
9. *Ibid.*, 197.
10. Christian Dietrich, *Hard Currency: The Criminalized Diamond Economy of the Democratic Republic of the Congo and its Neighbours* (Ottawa: Partnership Africa Canada, 2002), 13 y 17.
11. Citado en Dietrich, *op. cit.*, 15.
12. Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, *Informe del Grupo de Expertos encargado de examinar la explotación ilegal de recursos naturales y otras riquezas de la República Democrática del Congo*, S/2001/357 (Nueva York: Naciones Unidas, 12 de abril de 2001), párr. 32.
13. Dietrich, *op. cit.*, 41.
14. *Ibid.*, 42.
15. El relato aparece en Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, *Anexo al informe del Grupo de Expertos encargado de examinar la cuestión de la explotación ilegal de los recursos naturales y otras formas de riqueza de la República Democrática del Congo*, S/2001/1072, (Nueva York: Naciones Unidas, 13 de noviembre de 2001), párr. 38-41 y 78-9.

16. Oryx Natural Resources, Online: <http://www.oryxnaturalresources.com>, (último acceso 3 de enero de 2003).
17. Les Roberts *et al*, *Mortality in Eastern Democratic Republic of Cong*, (Nueva York: International Rescue Committee, March 2001).
18. Les Roberts *et al*, *Mortality in the DRC: Results from a Nationwide Survey* (Nueva York: International Rescue Committee, April 2003); Benjamin Coughlan *et al*, *Mortality in the Democratic Republic of the Congo: An Ongoing Crisis* (Nueva York: International Rescue Committee, 2008). En Internet: http://www.theirc.org/resources/2007/2006-7_congomortalitysurvey.pdf, (último acceso 11 de diciembre de 2009). Cifras contestadas en 2009 Human Security Report (En Internet: http://www.humansecurityreport.info/index.php?option=com_content&task=view&id=205&Itemid=91, (último acceso 1 de febrero de 2010). Independientemente de cuál sea la correcta, las cifras son muy altas.

CAPÍTULO 9. AL QAEDA ENTRA EN ESCENA

1. David Caspar Fithen, *Diamonds and War in Sierra Leone: Cultural Strategies for Commercial Adaptation to Endemic Low-Intensity Conflict*, Tesis de doctorado, University College London, 1999.
2. Carta de Eli Izhakoff, Presidente y CEO del Consejo Mundial del Diamante, a David Granger, editor jefe de *Esquire*, 14 de diciembre 2000; copia en posesión del autor.
3. Global Witness, *For a Few Dollars More* (Londres: Global Witness, abril de 2003), 47.
4. Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, *Tercer informe del mecanismo de vigilancia creado en virtud de la resolución 1.363 (2001) del Consejo de Seguridad y ampliado por la resolución 1.390 (2002)* (Nueva York, Naciones Unidas, 17 de diciembre de 2002).
5. Didier Bigo, «Lebanese community in the Ivory Coast: A non-native network at the heart of power?», Albert Hourani y Shehadi (eds.), *The Lebanese in the World: A Century of Emigration* (Londres: I.B. Tauris & Co., 1992), 522.
6. Fithen, *op. cit.*
7. Stephen Ellis, «Les prolongements du conflit israélo-arabe en Afrique noire: le cas du Sierra Leone», *Politique Africaine*, N.º 30, (junio de 1988), 69-75.
8. «Angolan Diamond Smuggling: The Part Played by Belgium», («*Algemene Dienst Inlichting En Veiligheid (Adviv)*») *Service Général du Renseignement et de la Sécurité (SGR)*, julio de 2000, citado en Global Witness, *op. cit.*, 20.
9. Consejo de Seguridad de la ONU, *Grupo de Expertos en violaciones de las sanciones impuestas por el Consejo de Seguridad a la UNITA, S/2000/203* (Nueva York: Naciones Unidas, 10 de marzo de 2000), párr. 19.
10. Consejo de Seguridad de la ONU, Informe del Grupo de Expertos sobre Sierra Leona, *Naciones Unidas S/2000/1195* (Nueva York: Naciones Unidas, 20 de diciembre de 2000), párr. 73.

11. Douglas Farah, «Al Qaeda Cash Tied to Diamond Trade, Sale of Gems from Sierra Leone Rebels Raised Millions, Sources Say», *Washington Post*, 2 de noviembre de 2001.
12. Partnership Africa Canada, *Other Facets*, N.º 3 (octubre de 2001).
13. Bout ayudó a los anti talibanes de la Alianza del Norte desde mediados de la década de 1990, pero posteriormente se le relacionó directamente con el gobierno talibán que acudía a él para obtener suministros de víveres y realizar las revisiones de los aviones Ariana.
14. Douglas Farah, «Report says Africans Harbored al Qaeda Terror Assets Hidden in Gem-buying Spree», *Washington Post*, 29 de diciembre de 2002. Global Witness, *op. cit.*, 41.
15. Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, *Informe final del Grupo de Expertos encargado de examinar la explotación ilegal de recursos naturales y otras riquezas de la República Democrática del Congo*, S/2002/1146 (Nueva York: Naciones Unidas, 16 de octubre de 2002), párr. 34.
16. Global Witness, *op. cit.*, 49.
17. Douglas Farah, *Blood From Stones: The Secret Financial Network of Terror* (Nueva York: Broadway Books, 2004).
18. MSNBC, «Liberia's former president, a friend to terror?» *Dateline NBC*, emitido el 17 de julio de 2005.
19. *Ibid.*

CAPÍTULO 10. CON EL AGUA AL CUELLO: EMPRESAS EN APUROS

1. Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, *Informe final del Grupo de Expertos encargado de examinar la explotación ilegal de recursos naturales y otras riquezas de la República Democrática del Congo*, S/2002/1146 (Nueva York: Naciones Unidas, 16 de octubre de 2002).
2. Reuters, «Diamond Deaths in Congo» (22 October 2002), Online: http://www.zimbabwesituation.com/oct23_2002.html (último acceso 14 de diciembre de 2009).
3. Alfred Wasike, «General Saleh Declares Foreign Accounts» (27 October 2002), Ugnnet, Online: <http://www.mail-archive.com/ugandanet@kym.net/msg00257.html> (último acceso 14 de diciembre de 2009).
4. UNOCHA, «DRC: "No evidence of illegal acts", says a Belgian pillage study» (Nueva York, Oficina Para la Coordinación de Asuntos Humanitarios de la ONU, Integrated Regional Information Network, 22 de febrero de 2003).
5. *Informe final del Grupo de Expertos de la ONU*, *op. cit.*, párr. 33.
6. *Ibid.*, párr. 178.
7. La producción cayó en picado en 2009 por culpa de la recesión mundial. Se extrajeron 17,7 millones de quilates, una caída del 46 por ciento comparado con 2008.
8. La estadística de Botsuana procede del PNUD *Informe sobre el desarrollo humano 2008*. En Internet: http://hdrstats.undp.org/countries/data_sheets/cty_ds_ (último acceso 14 de diciembre de 2009).

9. Ian Smillie, *Motherhood, Apple Pie and False Teeth: Corporate Social Responsibility in the Diamond Industry* (Ottawa: Partnership Africa Canada, 2003), 7.
10. OCDE, «Multinational Enterprises in Situations of Violent Conflict and Widespread Human Rights Abuses» (París: OCDE Departamento de Asuntos financieros y empresariales, mayo de 2002).
11. FMI, *Democratic Republic of Congo: Selected Issues and Statistical Appendix* (Washington: FMI, julio de 2001), 17.
12. Nicky Oppenheimer, Ponencia durante la Commonwealth Business Forum, en noviembre de 1999, citado en «Multinational Enterprises in Situations of Violent Conflict and Widespread Human Rights Abuses» (París: OCDE, mayo 2002), 14.
13. Nicky Oppenheimer ha invertido parte de su fortuna personal en la Fundación Brenthurst, un grupo de reflexión dedicado a analizar algunos de estos temas. Ver <http://www.thebrenthurstfoundation.org/index.htm> (último acceso 19 de febrero de 2010).
14. De Beers, «Angola». En Internet: www.debeersgroup.com/debeersweb/About+De+Beers/De+Beers+World+Wide/Angola (último acceso 12 de julio de 2006).
15. Juicios de Núremberg: *Creación del Tribunal Militar Internacional*, Artículo 6, 8 de agosto de 1945. En Internet: <http://www.gonzagajil.org/pdf/volumer10/Nuremberg/Nuremberg%20Charter.pdf> (último acceso 14 de diciembre de 2009).

CAPÍTULO 11. LA TORMENTA DE HIELO: LA CAMPAÑA DE LAS ONGS

1. Ver, por ejemplo, Reed Kramer, «Central Africa: A Moment for Peace?» *AllAfrica.com*, (5 de febrero de 2001). En Internet: <http://allafrica.com/stories/200102050394.html> (último acceso 15 de diciembre de 2009).
2. Susan Schmidt, «Tempelsman Plan Got the Ear of U.S. Aides», *Washington Post*, 2 de agosto de 1997.
3. Algunas de las asociaciones de Tempelsman acabaron pasándole factura en 2009 cuando LKI no pudo completar algunos de los informes para Hacienda y se vio obligado a presentar un plan para recuperar la confianza de la bolsa de Nueva York en mayo de 2010. Según se iba acercando el plazo, LKI anunció un juicio contra varias agrupaciones de Lloyd's of London y aseguradoras europeas por valor de 640 millones en daños y perjuicios por la desaparición de diamantes asegurados por los acusados.
4. Consejo de Seguridad de la ONU, *Resolución 1.118 (1997)*, 30 de junio de 1997.
5. *Ibid.*
6. George Orwell, 1984 (Nueva York: Harcourt Brace and Company, 1949), 312.
7. Global Witness, *A Rough Trade: The Role of Companies and Governments in the Angolan Conflict* (Londres: Global Witness, 1998).
8. Ian Smillie, Lansana Gberie, and Ralph Hazleton, *The Heart of the Matter: Sierra Leone, Diamonds and Human Security* (Ottawa: Partnership Africa Canada, 2000).

9. En Bélgica se hace una distinción entre el país de extracción y el país de «procedencia», es decir, el país desde el que llegaba. Para más información sobre cómo se utilizaba esta distinción para excusar la corrupción generalizada que permitió que prosperara el negocio de los diamantes de guerra, ver el capítulo 1.
10. De Beers, «De Beers` Comments on “The Heart of the Matter”» (26 de enero de 2000), Online: <http://www.debeers.ca/>, (último acceso 29 de enero de 2000).
11. Andrew Bone, «Conflict Diamonds, The Kimberley process and the De Beers Group» en Alyson J.K. Bailes y Isabel Frommelt (eds.), *Business and Security: Public-Private Sector Relationships in a New Security*, (Oxford: Oxford University Press, 2004), 131.
12. Smillie *et al*, *op cit*, 73.
13. Capitol Hill Press releases, «Hall Bill», 1 November 1999, Online: <http://www.encyclopedia.com/doc/1P1-29424041.html> (último acceso 16 de diciembre 2009).
14. «Observations by U.S. Rep. Frank R. Wolf of Virginia Visit to Western Africa: Sierra Leone After a Decade of Civil War November 30 - December 8, 1999», En línea: www.house.gov/wolf/19991130, (último acceso 16 de diciembre de 2009).
15. Consejo de Seguridad de la ONU, *Informe del Grupo de Expertos en violaciones de las sanciones impuestas por el Consejo de Seguridad a la UNITA, S/2000/203* (Nueva York: Naciones Unidas, 10 de marzo de 2000), párr. 33.
16. *Ibid.*, párr. 20.
17. *Ibid.*, párr. 83.
18. *Ibid.*, párr. 90.
19. Rapaport, Martin, «Blood Money», 5 de noviembre de 1999. En línea: <http://www.diamonds.net/news/NewsItem.aspx?ArticleID=3347> (último acceso 16 de diciembre de 2009).
20. Martin Rapaport, «Guilt Trip», 7 de abril de 2000. En línea: <http://www.diamonds.net/news/NewsItem.aspx?ArticleID=3830> (último acceso 16 de diciembre de 2009).
21. Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. *Op. cit.*, párr. 113.

CAPÍTULO 12. KIMBERLEY: UN RAYO DE ESPERANZA EN EL INFIERNO

1. David Keen, «Blair's Good Guys in Sierra Leone», *The Guardian*, 7 de noviembre de 2001.
2. Proceso de Kimberley, «Recomendaciones de la reunión del grupo de trabajo de Luanda», 13-14 de junio de 2000, en posesión del autor.
3. Comunicación personal con el autor.
4. Consejero de seguridad nacional Samuel R. Berger, «Remarks to White House Diamond Conference», 10 de enero de 2001. En línea: <http://www.sierra-leone.org/Archives/slnews0101.html>, (último acceso 17 de diciembre de 2009).

5. El mayor gasto en publicidad fue promovido por De Beers como parte de la nueva estrategia (ver capítulo 3); «The Genesis of a New Era» *I dex*, N.º 158 (junio de 2003), 22.

CAPÍTULO 13. PUNTO Y FINAL

1. Taylor declararía posteriormente que no sabía que Bockaire hubiera sido acusado: Tribunal Especial para Sierra Leona, Declaración de Charles Taylor (28 de enero de 2010). En línea: <http://www.sc-sl.org/LinkClick.aspx?fileticket=STOtinrouMM%3d&tabid=160> (último acceso 15 de febrero de 2010).
2. Declaración de Moses Blah, Tribunal Especial para Sierra Leona, La Haya, 15 de mayo de 2008. En línea: <http://www.charlestaylortrial.org/2008/05/15/former-vp-moses-blah-discusses-beheading-of-ruf-commander-in-chief-and-other-events/> (último acceso 17 de diciembre de 2009).
3. BBC, «Liberia Leader Defiant to the End», 11 de agosto de 2003. En línea: <http://news.bbc.co.uk/2/hi/africa/3140417.stm>, (último acceso 17 de diciembre de 2009).
4. Human Rights Watch, «Nigeria Detain Taylor Immediately», 28 de marzo de 2006. En línea: <http://www.hrw.org/en/news/2006/03/28/nigeria-detain-taylor-immediately>, (último acceso 6 de enero de 2010).
5. Mats Berdal y David Malone (eds.), *Greed and Grievance: Economic Agendas in Civil Wars* (Boulder Colorado: Lynne Rienner 2000).
6. Paul Collier y Anke Hoeffler, «Greed and Grievance in Civil Wars» (Washington: Banco Mundial, octubre de 2001).
7. Ver, por ejemplo, Informes anuales sobre el sector del diamante en Angola, RDC y Sierra Leona publicados por Partnership Africa Canada entre 2003 y 2007, y *Diamonds and Human Security Annual Reviews* publicado por Partnership Africa Canada en 2008 y 2009 en <http://www.pacweb.org/index-e.php> (último acceso 6 de enero de 2010).
8. Partnership Africa Canada, *The Lost World: Diamond Mining and Smuggling in Venezuela* (Ottawa: Partnership Africa Canada, 2006).
9. Partnership Africa Canada, *Zimbabwe, Diamonds and the Wrong Side of History* (Ottawa: Partnership Africa Canada, marzo de 2009); Human Rights Watch, *Zimbabwe's Blood Diamonds* (Nueva York: Human Rights Watch, junio de 2009).
10. Preocupados al ver que el Proceso de Kimberley parecía no poder ofrecer la garantía que reclamaba una opinión pública cada vez más exigente, 14 organizaciones de la cadena de suministro del oro y los diamantes crearon un organismo llamado el Responsible Jewellery Council (RJC) en 2005. El RJC estableció un estricto código de normas éticas aplicables a toda la cadena de suministro, y a todos los sectores desde la minería a la venta al por menor. Al contrario que muchos otros, éste es de cumplimiento obligatorio para todos los miembros del RJC —que ahora ascienden a 140— y exige una verificación realizada por una tercera parte independiente. El código hace responsable a las empresas in-

dividuales, pero en 2010 todavía se trabajaba en coordinar toda la cadena de suministro. Por ejemplo, ni Van Cleef & Arpels ni los miembros de del RJC emplean trabajo infantil. Pero Van Cleef & Arpels no tiene la obligación de comprar sólo de miembros del RJC. Cuando se solucione ese escollo, el sector del oro y los diamantes, que ya va muy por delante de otras industrias de extracción, podrá sentirse orgulloso de sus logros.

11. Ian Balfour, *Famous Diamonds* (Londres: William Collins Sons & Co., 1987), 206.
12. Christian Dietrich, *Hard Currency: The Criminalized Diamond Economy of the Democratic Republic of the Congo and its Neighbours* (Ottawa: Partnership Africa Canada, 2002).
13. De Beers, Online: www.adiamondisforever.com/jewelry/famous_, 7 de enero de 2001 (último acceso 17 de junio de 2001).
14. BBC, «Great Dome Robbery Foiled» (7 November 2000). En línea: http://news.bbc.co.uk/2/hi/uk_news/1010974.stm, (último acceso 17 de diciembre de 2009).

EPÍLOGO

1. Tribunal Especial para Sierra Leona, Declaración de Charles Taylor (25 de agosto de 2009). En Internet: <http://www.sc-sl.org/LinkClick.aspx?fileticket=prr6j5%2bbmsc%3d&tabid=160> (último acceso 17 de diciembre de 2009).
2. Tribunal Especial para Sierra Leona, Declaración de Charles Taylor (3 de agosto de 2009). En Internet: <http://www.sc-sl.org/LinkClick.aspx?fileticket=ouw2TzFKFHg%3d&tabid=160> (último acceso 17 de diciembre de 2009).
3. Tribunal Especial para Sierra Leona, Declaración de Charles Taylor (16 de julio de 2009), En Internet: <http://www.sc-sl.org/LinkClick.aspx?fileticket=kMjmgkh4vTo%3d&tabid=160> (último acceso 17 de diciembre de 2009).

This page intentionally left blank

BIBLIOGRAFÍA

- Abdullah, Ibrahim. «Bush Path to Destruction: The Origin and Character of the Revolutionary United Front.» *Africa Development*, Vol. XXII, nos. 3-4 (1997).
- Balfour, Ian. *Famous Diamonds*. London: William Collins Sons & Co. 1987.
- Berdal, Mats and Malone, David M. (eds). *Greed and Grievance: Economic Agendas in Civil Wars*. Boulder, Colorado: Lynne Rienner 2000.
- Cilliers, Jakkie and Dietrich, Christian (eds.). *Angola's War Economy: The Role of Oil and Diamonds*. Pretoria: Institute for Security Studies 2000.
- Cockerill, A.W. *Sir Percy Sillitoe*. London: Allen Lane 1975.
- Davidson, Basil. *In The Eye of the Storm: Angola's People*. Garden City, N.Y.: Anchor Books 1973.
- Dietrich, Christian. *Hard Currency: The Criminalized Diamond Economy of the Democratic Republic of the Congo and its Neighbours*. Ottawa: Partnership Africa Canada 2002.
- Du Plessis, J.H. *Diamonds are Dangerous*. New York: John Day & Co. 1960.
- Ellis, Stephen. *The Mask of Anarchy*. London: C. Hurst & Co. 1999.
- Epstein, Edward Jay. *The Rise and Fall of Diamonds*. New York: Simon and Schuster 1982.
- Even-Zohar, Chaim. *From Mine to Mistress: Corporate Strategies and Government Policies in the International Diamond Industry*. Enbridge, Kent: Mining Journal Books, Ltd. 2002.
- Fithen, David Caspar. *Diamonds and War in Sierra Leone: Cultural Strategies for Commercial Adaptation to Endemic Low-Intensity Conflict*. (PhD Thesis), London: University College 1999.
- Fleming, Ian. *Diamonds are Forever*. London: Jonathan Cape 1956.

- Fleming, Ian. *The Diamond Smugglers*. London: Pan Books 1960.
- Fowler, Marian. *Hope: The Adventures of a Diamond*. New York: Random House 2002.
- Gberie, Lansana. *War and Peace in Sierra Leone: Diamonds, Corruption and the Lebanese Connection*. Ottawa: Partnership Africa Canada 2002.
- Gberie, Lansana. *A Dirty War in West Africa; The RUF and the Destruction of Sierra Leone*. Bloomington, Indiana: Indiana University Press 2005.
- Global Witness. *A Rough Trade*. London: Global Witness 1998.
- Global Witness. *Taylor-made: The Pivotal Role of Liberia's Forests and Flag of Convenience in Regional Conflict*. London: Global Witness 2001.
- Global Witness. *The Usual Suspects: Liberia's Weapons and Mercenaries in Côte d'Ivoire and Sierra Leone*. London: Global Witness 2003.
- Global Witness. *For a Few Dollars More: How al Qaeda Moved into the Diamond Trade*. London: Global Witness 2003.
- Hart, Matthew. *Diamond: A Journey to the Heart of an Obsession*. New York: Viking 2001.
- Gunther, John. *Inside Africa*. New York: Harper & Brothers 1953.
- Hazleton, Ralph. *Diamonds: Forever or for Good? The Economic Impact of Diamonds in Southern Africa*. Ottawa: Partnership Africa Canada 2001.
- Hochschild, Adam. *King Leopold's Ghost*. Boston: Houghton Mifflin 1998.
- Huband, Mark. *The Liberian Civil War*. London: Frank Cass 1998.
- Huband, Mark. *The Skull beneath the Skin: Africa after the Cold War*. Boulder: Westview Press 2001.
- Kanfer, Stefan. *The Last Empire: De Beers, Diamonds and the World*. New York: Farrar, Straus & Giroux 1993.
- Kamil, Fred. *The Diamond Underworld*. London: Allen Lane 1979.
- Naylor, R.T. *Patriots and Pro-teers: On Economic Warfare, Embargo Busting and State-Sponsored Crime*. Toronto: McClelland & Stewart 1999.
- Reno, William. *Corruption and State Politics in Sierra Leone*. Cambridge: Cambridge University Press 1995.
- Reno, William. *Warlord Politics and African States*. Boulder: Lynne Rienner 1998.

- Richards, Paul. *Fighting for the Rainforest: War, Youth and Resources in Sierra Leone*. Oxford: International African Institute & James Currey 1996.
- Robinson, Jeffrey. *The Merger*. London: Simon and Schuster UK 1999.
- Sevdermish, M., and Mashiah, A. *The Dealer's Book of Gems and Diamonds* (Vol. II). Tel Aviv: Mada Avanim Yerakot Ltd. 1995.
- Sillitoe, Sir Percy. *Cloak Without Dagger*. London: Pan Books 1956.
- Smillie, I., Gberie, L., and Hazleton, R. *The Heart of the Matter: Sierra Leone, Diamonds and Human Security*. Ottawa: Partnership Africa Canada 2000.
- Van der Laan, H.L. *The Sierra Leone Diamonds: An Economic Study Covering the Years 1952–1961*. London: Oxford University Press 1965.
- Wharton-Tigar, Edward. *Burning Bright: The Autobiography of Edward Wharton-Tigar*. London: Metal Bulletin Books 1987.
- Wilson, Robert. *The Big Killing*. London: Harper Collins 2002.
- Wrong, Michela. *In the Footsteps of Mr Kurtz*. London: Fourth Estate 2000.

UNITED NATIONS DOCUMENTS

- Report of the Panel of Experts on Violations of Security Council Sanctions Against UNITA, S/2000/203*. 10 March 2000.
- Report of the Panel of Experts Appointed Pursuant to Security Council Resolution 1306 (2000), Paragraph 19, in Relation to Sierra Leone, S/2000/1195*. 20 December 2000.
- Report of the UN Panel of Experts on the Illegal Exploitation of Natural Resources and other Forms of Wealth in the Democratic Republic of the Congo, S/2001/357*. 12 April 2001.
- Addendum to the Report of the Panel of Experts on the Illegal Exploitation of Natural Resources and other Forms of Wealth in the Democratic Republic of the Congo, S/2001/1072*. 13 November 2001.
- Final Report of the UN Panel of Experts on the Illegal Exploitation of Natural Resources and other Forms of Wealth in the Democratic Republic of the Congo, S/2002/1146*. 16 October 2002.

This page intentionally left blank

ÍNDICE ANALÍTICO Y DE NOMBRES

- Abdullah, Ibrahim: 124, 126
ActionAid: 215, 231
Administración del gobierno Clinton:
1, 225
AFRC, *ver* Consejo Revolucionario de
las Fuerzas Armadas
África Sudoccidental, *ver* Namibia
Air Bas: 182
Air Cess: 85
Air Pass: 85
Al Qaeda: 168-180, 243, 244, 246
Alrosa: 196, 201
AMAL: 121, 168, 170, 171-173, 176, 178
Amberes: 1, 2, 4, 5, 7, 16, 18, 22, 26,
28, 29, 36, 46, 55, 56, 59, 64, 67-
71, 73, 75, 83, 84, 86, 87, 107, 123,
148, 149, 161, 166, 171, 176, 182,
183, 189, 190, 193, 194, 205, 207,
208, 222, 223, 232, *ver también*
Bélgica
America Mineral Fields: 154
Amnistía (para el FRU): 149
Amnistía Internacional: 108, 112, 215,
229, 231
Anglo American Corporation, The: 47
Angola: corrupción: 26, 29, 30, 31, 38,
42, 67, 86, 87, 91, 92, 101, 107,
108; diamantes 4, 25, 41, 47, 81,
82, 90, 98, 150, 160, 195, 20, 204,
219, 221, 232, 250; historia: 75, 76,
79, 80, 150, 202; y el Proceso de
Kimberley: 220, 232, 244-246; y
las Naciones Unidas: 5, 10, 80,
135, 203, 208; guerra: 6, 21, 76-78,
82, 105, 126, 132, 174, 203, 240
Angolan Selling Corporation
(AsCorp): 29, 88
Annan, Kofi: 105, 179, 239
Apartheid: 25, 48, 54, 55, 93, 188, 190,
191, 210, 218
Arafat, Yasir: 121, 122
Argyle Diamond Mine: 58
ASA Diam: 175, 176
AsCorp, *ver* Angolan Selling
Corporation
August Holding Congo: 161
Australia: 40, 41, 58, 66, 87, 219, 251
Axworthy, Lloyd: 5

Bah, Ibrahim: 164, 173, 175-178, 164,
173, 175, 176
Bakri, Imad: 173
Balagula, Marat: 122, 123
Banco Africano de Desarrollo: 96, 112
Banco Mundial: 96, 112, 147, 150, 157,
241
Barclays Bank: 182
Barlow, Eeben: 129
Barnato, Barney: 38, 44-47
BBC, *ver* British Broadcasting
Corporation
Bélgica: 5, 16, 22, 28, 29, 30, 68, 69,
82, 83, 86, 103, 108, 141, 146, 150,
155-157, 159, 161, 162, 177, 180,

- 194, 200, 207, 208, 212, 219, 232, 251
- Bemba, Jean-Pierre: 158, 161
- Berger, Sandy: 225
- Berri, Nabih: 121, 170, 171, 172
- Beye, Alioune: 204
- BHP Billiton Ltd: 65, 67, 69-71, 196, 205
- Big Hole, the (gran agujero, el): 34
- Bin Laden, Osama: 177
- Blah, Moses: 238
- Blaize, John: 15-19
- Blore, Shawn: 13
- Blusson, Stewart: 66
- Bockarie, Sam 'Maskita': 130, 131, 134, 138, 139, 164, 175, 237, 238, 257
- Botsuana: 22, 30, 40, 41, 60, 65, 67, 70, 186-201, 219, 225-230, 248
- Bout, Viktor: 85, 127, 174, 182, 258
- Branch Energy: 129
- Brandwain, Rachmiel 'Mike': 123
- Brasil: 37, 38, 46, 75, 186, 246
- British Broadcasting Corporation (Corporación Británica de Radiodifusión, BBC): 112, 208, 227, 253
- Burkina Faso: 10, 84, 85, 101, 102, 125, 127, 164, 173-177, 212, 258
- Burundi: 149, 151, 158
- Bush, George (Sr.): 110, 150
- Bush, George W.: 225
- Canadá: empresas: 129, 184; diamantes: 10, 26, 28, 34, 41, 58, 65-67, 70, 208; gobierno: 3-6, 81-84, 205-208; y el Proceso de Kimberley: 218, 219, 243, 248; medios: 5, 208, 230, 248; y las Naciones Unidas: 218
- Captan, Monie: 10
- Cartier: 61, 62, 72, 157, 186, 189
- CAST, *ver* Consolidated African Selection Trust
- CENADEP, *ver* Centre National d'Appui au Développement et à la Participation Populaire
- Central Diamond Mining Company: 44
- Central Intelligence Agency (Agencia Central de Inteligencia, CIA): 93, 101, 151, 178, 205
- Central Selling Organization (CSO): 49
- Centre National d'Appui au Développement et à la Participation Populaire (CENADEP): 231
- China: 9, 77, 78, 89, 93, 105, 106, 109, 132, 228, 229, 230, 233, 247, 248
- CIA, *ver* Central Intelligence Agency
- Clarke, Ramsey: 101
- Clinton, Bill: 200
- CNN: 8, 112, 208
- Coll, Steve: 130
- Coltán: 159, 162, 241
- COMIEX: 160
- Comisión Europea, *ver* Unión Europea
- Companhia de Diamantes de Angola (DIAMANG): 76
- Compañía Francesa, La: 44
- Compaoré, Blaise: 84, 85, 101, 125, 127, 176, 177, 212, 257
- Congo, República de (Brazzaville): 27, 29-31, 57, 85, 149, 156, 175, 176, 245, 253
- Congo, República Democrática del (RDC): corrupción: 25-28, 80, 84, 148-158, 161, 173, 180-186, 189-194, 244; diamantes: 25, 37, 38, 41, 47, 65, 70, 90, 144, 145, 148, 149, 200, 201, 221, 250; historia de: 38, 141-147; y el Proceso Kimberley: 218, 219, 231; comerciantes libaneses: 169, 172, 175, 176; y las Naciones Unidas: 226, 240; y la guerra: 5-7, 76-126,

- 151-154, 157, 162, 181, 182, 201, 202, 215, 242
- Congreso Mundial del Diamante: 223
- Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas: 1, 5-7, 9, 10, 29, 79, 81, 83, 85-87, 105, 106, 108, 112, 113, 132, 134-136, 163, 165, 168, 182, 185, 202-205, 206, 215, 226, 235
- Consejo Mundial del Diamante (WDC): 167, 224, 229, 235
- Consejo Revolucionario de las Fuerzas Armadas (AFRC): 130, 131
- Consejo Superior del Diamante (HRD): 59, 113, 208
- Consolidated African Selection Trust (CAST): 39, 57
- Consolidated Diamond Mines: 47, 48
- Consolidated Mines Selection Ltd: 47
- Costa de Oro, *ver* Ghana
- Côte d'Ivoire: 16, 40, 102, 108-110, 164, 169, 171, 208, 237, 238, 240, 245, 248, 249, 254, 255
- Crane, David: 138, 197
- Crocker, Chester: 151
- CSO, *ver* Central Selling Organization
- Cuba: 77, 78, 125
- Darwish, Ali: 176, 177
- Davidson, Basil: 77
- DB Investments, *ver* De Beers
- DDI, *ver* Diamond Development Initiative
- De Beers: Angola: 80-83, 86, 87-91, 113, 194-196; y el apartheid: 25, 54, 55, 188-190; Botswana (Botsuana): 65-67, 70, 186; negocio: 5, 25, 73, 145, 188, 193, 205; Canadá: 41, 58, 65; Cártel: 25, 48-53, 57-60, 69; Central Selling Organisation (CSO): 49; Congo: 47, 57, 145, 148, 150, 155, 182, 193, 201; DB Investments: 60; Diamond Trading Company (DTC): 48-49, 90; historia: 13, 15-19; Israel: 55-57, 69-71; y el Proceso Kimberley: 215, 218-220; Liberia: 19; Namibia: 39, 47, 70, 188; y las ONGs: 148-150, 213, 218, 229, 250-252; Sierra Leona: 13, 14, 18, 56, 57, 119; Sudáfrica: 34, 37, 38, 43-48; diamantes especiales: 71, 72, 252, 253
- Departamento de Estado de Estados Unidos: 99, 133, 134
- Departamento de Justicia de Estados Unidos: 52, 53
- Derbah, Mohammed Jamil: 168, 175
- DIAMANG, *ver* Companhia de Diamantes de Angola
- Diamantes aluviales: ubicacion: 34, 35, 38-40, 65, 117, 119, 149, 169, 187, 221; extracción: 35, 37-41, 43, 48, 49, 57, 64-67, 76, 80, 81, 88, 90, 91, 118, 120, 129, 146, 148, 154, 165, 169, 181, 192, 194, 196, 201, 207, 245, 246; naturaleza: 27, 34, 130, 191, 208, 213
- Diamantes Winspear: 66
- Diamond Development Initiative (DDI): 251, 252
- Diamond Trading Company (DTC), *ver* De Beers
- DiamondWorks: 129
- Diáspora libanesa: 168, 170, 172, 231
- Dietrich, Christian: 252, 253
- Doe, Samuel: 98-103, 108, 109
- DRC, *ver* República Democrática del Congo
- DTC, *ver* De Beers
- Du Plessis, J.H.: 17
- Dunkelsbuhler, Anton: 46, 47
- EAU, *ver* Emiratos Árabes Unidos
- Echogem: 176
- ECOMOG, *ver* Grupo de Observadores Militares de la

- Comunidad Económica de los Estados de África Occidental (ECOWAS): 102, 133
- Grupo de Observadores Militares de la Comunidad Económica de los Estados de África Occidental (ECOMOG): 102, 103, 107, 128, 129, 131, 132
- ECOWAS, *ver* Comunidad Económica de los Estados de África Occidental
- EITI, *ver* Extractive Industries Transparency Initiative (Iniciativa para la transparencia de las industrias extractivas)
- Ekati, mina de: 65,66
- Ellis, Stephen: 98, 125
- Emiratos Árabes Unidos (EAU): 7, 30, 84, 85
- Empresa Nacional de Diamantes de Angola (ENDIAMA): 79, 80, 82, 89
- ENDIAMA, *ver* Empresa Nacional de Diamantes de Angola
- Epstein, Edward Jay: 53
- Esquire: 166, 167
- Estados Unidos: 4, 11, 52, 53, 123, 172, 201, 227; y Angola: 201; y la Guerra Fría: 78, 98, 146, 150, 202; y los diamantes: 30, 45, 50, 51, 69, 71, 85; y el Proceso Kimberley: 11, 219, 224-232, 243, 248-249; y Liberia: 95-102, 110-112; y Sierra Leona: 131-133, 209
- Even-Zohar, Chaim: 73, 200
- Executive Outcomes: 129, 130
- Extractive Industries Transparency Initiative (EITI): 196, 197
- Eyadéma, Gnassingbé: 84, 212
- Farah, Doug: 173, 174, 177, 178
- Fatal Transactions: 231, 247
- Federación Mundial del Diamante en la Bolsa (WFDB): 224
- Fipke, Chuck: 66
- Firestone Rubber: 96, 98
- First Quantum Minerals Ltd: 184
- Fleming, Ian: 14-19
- FMI, *ver* Fondo Monetario Internacional
- FNLA, *ver* Frente Nacional de Libertação de Angola
- Fondo Monetario Internacional (FMI): 9, 96, 104
- Forminière, *ver* Société Internationale Forestière et Minière du Congo
- Fowler Report, The (informe Fowler, el): 211, 215, 226
- Fowler, Robert: 83, 84, 208, 215, 223
- Francia: 9, 36, 78, 105, 106, 109, 132, 150, 158
- Frente Nacional de Libertação de Angola (FNLA): 77
- Frente Revolucionario Unido (FRU): 3, 103, 115, 116, 207, 210
- FRU, *ver* Frente Revolucionario Unido
- Gaddafi, Muammar el: 73, 98, 101, 116, 125, 127, 173
- Gambia: 9, 14, 29, 125
- Gberie, Lansana: 4, 10
- Gécamines (Union Minière): 148, 149
- Gemprint: 221, 222
- General Electric: 52, 159
- Gerety, Frances: 50
- Ghana: 39, 54, 56, 67, 125, 169, 179, 238
- Giscard d'Estaing, Valéry: 150
- Global Witness: 5, 11, 21, 81, 83, 105, 177, 196, 204-209, 213, 215, 218, 220, 230, 231, 250
- Goldberg, Sylvain: 194
- Gore, Al: 189
- Gran Bretaña, *ver* Reino Unido
- Greene, Graham: 119, 207
- Gregg, Judd: 229, 230

- Grupo de Expertos de las Naciones Unidas: Angola: 5, 83, 85, 193, 206, 208, 211; Congo: 160, 181, 184-186, 193, 197, 226; Liberia: 105, 106, 193, 226; Sierra Leona: 6-10, 20-24, 104-106, 136, 158, 163-165, 173-176, 178, 193, 226
- Guardian, The: 8, 208, 228
- Guei, Robert: 109
- Guerra Fría, la: 19, 48, 58, 78-80, 84, 98, 100, 126, 142, 150, 151, 202, 206, 235
- Guinea: 130, 171, 172, 190; diamantes: 25, 29, 40, 67, 164, 208, 230, 245, 246; corrupción: 84, 85, 108; invasión de: 106-110, 137, 237, 238, 255; campos de refugiados: 1, 12
- Guinea Ecuatorial: 85
- Ginebra, *ver* Suiza
- Guyana: 246
- Hain, Peter: 174
- Hall, Tony: 11, 210, 211, 215, 223, 224, 229
- Hazleton, Ralph.: 3, 10
- HDC, *ver* Hindustan Diamond Company
- Heart of the Matter, The (PAC): 5, 7, 8, 207
- Hezbollah: 121, 163, 168, 172-174, 176, 178
- Hindustan Diamond Company (HDC): 55
- Hoagland, Jim: 93
- Hochschild, Adam: 144
- Hong Kong: 30, 64, 89
- Houphouët-Boigny, Felix: 102, 109
- HRD, *ver* Consejo Superior del Diamante
- Human Rights Watch: 110, 112, 134, 215, 239
- IDI, *ver* International Diamond Industries
- IDMA, *ver* International Diamond Manufacturers Association
- IDSO, *ver* International Diamond Security Organization
- India: 10, 21, 30, 35-37, 46, 51, 55, 59, 68, 69, 89, 135, 163, 217, 219, 231, 247, 251
- International Diamond Industries (IDI): 27, 155
- International Diamond Manufacturers Association (Asociación internacional de fabricantes de diamantes, IDMA): 222-225
- International Diamond Security Organization (Organización internacional para la seguridad de los diamantes, IDSO): 13-20, 169
- International Peace Academy: 241
- International Peace Information Service (IPIS): 10
- International Rescue Committee (IRC): 162
- IPIS, *ver* International Peace Information Service
- IRC, *ver* International Rescue Committee
- Israel: 1, 7, 22, 24, 30, 56, 69, 70, 84, 86, 89, 90, 121-123, 129, 157, 165, 166, 170-172, 180, 193, 219, 221, 226, 233
- Izhakoff, Eli: 224
- Jackson, Jesse: 132, 133
- Jacobs, Erasmus: 37
- Jamil Sahid Mohamed, *ver* Mohamed, Jamil Sahid
- Jamil, *ver* Mohamed, Jamil Sahid
- Joel, Solly: 47
- Johnson-Sirleaf, Ellen: 112, 239
- Jwaneng Mine: 65
- Kabbah, Ahmad Tejan: 115, 130-134, 137

- Kabila, Joseph: 162, 201
 Kabila, Laurent-Désiré: 27,28, 85, 125, 153-162
 Kagame, Paul: 85, 212
 Kalmanovitch, Shabtai: 122-123
 Kamajors: 128
 Kamil, Fred: 13, 14, 17, 19, 20
 Kangunga, Alcides Lucas: 212
 Karras, Nicholas: 165-167
 Keen, David: 217, 228
 Kenia: 135, 146, 173-175
 Kilgore, James: 11
 Kimberley (ciudad): 34, 37, 43, 217-219, 251
 Kimberley Central Diamond Mine: 44-47, 60
 Kimberlita: emplazamientos: 18, 40, 67, 145 naturaleza: 19, 33- 35, 38
 Kirkpatrick, Jean: 93
 Koidu Localidad: 2, 11, 12, 172, 175, 259
 Kono, distrito de: 2, 12, 39, 103, 117-119, 124, 126, 129, 164, 169
 Koroma, Johnny Paul: 130, 131, 138, 238,257
 KPCS, *ver* Sistema de Certificación del Proceso de Kimberley
- Labor, Adrian: 3
 Lake, Anthony: 201
 Lazare Kaplan International (LKI): 196, 200
 Leahy, Patrick: 11
 Leopoldo II, Rey: 38, 141, 142
 Leviev, Lev: 89, 90, 194, 196
 Líbano: 17, 20, 99, 117, 120, 122,168, 170-173, 175
 Liberia: 95-98, 100, 119, 197, 226, 230, 239, 240, 249; corrupción: 55, 56, 84, 84, 85, 97-99, 106, 107, 113; diamantes: 4, 9, 15, 16, 18-20, 28-30, 39, 40, 87, 88, 97, 104, 107, 113, 136, 157, 164-166, 169, 171-174, 194, 208, 230; madera: 104-106, 109, 110; guerra: 3-10, 101-105, 106-110, 111, 112, 116, 117, 125-128, 136-139, 207, 212, 237-239, 255-258
 Liberians United for Reconciliation and Democracy (Liberianos Unidos por la Reconciliación y la Democracia, LURD): 108, 110
 Libia: 99-101, 109, 125, 126, 258
 Liechtenstein: 55
 Limo Diamonds: 87
 LKI, *ver* Lazare Kaplan International
 Londres, *ver* Reino Unido
 Loos, Anita: 50, 51
 Lumumba, Patrice: 146, 147, 150, 200
 LURD, *ver* Liberians United for Reconciliation and Democracy
 Luxemburgo: 52, 55, 60, 123
- Madingo, comerciantes de diamantes de: 14, 103
 Mandela, Nelson: 55, 188, 210
 Mantenimiento de la Paz de las Naciones Unidas: en Angola: 78-81, 130, 200, 203; en Côte d'Ivoire: 240, 248, 249; en Congo: 146, 162, 240, 248, 249; en Liberia: 110-112, 138, 240, 248, 249; en Sierra Leona: 5, 110, 133-138, 179, 240, 248, 249, 259
 Marange (Zimbabwe): 221, 247
 Marques, Rafael: 92
 Marsfontein Mine: 65
 Mbeki, Thabo: 188, 218
 Melrose, Joe: 133, 174
 MIBA, *ver* Société Minière de Bakwanga
 Mina Williamson: 19, 40
 Mingo, Dennis 'Superman': 164
 Minin, Leonid: 43, 127, 258
 Ministerio de Asuntos Exteriores de Canadá: 3

- Misión de las Naciones Unidas en Liberia (UNMIL): 240
- Misión de las Naciones Unidas en la República Democrática del Congo (MONUC): 240
- Misión de las Naciones Unidas en Sierra Leona (UNAMSIL): 135, 136, 259
- Misión de Observadores de las Naciones Unidas en Angola (MONUA): 203
- Misión de Verificación de las Naciones Unidas en Angola (UNAVEM): 202, 203
- Mlambo-Ngcuka, Phumzile: 218, 219, 224, 235
- Mobutu Sese Seko: 27, 57, 65, 84, 85, 125, 147, 162, 201, 202, 212, 257
- Mobutu, Joseph, *ver* Mobutu Sese Seko
- Mohamed, Jamil Sahid: 120, 121, 170
- Mohammed, Fazul Abdullah: 175
- Momoh, Joseph: 121-124, 129, 171
- MONUA, *ver* Misión de Observadores de las Naciones Unidas en Angola
- MONUC, *ver* Misión de las Naciones Unidas en la República Democrática del Congo
- Movimento Popular de Libertação de Angola (MPLA): 76-78, 80, 84, 199
- MPLA, *ver* Movimento Popular de Libertação de Angola
- Mukamba, Jonas: 149
- Namibia (África Sudoccidental): 22, 30, 39, 70, 78, 84, 87, 161, 171, 188, 212, 219, 221, 225, 247, 248; Namdeb: 30
- Nassour, Aziz: 175, 177
- National Provisional Ruling Council (Consejo Nacional Provisional de Gobierno, NPRC): 124
- Nayfeld, Boris: 123
- Network Movement for Justice and Development (NMJD): 10, 231
- Nigeria: 111, 112, 130-132, 169, 238-240, 255
- NMJD, *ver* Network Movement for Justice and Development (Movimiento para la justicia y el Desarrollo)
- NPRC, *ver* National Provisional Ruling Council (Consejo Nacional Provisional de Gobierno)
- Obasanjo, Olusegun: 112, 238, 239
- OCDE, *ver* Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico
- Okello, Francis: 134
- OMC, *ver* Organización Mundial del Comercio
- ONU, *ver* Naciones Unidas
- Open Society Institute: 196
- Operation Sovereign Legitimacy (OSLEG): 160
- Oppenheimer, Ernest: 13, 17, 46, 47, 48, 145, 218
- Oppenheimer, Harry: 17, 20, 54-57, 188
- Oppenheimer, Nicky: 53, 59, 71, 113, 188, 192, 195, 219, 224
- Orapa, mina de: 40
- Organización Mundial del Comercio (OMC): 220, 228, 229, 235
- Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE): 182, 184-186, 192-194, 196, 197
- Orwell, George: 203
- Oryx Natural Resources Ltd: 160, 161, 183
- OSLEG, *ver* Operation Sovereign Legitimacy
- Ossaily, Samih: 175-177
- Oxfam: 215, 229, 231

PAC, *ver* Partnership Africa Canada
 Pape, John, *ver* Kilgore, James
 Partnership Africa Canada
 (Partenariado África Canadá,
 PAC): 1, 11, 21, 29, 113, 206, 207,
 209, 215, 218, 230, 231, 246, 250,
 252
 Patassé, Ange-Félix: 161
 Payne, Donald: 133
 Physicians for Human Rights: 215,
 229
 Portugal: 75-77
 Powell, Jody: 229
 Proceso de Kimberley: 10, 220, 221,
 223-229, 231-234, 242-250, 252,
 254
 Publish What You Pay: 196

 Ralfe, Gary: 59, 195
 Rapaport, Martin: 212-215, 219, 223
 Rassemblement Congolais pour la
 démocratie (RCD): 157, 158
 RCD, *ver* Rassemblement Congolais
 pour la démocratie
 RCMP, *ver* Royal Canadian Mounted
 Police
 Reagan, Ronald: 78, 93, 98, 100
 Reeker, Phillip: 134
 Reino Unido: 13-15, 17-19, 45, 54, 55,
 69, 84, 174-176, 195-197, 208,
 215-219, 230, 231, 256, 258; y los
 diamantes: 22-25, 30, 37, 38, 73,
 251; y el Proceso Kimberley: 218,
 225; y Sierra Leona: 40, 116-119,
 132, 133-138, 169, 170, 206, 207
 Responsible Jewellery Council (RJC):
 272n10
 República Centroafricana: 64, 67, 87,
 149, 161, 186
 Revés de la Trama, El (Graham
 Greene): 5, 119, 207
 Rhodes, Cecil: 38, 43-50, 60
 Rice, Susan: 133

Richards, Paul: 124
 Richardson, John: 166, 167
 Rio Tinto: 65, 196
 Robinson, Mary: 134
 Royal Canadian Mounted Police
 (RCMP): 222
 Ruanda: 4, 85, 86, 132, 137, 151, 152,
 157-159, 181, 183, 212, 241
 Rudasingwa, Theogene: 183
 Rusia: y la guerra fría: 16-18, 58, 156;
 Diamantes: 16, 22, 28-32, 40, 41,
 55, 69, 71, 220, 221; y el Proceso
 de Kimberley: 220-229, 232, 233,
 243, 247; crimen organizado: 85,
 121-123, 167, 171, 172; y las
 Naciones Unidas: 9; y el comercio
 de armas: 258

 Saleh, Salim: 183
 Sankoh, Foday: 103, 116, 124-127, 130,
 131, 133-138, 173, 237, 238, 242, 257
 Selection Trust Ltd: 56, 118
 Sesay, Issa: 131, 138, 164, 174, 176
 60 Minutes: 164
 Shamel, Henneh: 120
 Shanklin, Mike: 178
 Sheen, Martin: 230
 Shefer, Niko: 183
 Sierra Gem Diamonds: 176
 Sierra Leona: 2-6, 10, 11, 19, 39, 115-
 139; corrupción: 2, 3, 5, 14, 15, 18,
 25, 26, 29, 54, 56, 115-139, y
 diamantes: 4-6, 14, 16, 18, 21, 25,
 26, 29, 39, 41, 67, 88, 96, 97, 108,
 109, 115-139; y el Proceso de
 Kimberley: 115-139; diáspora
 libanesa, 104, 106, 107, 110, 115-
 139; Tribunal Especial para: 110,
 112, 137, 138, 178, 197, 237-239,
 255-258; y las Naciones Unidas:
 105, 110, 111, 116, 115-139, 137;
 guerra: 1, 5-7, 10, 21, 100, 103, 107,
 115-139

- Sierra Leone Selection Trust (SLST):
16, 118-121, 169, 170
- Sillitoe, Percy: 13-19, 119, 169
- Sistema de certificación del Proceso de Kimberley (KPCS): 69, 242-244, 248
- SLST, *ver* Sierra Leone Selection Trust
- Snap Lake: 66
- Société Internationale Forestière et Minière du Congo (Forminière):
145
- Société Minière de Bakwanga (MIBA):
148, 149, 160
- Sorensen, Ted: 202, 220
- Soros, George: 196
- Stanley, Henry Morton: 143, 144
- Stevens, Siaka: 117, 120, 121, 124, 125, 138, 170
- Strasser, Valentine: 124, 128, 129
- Suzman, Helen: 54
- Sudáfrica: 5-7, 10, 17, 129, 168, 171, 183, 208-210, 219, 220, 238; y Angola: 77-80, 84-86, 93, 202, 211; y el apartheid: 25, 53-56, 187-191; diamantes: 22, 29, 30, 34-41, 43-49, 64-66, 70-72, 89, 123, 165, 166; y el Proceso Kimberley: 219, 223-225, 232, 247-249
- Suecia: 23, 91, 248, 251, 256
- Suiza: 22-25, 30, 55, 232, 248
- Tacy Ltd: 65
- Tailandia: 69, 123
- Taiwán: 228, 229, 232
- Takirambudde, Peter: 134
- Tanzania: 25, 40, 54, 85, 86, 152, 173-175, 190
- Tavernier, Jean-Baptiste: 36
- Taylor, Charles: 4, 5, 7-11, 100-112, 116, 117, 125-127, 131, 133, 135-139, 164, 168, 173, 174, 176-179, 183, 207, 212, 237-240, 242, 255-258
- Taylor, Elizabeth: 72, 73
- Tempelsman, Maurice: 196, 200-202
- Tiffany Foundation: 251
- Togo: 84, 85, 133, 212, 258
- Tolbert, William: 97, 98, 100, 102
- Trans Avia: 85
- Transparencia Internacional: 91, 195
- Tribunal Especial para Sierra Leona:
III, 112
- Triple A Diamonds: 176
- Tubman, William: 97
- Ucrania: 7, 84, 127, 163, 258
- UNAMSIL, *ver* Misión de las Naciones Unidas en Sierra Leona
- UNAVEM, *ver* Misión de Verificación de las Naciones Unidas en Angola
- União para la Independência Total de Angola (Unión Nacional para la Independencia Total de Angola, UNITA): 5, 6, 77-88, 98, 150, 152, 157, 173, 174, 178, 189, 194, 199-202, 204-206, 212, 213, 241
- Unión Europea: 228, 235, 243
- Union Minière, *ver* Gécamines
- Unión Soviética, *ver* Rusia
- UNITA, *ver* União para la Independência Total de Angola
- UNMIL, *ver* Misión de las Naciones Unidas en Liberia
- Van Tures, C.: 87
- Venezuela: 245-248, 254
- Washington Post, The: 93, 130, 173, 174, 176, 177
- Welox Ltd: 89
- WFDB, *ver* World Federation of Diamond Bourses
- Whabira, Job: 160
- Wharton-Tigar, Edward: 57
- White, Al: 178

Winston, Harry: 72, 189, 252

Wodehouse, John: 217

Wolf, Frank: 11, 211, 229, 230

World Vision: 215, 229-231

Yearsley, Alex: 11

Zaire, *ver* República Democrática del
Congo

Zambia: 84-87, 135, 149, 152, 212

Zimbabwe: 78, 152, 157, 159-161, 171,
181-183, 186, 221, 246-248, 254

Zvinavashe, Vitalis: 159, 160, 183